

ARQUEOLOGÍA

34

♦ *La arquitectura Pucú Clásica de Balché, Campeche: labores de registro y conservación*

♦ *Hallazgos recientes en el sitio Medias Aguas, sur de Veracruz*

♦ *El Cerro de la Estrella: unidades políticas de la cuenca de México, periféricas a Teotihuacan y la transición al Epiclásico*

♦ *Ubicación, descripción y análisis de los juegos de pelota en Cantona, Puebla*

♦ *Interacción y cambio entre los cacicazgos de la Costa Grande de Guerrero*

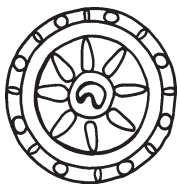
♦ *Color negro en dientes de Tlatelolco, D. F.: su caracterización*

♦ *Crónica de la ocupación del predio sede de la Secretaría de Educación Pública, siglos XVI-XX*

♦ *Aproximación al uso de los conceptos signo, estilo, carácter y tipo, en arqueología*



ARQUEOLOGÍA



í n d i c e

EDITORES:

Ana María Álvarez

Ángel García Cook

COMITÉ EDITORIAL:

Margarita Carballal

Robert H. Cobean

Annick Daneels

Joaquín García-Bárcena

Dan M. Healan

L. Alberto López Wario

Rubén Maldonado

Alejandro Martínez Muriel

Dominique Michelet

Carlos Navarrete

Jeffrey R. Parsons

Otto Schöndube

Barbara L. Stark

Elisa Villalpando

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Benigno Casas

CUIDADO DE LA EDICIÓN:

Zazil Sandoval Aguilar

Gustavo F. Guzmán

Impresa en los Talleres Gráficos

del INAH, av. Tláhuac 3428,

col. Los Reyes Culhuacán,

México, D. F.

Distribuida por la Coordinación

Nacional de Control y Promoción

de Bienes y Servicios del INAH,

Nautla 131-B, col. San Nicolás Tolentino,

CP 09850, México, D.F.

Número de certificado de reserva

otorgado por Derechos de autor:

04-2001-021910574600-102.

Número de certificado de

licitud de título y contenido

en trámite.

ISSN 0187 - 6074

Diseño de cubierta: Efraín Herrera

Ilustración: El Mascarón de Medias Aguas,

Veracruz. Fotografía proporcionada por:

Hirokazu Kotegawa.

3 *Presentación*

5 Antonio Benavides Castillo y Sara Novelo O.

La arquitectura Pucc Clásica de Balché, Campeche: labores de registro y conservación

30 Roberto Lunagómez, Xóchitl León y Nelly Núñez

Hallazgos recientes en el sitio Medias Aguas, sur de Veracruz

38 Miguel Pérez Negrete
El Cerro de la Estrella: unidades políticas de la cuenca de México, periféricas a Teotihuacan y la transición al Epiclásico

62 Mónica Zamora Rivera
Ubicación, descripción y análisis de los juegos de pelota en Cantona, Puebla

75 Miguel Guevara Chumacero y Janis V. Rojas Gaytán
Interacción y cambio entre los cacicazgos de la Costa Grande de Guerrero

89 Carmen Ma. Pijoan Aguadé, Josefina Mansilla, Ilán Leboreiro y Pedro Bosch
Color negro en dientes de Tlatelolco, D.F.: su caracterización

101 Carlos Salas Contreras
Crónica de la ocupación del predio sede de la Secretaría de Educación Pública, siglos XVI-XX

123 Jesús E. Sánchez
Aproximación al uso de los conceptos signo, estilo, carácter y tipo, en arqueología

Comentarios y debates

- Blas Román Castellón Huerta
La sabiduría del equívoco: respuesta a Francisco Rivas Castro

Noticias

- Hallazgos en dos sitios de la periferia de Tenayuca***
- Jüergen Kurt Brüggemann Schmidt (1942-2004) In memoriam***

Informes del Archivo Técnico

- Carlos Javier González González
Comentarios al informe del arqueólogo Horacio Corona Olea
- Horacio Corona Olea
Resultados de la Comisión de Rescate de piezas arqueológicas que aparecieron en las obras de drenaje practicadas con motivo de la transformación de la Plaza de La Constitución de la Ciudad de México, D.F. (1958)

Reseñas

- Enrique Nalda
Kohunlinch. Emplazamiento y desarrollo histórico por Ángel García Cook

Invitación a los colaboradores

ARQUEOLOGÍA recibirá artículos originales, noticias y reseñas bibliográficas referidas a temas teóricos, metodológicos y técnicos sobre el patrimonio arqueológico. Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. Si los dictaminadores consideran necesario modificar o corregir algún texto, se proporcionará copia al autor de éste para que realice los cambios pertinentes. Aceptada la contribución, se informará al autor y se enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación oficial vigente con fotografía. El autor recibirá diez ejemplares del número de la revista que incluye su trabajo, y cinco cuando se trate de más de tres autores. Los dictámenes son inapelables, y los trabajos no aceptados podrán ser devueltos, a solicitud expresa del autor o autores.

Requisitos para la presentación de originales:

1. La presentación de los textos propuestos deberá ser impecable. Se proporcionarán tres copias impresas en papel, acompañadas de su archivo electrónico en disquete o disco compacto (CD), en programa word (versión 6 en adelante). Las gráficas e ilustraciones incluidas serán entregadas en archivos separados al de los textos.

2. Los artículos tendrán una extensión mínima de 15 cuartillas y máxima de 40, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones; las noticias no excederán las 15 cuartillas y su contenido reflejará sobre todo hallazgos recientes y resultados técnicos; las reseñas no excederán las 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 1 700 caracteres aproximadamente, a doble espacio y escritas por una sola cara. Artículos y noticias deberán acompañarse de un resumen de media cuartilla (850 caracteres), y de la traducción de éste al inglés.

3. Los originales se presentarán en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.

4. En caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).

5. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.

6. Los números del cero al quince deberán escribirse con letra.

7. Las referencias bibliográficas deberán ir intercaladas en el texto y citadas entre paréntesis. Contendrán sólo el primer apellido del autor, seguido de *et al.*, en caso de que hubiera más autores, año de publicación; dos puntos y página inicial y final de la fuente, separadas por un guión corto, ejemplo: (Raab *et al.*, 1995: 293-294). La referencia deberá aparecer completa en la bibliografía. El uso de abreviaturas deberá ser homogéneo a lo largo del texto.

8. Los símbolos de asterisco (*) se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores, así como agradecimientos, aclaraciones u observaciones generales sobre el artículo. Notas de otro carácter deberán ir a pie de página con numeración corrida.

9. Para elaborar la Bibliografía deberá seguirse el siguiente modelo:

MacNeish, R.S., A. Nelken-Terner e I.W. Johnson
1967 *The Prehistory of Tehuacan Valley*, vol. II. *The non-ceramic artifacts*, Austin, The University of Texas Press.

Lorenzo, J. L. y L. Mirambell (coords.)
1986 *Tlapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 155).

Limbrey, Susana
1986 "Análisis de suelos y sedimentos", en J. L. Lorenzo y L. Mirambell (coords.), *Tlapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 155), pp. 67-76.

Oliveros, J. Arturo y Magdalena de los Ríos
1993 "La cronología de El Opeño, Michoacán:

nuevos fechamientos por radio-carbono", *Arqueología*, núms. 9-10, México, INAH, pp. 45-48.

Lechuga Solís, Martha Graciela
1977 "Análisis de un elemento de la estructura económica azteca: la Chinampa", tesis de licenciatura en Arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

González, Carlos Javier
1988 "Proyecto Arqueológico 'El Japón' ", México, Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH, mecanoescrito.

10. La foliación deberá ser continua y completa, incluyendo índices, bibliografía y apéndices.

11. Las gráficas e ilustraciones deberán ser originales. No se incluirán fotocopias, copias en acetatos ni archivos en disquetes de 3.5 pulgadas. Deberán ser numeradas consecutivamente y con referencia o llamada en el texto, descritas todas como figuras. Todas deberán ir acompañadas de su pie de ilustración.

Los mapas y dibujos se entregarán en papel *bond*, con líneas en negro. En el caso de fotografías, diapositivas u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien archivos digitalizados en escáner, con las imágenes amplificadas en tamaño carta y digitalizarlas con una resolución de 300 dpi. Sólo se aceptarán archivos con formato TIF o JPG.

12. Los autores proporcionarán lugar de adscripción, número telefónico y dirección de correo electrónico de al menos uno de ellos.

13. Editados los textos en pruebas de imprenta, los autores serán convocados para dar su visto bueno, mediante la lectura de los mismos, en un plazo no mayor de los cinco días hábiles.

Correspondencia:

Revista *Arqueología*
Coordinación Nacional de Arqueología del INAH
Moneda núm. 16, col. Centro
06060, México, D.F.
Tels. 5522 4241
Correo electrónico:
revistarqueologia@inah.gob.mx

p r e s e n t a c i ó n

Este número de *Arqueología* incorpora una amplia gama de temas de la historia mesoamericana y novohispana, pero además incluye algunos trabajos de corte teórico-metodológico, bastante escasos hasta ahora en la revista, como lo comprueba una rápida revisión cuantitativa en el índice general de recién publicación (*Arqueología* 31:152-154). Esperemos que este hecho represente el comienzo de un cambio en este sentido y que en el futuro haya más esfuerzos de reflexión sobre las propuestas teóricas a partir de las cuales construimos nuestros datos.

El primer trabajo, de Benavides y Novelo, nos presenta una caracterización arquitectónica, espacial y temporal del asentamientos de Balché, en el noreste de Campeche, con propuestas para su conservación.

El siguiente es una colaboración colectiva de Roberto Lunagómez, Xóchitl León y Nelly Núñez, que plantea la reconstrucción y discusión de la secuencia ocupacional y cerámica del sitio Clásico terminal de Medias Aguas, en el sur de Veracruz, así como de su papel a escala regional.

El artículo de Pérez Negrete, a partir del estudio de las evidencias del Clásico y de la transición al Epiclásico en el Cerro de La Estrella en la cuenca de México, propone la conformación de centros regionales con el fortalecimiento de elites locales, lo que favorece la aparición de modelos culturales alternos al teotihuacano.

Siguiendo con el tema del Epiclásico en la Altiplanicie Central, Mónica Zamora intenta un acercamiento a la estructura urbanística de Cantona y a sus cambios en el tiempo a partir de sus 25 juegos de pelota, de los que analiza la forma, la distribución y los arreglos arquitectónicos.

En el trabajo de Guevara y Rojas, el análisis y distribución de complejos cerámicos permite construir un modelo de interacción entre cacicazgos de la Costa Grande de Guerrero, donde la competencia entre elites origina un proceso de regionalización.

Pijoan y colaboradores, mediante la determinación de las sustancias utilizadas para ennegrecer las piezas dentarias de un entierro en Tlatelolco, en la Ciudad de México, establecen connotaciones culturales e históricas muy

interesantes, donde se puede confrontar la narrativa histórica con la observación de los contextos arqueológicos.

Carlos Salas también utiliza la documentación histórica y moderna, y la información arqueológica para describir, por medio de planos, la evolución arquitectónica y de uso del suelo del espacio que ocupó el convento de La Encarnación, en la Ciudad de México.

Por último, el trabajo de Jesús Sánchez nos hace reflexionar sobre el uso de conceptos que, tomados de otras disciplinas, como la historia del arte, se han vuelto elementos clave de los discursos arqueológicos. El autor propone sustituir el concepto de *estilo* por el de *carácter* con el fin de clarificar el manejo de la categoría de tipo arqueológico.

Finalmente, los invitamos a seguir colaborando con esta revista, su revista, cumpliendo puntualmente con los requisitos de publicación enunciados en la invitación a los colaboradores, ya que esto nos permitirá agilizar el proceso de publicación.

Los editores



*Antonio Benavides C. y Sara Novelo O. **

La arquitectura Puuc Clásica de Balché, Campeche: labores de registro y conservación

A finales de 2003 se realizaron las primeras labores de consolidación de los edificios de Balché, en el noreste de Campeche. El trabajo de campo incluyó el registro de arquitectura en pie que no se conocía y recorridos que permitieron entender mejor la distribución del asentamiento prehispánico. De acuerdo con las características de los edificios y al análisis de la cerámica colectada, la ocupación del sitio ocurrió fundamentalmente a lo largo de tres siglos, del 550 al 850 d. C. El asentamiento cubre una superficie promedio de 2 km².

Ubicación

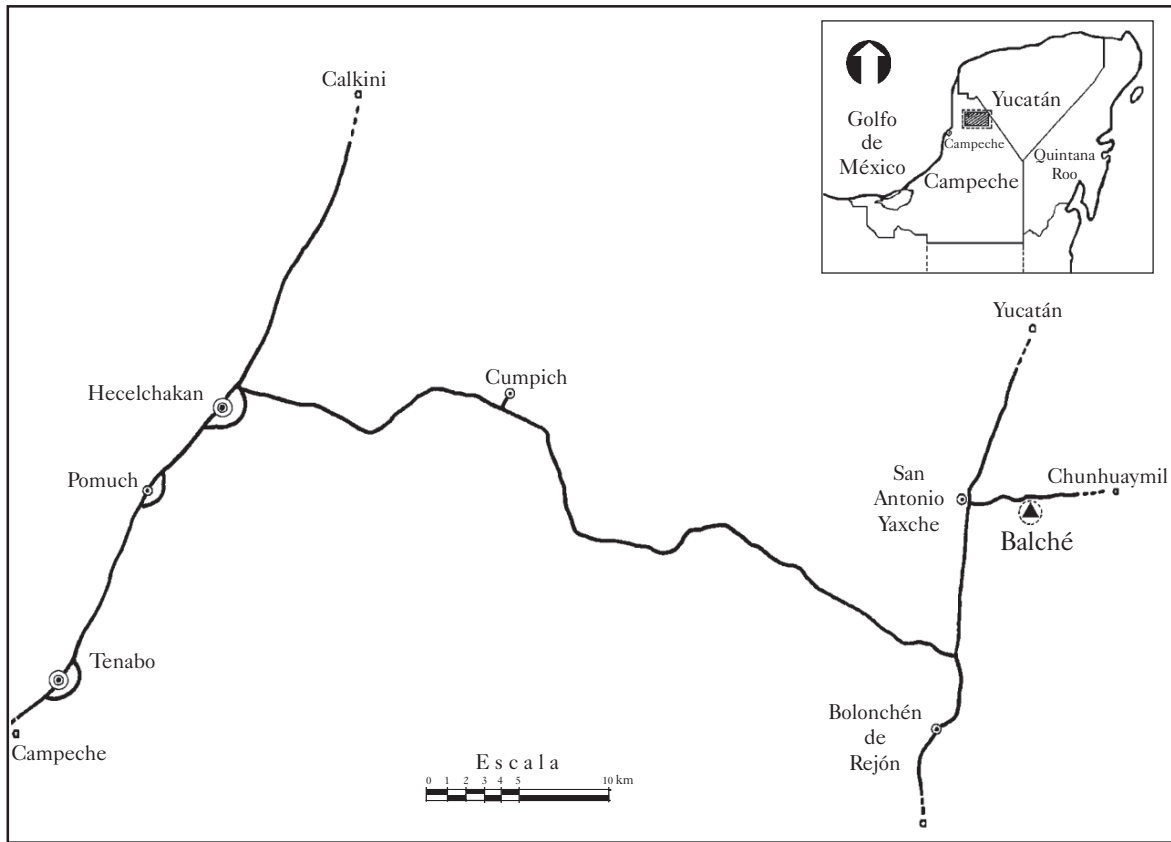
El asentamiento prehispánico de Balché se localiza en un rincón del sector noreste del municipio de Hopelchén, a 120 km al noreste de la ciudad de Campeche. Las comunidades más cercanas son Yaxché, de la cual dista 4 km, y Chunhuaymil, ubicada a 5 km al oriente. Ambos poblados se dedican fundamentalmente a la agricultura de temporal, practican la apicultura y crían poco ganado bovino. Los vestigios precolombinos de Balché ocupan un sector oriental de las tierras ejidales de Yaxché. Bolonchén de Rejón, cabecera de la comisaría municipal de las comunidades mencionadas se encuentra aproximadamente a 14 km al suroeste de la zona arqueológica (fig. 1).

El asentamiento

Los recorridos efectuados en el año 2003 permitieron confirmar que los vestigios prehispánicos de Balché ocupan una superficie promedio de 2 km², cálculo originalmente planteado por Nicholas Dunning (1992). Los edificios con arquitectura monumental suelen ocupar las cimas de colinas bajas que caracterizan a la zona, pero también hay inmuebles que tuvieron bóvedas de mampostería sobre adaptaciones construidas en las faldas de dichas elevaciones o bien en las sabanas circundantes.

Las adaptaciones son plataformas y nivelaciones o terrazas delimitadas por bardas de sillares burdamente careados. En ocasiones se usaron bloques sumamente grandes, con varios cientos de kilos de peso. Aprovecharon las partes de la colina que tenían pendientes suaves o casi planas, formando así espacios de descanso en el ascenso al mismo tiempo que crearon lugares para erigir construcciones diversas, aprovechar el terreno como fuentes de material de construcción (canteras o sascaberas) o bien para cavar cisternas en las cuales depositar agua de lluvia (chultunes). En las sabanas, estas plataformas elevaban el nivel del terreno y evitaban que las habitaciones se inundaran en tiem-

* Centro INAH Campeche. abc999@prodigy.net.mx



● Fig. 1 Plano de ubicación de Balché.

po de lluvia.

También se observó que, muchas veces, los inmuebles de mampostería conforman grupos arquitectónicos con plazas definidas por la presencia de otros edificios o por las nivelaciones artificiales sobre las que se erigieron. Si bien no se cuenta con un registro exhaustivo de las evidencias de construcción en superficie, es claro que en la sabana también existen amplios sectores intermedios en los que pudo haberse practicado alguna forma de agricultura.

Con base en los estudios de Dunning (1992) y a los recorridos efectuados en 2003 se puede indicar que los vestigios del asentamiento precolombino de Balché se encuentran en un valle irregular parcialmente rodeado de lomas bajas, con colinas más altas en su parte central, que alcanzan una altura promedio de 50 m. La ocupación maya aprovechó las elevaciones naturales para construir terrazas o nivelaciones en algunos sectores. Las fuentes disponibles de

agua parecen haber sido los chultunes, si bien se localizó una aguada en el extremo sur, aproximadamente a 1 km del núcleo del asentamiento.

Resumen de las investigaciones

El primer reporte del sitio se debe al explorador austriaco Teobert Maler, quien recorrió algunos de sus parajes y edificios en 1887. El pionero de la arqueología regional bautizó a las ruinas con el topónimo Xbalché, término que alude a un árbol de flores blancas (*Lonchocarpus yucatanensis*) o moradas (*Lonchocarpus violaceus*) y de cuya corteza, en algunas comunidades, continúa la tradición de elaborar una bebida ritual del mismo nombre. El licor era preparado desde tiempos precolombinos y existen referencias a él en documentos coloniales (ca. 1560) como en la *Relación de las cosas de Yucatán*:

...primero diré del vino como cosa que los indios mucho estimaban y por eso lo plantaban casi todos en sus corrales o espacios de sus casas. Es árbol feo y sin más fruto que hacer de sus raíces y miel y agua, su vino. (Landa, 1966: 130).

El reporte de Maler solamente incluyó tres construcciones y, desafortunadamente, y a diferencia de muchas otras localidades antiguas en las que estuvo, no legó ninguna fotografía.

Los vestigios prehispánicos fueron visitados eventualmente por campesinos, cazadores y saqueadores. La evidencia de ello procede de algunos fragmentos de cerámica de mediados del siglo XX que indican el uso de cántaros procedentes de Mama y de Ticul. En superficie también observamos un recipiente metálico para portar agua, fragmentos de sandalias con suela de llanta, algunas botellas de vidrio y partes de fuelles para humo comúnmente empleados en las labores de apicultura. El dato es además complementado por el hallazgo, en un sector alterado, de una moneda de cinco centavos acuñada en 1953.

En 1979, Balché fue una de varias zonas arqueológicas registradas por el arqueólogo mexicano Abel Morales (1980), quien participaba en un proyecto destinado a elaborar un atlas arqueológico del estado de Campeche. Morales documentó la existencia de cuatro “estructuras principales” y describió brevemente dos de ellas. También reportó cerámica del tipo Pizarra (Clásico tardío) y calculó una extensión promedio de 10 ha para Balché. La información permanece inédita.

Pocos años más tarde, el arquitecto estadounidense George F. Andrews (1919-2000), tesorero estudioso de las construcciones peninsulares, llegó a Balché. Sus recorridos y registros le llevaron a definir cuatro grupos de inmuebles (A, B, C y grupo sin nombre) al tiempo que numeró a varios de los edificios que conservaban arquitectura en pie pero independientemente del grupo arquitectónico al que pertenecieran y sin considerar plataformas o montículos adjuntos (Andrews, 1986, 1995).

Vino después otro estadounidense, Nicholas Dunning, quien de 1987 a 1992 realizó un mi-

nucioso estudio de un vasto sector de la región del Puuc. Recopiló información acerca de la topografía, suelos y nuevos elementos arquitectónicos que no habían sido registrados por investigadores previos (Dunning, 1992: 248-249).

En la década de 1990, los etnólogos alemanes Hanns Prem y Ursula Dyckerhoff (1930-2004) se dieron a la tarea de volver a localizar y de documentar con más detalle muchos de los edificios reportados por Teobert Maler entre 1886 y 1894. La labor permitió complementar la publicación de textos del explorador austriaco que habían permanecido inéditos (Maler, 1997; con prólogo y notas de Prem). Los especialistas germanos tuvieron éxito en la mayoría de los casos y sólo en unos cuantos sitios, como Balché, no pudieron localizar los inmuebles reportados por Maler.

Otro estudioso alemán interesado en las ruinas de Balché es Stephan Merk, quien ha recorrido intensamente la región en varias oportunidades. A él se debe la documentación de dos grupos pequeños de edificios ubicados al norte de los inmuebles previamente conocidos (Merk, 2003).

Los edificios reportados por Maler, según su croquis, se encuentran a legua y media al sureste de la hacienda Yaxché, sitio que aprovechó como centro de operaciones en marzo de 1887. Eso significa que están a unos 6 km, en línea recta, al sureste de la hacienda. Los vestigios precolombinos actualmente conocidos como Balché se localizan a 3 km al oriente de Yaxché, poblado que hoy constituye un ejido.

Al comparar las notas de Maler y las descripciones de los edificios por él visitados con la información de los investigadores que nos han precedido y con la nuestra propia, se observó una clara discrepancia. La ubicación y descripciones de Maler no coinciden con el acervo de datos reunido a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

En 2003 se intentó localizar los vestigios mayas a los que originalmente Maler denominó como Balché. Las entrevistas con algunos moradores de Yaxché y los recorridos al oriente en una zona aproximada en la que Maler indicó la existencia de las construcciones por él visita-

das, nos llevaron a la sabana de Chakankansah (hoy terrenos mecanizados) donde se ubicaron otros edificios mayas. Sin embargo, estos edificios tampoco coinciden con las descripciones del explorador austriaco. Queda entonces pendiente la localización de los inmuebles señalados por Maler.

El proyecto MANZANA en Balché

El proyecto MANZANA (Mantenimiento a zonas arqueológicas no abiertas al público) del Centro INAH Campeche se dedica a la conservación de inmuebles que están en peligro de desaparecer. Con base en los reportes e investigaciones previas se determina cuál sitio es indispensable atender por su valor histórico, arquitectónico, pictórico y/o escultórico. Puesto que se trata de un proyecto de mantenimiento, sólo se intervienen las estructuras que se encuentran en peligro de derrumbe, o bien que contienen elementos de gran valor patrimonial como es el caso de los edificios de Ichmac, Chelemí y Xuelén, que son de los pocos que aún conservan restos de pintura mural. Los trabajos no incluyen ningún tipo de excavación, únicamente se trata de volver a colocar o de restituir elementos estructurales (como jambas y dinteles) o sustentantes (porciones de núcleo, sillares de recubrimiento, tapas de bóveda) indispensables para la conservación del edificio. De manera paralela se registran, hasta donde lo permiten los recursos, todos los elementos muebles e inmuebles alrededor de los edificios intervenidos.

Desde 1998 se realizó un peritaje donde se expuso el peligro en que se encontraban los edificios de Balché y de Yaxché Xlabpak. En septiembre de 2002 los embates del huracán Isidore impactaron ambas zonas arqueológicas e hicieron indispensable iniciar algún tipo de acción para evitar pérdidas mayores. Por ello en 2003 los recursos del proyecto MANZANA fueron destinados a la zona arqueológica de Balché.

Los recorridos efectuados en los alrededores de los edificios conocidos de Balché permitieron encontrar y registrar inmuebles de los que antes no existía referencia alguna. Su rela-

tiva separación dentro del asentamiento no facilita agruparlos de la manera en que Andrews (1985, 1995)¹ propuso hacerlo.

De hecho, las agrupaciones presentadas por Andrews carecen de una clara sistematización o de explicación, variando los criterios de agrupación por cercanía relativa (edificios 1 y 2, o bien edificios 4, 5 y 9), o por su pertenencia a una misma nivelación (Grupo C, con tres inmuebles pero sólo asignando número general a uno de ellos).

El criterio básico de Andrews para registrar construcciones fue la existencia de arquitectura en pie, dejando de lado muchas nivelaciones, plataformas o montículos altos cuyo escombros indica que alguna vez tuvieron arquitectura abovedada. Es curioso haber asignado el número 9 a los vestigios de un fragmento de muro no mayor de 1 m de altura y 2 m de longitud, y no haber numerado de manera consecutiva a los edificios que acompañan al inmueble número 3 o a la construcción del costado occidental (dos cuartos abovedados en un nivel inferior) en ese mismo conjunto.

Para solucionar la problemática previa y tratando de evitar futuras confusiones, se decidió respetar la numeración de Andrews y continuarla en los inmuebles antes no reportados y que tuvieron techumbre de mampostería, independientemente de si hoy se encuentran o no en pie. Se prefirió, entonces, hacer referencia a grupos arquitectónicos sólo en aquellos casos donde la conformación artificial del terreno indica que se hizo un esfuerzo específico para brindar unidad a una serie de construcciones. Los grupos A y C de Andrews se apegan a dicho criterio. Algo similar sucede con los grupos Hooch y Sacbé, aquí reportados por primera vez.

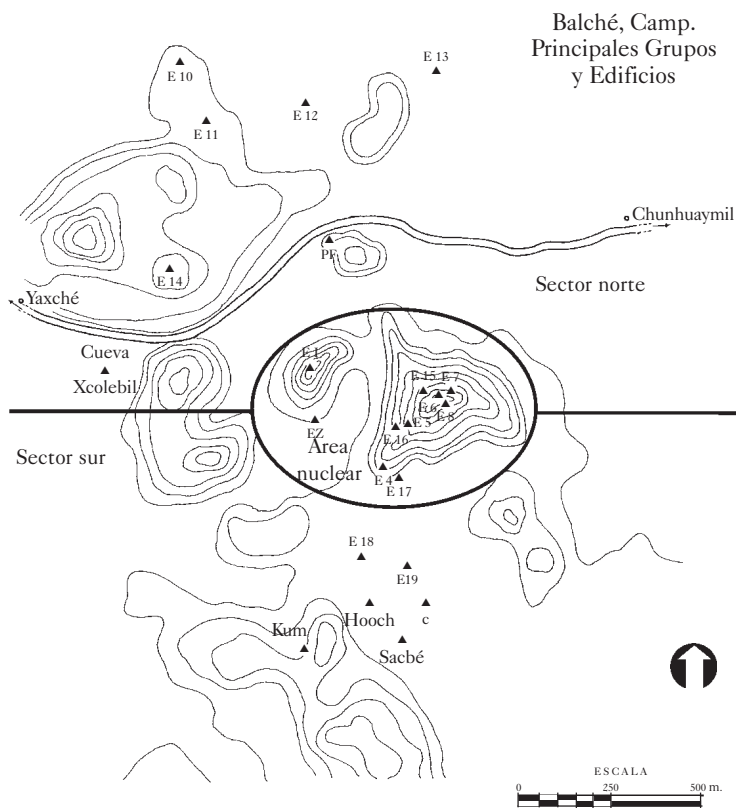
A continuación se presenta un resumen de los inmuebles que forman parte de Balché y cuya numeración iniciara Andrews (*op. cit.*), se-

¹ Los croquis de Balché elaborados por George F. Andrews nunca fueron publicados en su totalidad. Los originales de dicha documentación se hallan en el fondo específico del investigador, depositado en la Biblioteca Lyndon B. Johnson de la Universidad de Austin, Texas. En el Archivo Técnico del Consejo de Arqueología del INAH (Ciudad de México) existen copias de los informes del trabajo de campo efectuado por Andrews.

guido por Dunning (1992) —éste último no cambia ni crece la nomenclatura—, y se agregan los edificios hallados y registrados por nosotros proporcionando también una nomenclatura numérica según fueron registrándose. En cada apartado se incluyen las labores efectuadas por el proyecto MANZANA a lo largo de la temporada 2003. Para facilitar la presentación de los datos, hemos dividido la zona arqueológica en tres partes: el área nuclear, el sector norte y el sector sur (fig. 2).

El área nuclear

El núcleo del asentamiento está constituido por todos los inmuebles que ocupan la cima y las laderas de las dos colinas más elevadas (oriental y occidental) de la zona, así como los elementos ubicados entre ellas. Se inicia con la presentación de los edificios que se encuentran en la cima para continuar con los de las laderas y a los pies de esas elevaciones naturales (fig. 3).



● Fig. 2 Plano de los principales grupos y edificios de Balché.

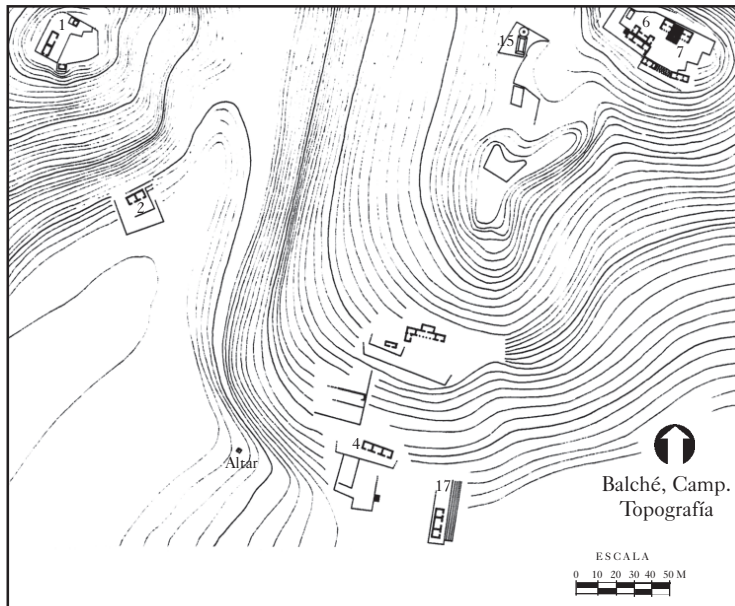
Edificio 1

Se localiza en la parte superior de la colina occidental, misma que presenta empinadas pendientes y cuya altura promedio sobre el valle es de aproximadamente 50 m. Varios sectores de dicha elevación natural fueron adaptados por el hombre, en especial la falda suroriental, hacia donde se encuentran otros vestigios prehispánicos como el Edificio 2.

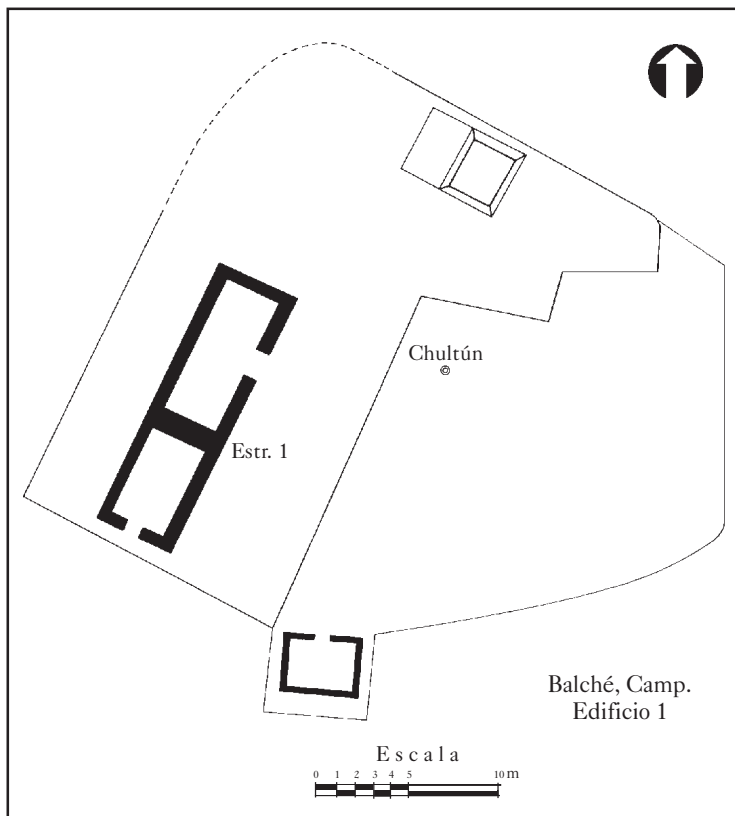
El Edificio 1 de Balché no está solo. Comparte la cima de la colina con dos inmuebles menores que debieron tener paredes y techos de materiales perecederos. Tampoco es una construcción de una habitación, como se reportó originalmente. Hoy solamente se conserva en pie un aposento con entrada por el oriente, pero en su costado sur, los sillares de un montículo derruido indican que existió otra habitación accesible por ese lado. A pocos metros al oriente de la esquina noreste del Edificio 1, tras descender dos escalones de una pequeña nivelación, existe un chultún (fig. 4).

En la fachada norte del Edificio 1 no existen sillares de esquina, tampoco en el paramento inferior, en la moldura media, o arriba. La pared, además, sólo está revestida con sillares bien cortados en su parte central, dejando grandes cuñas burdas en los sectores próximos a las esquinas. Ello nos indica que la construcción no se concluyó. Fue programada para contar con otro aposento en el costado norte, labor que nunca se realizó.

La peculiaridad anterior, de inmuebles preparados para ampliarse, pero sin que ello haya sido efectuado, se ha reportado en otros asentamientos de la región del Puuc como Xculoc y Chunhuhub (Michelet *et al.*, 2000: 113-114), así como en Xkipché y Kabah (Reindel, 1997; Prem, comunicación personal, fe-



● Fig. 3 Plano de los edificios que forman parte del área nuclear de Balché.



● Fig. 4 Planta del Edificio 1 y construcciones asociadas.

brero 2004).

Los trabajos del proyecto MANZANA en el Edificio 1 se limitaron a efectuar el retiro de la maleza que crecía sobre el techo, en especial varias plantas de henequén silvestre. También se apuntalaron dos sectores del techo. La pared sur ha venido a tierra casi por completo. La pared norte presenta una amplia grieta por efecto de raíces y el desprendimiento parcial de un bloque de mampostería con varios sillares. Es recomendable efectuar labores de consolidación a mediano plazo con el fin de asegurar la conservación del Edificio 1 de Balché. Sus coordenadas geográficas son: 20° 06.937' N y 89° 42.717' W.

Edificio 2

Se localiza prácticamente en la base de la colina antes mencionada, en su sector sureste. Esta obra también tuvo dos aposentos techados con arco falso, pero sólo se conserva en pie la habitación sur. En su costado meridional también puede apreciarse la falta de bloques de esquina y el recubrimiento de sillares labrados únicamente en la parte central del muro, elementos que indican una construcción planeada para crecer.

El inmueble ocupa el lugar más elevado de una pequeña nivelación artificial construida sobre el nivel del valle. El complejo también cuenta con un *actún* o cueva natural, que parece haberse acondicionado como cisterna pluvial. Entre la oquedad y el edificio se registraron dos metates en piedra caliza. En los sectores norte y poniente la nivelación se adosa al afloramiento rocoso de la colina.

Tras despejar la densa vegetación que envolvía al Edificio 2 se optó por apuntalar el interior, que acusaba una precaria estabilidad de varias tapas de bóveda, así como de las paredes laterales (norte y sur) del aposento. Los troncos de la parte superior fueron retirados cortándolos con motosierra, implemento que agilizó la tarea al mismo tiempo que evitó golpes bruscos en la construcción.

El muro interior oriente se encontró abombado o fuertemente deformado, con los sillares casi por caer. La unión de los muros interiores presentaba amplias grietas producto de la penetración de raíces de árboles, así como del asentamiento disparejo de las paredes. En la fachada faltaban varios cilindros de la decoración original, así como algunos sillares y molduras recientemente caídos.

Las labores de consolidación atendieron todos los problemas anteriores, resanando las grietas, restituyendo los sillares caídos, tapando los huecos dejados por los derrumbes, reinstalando las tapas de bóveda y dando nueva solidez al edificio. La restauración de la fachada oriente fue programada para intervenir al final, suponiendo que en el curso de los trabajos se encontrarían los sillares cilíndricos faltantes. Sin embargo, jamás aparecieron, seguramente porque fueron robados en el siglo XIX (como piezas constructivas para la hacienda Yaxché) o bien en algún momento del siglo XX.

La preservación de la fachada de este inmueble requería de los elementos desaparecidos para así obtener una mayor solidez y estabilidad. Ante su ausencia, se decidió restituirlos con piezas de concreto. Se tomaron las medidas de los cilindros y por fortuna eran prácticamente las mismas de los envases grandes de refrescos embotellados. Se reunieron envases vacíos en los alrededores de Yaxché, se elaboró una mezcla de polvo de piedra y cemento, se rellenaron los recipientes y una vez fraguados se procedió a limpiar sus asperezas. El resultado fueron cilindros de

concreto que muy bien reemplazaron a las piezas originales. Su color y textura difieren de los tamborcillos a los que acompañan, de modo que no hay duda respecto a su temporalidad (figs. 5 y 6). Sus coordenadas geográficas son: 20° 06.891' N y 89° 41.686' W.

Grupo A

En la cima de la colina oriental del área nuclear, a 55 m de la superficie de la sabana, encontramos el Grupo A de Balché, conformado por los edificios 6, 7 y 8. En este grupo arquitectónico se concentra la arquitectura monumental. Una lectura de GPS efectuada al centro de la plaza que comparten dichos inmuebles indicó las siguientes coordenadas geográficas: 20° 06.934' N y 89° 41.500' W.

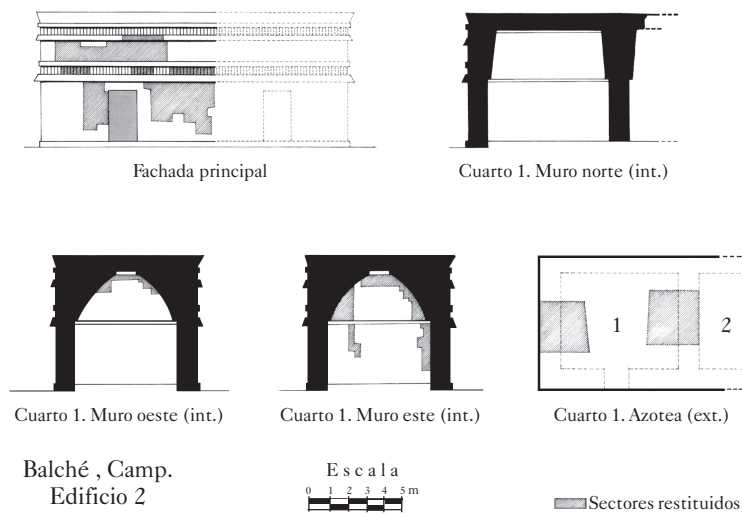
Edificio 6

Esta construcción se encuentra en el sector poniente del patio más elevado de la zona arqueológica de Balché. Su eje longitudinal corre en sentido este-oeste. Cuenta con dos niveles; el más bajo se halla en el costado sur, con sus accesos viendo hacia ese rumbo, y el más alto le da la espalda al anterior, con su fachada principal orientada hacia el norte (fig. 7).

El lado sur del Edificio 6 cuenta con tres habitaciones dispuestas en una sola fila. Los cuartos laterales tienen una sola entrada y el cen-



● Fig. 5 Fachada sur del Edificio 2 antes de su intervención.



● Fig. 6 Dibujo reconstructivo del Edificio 2 señalando los sectores intervenidos en 2003.

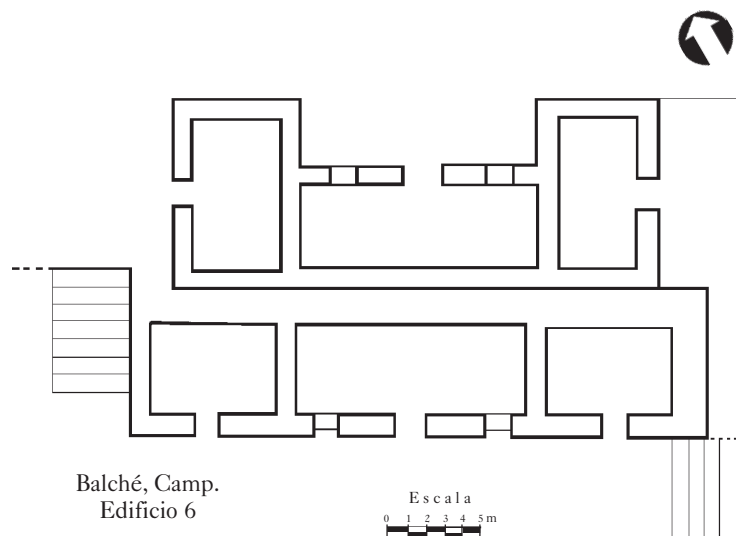
tral tuvo tres accesos, pero los de los lados fueron tapiados en tiempos antiguos. Sus cinco entradas son angostas y más anchas en la base que a la altura de los dinteles, dando así la impresión de vanos trapezoidales en lugar de rectangulares. Esta característica y otras de su construcción como el uso de varias piezas en las jambas, bóvedas logradas con lajas burdas en saledizo (nunca sillares regulares ni especializados como dibujó y reportó George Andrews) llevan a señalar que su cronología corresponde a la fase Proto-Puuc, es decir, del 550 al 650 de nuestra era y no al Puuc temprano (fechado entre 650 y 750 d. C.) (Andrews, 1986, 1995). Lo anterior significa que el Edificio 6 de Balché fue contemporáneo de inmuebles como aquel de la pintura mural con aves de Xuelén, o los ejemplos conocidos de Chelemí, Kankí o Xcalumkín (Pollock, 1980; Andrews, 1995: 14).

Cabe comentar que el costado sur del Edificio 6 posee el paramento superior mejor conservado y más complejo del sitio que nos ocupa. Encima de una moldura rectangular delgada y lisa corre una banda de sillares entrantes y

salientes sólo interrumpida encima de la entrada media del cuarto central. Sobre la banda referida, los constructores crearon líneas verticales entrantes y salientes a todo lo largo del paramento excepto en los sectores que se hallan encima de los cinco vanos de acceso. Sobre cada uno de ellos se colocó un sillar rectangular en saledizo o resaltado y encima de ello una banda más amplia de sillares que interrumpe parcialmente el ritmo de las líneas verticales antes mencionadas. No parece haber existido un motivo especial al centro del paramento superior. Los sillares de las esquinas que van sobre la moldura media están labrados en dos de sus caras con líneas verticales también entrantes y salientes (fig. 8).

El significado de la decoración antes descrita es desconocido, si bien el arquitecto austriaco Hasso Hohmann (comunicación personal, febrero de 2004) ha sugerido que pudo haber tenido relación con algún evento astronómico, dado que el eje longitudinal de la construcción corre precisamente en el sentido del trayecto solar. Hohmann ha comentado que las ranuras o espacios verticales formados por los sillares

El significado de la decoración antes descrita es desconocido, si bien el arquitecto austriaco Hasso Hohmann (comunicación personal, febrero de 2004) ha sugerido que pudo haber tenido relación con algún evento astronómico, dado que el eje longitudinal de la construcción corre precisamente en el sentido del trayecto solar. Hohmann ha comentado que las ranuras o espacios verticales formados por los sillares



● Fig. 7 Planta del Edificio 6.



● Fig. 8 Fachada sur del Edificio 6 después de los trabajos de restauración.

del friso podrían haber servido para marcar la incidencia solar en determinadas épocas del año.

En ambos extremos del Edificio 6 existen escaleras para pasar del nivel inferior al superior. Las gradas del lado oriente son de huella muy angosta y están flanqueadas por una delgada alfarda, mientras que la escalera del poniente presenta proporciones más cómodas y carece de alfarda.

Durante la limpieza de la base de la escalinata occidental encontramos dos metates en caliza de grandes dimensiones y, prácticamente en la superficie del piso (sector alterado por raíces de un árbol que creció justo encima), hallamos una “olla chultunera” (nombre coloquial dado a los recipientes que se usaban para extraer agua de los chultunes durante el Clásico tardío) que aparentemente fue depositada como ofrenda constructiva.

El segundo nivel o lado norte del Edificio 6, también cuenta con tres habitaciones pero su planta es diferente. El cuarto central tuvo tres entradas mirando al norte, las dos laterales también cerradas con mampostería en tiempos precolombinos. El aposento oriente es perpendicular al anterior y su acceso se encuentra en el lado este, mirando hacia el patio que comparte con el Edificio

7. La habitación poniente también es perpendicular al cuarto central pero su vano de entrada mira rumbo al occidente (figs. 9 y 10).

Las características arquitectónicas del lado norte del Edificio 6 son prácticamente las mismas que las halladas en el lado sur, con excepción del paramento superior que no presenta decoración alguna.

Otro dato de interés es que la tapa de la bóveda central del aposento medio del costado norte está decorada. Presenta un motivo en relieve que recuerda al glifo T510, es decir el símbolo Lamat (Venus) u octavo de los 20 días del calendario maya del periodo Clásico. La imagen fue labrada representando tres cruces, de tamaños distintos, contenidas entre sí (fig. 11).

Otras tapas de bóveda maya con motivos labrados han sido reportadas en Itzimté (Mayer, 1983), en la Estructura 4 del Grupo 1 de Kiuic



● Fig. 9 Vista aérea del sector norte del Edificio 6 después de la limpieza de vegetación.



● Fig. 10 Vista área del sector norte del Edificio 6 después de los trabajos de restauración.

(Pollock, 1980: 356), en X'Castillo o Castillo Pak, al noreste de Oxkintok (Pollock, 1980: 326) y en Xcochkax (Pollock, 1980: 393; Michelet *et al.*, 2000: 141).

Edificio 7

Esta construcción se encuentra en el sector noreste de una colina, compartiendo la cima y conformando un patio con los edificios 6 y 8. La estructura 7 tuvo cuatro aposentos, dos a cada lado de una escalinata ubicada en el lado sur del edificio. A cada par de habitaciones sólo se accedía por el frente de la primera habitación, donde hubo columnas que formaban tres entradas (fig. 12).

Los cuartos posteriores (lado norte) hoy están derrumbados y los del frente se conservan parcialmente. Arriba y al centro de la escalinata encontramos un gran hueco de saqueo, justo debajo de un elemento cuadrangular alguna vez recubierto con sillares labrados y estucado que quizá hizo las veces de base de una crestería.

Se consolidaron los elementos *in situ* en ambos aposentos parcialmente conservados. El del oriente presenta una inclinación, por asentamiento del peso de la mampostería antigua, en su paramen-

to superior, de modo que no sigue una línea vertical (como es el caso del lado poniente), sino un ligero talud hacia el interior del inmueble (fig. 13).

Dentro del aposento oriental que se conserva, cabe comentar la presencia de un pequeño nicho cuadrangular enmarcado por cuatro sillares cuadrados alguna vez recubiertos de estuco. Se encuentra en la pared norte, a la altura correspondiente de los morillos que van bajo la línea del arranque de bóveda. En la pared de enfrente no hay ningún elemento similar,

de modo que si no fue utilizado como nicho, pudo haber servido para empotrar alguna escultura hoy desaparecida.

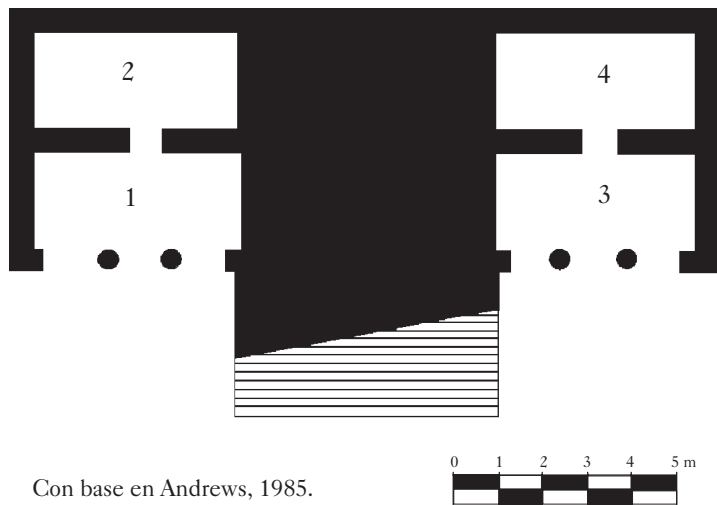
Las características arquitectónicas del Edificio 7 de Balché permiten clasificarlo como propio de la fase Puuc temprana (650-750 d.C.)

Edificio 8

Las labores de limpieza de maleza permitieron reconocer y registrar este inmueble. Se encuentra en el sector sureste de la cima de la colina en la que se hallan los edificios 6 y 7 antes mencionados, si bien a unos 5 m por debajo del nivel del patio superior que conforman las estruc-

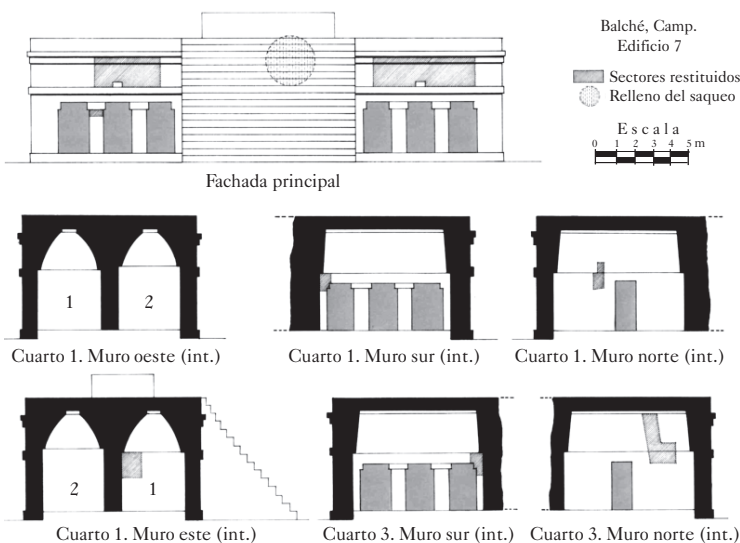


● Fig. 11 Tapa de bóveda del Edificio 6, se encuentra remarcado el relieve del glifo Lamat.



Con base en Andrews, 1985.

● Fig. 12 Planta del Edificio 7.



● Fig. 13 Dibujo reconstructivo del Edificio 7 señalando los sectores restaurados en 2003.

del lado oriente). Sólo se consolidaron algunos sillares y parte de la moldura media correspondientes al extremo occidental.

Podría suponerse que cada grupo de aposentos (oriente y poniente) fue construido en etapas distintas como edificios independientes y que luego se adaptaron para conformar un solo inmueble. Las dimensiones diferentes de las jambas, el distinto tipo de trabajo en los sillares de recubrimiento y una variación de algunos grados en la orientación general de las habitaciones llevan a pensar en ello. Sin embargo, no se pueden definir etapas constructivas hasta que no se realicen excavaciones.

Es interesante anotar que frente al Edificio 8 (a su lado sur) hay una terraza que probablemente sería el acceso principal del grupo arquitectónico. No obstante, la terraza termina en una abrupta pendiente en la que no hay ningún vestigio de construcción y tampoco los encontramos en el nivel inferior de la colina. Por el buen trabajo de la piedra de recubrimiento en el sector oriente del edificio, y por el tipo de jambas y dinteles que en él se usaron se puede incluir en la fase Junquillo (750-850 d.C.).

turas referidas.

El Edificio 8 está formado por seis aposentos que miran al sur; tres al este de una posible escalera central y los otros tres al poniente de dicho acceso. Es importante comentar que en superficie no se aprecia ningún elemento de la supuesta escalinata; ello sólo se sugiere con base en la hipótesis ilustrada de Andrews, quien visitó el lugar a mediados de los años ochenta.

Por otra parte, no se conserva en pie casi nada de las bóvedas (queda algo de los arcos falsos

Edificio 15

En un nivel inferior de la colina oriental, a unos 70 m al poniente de los edificios 6 y 8, sobre una pequeña elevación natural adaptada como plataforma de sustentación se encuentra el Edificio 15. Su eje longitudinal corre en sentido norte-sur. Está completamente derrumbado, pero los sillares de sus escombros indican que estuvo techado con arco falso. En los alrededores hay nivelaciones del terreno bien marcadas por alineaciones de piedras y justo al nor-

te hay un elemento circular que podría indicar la plataforma de captación de un chultún.

Edificio 5

A este inmueble se llega tras descender unos 16 m más en la colina antes mencionada. El Edificio 5 también mira hacia el sur y su planta alargada con salientes en el extremo occidental y en la parte posterior indican que es el producto de un crecimiento gradual. Apparentemente el aposento más temprano es el del extremo norte, casi unido al afloramiento rocoso ascendente de la colina (fig. 14).

En ambos lados del vano de acceso al cuarto norteño se observa que el recubrimiento de las paredes fue logrado con sillares bien cortados, pero de dimensiones y formas desacostumbradas. Un rápido sondeo de lo que se conservaba en pie del muro occidental permitió ver un mosaico de sillares formado por líneas rectas, líneas quebradas y círculos. Estuvo enmarcado por pequeñas piezas escalonadas dispuestas de modo que conforman el mismo motivo en alto y en bajo relieve. No entendemos cabalmente el motivo que se quiso representar y desafortunadamente sólo se conservó *in situ* un 40 por ciento de todo el mosaico. El sector fue dañado por saqueadores a mediados de la década de los años cincuenta (fig. 15).

Un segundo momento está marcado por los tres cuartos que ocultan al anterior. El central de ellos tuvo cinco vanos de acceso formados por cuatro columnas. Una última habitación, en el extremo suroeste, concluyó la construcción. El inmueble también cuenta con su propia ni-

velación y espacio delantero para facilitar la circulación. En su costado poniente se registró un chultún.

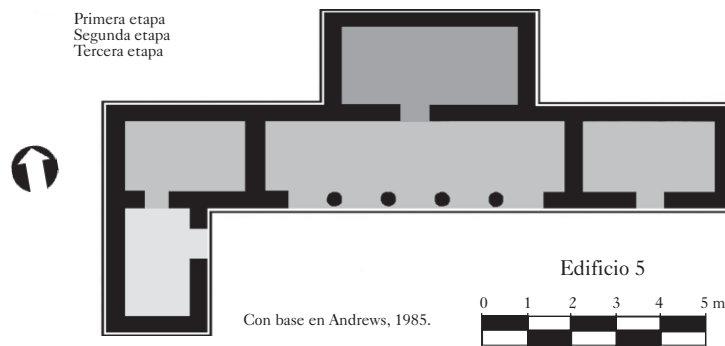
En el Edificio 5 hubo pies de piedra empujados en el intradós o parte alta de las bóvedas de los extremos oriente y poniente (correspondientes a la segunda fase constructiva). Las piezas han sido arrancadas o mutiladas. Durante 2003, se localizó un pie completo, con todo y espiga. Para evitar su daño o robo, se depositó en la propia estructura en uno de los agujeros de saqueo que fue tapado durante las labores de mantenimiento.

Los trabajos de consolidación atendieron los fuertes problemas de estabilidad que acusaba el muro poniente, quitando la vegetación que crecía encima, restituyendo una parte de su moldura media que había venido a tierra, sellando grietas y restituyendo varios sillares caídos en ambos paramentos. Labores similares se efectuaron en la esquina noroeste de la construcción.

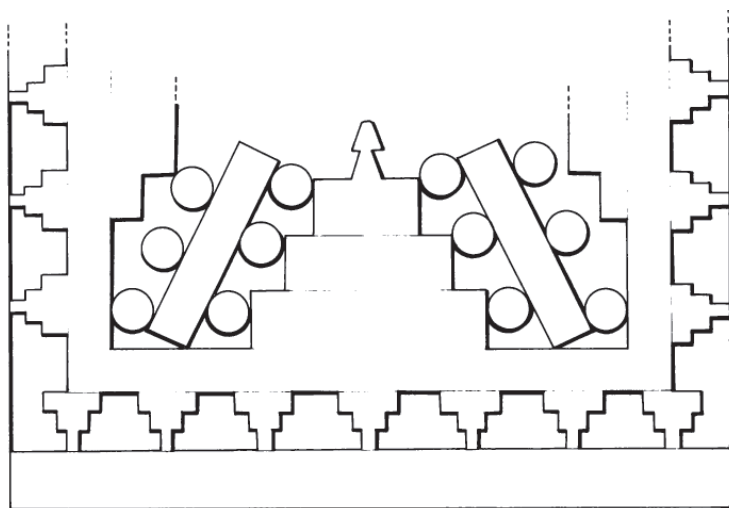
También se trabajó en el extremo poniente del acceso que tuvo columnas. El sector se asentó como un solo bloque masivo, lo cual dificultaba desmantelar y volver a armar todo el muro, con riesgo de deteriorar el arco abovedado que soporta. Por ello se consolidaron sus sillares respetando la inclinación parcial hasta lograr alcanzar, conforme se ascendía, la línea vertical.

Los interiores de los aposentos occidental y norte también requerían la restitución de sillares caídos o arrancados por vandalismo, especialmente en el paramento vertical, pero también en algunos sectores de los intradós. Todos estos problemas fueron subsanados reponiendo los sillares de recubrimiento faltantes.

Los elementos hallados *in situ* del mosaico occidental fueron consolidados. En su base se colocaron las otras piezas que formaron parte de él, pero que no pudieron restituirse ante la incertidumbre de su posición dentro del mosaico. Posterior a su registro, fue sepultado para procurar su conservación. Los vesti-



● Fig. 14 Planta arquitectónica del Edificio 5.



Balché, Camp.
Edificio 5
mosaico interior

Escala
0 10 20 30 40 50 m

● Fig. 15 Dibujo de los motivos del mosaico en piedra localizado en el edificio 5.

gios del mosaico oriental del cuarto central no fueron explorados, sus coordenadas geográficas: 20° 06.854' N y 89° 41.591' W.

Edificio 16

A escasos 4 m de la esquina suroeste del Edificio 5 se halló un montículo con su propia terraza de sustentación. Este inmueble también fue de mampostería, pero hoy sólo se aprecia un montículo de 6 m, en sentido este-oeste, por 2 m de ancho. Tuvo una sola entrada en su costado sur. Como se señaló en párrafos previos, su nomenclatura como Edificio 16 es fortuita, dado que no había sido registrado previamente.

Edificio 9

Andrews asignó el número 9 a los vestigios muy destruidos de lo que fue una construcción alargada (16 m este-oeste por 3 m norte-sur). Hoy sólo se aprecian algunos sillares de los muros, pero a una altura promedio menor a 1 m. Se localiza prácticamente a mitad de la pendiente que hay entre los edificios 4 y 5, en el sector poniente.

En este edificio solamente se efectuaron

registros topográficos de las nivelaciones adjuntas. No se realizó ninguna consolidación. Aunque es el único edificio numerado en el que no hay evidencia de una construcción abovedada, se mantuvo la numeración de Andrews para evitar posteriores confusiones.

Edificio 4

Se encuentra muy cerca de la base de la colina oriental del núcleo de Balché, si bien una elevación del terreno le ubica a varios metros por encima de la parte plana del valle. Antes de llegar al edificio encontramos una terraza de 1.30 m de altura promedio en su costado sur; su acceso se lograba desde el lado oriente, en donde hay

una escalinata de 3 m de ancho, con ocho escalones, cubriendo así poco menos de 2 m de altura. Arriba, casi al centro de esa terraza, existe un chultún.

Las paredes de esa nivelación fueron erigidas para romper el desnivel ascendente de la colina, conformando así espacios planos que seguramente facilitaron diversas actividades del hombre prehispánico (circulación, construcción, mantenimiento, etcétera).

Tres paños del costado sur de esa terraza fueron consolidados durante esta temporada de campo, frenando así los derrumbes parciales que presentaban, conservando el dato arqueológico y permitiendo entender mejor la sencilla, pero útil construcción. La mezcla moderna fue aplicada únicamente por la parte posterior de los muros y la altura alcanzada nunca excedió la altura original que se había conservado. Ello incluso es evidente porque respeta el nivel de la superficie plana que encierra en la parte superior. En los espacios pequeños que quedaron entre las piedras grandes se insertaron cuñas, del mismo modo que se realizó en tiempos antiguos. La prospección permitió localizar el acceso original (una escalinata) a la plataforma. Se encuentra en el lado sur, rumbo

hacia donde se extiende precisamente el asentamiento sobre la sabana.

A unos 4 m más arriba de la terraza anterior hallamos otra nivelación (de unos 50 cm de altura) sobre cuyo nivel desplanta el Edificio 4. Éste miraba hacia el sur y alguna vez contó con tres habitaciones, pero hoy sólo se conserva en pie una parte del muro posterior (lado norte), algo del muro poniente y las paredes divisorias interiores de los cuartos.

Según Andrews (1995: 47) los elementos conservados indican una arquitectura Junquillo (750-850 d.C.). Seguramente para ello no consideró el friso en talud, pero sí la presencia de cilindros o tamborcillos como parte de la decoración del paramento superior (fig. 16).

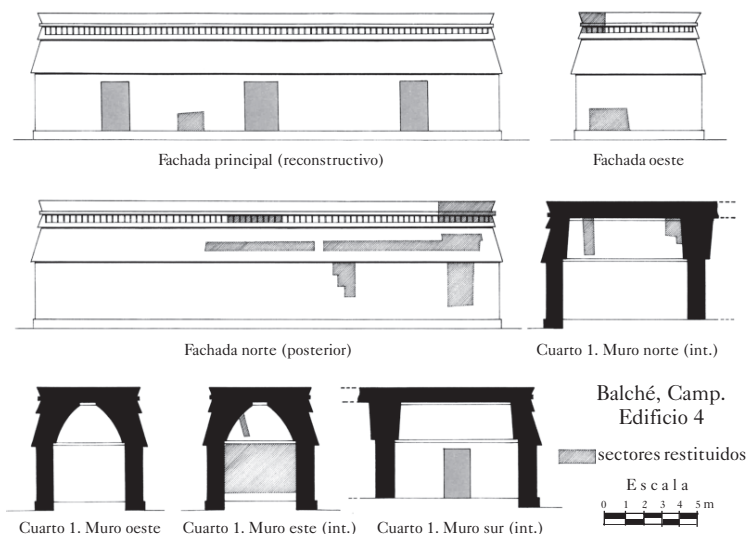
En el Edificio 4 se consolidaron los elementos que hallamos *in situ*, en especial aquellos del extremo poniente. Se retiró la vegetación que cubría al inmueble, se restituyeron los sillares caídos en ambos paramentos del aposento occidental, se reinstalaron los cilindros lisos que decoran la moldura superior del costado norte y se sellaron las grietas que afectaban a los sectores intervenidos (fig. 17). Las coordenadas geográficas son: 20° 06.819' N y 89° 41.602' W.

Edificio 17

Se encuentra en la parte sur de la base de la colina oriental. Es una construcción alargada, con su eje longitudinal marcando los rumbos norte y sur, de unos 16 m de largo por 4 de ancho. Parece haber tenido tres aposentos que miraron al oriente. Se halla completamente derrumbada, pero aún son visibles muchos sillares de recubrimiento, así como jambas y dinteles



● Fig. 16 Fachada norte del Edificio 4 después de su restauración.



● Fig. 17 Dibujo reconstructivo del Edificio 4, se muestran los sectores consolidados en la temporada 2003.

de gran tamaño.

La plataforma de sustentación tiene una altura promedio menor a 2 m y contaba con una larga (33 m) escalinata de ocho gradas en el lado oriental. El Edificio 17 dista poco menos de 40 m del sector sureste del Edificio 4. Al norte del Edificio 17, sobre la falda de la colina, hay más vestigios arquitectónicos. La falta de tiempo impidió su recorrido y registro.

Altar

En el sector suroeste de la colina oriental, en la parte más baja, se localizó un pequeño altar a unos 75 m al poniente del Edificio 4. El altar es de planta cuadrangular, con 2.20 m por lado y escasos 40 cm de altura. En su parte central hay un bloque de caliza burdamente cortado y muy erosionado. Los sillares que conforman el altar también están toscamente labrados y afectados por la intemperie.

Sector norte

Hacia el norte del núcleo de Balché se realizaron recorridos y registros que permitieron la ubicación de algunos edificios reportados anteriormente (Merk, 2003) así como de nuevos espacios arquitectónicos. En este sector se ubican los edificios 10, 11, 12, 13, 14, la cueva Xcolebil y la plataforma noreste.

Edificio 10

Esta construcción se encuentra en el extremo norte de la superficie recorrida en 2003. Se trata de un inmueble, hoy colapsado, que se erigió en la cima de una colina natural. El Edificio 10 de Balché se halla a unos 600 m al norte del camino de terracería que va a Chunhuaymil, a unos 150 m al noroeste del Edificio 11.

Edificio 11

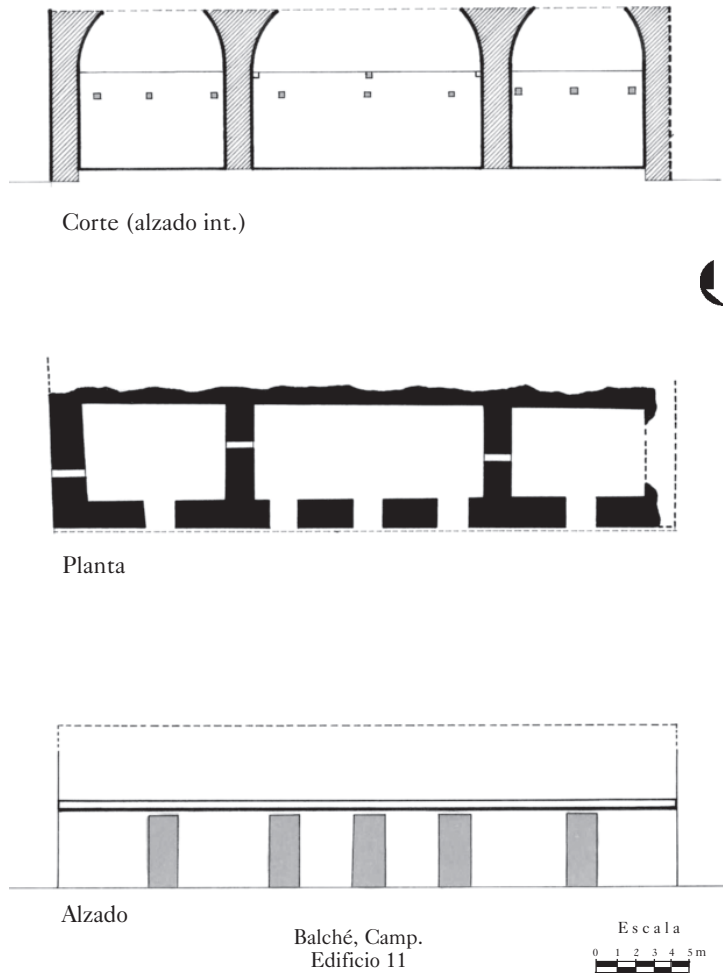
Es un inmueble con seis aposentos dispuestos en dos filas. Tres miran hacia el sur y los demás hacia el norte. Aparentemente contó con otras habitaciones de mampostería en la parte superior, pero de ello muy poco pudo observarse por la densa vegetación que lo envolvía. Las dimensiones de los sillares de recubrimiento, jambas y dinteles, así como el uso de lajas en saledizo para conformar las bó-

vedas permiten clasificar a esta construcción como propia del estilo Proto-Puuc (fechado alrededor del 600 d. C.) (fig. 18).

El Edificio 11 fue reportado originalmente por Stephan Merk (2003), quien lo denominó Actún Chen por una cavidad cercana. No se efectuó ninguna labor de consolidación o restauración, únicamente se efectuó el registro gráfico de los elementos aún en pie. Sus coordenadas geográficas son: 20° 07.300' N y 89° 41.798' W.

Edificio 12

En este caso también se trata de los vestigios de un inmueble hoy derruido, pero del cual aún son visibles una columna y una jamba



● Fig. 18 Planta arquitectónica y alzado de los sectores que aún se encuentran en pie del Edificio 11.

monolíticas. El inmueble miraba hacia el oriente. Se encuentra a unos 250 m al este del edificio anterior. Entre los sillares del escombros se observaron piedras bota que algo indican del arco falso que lo techó.

Coordenadas geográficas: 20° 07.300' N y 89° 41.685' W.

Edificio 13

Esta construcción tuvo cuando menos dos aposentos, pero solamente conserva uno en pie. La única pared que sobrevive aún tiene, sobre el intradós, un fragmento de escultura en piedra en forma de pie humano. Los vestigios arquitectónicos parecen indicar que el inmueble pertenece al estilo Junquillo (750-850 d. C.). Sólo se efectuó el registro gráfico del edificio (fig. 19).

En los alrededores se observó varias plataformas y edificaciones abovedadas (hoy totalmente derrumbadas) conformando grupos de patio. La falta de tiempo impidió el registro de estos inmuebles. Sus coordenadas geográficas son: 20° 07.339' N y 89° 41.648' W.

Edificio 14

Sus escombros fueron reportados por Merk (2003) con el nombre de Balché norte. Se encuentra sobre una pequeña elevación natural, a unos 400 m al suroeste del Edificio 11 (Actún Chen). En la base de la colina se localizó una gran sarteneja. Sus coordenadas geográficas son: 20° 07.119' N y 89° 41.847' W.

Plataforma noreste

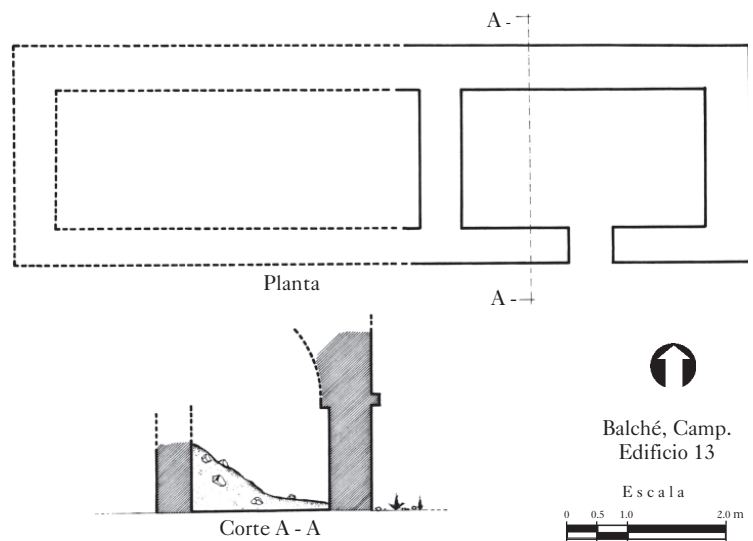
Junto al camino que conduce a Chunhuaymil se localizó una plataforma elaborada con grandes piedras burdamente careadas. La brevedad de la temporada de campo impidió su recorrido. Sus coordenadas geográficas son: 20°07.184'N y 89°41.672'W.

Cueva Xcolebil

Durante los recorridos por los alrededores de los edificios de Balché se supo por los informantes locales de la existencia de una cueva en el sector noroeste del asentamiento prehispánico. La entrada a la cavidad se localiza a pocos metros al sur del actual camino de terracería que va a Chunhuaymil. Es interesante anotar que el acceso a la cueva presenta una especie de barda circular de poca altura, a manera de brocal, y en los alrededores se observaron algunas plataformas bajas. Las coordenadas geográficas en ese punto son las siguientes: 20° 07.014' N y 89° 41.985' W.

La cueva es una formación natural que desciende hasta una profundidad promedio de 35 m y el recorrido total realizado fue de 75 m. Cuatro pasajes verticales dificultan el trayecto y al fondo encontramos solamente un pequeño espejo de agua, menor a 1 m² de superficie. Ha habido diversos derrumbes y mucho material acarreado por las lluvias ha azolvado el fondo (fig. 20).

Se observaron algunos materiales cerámicos, pero no se apreció ninguna representación grabada o pintada en las paredes de la cueva. De interés espeleológico puede ser una formación natural producto de goteo secular, que presen-



● Fig. 19 Registro arquitectónico del Edificio 13.

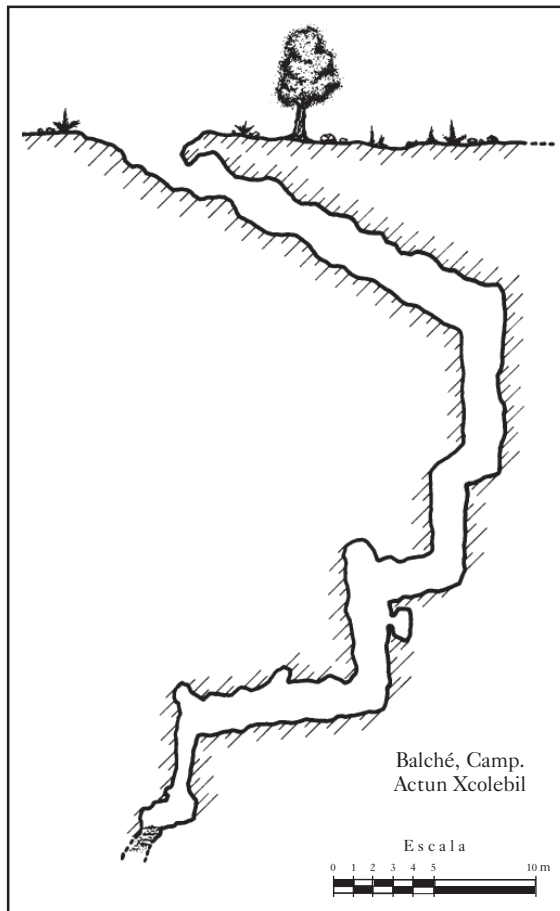
ta múltiples pliegues brillantes y que se encuentra casi a ras de suelo, a unos 12 m de la entrada, en el costado poniente del camino. Un poco más adelante se aprecian piedras irregulares acomodadas, formando una pared de piezas bien estibadas y, al mismo tiempo, el camino que conduce al primer pasaje vertical.

Sector sur

En el sector sur de Balché encontramos los edificios 18 y 19, así como los grupos C, Hooch, Sacbé y la plataforma Kum. En esta zona también se localizó una aguada que está pendiente de registrar mediante coordenadas geográficas.

Edificio 18

El inmueble tuvo dos aposentos de mampostería techados con arco falso. Cada uno tenía

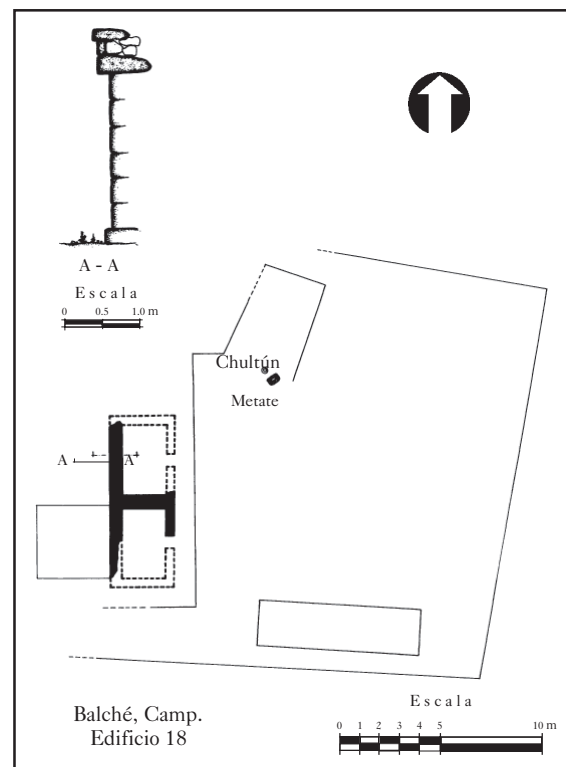


● Fig. 20 Corte esquemático de la Cueva Xcolebil.

su entrada independiente por el lado oriente, rumbo sobre el que se extiende una amplia plataforma de acceso de unos 500 m² (20 por 25 m) en cuyo sector noroeste hay un chultún y en cuyo lado sur se aprecian los vestigios de un montículo bajo, alargado en sentido este-oeste (fig. 21).

La parte que se conserva en pie es el muro poniente o posterior del edificio, donde todavía se aprecia un sector de la moldura media decorado con una serie de cilindros pequeños enmarcados por bandas lisas. Las jambas fueron elaboradas con bloques de gran tamaño cuya anchura cubría el grosor del muro. Estas características podrían indicarnos que el inmueble corresponde a la fase Junquillo (ca. 750–850 d. C.)

La plataforma aprovecha una elevación rocosa natural y se adapta a ella. Esto es más perceptible en su sector noreste, donde se aprecian mejor los grandes bloques de sus muros de retención. El conjunto fue denominado en campo, por facilidad, como Grupo Pech. Las coordenadas geográficas son: 20° 06.706' N y



● Fig. 21 Registro arquitectónico del Edificio 18.

89° 41.630' W.

Edificio 19

Se halla a unos 90 m al sureste del inmueble antes comentado. El Edificio 19 fue erigido sobre una masiva plataforma que cubre parcialmente una elevación natural de roca caliza (como es evidente en su costado sur). La base de la plataforma es prácticamente cuadrangular, con 25 m por lado, y tuvo un acceso en su lado norte. El edificio superior está totalmente derruido (fig. 22).

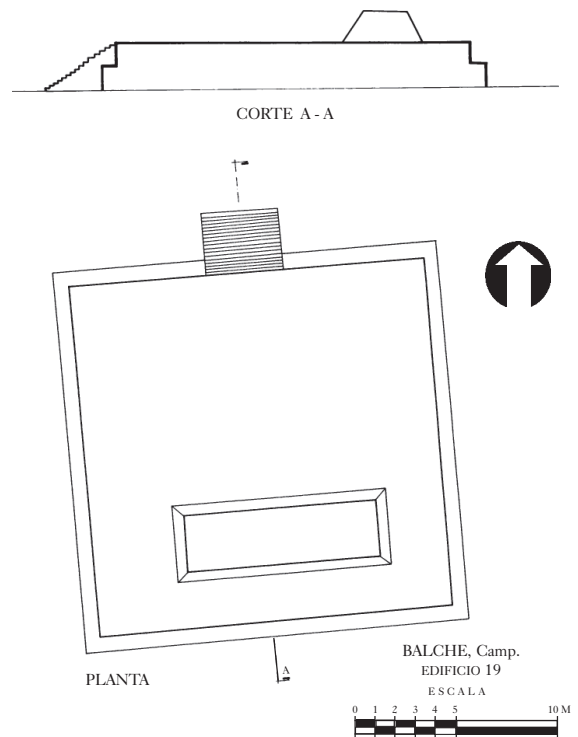
Grupo C

Este grupo arquitectónico fue registrado parcialmente por Andrews (1985). En los recorridos efectuados en sus alrededores en 2003, se documentaron varios otros elementos arqueológicos como los muros verticales de nivelaciones o terrazas en sus costados norte y oriente, así como tres plataformas de baja altura en el sector oriental del conjunto arquitectónico. Otro detalle de interés es que los tres inmuebles de mampostería del nivel más elevado del grupo desplantan de una misma nivelación común. Se les asignaron los números 3, 20 y 21. El número 22 está estrechamente asociado a ellos, si bien en un nivel inferior inmediato (fig. 23).

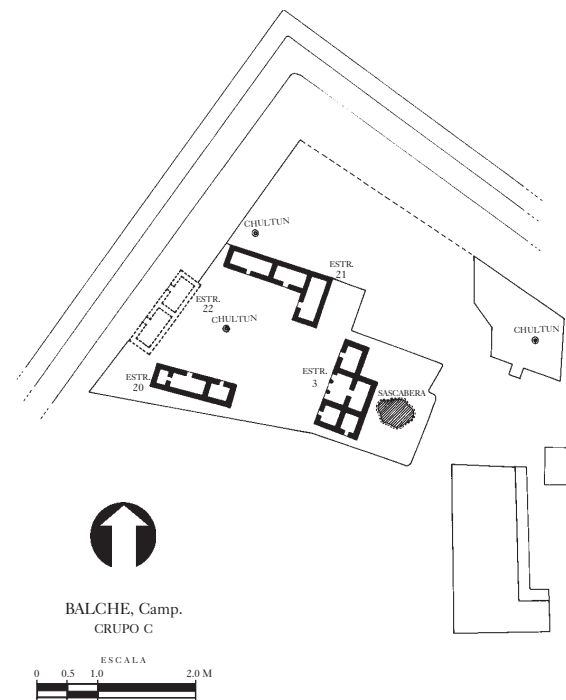
Durante el recorrido también se observó que en tiempos relativamente recientes algunos sectores fueron utilizados por apicultores. Varios implementos propios del oficio, partes de calzado y botellas de vidrio evidencian su estancia. Las coordenadas geográficas del patio principal del Grupo C (encerrado por los inmuebles 3, 20 y 21) son: 20°06.639'N y 89°41.549'W.

Edificio 3

Este inmueble fue dañado severamente por el huracán Isidore en 2002. Los planes para su intervención en 2003 fueron cancelados al encontrarse con que había venido a tierra toda su fachada poniente y los muros de los tres aposentos



● Fig. 22 Registro arquitectónico del Edificio 19.



● Fig. 23 Planta del Grupo C.

correspondientes. Hoy sólo queda en pie una habitación abovedada de las dos que había en el sector posterior.

El diseño de la hoy desaparecida fachada con moldura quebrada era precisamente el elemento que permitió diferenciar a este edificio como propio del estilo Puuc temprano (600–750 d. C.) (fig. 24). Otros edificios similares a este inmueble y que aún se conservan en pie han sido reportados en Chac II, Chunyaxnic, Cooperativa, Halal, Huntichmul, Kabah, Kiuc, Kom, Labná, Mul Chic, Sabacché, Sayil, Uxmal, Xcavil de Yaxché, Xcorralché y Xkokoh (Pollock, 1980; Andrews, 1995: 21-38).

En el costado oriente (o atrás) del Edificio 3, cabe señalar la existencia de una gran oquedad que semeja una cantera. Varias de las paredes de esa fuente de piedra presentan grandes grietas y derrumbes. Algunas podrían ocultar pasajes subterráneos a la construcción.

Edificio 20

Esta construcción forma parte del Grupo C mencionado por Andrews (1985). Este autor le asignó el número 2 dentro de dicho grupo arquitectónico, pero ahora se le denominó número 20 para prevenir se confunda con el inmueble que antes el mismo Andrews reportó como número 2 en otro espacio de Balché.

El Edificio 20 se encuentra en el costado sur del Grupo C. Es un inmueble alargado en sentido este-oeste y que pudo haber tenido tres

cuartos. Según Andrews (*op. cit.*), dos habitaciones miran al norte, es decir al patio del grupo, y la del extremo oeste sólo es accesible a través del cuarto central.

Edificio 21

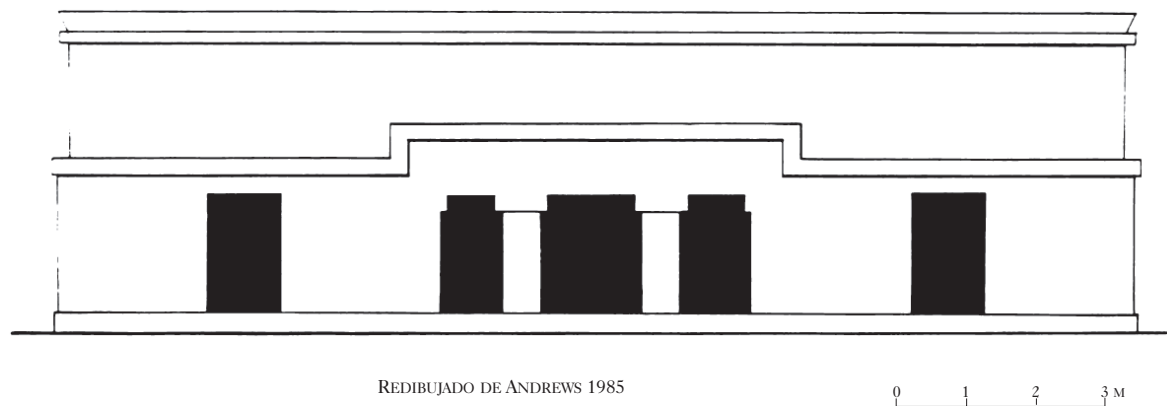
Este inmueble ocupa el costado norte del patio formado por las construcciones de mampostería de este conjunto. Adopta en planta la forma de una letra “L” invertida. Parece haber tenido tres aposentos, dos mirando al patio referido. El acceso de la habitación oriental no es discernible sin excavación.

Edificio 22

Se localiza en el extremo poniente del Grupo C. Es una estructura de dos habitaciones que miraban hacia el occidente. Fueron construidas en el nivel inferior inmediato al patio principal sobre el que se encuentran los edificios 3, 20 y 21. Del Edificio 22 hoy sólo son visibles los muros interiores de la pared posterior, misma que tapa (¿?) o soporta (¿?) el sector inferior del patio antes referido.

Grupo Hooch

Este grupo arquitectónico contiene dos estructuras abovedadas a las que asignamos los números 23 y 24. El grupo fue construido sobre una elevación natural cuya periferia fue adap-



REDIBUJADO DE ANDREWS 1985

0 1 2 3 M

● Fig. 24 Dibujo reconstructivo de la fachada oeste del Edificio 3. Este sector del edificio colapsó por los embates de un huracán.

tada en varios sectores, con muros verticales, para diferenciarla claramente de su entorno. Internamente se crearon varias terrazas o sectores planos y un gran chultún (hoy derrumbado). Dos escalinatas en distintos puntos del costado sur brindan acceso. En conjunto, el grupo arquitectónico cubre una superficie promedio de 500 m². Fig. 25

Llama la atención la altura de los muros de contención, especialmente en el lado sur, donde alcanza los 2.60 m. Fueron elaborados con piedras grandes toscamente desbastadas, aseguradas con cuñas y unidas con mortero. El Edificio 24 se encuentra en el nivel más elevado del grupo y el Edificio 23 fue construido en una terraza inferior. El Grupo Hooch³ no había sido reportado con anterioridad.

Coordenadas geográficas, tomadas en el costado sur del Edificio 23: 20° 06.646' N y 89° 41.619' W.

Edificio 23

Este inmueble se encuentra en el lado sur del grupo, en su sector inferior. Tiene dos aposentos que estuvieron techados con arco falso (hoy parcialmente colapsados). Las jambas formadas por varios sillares, el uso de sillares de recubrimiento heterogéneos en cuanto a tamaño y calidad y la hechura del arco parecen indicar que

corresponde a la fase Puuc temprano (600–750 d.C.).

El cuarto oriental mira al este, mientras que el occidental lo hace hacia el sur. La distinta ubicación de los accesos en un edificio de dos habitaciones no es muy común en la arquitectura maya, pero en este caso tiene sentido en función de los espacios exteriores con los que se relacionan. El aposento occidental mira hacia fuera del grupo arquitectónico, justo al sector que cuenta con una de las escalinatas de acceso. Por su parte, la habitación oriental brinda fácil paso a un sector plano, utilizable para diversos propósitos, al fondo del cual se hallaba una importante reserva de agua pluvial.

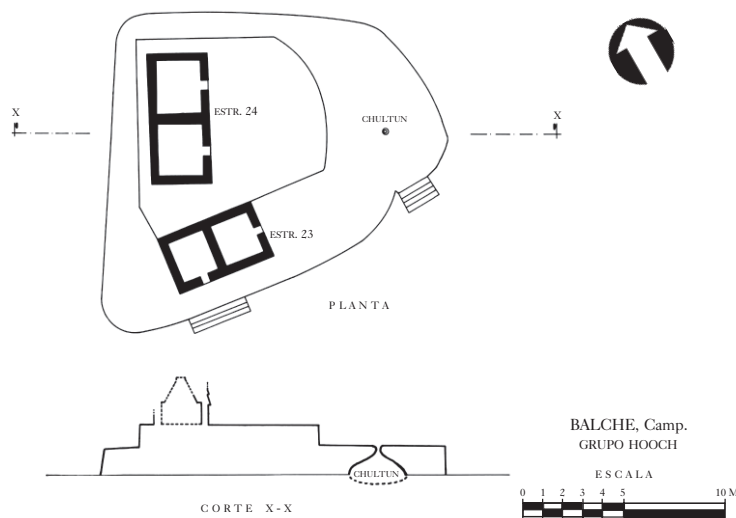
Edificio 24

También tuvo dos habitaciones, cada una con su propio acceso mirando al oriente. El aposento sur está totalmente derrumbado, mientras que el del lado norte aún conserva la entrada y un sector del paramento superior. Dada su precaria estabilidad, decidimos efectuar labores básicas de limpieza y consolidación a fin de preservar lo que aún se encuentra en pie. Figs. 26 y 27

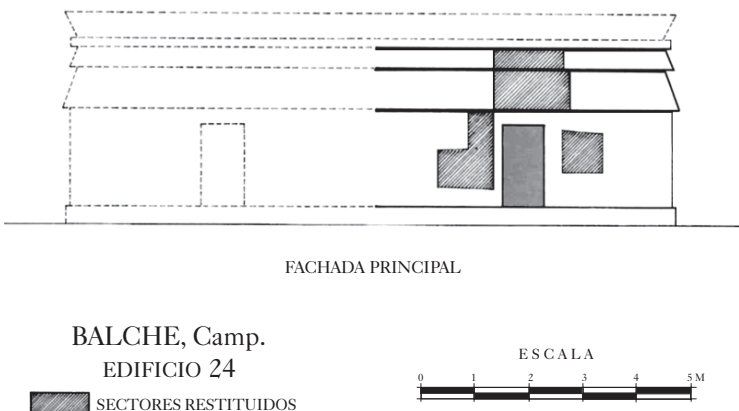
Las características del sector que se conserva son: *a)* jambas de varios bloques, *b)* labrado regular de los sillares, *c)* uso abundante de cuñas gruesas y *d)* paramento superior inclinado con molduras sencillas en la parte superior. Esta información nos inclina a ubicar el inmueble en el estilo arquitectónico Puuc temprano (600-750 d.C.).

Grupo Sacbé

Este conjunto arquitectónico está formado precisamente por una calzada cuyas dimensiones promedio son 25 m de largo por 3 m de ancho y 50 cm de altura. La vía asciende sobre el terreno, de modo que presenta cinco escalones de ancha huella en su tramo



● Fig. 25 Planta del Grupo Hooch.



● Fig. 26 Dibujo reconstructivo de la fachada oriente del Edificio 24, señalando los sectores restituidos.



● Fig. 27 Edificio 24 al término de los trabajos de consolidación.

inicial y cuatro escalones en su tramo final, donde asciende a una plataforma casi cuadrada de unos 8 m por lado. Encima hay varios sillares indicadores de la existencia de alguna construc-

ción hoy completamente derruida y sin evidencia de haber tenido arquitectura abovedada.

Es curioso que éste sea el único ejemplo de un camino de piedra en el sitio. Las cortas dimensiones del sacbé y su estricta asociación a una plataforma parecen indicar la concentración económica de un grupo familiar específico. Fig. 28

Coordenadas geográficas: 20° 06.622' N y 89° 41.579' W.

Plataforma Kum

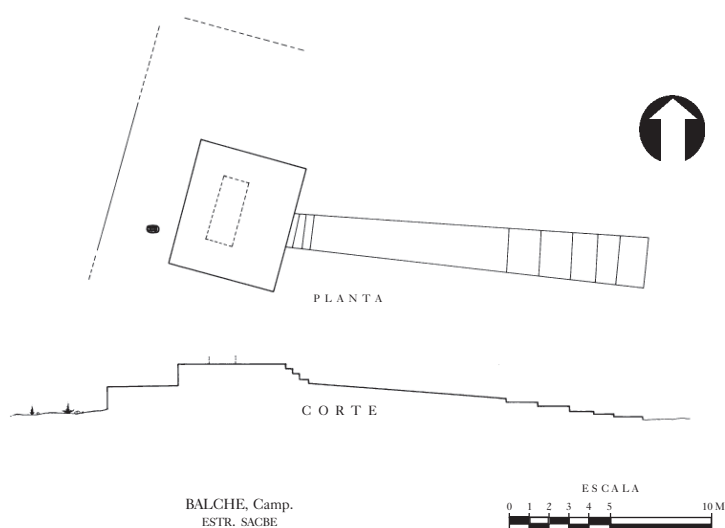
Esta construcción tiene unos 25 m de largo en sentido norte-sur por 12 metros en el otro eje. Dentro de la plataforma, a unos cinco metros del borde sur, hay un chultún. Fuera de la construcción, también en el sector sur pero a un nivel más bajo, existe una antigua cantera dentro de la que se observaron objetos de fines del siglo XIX. Se trata de un fragmento de cántaro en cerámica para agua (típico de los que se elaboran hasta hoy en Ticul, Yucatán), un bote metálico utilizado a mediados del siglo pasado para contener agua, una olla de peltre, un cubo de metal y un bote metálico semejante a los usados para contener conservas.

Coordenadas geográficas: 20° 06.576'N y 89° 41.673'W.

Materiales cerámicos

A lo largo de las actividades desarrolladas durante 2003 en Balché recuperamos poco material cerámico de superficie, básicamente del grupo Muna, es decir, tiestos correspondientes a los periodos Clásico tardío y terminal.

Entre los tipos cerámicos identificados se



● Fig. 28 Planta del Grupo Sacbé.

encuentran los pertenecientes a ollas Yokat estriado, fragmentos de posibles cuencos Teabo rojo y una olla chultunera Sacalum negro sobre pizarra (Edificio 6).

En conjunto, se recuperaron 358 tiestos y una vasija completa. Todos los materiales derivaron de los trabajos de limpieza efectuados en los inmuebles intervenidos o bien fueron recuperados en superficie al visitar diversos grupos arquitectónicos. Aproximadamente el 20% se encuentra bastante erosionado por la exposición a la intemperie, así como por las eventuales quemas agrícolas. En el cuadro 1 presentamos un resumen de los grupos y tipos cerámicos, así como su frecuencia.

Los espacios creados

Aquí efectuamos una breve comparación de las nivelaciones o terrazas definidas con claridad en varios puntos del asentamiento de Balché. Nos referimos a esos espacios creados *ex professo* por los mayas prehispánicos para la

realización de diversas actividades como fueron la circulación, la captación de agua pluvial, la manufactura de labores manuales diversas que requerían de luz diurna, etcétera.

Tales espacios están claramente delimitados por las superficies de las plataformas o nivelaciones, por los edificios por cortes bruscos del terreno y es evidente que el hombre antiguo planeó su construcción con miras a ser empleados y a formar parte de su vida cotidiana.

En este ejercicio únicamente consideramos las áreas y no los rellenos, que varían en gran medida

y que no pueden calcularse con certeza dado que el trabajo de recorrido y registro de superficie no aporta muchos datos sobre el contenido de las nivelaciones. En ocasiones el relleno tiene una profundidad de un metro; otras veces fue ajustado según las alturas de las irregularidades de la laja o afloramientos de caliza que hay debajo.

Como puede observarse, la mayor inversión de trabajo corresponde a los espacios en los que encontramos una concentración de arquitectura monumental, que como regla básica ocupa los puntos más elevados del paisaje. El Grupo A corona la cima de la colina más elevada del asentamiento, mientras que los edificios 5 y 16 se

<i>Grupo cerámico</i>	<i>Tipo</i>	<i>No. de tiestos</i>
Pizarra Muna	Muna Pizarra	153
	Sacalum Negro sobre Pizarra	54
	Tekit inciso	5
Pizarra Delgada Rojo Puuc	Ticul Pizarra delgada	1
	Teabo rojo	13
Chum sin engobe Especial con engobe rojo	Bécal inciso	3
	Chum sin engobe/Yokat estriado	59
No identificados		3
Total		67
		358

● Cuadro 1.

<i>Grupo arquitectónico</i>	<i>Dimensiones promedio (m)</i>	<i>Área (m²)</i>
A (Edificios 6, 7 y 8)	60 x 30	1800
Edificios 5 y 16	50 x 20	1000
Edificio 4	30 x 25	750
Edificio 1	30 x 25	750
Edificio 18	30 x 25	750
C (Edificios 3 y 20 a 22)	30 x 25	750
Hooch	25 x 25	625
Edificio 9	25 x 20	500
Edificio 2	20 x 20	400
Edificio 17	40 x 10	400

● Cuadro 2.

encuentran 22 metros por encima del nivel de la sabana en la vía hacia el Grupo A.

En contraste, los edificios 2 y 17, últimos en esta muestra, se hallan justamente en la parte baja o desplante de sus respectivas colinas. Las construcciones que podrían verse como excepciones (Edificio 18 y Grupo Hooch) por hallarse en la sabana, en realidad fueron construidas aprovechando amplios afloramientos de roca caliza. Es evidente que en el asentamiento de Balché existe una fuerte correspondencia entre la acumulación de poder político y la inversión de materiales de construcción con su respectiva fuerza de trabajo.

Resumen arquitectónico

Los trabajos de limpieza, registro y mantenimiento efectuados en Balché también permitieron esbozar ciertas líneas generales referentes a sus elementos arquitectónicos. Si bien todos los inmuebles corresponden a la arquitectura Puuc, sus características específicas permiten diferenciar distintos momentos constructivos.

Los edificios más tempranos corresponden a la fase Proto-Puuc, es decir que fueron erigidos entre los años 550 y 650 de nuestra era. Los mejores ejemplos de ese tiempo son las crujías que conforman los dos niveles del Edificio 6. Los sillares de recubrimiento y las jambas fueron logrados con piezas pequeñas y medianas; los arcos falsos están conformados

por burdas lajas colocadas en saledizo. Los espacios interiores son reducidos al compararlos con otros inmuebles más tardíos del propio sitio. Otra construcción perteneciente a esta fase arquitectónica es el Edificio 11.

La fase Puuc Temprano (fecha entre los años 650 y 750 d. C.) está representada por los edificios 1, 5 (en su primer momento), 23 y 24. En ellos observamos un mayor tamaño y un mejor trabajo en la manufactura de los sillares de recubrimiento. Los espacios interiores

también son más amplios. Las bóvedas tienden a realizarse con piezas especializadas y mejor cortadas. Otro ejemplo de esta fase fue el Edificio 3, que tuvo una moldura quebrada o discontinua en su fachada (Andrews, 1995: 42) pero que, por desgracia, se derrumbó.

Un tercer momento constructivo evidente en Balché es la fase Junquillo (estimada entre 750 y 850 d. C.), presente en los edificios 2, 4, 5 (segundo momento), 7, 13 y 18. En ellos se aprecia el paramento superior en talud y decoración que incluye el uso de cilindros en distintos niveles o alturas del friso. Los edificios 8 y 12 se encuentran muy deteriorados, pero sus elementos parecen indicarnos que pertenecen a esta fase arquitectónica.

Cabe comentar que en Balché existen edificios inconclusos que corresponden a la primera categoría señalada por Prem (2003: 304): inmuebles no terminados lateralmente. Sus muros laterales no están cubiertos totalmente por sillares, sino que muestran piedras amorfas en franjas verticales justo en los sectores en los que más tarde continuarían los paños de pared que prolongarían la longitud de las fachadas delantera y posterior, levantando otro aposento con su vano respectivo.

En el caso de Balché registramos esa peculiaridad en los edificios 1 y 2, sobre la colina occidental. Otros ejemplos de la región del Puuc como Xkalupococh I (Edificio 1), Yaxachén, Kakab, Labná (Edificios gemelos o bien S1 y S2), Xculoc y Castillo Pak en Oxkintok, fueron

reportados por Pollock (1980) y consignados por Prem (*op. cit.*).

El contexto regional

Un análisis de Andrews (1995: 199-235) relacionado con la jerarquización de sitios de la región del Puuc, clasifica a Balché como un asentamiento de cuarto rango en una gradación de 1 a 6. Lo anterior significa que en Balché no existen basamentos piramidales grandes o medianos; tampoco hay inmuebles tipo “palacio” ni con 10 o más aposentos en una sola construcción. En Balché no encontramos acrópolis, grandes grupos de patio ni juego de pelota. Las inscripciones jeroglíficas tampoco están presentes.

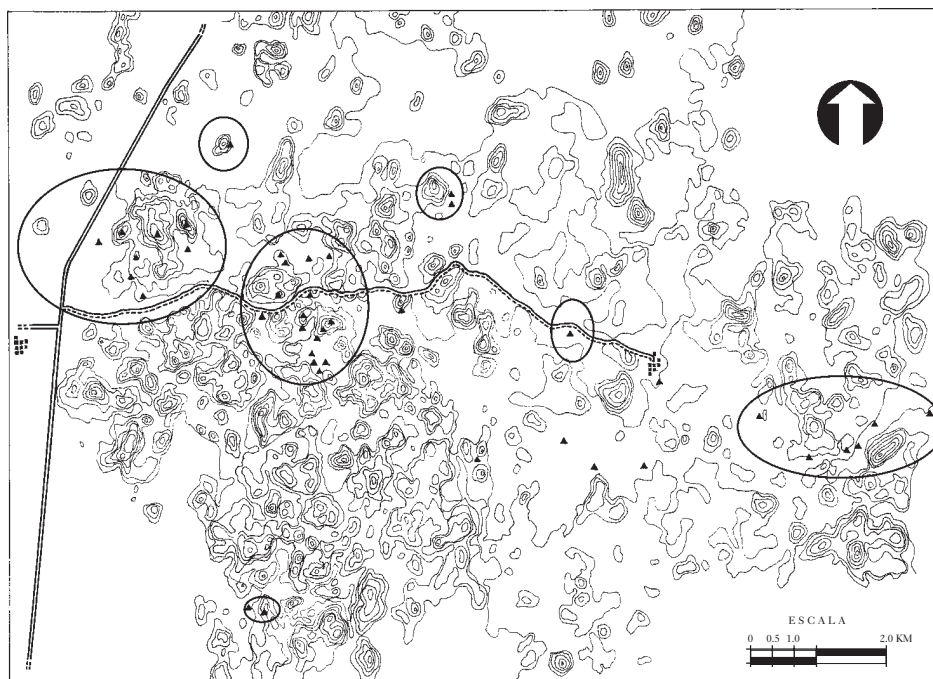
Por su parte, en un estudio que incluye el área del asentamiento, el volumen arquitectónico y la presencia de características relacionadas con su importancia sociopolítica, Dunning propone que Balché tuvo un rango IV (de seis posibles). Caracteriza a los sitios de este rango como “menores” y generalmente localizados en los límites de sitios mayores; indica que han perdido ciertos símbolos políticos como son las

estelas y las inscripciones lo que representa la supresión de un desarrollo político por parte del centro mayor del cual depende. En el caso específico de Balché propone que dependió de Yaxché-Xlabpak (sitio de rango II, ubicado a menos de 3 km en línea recta), en cuya esfera de influencia pudo haber gravitado (Dunning, 1992: 85-90).

Las propuestas de Andrews y Dunning fueron anteriores a los recientes recorridos por toda el área. Tal parece que la zona que va desde Yaxché-Xlabpak hacia el oriente, hasta llegar al sitio de Sabana Piletas (llamado Xpilhá por Merk, 2003), tuvo una fuerte ocupación y que los asentamientos son más complejos de lo pensado. El análisis cuidadoso de esta región quizá nos permita, a mediano plazo, vislumbrar una organización sociopolítica más amplia. Fig. 29

Bibliografía

- Andrews, George F. 1985. “Early Puuc architecture: buildings with ‘broken’ medial mouldings”, *Cuadernos de*



● Fig. 29 Plano de ubicación de Balché y sitios de los alrededores.

- Arquitectura Mesoamericana*, 5, México, UNAM, pp. 58-73.
1986. Los estilos arquitectónicos del Puuc. Una nueva apreciación, México, INAH (Científica 150).
1995. *Pyramids and palaces, monsters and masks, vol. I: Architecture of the Puuc region and the northern plains areas*, California, Labyrinthos.
- Dunning, Nicholas P.
1992. *Lords of the hills: ancient Maya settlement in the Puuc region, Yucatan*, Mexico. Prehistory Press. Madison, Wisconsin.
 - Landa, Diego de
1966. *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Porrúa.
 - Maler, Teobert
1997. Península Yucatán. Monumenta Americana V. Gebr. Mann Verlag. Berlín.
 - Mayer, Karl Herbert
1983. "Gewölbedecksteine mit dekor der Mayakultur" en *Archiv für Völkerkunde*. Band 37, Viena, Museum für Völkerkunde, pp. 1-62.
 - Merk, Stephan
2002. "Two buildings at Yaxche Xlapak, Campeche, Mexico" en *Mexicon*, XXIV (2) Möckmühl, Karle GmbH, pp. 23-24.
 - 2003. "Sabana Xpilha and Chuhe: Maya ruins in northern Campeche, Mexico" en *Mexicon*, XXV (3) Möckmühl, Karle GmbH, pp. 70-71.
 - 2003a. "Unreported buildings at the Maya ruins of Balche, Campeche, Mexico" en *Mexicon*, XXV (5) Möckmühl, Karle GmbH, pp. 117-118.
 - 2004. "The ruins of Chunchimai: a Maler group relocated" en *Mexicon*, XXVI (1) Möckmühl, Karle GmbH, pp. 5-6.
 - Michelet, Dominique, Pierre Becquelin y Marie-Charlotte Arnauld
2000. *Mayas del Puuc. Arqueología de la región de Xculoc, Campeche*, México, Gobierno del Estado de Campeche/CEMCA.
 - Morales López, Abel
1980. "Informe de actividades del Proyecto Atlas Arqueológico de Campeche durante el año de 1979". Archivo Técnico del INAH, documento inédito, 55 pp.
 - Pollock, Harry E. D.
1980. *The Puuc. An architectural survey of the hill country of Yucatan and northern Campeche, Mexico*. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Cambridge, Mass., Harvard University.
 - Prem, Hanns J.
2003. "Aspectos de los patrones de asentamiento en la región Puuc central", en Hanns Prem (ed.), *Escondido en la selva. Arqueología en el norte de Yucatán*. México, Universidad de Bonn/INAH, pp. 273-308.
 - Reindel, Markus
1997. *Xkipché. Un asentamiento maya en el norte de Yucatán, México*. Verlag Philipp von Zabern. Mainz am Rhein.
 - Thompson, Raymond H.
1958. Modern Yucatecan Maya pottery making. *American Antiquity*, vol. XXIII, núm. 4, Part 2. Memoirs of the Society for American Archaeology, núm. 15.

Roberto Lunagómez, * Xóchitl León** y Nelly Núñez***

Hallazgos recientes en el sitio Medias Aguas, sur de Veracruz¹

Ante la escasez de fechas absolutas y de las ambigüedades en la clasificación de las cerámicas que respaldan las cronologías relativas del periodo Clásico en el sur de Veracruz, las investigaciones arqueológicas propuestas en Medias Aguas, Veracruz, ofrecen una excelente oportunidad de examinar la deposición estratigráfica de un sitio con características arquitectónicas similares a las de otros sitios como Laguna de los Cerros, San Isidro-Estero Rabón, Quiamolapan, San Lorenzo, Tenochtitlán, Ahuatepec, El Edén-Los Canseco y Las Limas, entre otros. Varios autores han asignado una temporalidad olmeca a la ocupación de los sitios anteriormente señalados (Drucker y Contreras, 1953; Bové, 1978; Coe y Diehl, 1980). Sin embargo, las recientes investigaciones demuestran que la arquitectura monumental en estos sitios pertenece al periodo Clásico terminal fechado entre los años 700 a 1000 d. C. (Lunagómez, 2002; Symonds *et al.* 2002).

Las investigaciones arqueológicas en Medias Aguas consisten en un levantamiento topográfico y un programa de sondeos que serán la base para examinar la secuencia ocupacional del sitio y la cronología cerámica, así como interpretar su papel en la región durante la época prehispánica.

El Proyecto Arqueológico Medias Aguas (PAMA) se enfoca al estudio del patrón regional de asentamientos. Complementa y extiende la cobertura macrorregional al integrarse a otros estudios en el sur de Veracruz, como los de Kruger (1996); Borstein (2001); Symonds *et al.* (2002) y Alonso (2003). Comprende un área de estudio de 200 km², de los cuales se han reconocido intensivamente 160 km², aquí se han registrado 124 sitios arqueológicos desde las temporadas de campo de 1999, 2000 y 2003.

Los asentamientos identificados presentan una variedad de características arquitectónicas y componentes ocupacionales que se pueden fechar desde el periodo Preclásico inferior: fases Ojochi-Bajío (*circa* 1200-900/800 a. C.) hasta el periodo Clásico terminal: fase Villa Alta tardía (*circa* 800-1000 d. C.), según la cronología propuesta por Symonds *et al.* (*op. cit.*) para la región vecina de San

* Facultad de Antropología-Dirección General de Investigaciones de la Universidad Veracruzana, Xalapa. tiozorro007@hotmail.com, eslexa@hotmail.com y nellyzoe75@hotmail.com

** Proyecto Arqueológico Medias Aguas-PAMA.

*** Fundación para el Fomento de Estudios Mesoamericanos, Inc. (Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, Inc. (FAMSI)) en Crystal River, Florida, USA.

¹ FAMSI otorgó la beca de investigación (*Grant* # 03084) para financiar la temporada de campo, asimismo el *Institute of Field Museum Management* (IFMA) en Kyoto, Japón facilitó el préstamo del equipo topográfico avanzado.

La Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana en Xalapa, otorgó el aval académico para desarrollar la investigación ante las autoridades del Consejo de Arqueología del INAH en México, D. F. Agradecemos la asesoría de la maestra Alejandra Alonso de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural del INAH-CNCA y los comentarios del antropólogo físico Enrique Villamar del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

Lorenzo Tenochtitlán, distante a 30 km en línea recta hacia el noroeste (fig. 1).

La más reciente temporada de campo del PAMA, se llevó a cabo durante los meses de enero, febrero y marzo del año 2004. Las actividades consistieron en el primer levantamiento topográfico y las primeras excavaciones arqueológicas en el sitio principal, con el objetivo de examinar la secuencia ocupacional, que permitiera conocer con detalle la historia cultural de Medias Aguas dentro la región del sur de Veracruz durante la época prehispánica. Entre los hallazgos más notables en esta temporada de campo, sobresalen dos entierros humanos, los cuales serán descritos con mayor detalle más adelante.

El sitio de Medias Aguas

La región de Medias Aguas se encuentra en el municipio de Sayula de Alemán, en el istmo veracruzano (fig. 1). Queda comprendida en las llanuras de Sotavento próximas a la costa del Golfo de México.

El sitio de Medias Aguas se localiza sobre una especie de península terraceada con cota

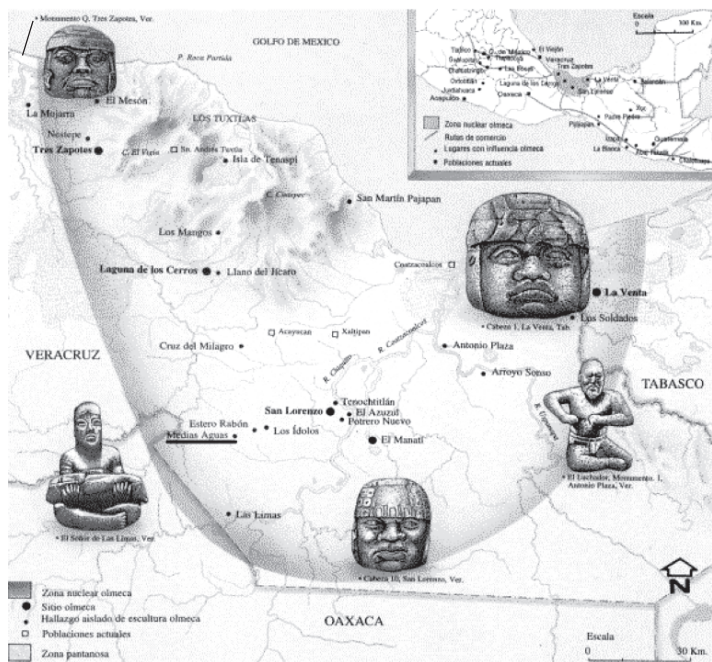
de nivel de 53 msnm, la cual es visible desde lejos, y sus coordenadas UTM son: E 2 82 400 y N 19 57 400.

Este sitio es conocido en la literatura arqueológica por el monumento tallado en basalto denominado el Mascarón de Medias Aguas, descubierto por los lugareños en la década de los años cuarenta del siglo XX (fig. 2).

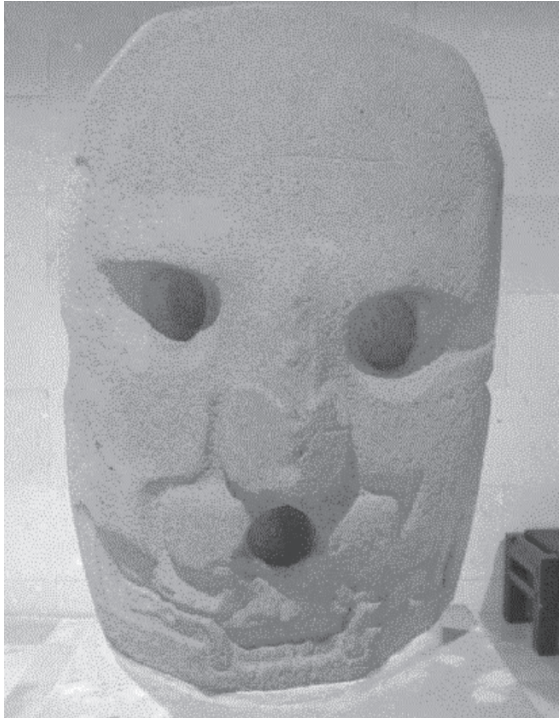
Fue Alfonso Medellín Zenil, quien reportó por primera vez el sitio, cuando el monumento fue trasladado al Museo de Antropología de Xalapa en el año 1959; años más tarde, Hernando Gómez Rueda efectuó una recolección de materiales en superficie, así como un croquis del sitio; durante las exploraciones de Medellín Zenil (1960, 1971) y Gómez Rueda (1996) no se llevaron a cabo excavaciones que pudieran haber apoyado el fechamiento propuesto para el sitio por ambos autores, estimado solo con base en las recolecciones de materiales en superficie. Además, el croquis del sitio presentado por Gómez Rueda (*op. cit.*) no mostró la totalidad y complejidad de la arquitectura en superficie.

El sitio de Medias Aguas se caracteriza por una arquitectura monumental organizada en plazas (Gómez, *op. cit.*; Lunagómez, 2002), semejante a la de otros sitios en la región del sur de Veracruz como: Laguna de los Cerros (Medellín, *op. cit.*; Bové, 1978), Estero Rabón-San Isidro (Borstein, *op. cit.*), Quiamolapan (Beverido, 1974), San Lorenzo, Tenochtitlán (Coe y Diehl, 1980, Symonds *et al.*, *op. cit.*), Ahuatepec (Symonds *et al.*, *op. cit.*), Las Galeras (O'Rourke, 2002), La Patagonia, El Salado, El Mixe (Alonso, *op. cit.*), El Edén-Los Canseco (Beverido 1986; Cobean 1996) y Las Limas (Yadeum y Pastrana 1978; Gómez, *op. cit.*), entre otros más.

La semejanza que presenta este patrón arquitectónico (plaza) en sitios del sur de Veracruz con La Venta, Tabasco, ha propiciado su asignación al periodo Preclásico (Drucker y Contreras, 1953; Bové,



● Fig. 1 Ubicación de Medias Aguas, Veracruz (tomada de *Los olmecas*, en *Arqueología Mexicana*, vol. II, núm. 12, Raíces/INAH, 1995).



● Fig. 2 El Mascarón de Medias Aguas, Veracruz (fotografía: Hirokazu Kotegawa).

op. cit.; Santley y Arnold, 1996; Stark y Arnold, 1997), no obstante, estudios recientes sugieren que podría pertenecer a temporalidades más tardías como a los periodos Clásico tardío y/o terminal (Lunagómez, *op. cit.*; Symonds *et al.*, *op. cit.*).

El levantamiento topográfico

El arqueólogo Mitsuru Kurosaki del Institute of Field Museum Management-IFMA, llevó a cabo el levantamiento topográfico del sitio auxiliado con una estación total (TOPCON GTS3-320F, EB1390 Type) y el programa *software* "Site System IV" para el procesamiento de los datos de campo (fig. 3). Este levantamiento ha sido reubicado en la carta topográfica del INEGI: E15C23-El Paraíso. Hasta ahora el área levantada cubre una superficie de 15 ha, en donde se han

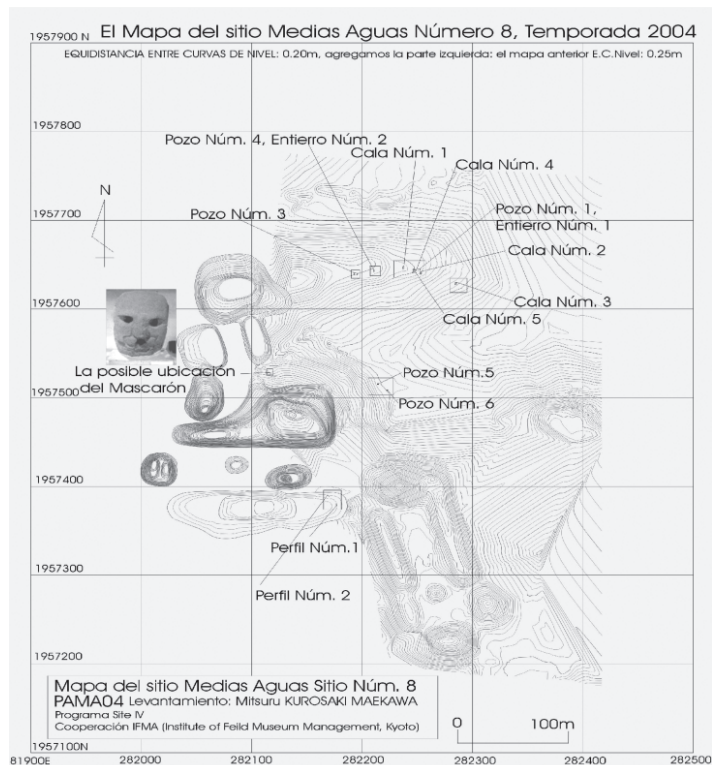
identificado tres plazas alargadas y registrado 17 montículos. Sin embargo, la extensión total del sitio podría llegar a cubrir un área de 40 ha.

Por otra parte, han sido ubicadas tridimensionalmente las 14 unidades de excavación (cortes, calas y pozos) dentro del levantamiento general del sitio, asimismo se ha verificado su ubicación geográfica en coordenadas geográficas (latitud y longitud), en coordenadas UTM y altitud sobre el nivel del mar (msnm) mediante el Sistema de Geoposicionamiento Satelital (GPS).

El programa de excavaciones

Las excavaciones se concentraron en la realización de 14 sondeos en el sitio (fig. 3).

Con base en las colectas realizadas durante el reconocimiento de superficie en las temporadas de campo en los años 1999, 2000 y 2003, se conoce que estas áreas presentan materiales representativos de varios periodos y fases, por



● Fig. 3 Levantamiento topográfico de Medias Aguas.

lo que pudieran contener depósitos estratificados no alterados.

En la excavación de los 12 sondeos, calas (1 x 3 m y 1 x 4.5 m) y pozos (1 x 1 m, 1 x 2 m y 2 x 3 m), se implementó un control riguroso de la estratigrafía controlando niveles métricos de 20 cm de profundidad dentro de capas o estratos. Además, se llevó a cabo la limpieza de dos cortes, de esta manera aprovechando el derrumbe moderno se pudo conocer la estratigrafía cultural y geológica del sitio.

Se tomaron muestras carbonizadas para análisis de C¹⁴ con el fin de obtener fechas absolutas y muestras para análisis paleobotánico como flotación.

Dentro de las excavaciones en las unidades denominadas Pozo 1 y Pozo 4 se hallaron dos entierros humanos, los cuales se describen a continuación.

El Entierro 1 y su ofrenda

El Pozo 1 en donde se encontró el Entierro 1, se ubica al norte del montículo mayor del sitio (fig. 3); las medidas iniciales de esta unidad de excavación fueron de 1 x 1 m, ampliándose poco tiempo después dadas las circunstancias del hallazgo.

La excavación se llevó a cabo identificando capas naturales controladas por niveles métricos de 20 cm de profundidad. En el nivel 4-capas III, se localizó una vasija en posición vertical; dado que se encontró en la esquina del pozo fue necesario hacer una ampliación al este con dimensiones de 1 x 1 m.

En el proceso de liberación de la vasija, debido a sus grandes dimensiones fue necesario el trazo de ejes para tener un mayor control del contenido, en el cuadrante noroeste de la vasija se encontraron fragmentos de huesos humanos, con posibles características de un entierro secundario. Debido a la acidez de la tierra propia de la región del sur de Veracruz, los huesos se encuentran en mal estado de conservación.

Por el estado fragmentado de la vasija y la condición de los restos óseos, se decidió banquear la vasija y trasladarla en un bloque dentro de la matriz de tierra en la que se depositó

para su mejor protección y conservación debido a los materiales que contiene y para posteriormente excavar el interior de la vasija en el laboratorio (fig. 4).



● Fig. 4 Entierro 1 contenido en vasija.

El Entierro 1 es de tipo secundario directo, en posición flexionada en decúbito lateral derecho, con dirección norte-sur y posiblemente de un infante. Está compuesto por restos de cráneo, huesos de extremidades superiores e inferiores y fragmentos de clavícula. Fue depositado dentro de una vasija grande acompañado de una vasija vertedera, un cajete de fondo plano y una figurilla tipo busto con evidencia de articulaciones móviles a manera de ofrenda (fig. 6).

El Entierro 2

Aproximadamente 37 m hacia el oeste del Pozo 1 en donde se ubicó el Entierro 1, se trazó una unidad con dimensiones de 1 x 1 m denominada Pozo 4 (fig. 3). Ésta se ubicó sobre un pequeño montículo también al norte del montículo mayor del sitio.

Al iniciar la excavación del nivel 3 se descubrió un fragmento de hueso, se limpió con instrumental pequeño y se fue revelando que formaba parte de un cráneo humano; al seguir

excavando se notó mayor concentración de material óseo, por lo que se decidió hacer una extensión hacia el norte para poder tener una mayor perspectiva del entierro, con dicha extensión, las dimensiones del pozo pasaron de 1 x 1 m a 2 x 1 m. Conforme la excavación avanzaba se iba revelando un cambio en el color y consistencia de la tierra, se trataba de tierra más oscura de consistencia muy suelta como si hubiera sido removida. Dentro de esta intrusión se hallaron más restos óseos, por lo que se piensa que es parte de la fosa de inhumación (fig. 5).



● Fig. 5 Excavación del Entierro 2 acompañado de vasijas con evidencia de fosa de inhumación.

Este hallazgo fue denominado Entierro 2, de tipo primario directo en posición flexionada sedente con dirección al norte, los restos óseos se encuentran en un grado de conservación relativamente satisfactorio a pesar de las condiciones de humedad y acidez de los suelos de la región.

Dentro de la unidad, hacia la esquina suroeste a una profundidad de entre 79 y 85 cm, se encontraron fragmentos de tres vasijas.

Después de haber sido excavado *in situ*, se extrajo en un bloque de tierra para su traslado al laboratorio para su mejor manejo y cuidado.

Son visibles restos de cráneo, fémur, rótula, tibia y peroné, posiblemente perteneciente a un adolescente. Dentro de la fosa de inhumación se encontraron abundantes materiales carbonizados. Todavía no se tiene la certeza si las

tres vasijas —un cajete trípode con soportes de botón, un vaso y una olla grande decorada con pintura roja— fueron depositadas como ofrenda. Muy cerca de este conjunto, en la pared sur de la misma unidad de excavación (Pozo 4) se aprecia un fémur humano que parece corresponder a un tercer entierro todavía no excavado (fig. 5).

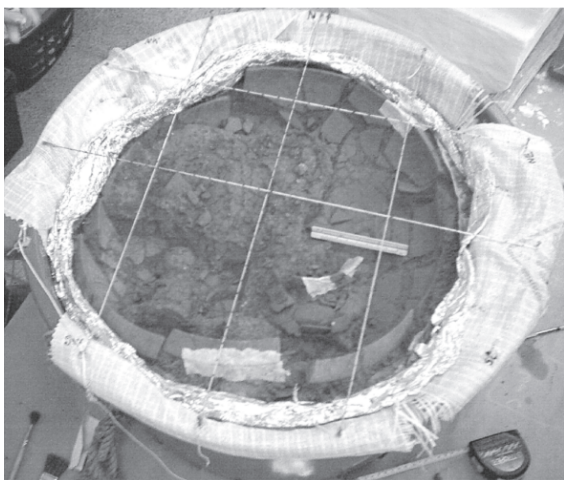
El trabajo de laboratorio

El análisis de los materiales arqueológicos ha consistido en la clasificación tipológica de tiosos por niveles de excavación y la limpieza y consolidación de vasijas, figurillas cerámicas y demás artefactos. Esto fue llevado a cabo por estudiantes de la carrera de Arqueología en el laboratorio Maestro Alfonso Medellín Zenil de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana en Xalapa.

Los entierros están siendo tratados para su conservación y restauración, así como para la toma de muestras en su interior bajo. Además, se lleva a cabo una microexcavación por control estratigráfico de cada bloque que

contiene entierros, de acuerdo con la metodología empleada por Lara y Guevara (2002), con el objetivo de recuperar los materiales arqueológicos, óseos y/o botánicos que pudieron formar parte de la ofrenda asociada a cada entierro. Se trata de recuperar muestras para fechamientos absolutos (C^{14} y colágeno), y/o para análisis paleobotánico (polen, fitolitos y flotación), según las indicaciones de Limón (1989), Pijoan (1981), Ubelaker (1999) y White y Folkens (1991), con el objetivo final de poder establecer con mayor precisión la edad, el sexo, posibles patologías y hábitos de vida de los individuos enterrados (Malvido, Pereira y Tiesler, 1997).

El proceso de microexcavación consistió en la liberación de la vasija de la matriz de tierra, así como el contenido. El primer paso fue estabilizar el bloque de tierra que contenía la



● Fig. 6 Entierro 1 en proceso de microexcavación en laboratorio

vasija, cubriéndose primero con plástico adherente y después fijándolo con espuma de poliuretano expandible dentro de un recipiente de plástico; posteriormente se trazó una retícula donde se marcaron los cuatro puntos cardinales (N, E, S y W) y se marcaron los hilos cada 2 cm para tener un control de microexcavación más preciso. El nivel métrico para realizar la excavación fue de 5 cm de profundidad. A cada cuadrante se le asignó una letra para el control del material que se fuera encontrando y se empleó instrumental quirúrgico y odontológico.

Debido al estado de los artefactos y de los restos óseos fue necesario hidratarlos periódicamente, tratando de llevar a cabo una excavación cuidadosa para no colapsar el contenido, y así tener una visión más amplia y lo más cercana posible a la disposición funeraria original.

Interpretaciones preliminares

El primer levantamiento topográfico y las primeras excavaciones arqueológicas efectuadas en el sitio de Medias Aguas, han arrojado información relacionada con la complejidad social y la extensión temporal de los periodos Clásico tardío y terminal en la región de estudio.

Con base en los tipos cerámicos identificados en las superficies ocupacionales dentro de los que se encontraron los entierros, han sido asignados preliminarmente a las fases Villa Alta

temprana (*circa* 700-800 d. C.) y Villa Alta tardía (*circa* 800-1,000 d. C.) de los periodos citados, de acuerdo con la cronología propuesta por Symonds *et al.* (*op. cit.*) para los sitios tardíos con arquitectura monumental organizada en plazas en la región vecina de San Lorenzo Tenochtitlán.

Con la obtención de muestras carbonizadas que puedan ser fechadas absolutamente, se confirmará la temporalidad de los entierros y de las superficies ocupacionales.

Años atrás, la investigación arqueológica enfocada sobre periodos tardíos en el sur de Veracruz había recibido escaso interés, concentrándose fundamentalmente en el llamado fenómeno olmeca. Afortunadamente en estudios recientes (Stark y Arnold, *op. cit.*; Borstein, *op. cit.*; Domínguez, 2001; Killion y Urcid, 2001; Daneels, 2002; Lunagómez, *op. cit.*; Symonds, *et al.*, *op. cit.*; Alonso, *op. cit.*; Lira y Serrano, 2004), los ojos de los arqueólogos se han posado en otras problemáticas para beneficio de la arqueología de la costa del Golfo de México.

Todo el conjunto de hallazgos de la temporada de campo 2004 del PAMA, podría sugerir que esta zona del sitio de Medias Aguas pudo tener una función funeraria. Relacionada de alguna manera con las notables representaciones de rostros descarnados en figurillas cerámicas recuperadas en las excavaciones y del rostro del llamado Mascarón, una de las escasas muestras de escultura monumental que no plasman el inconfundible “estilo olmeca”.

Los elementos expuestos en conjunto de ambos entierros podrían dar la pauta para pensar en un sistema funerario del cual sólo se tiene una parte excavada. Las implicaciones de futuros hallazgos como éstos, serán de gran importancia, ya que ayudarán a entender mejor la dinámica de migración, poblamiento y la posible filiación étnica y/o lingüística de las sociedades humanas que se asentaron en la región istmeña de Veracruz.

Bibliografía

- Alonso, Alejandra
2003. “Estudio Arqueológico en el Cerro de La Encantada, Veracruz”, tesis de maestría en

Antropología, especialidad Arqueología, México, Facultad de Filosofía y Letras-División de Estudios de Posgrado-Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.

• *Arqueología Mexicana*

1995. *Los olmecas*, vol. II, núm. 12, México, Raíces/INAH.

• Beverido Pereau, Francisco

1974. "Un proyecto arqueológico", *La Palabra y el Hombre*, vol. XVI, núm. Extra, pp. 35-38.

1986. "El sitio arqueológico de Los Canseco", *Boletín Informativo*, núm. 5, Instituto de Antropología, Universidad Veracruzana, Xalapa, pp. 15-19.

• Borstein, Joshua A.

2001. "Tripping over colossal heads: Settlement patterns and population development in the upland olmec heartland", disertación doctoral, The Pennsylvania State University, State College, PA.

• Bové, Frederick J.

1978. "Laguna de los Cerros: An Olmec Central Place", *Journal of New World Archaeology*, vol. II, núm. 3, Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

• Cobean, Robert H.

1996. "La Oaxaqueña, Veracruz: un centro olmeca menor en su contexto regional", en Mastache, Alba Guadalupe; Jeffrey R. Parsons; Robert S. Santley y Mari Carmen Serra Puche (coords.), *Arqueología Mesoamericana. Homenaje a William T. Sanders*, t. 2, México, INAH-Arqueología Mexicana, pp. 37-61.

• Coe, Michael D. y Richard A. Diehl

1980. *In the Land of the Olmec, vol. 1: The Archaeology of San Lorenzo Tenochtitlán*, Austin and London, University of Texas Press.

• Daneels Verriest, Annick Jo Elvire

2002. "El patrón de asentamiento del periodo Clásico en la Cuenca Baja del río Cotaxtla, centro de Veracruz: un estudio de caso de sociedades complejas en tierras bajas tropicales", tesis de doctorado en Antropología especialidad Arqueología, México, Facultad de Filosofía y

Letras-División de Estudios de Posgrado-Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.

• Domínguez Covarrubias, Elba

2001. "La arquitectura monumental del periodo Clásico en el sur de Veracruz: un enfoque regional", tesis de licenciatura en Antropología con especialidad en Arqueología, Puebla, Departamento de Antropología, Universidad de Las Américas.

• Drucker, Philip y Eduardo Contreras

1953. "Site pattern in the eastern part of Olmec territory", *Journal of the Washington Academy of Science*, núm. 43, Washington, D. C., pp. 389-396.

• Gómez Rueda, Hernando

1996. *Las Limas, Veracruz, y otros asentamientos prehispánicos de la región Olmeca*, México, INAH (Científica, 324).

• Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.

Carta topográfica/INEGI: E15C23, El Paraíso, Veracruz, escala 1: 50 000

• Killion, Thomas W. y Javier Urcid

2001. "The Olmec Legacy: Cultural Continuity and Change in Mexico's Southern Gulf Coast Lowlands", *Journal of Field Archaeology*, vol. 28, pp. 3-25.

• Kruger, Robert P.

1996. "An Archaeological Survey in the Region of the Olmec, Veracruz, Mexico", disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, PA.

• Lara Silva, Adriana Cruz y Ma. Eugenia Guevara Muñoz

2002. *La restauración de la cerámica olmeca de San Lorenzo Tenochtitlán*, Ann Cyphers (coord.), vol. 1, Serie San Lorenzo, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/INAH.

• Limón B., Amie

1989. "Metodología de campo para análisis arqueopalinológico", *Antropológicas*, núm. 3, pp. 90-97.

• Lira López, Yamile y Carlos Serrano Sánchez (eds.)

2004. *Prácticas funerarias en la costa del Golfo de México*, México, Instituto de Antropología-Universidad Veracruzana/Instituto de

Investigaciones Antropológicas-UNAM/Asociación Mexicana de Antropología Biológica.

- Lunagómez Reyes, Roberto
2002. “Un estudio de la arquitectura monumental en los sitios arqueológicos del sur de Veracruz durante los periodos Clásico tardío y terminal”, tesis de maestría en Arqueología, México, ENAH.

- Malvido, Elsa, Gregory Pereira y Vera Tiesler (coords.)
1997. *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*, México, INAH/CEMCA.

- Medellín Zenil, Alfonso
1960. “Monolitos inéditos olmecas”, *La Palabra y El Hombre*, núm. 16, pp. 75-97.

1971. *Monolitos olmecas y otros en el Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana*, Unión Académica Internacional/INAH.

- O'Rourke, Laura Catalina
2002. “Las Galeras and San Lorenzo: A comparative study of two early formative communities in the southern Veracruz, Mexico”, The Department of Anthropology, disertación doctoral, Cambridge, Harvard University.

- Pijoan A., Carmen María
1981. *Evidencias rituales en restos óseos*, Cuadernos del Museo Nacional de Antropología, México, SEP/INAH.

- Santley, Robert S. y Philip J. Arnold III
1996. “Prehispanic Settlement Patterns in the Tuxtla Mountains, Southern Veracruz, Mexico”, *Journal of Field Archaeology*, number 23, Boston, Boston University, pp. 225-259.

- Stark, Barbara L. y Philip J. Arnold III
1997. *Olmec to Aztec: Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands*, Tucson, The University of Arizona Press.

- Symonds, Stacey, Ann Cyphers y Roberto Lunagómez
2002. *Asentamiento Prehispánico en San Lorenzo Tenochtitlán*, vol. 2 (serie San Lorenzo), México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM/INAH.

- Ubelaker, Douglas H.
1999. *Human skeletal remains. Excavation, analysis,*

interpretation, Manuals on archeology 2, Taraxacum, Washington.

- White, Tim D. y Pieter Arend Folkens
1991. *Human Osteology*, New York, Academic Press, Inc.

- Yadeum, Juan y Rafael Alejandro Pastrana Cruz
1979. “Proyecto Sociedades Olmecas: Reporte No. 2, Zona Arqueológica de Las Limas, Veracruz”, México, Archivo Técnico de Monumentos Prehispánicos, INAH, ‘mecanoescrito’.



El Cerro de la Estrella: unidades políticas de la cuenca de México, periféricas a Teotihuacan y la transición al Epiclásico**

A partir de investigaciones realizadas en las últimas décadas en el Cerro de la Estrella —muchas de ellas inéditas—, es posible inferir los procesos de desarrollo de los asentamientos del Clásico y su transición al Epiclásico en este lugar, en el marco de la relación existente entre Teotihuacan, como centro hegemónico, y las poblaciones periféricas de la cuenca de México. Se propone que algunas de estas últimas pasaron a ser, de células de control teotihuacano, a grandes poblaciones donde se fortalecieron elites locales a la vez que se gestaba una cultura ajena al modelo teotihuacano, perceptible mediante tradiciones artefactuales. Tras la caída del sistema estatal teotihuacano, poblaciones como las del Cerro de la Estrella se convirtieron en centros regionales donde tuvieron auge dichos rasgos que alguna vez fueron alternos a un Teotihuacan en decadencia y otros elementos foráneos, dando lugar al Epiclásico en la cuenca de México.

El tema de este ensayo surgió de la realización de la tesis de licenciatura titulada “El Templo del Fuego Nuevo en el Huixachtécatl (Cerro de la Estrella)”, donde se observó la necesidad de un análisis propio de la información arqueológica que se tiene del periodo Clásico en el Cerro de la Estrella, el cual no podía ser subyugado a la tesis referida. Así, se requirió definir la ocupación del Clásico para el Cerro de la Estrella, y posteriormente evaluar la relación existente entre la península de Iztapalapa y Teotihuacan, y la transición al periodo Epiclásico.

Planteamiento del problema

La conformación de Teotihuacan como centro suprarregional en el Clásico, su naturaleza urbana, y política centralizada, además de la religión, son algunas de las características que impactaron las manifestaciones culturales en su momento y aun tiempo después.

A pesar de la concentración de investigaciones en ese sitio arqueológico, todavía no se conoce en su totalidad su cultura, su desarrollo histórico social y la organización política concreta. Respecto a su área inmediata, como indica Jeffrey R. Parsons (1989:185) “algunos aspectos de la organización local y regional dentro de la cuenca de México son claros, estando el centro

* Centro INAH-Guerrero.

** Con modificaciones, este ensayo fue presentado originalmente al concurso del Premio Teotihuacan 2002. Agradezco a la Fundación para el Avance de Estudios Mesoamericanos (FAMSI), el apoyo otorgado para la finalización mi tesis de licenciatura y las facilidades prestadas por Nicolás García Ortiz, director del Proyecto Cerro de la Estrella 1997-1998, lugar donde surgió la tesis señalada. También agradezco a Raúl Arana, Clemency C. Coggins y a Carlos Salas por sus comentarios.

suprarregional de Teotihuacan a la cabeza, mientras que de la estructura regional tenemos algunos bosquejos”. El esquema básico consiste en una megaurbe, algunos centros provinciales de carácter administrativo y asentamientos rurales (Córdoba y García Chávez, 1990; Charlton, 1987, 1998; García Chávez, 1998; Parsons, 1989; Sanders, Parsons y Santley, 1979).

Todavía hace falta entender mejor cuál era la conformación política de la cuenca de México durante el Clásico, la dinámica sociocultural, el grado de interacción de Teotihuacan con la población de la cuenca, y la conformación del espacio geográfico en la jerarquización de sitios.

Ante esto, Charlton (1987: 473) ha sostenido la importancia de concentrarse en las relaciones estructurales y funcionales de las pequeñas entidades sociopolíticas que se incluían en la matriz del sistema estatal teotihuacano. Se trata de una necesidad que puede parecer secundaria ante la definición de hipótesis concentradas en la gran urbe, pero actualmente no se pueden contemplar modelos unilaterales y monofocales.

Se percibe que en el desarrollo, permanencia y caída de Teotihuacan se conjugan una multitud de variables. Por lo tanto, se debe estar consciente, desde el punto de vista arqueológico, del desarrollo diferencial de diversos asentamientos y de la particularidad de cada una de las fracciones que conforman en conjunto un sistema social, en un marco geográfico amplio.

Sin negar la influencia política de Teotihuacan, una noción de marcado centralismo ha restringido el planteamiento de hipótesis para tratar de entender la organización política de la población periférica a Teotihuacan para la cuenca de México. Dicha organización solamente puede ser percibida con estudios de zonas aledañas. Por ello, a largo plazo se deben reevaluar datos, implementando investigaciones sobre unidades periféricas que conforman en conjunto la dinámica política y social de la cuenca de México durante el Clásico, siendo, al fin, una de las tantas variables involucradas en el desarrollo y caída de Teotihuacan.

Una de las subregiones dentro de la cuenca de México cercanas a Teotihuacan es la península de Iztapalapa, que abarca desde el Cerro el Pino y el Cerro de Chimalhuacán, hasta el Cerro de la Estrella. Al final del ensayo se puede ver la importancia de esta subregión en la redefinición y reforzamiento de propuestas de envergadura local y regional. Antes de ello se considerará qué papel ha tenido en la conformación de la noción del esquema Teotihuacan-periferia los estudios sobre la península de Iztapalapa.

La península de Iztapalapa en la noción del centralismo teotihuacano

En 1961, William T. Sanders consideró, respecto a Portezuelo y Amantla para el periodo Clásico, la existencia de poblados urbanos con su propia población rural dependiente pero tributaria a Teotihuacan, “en otras palabras, el mismo patrón que notamos para el periodo Azteca” (Sanders, 1961: 260).

Las ideas de Sanders fueron rechazadas ante los trabajos de Richard R. Blanton en la península de Iztapalapa, al encontrar la aparente ausencia de otros centros grandes además de Teotihuacan (Blanton, 1972b: 1325). Los resultados de los recorridos de superficie de Blanton fueron publicados en 1972, donde se muestra una ocupación para el Clásico temprano, una desocupación para el Clásico tardío y de forma extraña, una nueva ocupación del Epiclásico (*Early Toltec*) en 66 por ciento de los sitios del Clásico temprano, algunos asociados a materiales Oxtotipac.

Blanton se dio cuenta de ese comportamiento de los sitios arqueológicos: “el hecho que muchos de los sitios sean exactamente co-extensivos sugiere una continuidad en asentamientos desde el Clásico temprano al Tolteca temprano [Epiclásico]” (Blanton, 1972a: 94).

Este comentario hubiese hecho más eco en los estudios regionales, pero Blanton no contempló esta hipótesis en el desglose de sitios del Clásico tardío, y mucho menos en la presenta-

ción de sus planos. En ese momento se determinó que prácticamente hubo una desocupación de la península de Iztapalapa durante el Clásico tardío.

La información ofrecida por Blanton se sumó a la obtenida por Jeffrey R. Parsons de la subregión de Texcoco, con la ausencia de grandes poblaciones durante el Clásico, a excepción de Portesuelo (Parsons, 1971). De esta forma, se condensó una de las conclusiones de la obra *The Basin of Mexico*, publicada en 1979 en coautoría de William T. Sanders, Jeffrey R. Parsons y Robert Santley (1979): el dominio de Teotihuacan sobre la cuenca de México es evidente, con la mayoría de la población aglutinada en ese asentamiento, dejando subregiones como la península de Iztapalapa con poca población.

Esta percepción del dominio teotihuacano se ha generalizado a la fecha donde Teotihuacan es dominante a la par de un despoblamiento inicial de la mayoría de la cuenca de México, característica poblacional que se mantuvo durante la existencia de la ciudad como centro hegemónico (Millon, 1995: 101-102), mostrándose a la porción sur de la cuenca de México como un territorio en el que existían solamente pequeñas aldeas y algunos campamentos estacionales (Diehl, 1989: 15).

Para el 2001, Michael Smith y Lisa Montiel tomaron los datos de la publicación citada de Sanders, Parsons y Santley (1979), y de los trabajos de Millon (*op. cit.*), entre otras, para sostener un poder de Teotihuacan más directo sobre la cuenca de México que el mismo Tenochtitlan siglos después (Smith y Montiel, 2001: 252). Como se puede ver, existe un encañamiento de sucesos donde los estudios señalan la supremacía absoluta —en términos políticos y poblacionalmente— de Teotihuacan en la cuenca de México.

Por otra parte, una reevaluación inició en 1983, cuando fue publicada una obra de Jeffrey R. Parsons, Keith W. Kintigh y Susan A. Gregg (1983). Ahí son nuevamente analizados los datos de Blanton y homogeneizados con respecto a las demás subregiones, mostrando una importante ocupación para el Clásico tardío en la península de Iztapalapa.

Con la modificación a los datos de Blanton (1972a) por Parsons, Kintigh y Gregg (1983), se presenta un nuevo esquema de la ocupación en regiones vecinas a Teotihuacan. Así, el sur de la cuenca de México mantuvo una ocupación más intensa que lo indicado inicialmente por Sanders, Parsons y Santley (1979). La trascendencia de esta modificación para la península de Iztapalapa pasó desapercibida en estudios locales realizados con posterioridad: Tovalín (1998), y Wagner (1988) o en estudios regionales (Diehl, 1989; García Chávez, 1998);¹ persistía la idea de un despoblamiento para la subregión de Iztapalapa durante el Clásico tardío.

Parsons, al tomar parte de esta modificación es consciente que: “durante el Clásico y Posclásico temprano la península [de Iztapalapa] tenía la población regional más densa al sur de Teotihuacan” (1989: 219), y sostiene un despoblamiento tras el colapso de Teotihuacan, tratando de evaluar la rápida repoblación desde dos perspectivas: el comportamiento de la cerámica del Epiclásico, o grandes migraciones que significaron un rápido crecimiento poblacional (Parsons, 2001: 152).

Por nuestra parte, estamos de acuerdo con los datos de la densidad poblacional al sur de la cuenca durante el Clásico tardío, pero por el contrario, y como argumentaremos más adelante, no ocurrió tal despoblamiento a inicios del Epiclásico, sino que, existió una transición cultural en el marco del fortalecimiento de elites periféricas que se separaron del modelo cultural teotihuacano, con continuidad poblacional Clásico-Epiclásico en el Cerro de la Estrella, presentando una transición modal del Clásico temprano al Epiclásico que era percibido falsamente como un despoblamiento.

Al parecer, durante la fase Metepec, en pleno decaimiento del sistema estatal teotihuacano, en el Cerro de la Estrella, ya se encontraba una populosa concentración que había desarrollado y/o adoptado nuevos patrones

¹ Raúl García Chávez cita la obra cuando estudia la región de Chalco Xochimilco, pero no usa los datos de la región de Iztapalapa.

culturales, conformando junto con otros asentamientos, un emergente poder periférico a Teotihuacan.

Centros secundarios

La jerarquía de los asentamientos de la cuenca de México y regiones circundantes que forman el núcleo del dominio teotihuacano, sugiere su subordinación a la metrópolis por medio de una estructura administrativa centrada en la ciudad (Millon, 1995: 109), siendo posible “dos niveles de centros administrativos por debajo de Teotihuacan: uno, representado por centros secundarios como Azcapotzalco y Portezuelo; y otro por una serie de pequeños centros terciarios...” (Parsons, 1989: 185).

Si los centros de control, cabeceras de las unidades políticas, son una derivación de la política centralista de Teotihuacan, entonces debe existir la reproducción o repetición de los esquemas ideológicos de la gran urbe, incluido la concepción del espacio urbano, donde se manifestarían concretamente las instituciones teotihuacanas.

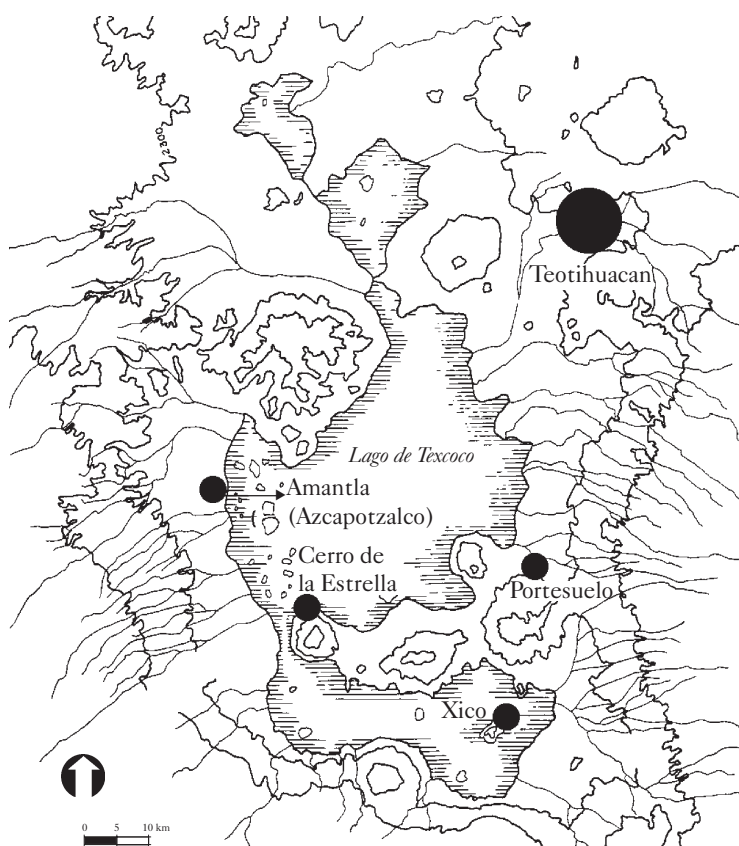
De ser así, el territorio de la cuenca estaría dividido en unidades políticas periféricas al gran centro urbano de Teotihuacan, reflejando a escala menor una simetría recursiva de la política centralizada de esa ciudad.

Presumiblemente en el centro urbano residirá una cédula de control teotihuacano en torno a la cual girará la dinámica local, y a la vez, será el medio por el cual, las mismas manifestaciones discursivas teotihuacanas (religión o linaje), se reforzarán, a la par de las acciones coercitivas como la aplicación directa de fuerza (ejército).

Lamentablemente en la actualidad se posee poca información relativa a algunos asentamientos

secundarios en la cuenca de México durante el Clásico, donde son pocas las investigaciones encaminadas a conocer la influencia y control de Teotihuacan sobre los asentamientos periféricos a esa gran urbe, mediante la evaluación de indicadores específicos (Charlton, 1998). A pesar de ello, se conocen datos importantes de Amantla (Cepeda, 1977, Córdoba y García Chávez, 1990; García Chávez, 1998; Vaillant, 1956: 76) y Portezuelo (Hicks y Nicholson, 1962) (fig. 1).

De la ocupación de Amantla, Córdoba y García Chávez (1990: 209) realizan una síntesis tras algunas excavaciones con objetivos específicos: se considera que el sitio es casi abandonado hacia las fases Tzacualli y Miccaotli, volviéndose a poblar como una aldea dispersa hacia la fase Tlamimilolpa, sin encontrarse restos de arquitectura. La fase Xolalpan marca el apogeo de este sitio, asociándose arquitectura y otorgándole los



● Fig. 1 Antiguo sistema lacustre de la cuenca de México donde se señalan algunos de los principales asentamientos del Clásico basado en Niederberger (1987: fig. 15).

autores citados el denominativo del centro provincial con 300 ha. Es en la fase Metepec cuando el sitio decae, presentando al final de esta fase un abandono.

Según García Chávez (1998: 481-490) existió un abandono en la fase Xolalpan de la mayoría de los sitios de la fase Tlamimilolpa de la cuenca de México o su contracción de tamaño, nombrando a Xico, Azcapotzalco, Culhuacán y Chingu.²

Al respecto, se reitera con los datos de la Península de Iztapalapa que dicho abandono es existente en grandes centros poblacionales del sur de la cuenca, donde seguramente la búsqueda de los indicadores cronológicos de la fase Xolalpan y Metepec de Teotihuacan, ausentes o escasos en poblaciones periféricas contemporáneas a esas fases, motiva una distorsión cuando se generalizan modelos de desarrollo.

Como tal, y de mayor importancia, es necesario un proceso de maduración de modelos, de evaluación de nuevos hallazgos, de actualización y de proposición de hipótesis que contemplen desarrollos diferenciales contemporáneos.

El Cerro de la Estrella

El Cerro de la Estrella se localiza en el Distrito Federal, al sur de la cuenca de México. Se trata de un estrato-volcán extinto cuya altura va de los 2 240 msnm en el nivel del antiguo lecho lacustre, a los 2 460 msnm. Era el límite oeste de la península de Iztapalapa, encontrándose a su lado oeste el vertedero por donde se comunicaban los lagos de Chalco-Xochimilco en el de Texcoco (fig. 1).³ Esta elevación fue importante en la época prehispánica por llevar implícito la noción de Colhuacan, del *toltecáyotl*, además de ser la sede de la última ceremonia del

Fuego Nuevo en 1507, ejecutada por el imperio tenochca.⁴

La ocupación en el Cerro de la Estrella no se restringe al Posclásico y al Templo del Fuego Nuevo, existen otras localidades importantes donde es posible estudiar la ocupación humana desde el Preclásico medio-tardío (fig. 2). Respecto a la ocupación del Clásico, se poseen datos procedentes de diversas investigaciones, las que abordaremos a continuación (fig. 3).

En la falda y ladera norte del cerro, Blanton (1972a: 80) localizó un sitio que tenía 69 ha de extensión, señalándolo como perteneciente al Clásico temprano, denominándolo Ix-EC-37. El sitio fue clasificado como centro local (Parsons, Kintigh y Gregg, 1983: 68-69) haciéndose una excepción con respecto a los atributos requeridos para tal denominación: se carecía de arquitectura, pero el tamaño era suficiente (Blanton, 1972a: 20). Fueron observados desde la superficie unos montículos, pero Blanton no los incluyó en el sitio del Clásico por considerar la gran posibilidad de que fuesen de la importante ocupación del Epiclásico del Cerro de la Estrella, del sitio Ix-ET-13 (Blanton *op. cit.*: 80).

Años después, entre 1977 y 1979 se llevaron a cabo excavaciones en ese conjunto de montículos, en el paraje conocido como El Calvario o La Pasión (fig. 3). La información de esa excavación está contenida en informes de Manfred Reinhold (1977, 1978, 1979), quien fue comisionado por el INAH para realizar en 1977 un reconocimiento inicial con fines de deslinde y delimitación de predios. Se encontraron ahí un total de nueve montículos (Reinhold, 1977), se excavaron dos montículos, en la estructura sur para evaluar su potencial arqueológico, hallando un conjunto arquitectónico cuya temporalidad se extiende desde el Preclásico medio-tardío a la parte temprana del Epiclásico, como se verá adelante.

A finales de los años setenta y primera mitad de la década de los ochenta, Carlos Salas

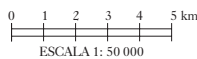
² Por el momento restringiremos nuestras referencias de Amantla por la incertidumbre existente en torno a él, quedándonos únicamente claro que existe una desocupación que separa lo teotihuacano de lo coyotlatelco (Cepeda, 1977; Córdoba y García Chávez, 1990: 209) y lo importante que fue en algún momento del Clásico.

³ Aunque en algunas ocasiones, el mismo cerro se convirtió en una isla cuando era rodeado de las aguas lacustres (Blanton 1972a: 31; Noyola 1996: 2; Ortega 1997: 19).

⁴ No haremos el recuento completo de antecedentes de estudios arqueológicos del Cerro de la Estrella, usando únicamente las investigaciones necesarias en este trabajo por el espacio limitado.



490 000 m E



Equidistancia entre curvas de nivel: 10 m

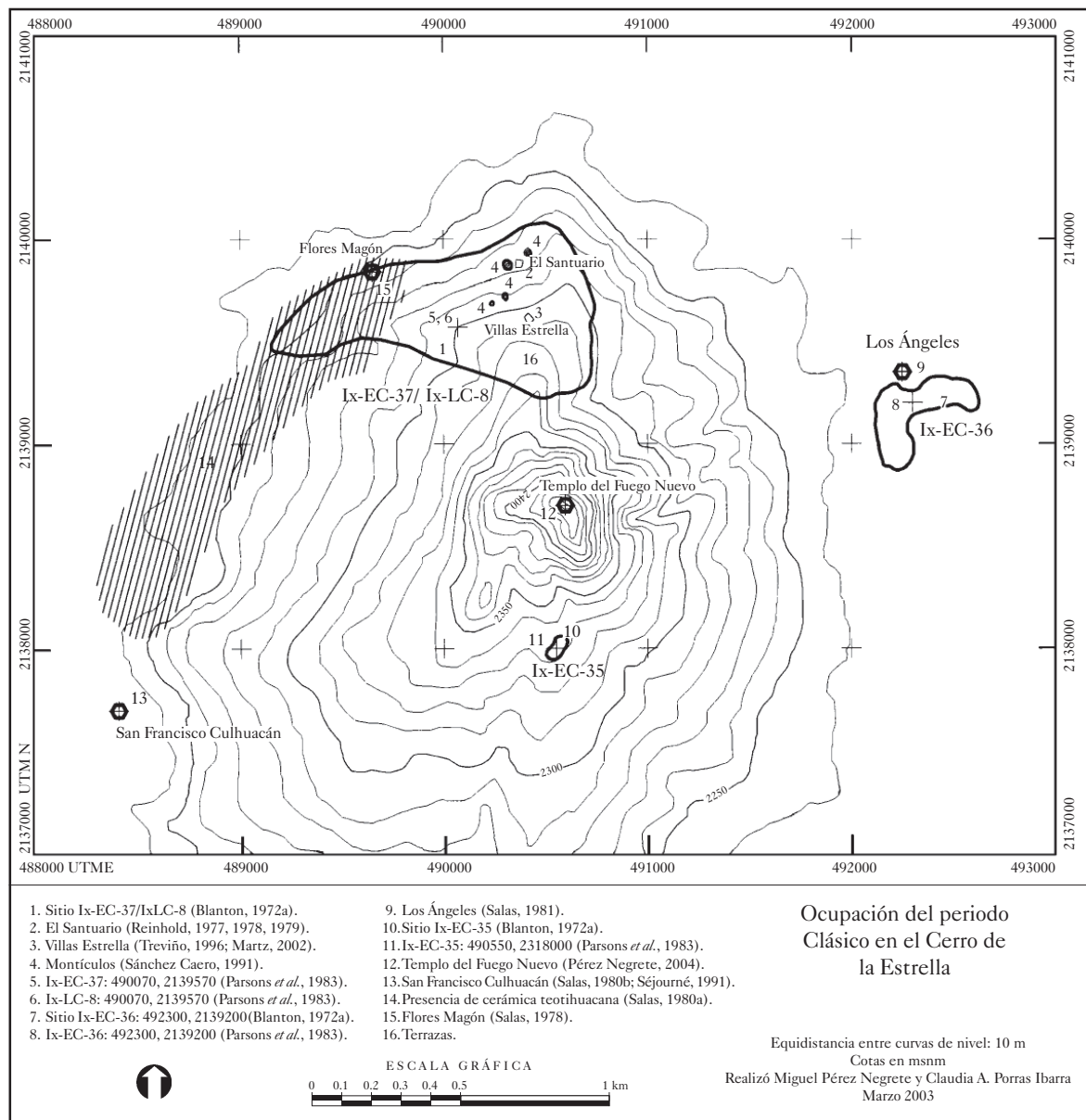
Fig. 2 Topografía del Cerro de la Estrella, se observa la invasión de la mancha urbana. Carta INEGI (1997).

llevó a cabo trabajos de salvamento arqueológico en la delegación Iztapalapa. Al noreste del Cerro de la Estrella, en la colonia Flores Magón se hallaron restos humanos, cerámica y artefactos de molienda (figs. 2 y 3). Lo más representativo fueron dos vasijas semicompletas de color naranja, una de ellas posee fondo plano, paredes bajas, curvo divergentes, líneas rojas verticales y según el texto y dibujo de Salas, con señales de poseer seis soportes cilíndricos huecos; la otra es un cajete bajo de fondo plano y paredes curvo convergentes, también con decoración en rojo (Salas, 1978). Los materiales

parecen pertenecer al Clásico tardío;⁵ sus rasgos concuerdan con materiales locales hallados en El Santuario.

Las excavaciones en Flores Magón marcan el límite noroeste de la ocupación del Clásico. Salas (1981) también realizó excavaciones

⁵ De los soportes cilíndricos huecos aparecen en vasos con decoración en rojo, aunque como indica Rattray (2001: 264), no está bien ubicada su cronología, apareciendo por primera vez en Xolalpan temprano, se trata del grupo Pintado, vasos Bícromo Rojo sobre Natural. Lo bajo de las paredes, que tal vez ya no lo ubica como vaso, le otorga mucha similitud con materiales Metepec, a esto se suma la forma del otro cajete.



● Fig. 3 Plano que incluye las investigaciones realizadas en el Cerro de la Estrella que han dado a conocer la ocupación del periodo Clásico. Realizó Miguel Pérez Negrete y Claudia A. Porras Ibarra.

al noreste del Cerro de la Estrella, en la colonia Los Ángeles (fig. 2), donde Blanton localizó el sitio que denominó años antes Ix-EC-36.

Por las investigaciones de Salas, se sabe que la cerámica teotihuacana continúa hacia Culhuacán (Salas, 1980a), ya en la planicie lacustre, hacia el oeste, llegando en superficie al ex convento de San Matías (San Juan Evangelista), unos 450 m al noroeste de San Francisco Culhuacán. De ahí al sur, se encuentra ya mezclada

en superficie con cerámica azteca, para desaparecer de la superficie cerca de San Francisco Culhuacán, pero estando presente en estratos profundos.

Salas (1980b) excavó en San Francisco Culhuacán encontrando en las capas profundas cerámica teotihuacana, con una presencia que iguala la densidad de materiales azteca que abunda en las capas superficiales. Él encontró una secuencia muy clara Clásico-Epiclásico-Posclásico

que no puede justificarse por un acarreo de material, como Blanton (1972a: 161) argumentó.⁶ Ya Séjourné (1991: 41) había notado una ocupación teotihuacana por debajo del conocido asentamiento del Posclásico llamado Colhuacan.

Desconocemos cual era la dimensión real de la ocupación para el Clásico en el Cerro de la Estrella. Con la información que se posee se calculan dimensiones mayores a las 69 ha estimadas por Blanton (1972a). Lamentablemente gran parte de esa ocupación fue ocultada por la sedimentación natural, las ocupaciones prehispánicas posteriores, y actualmente por la Ciudad de México. El área indicada por Salas, con presencia de materiales del Clásico involucra un tamaño de 3.5 veces mayor a lo considerado por Blanton, aunque todavía existe la inquietud del límite oeste y sur de la ocupación; por el momento se calcula una extensión de al menos 240 ha para el Clásico tardío. El tamaño de la ocupación y la presencia de arquitectura de función definida señalan al Cerro de la Estrella como un centro regional.

Con los hallazgos de Reinhold y Salas, se obtiene un mejor entendimiento de la ocupación del Clásico para el Cerro de la Estrella, pero el estudio directo de El Santuario es la clave para comprender la dinámica del Clásico y parte temprana del Epiclásico en el Cerro de la Estrella.

El Santuario

Durante 1997, se realizó nuevamente un levantamiento arquitectónico de los vestigios prehispánicos que Reinhold excavó, denominándose al sitio como El Santuario (figs. 4 y 5). Dicha acción, fue realizada como parte de los objetivos de investigación y conservación del Proyecto Arqueológico Cerro de la Estrella 1997. Además, a cargo de Martín González, se hizo limpieza

en el sitio para quitar el azolve, lográndose obtener cerámica de la limpieza de los elementos, así como de los núcleos socavados de las estructuras a consolidar. La limpieza de un área para su protección requirió el trazo de unos pozos de sondeo. Usando el plano, las apreciaciones de campo y la cerámica asociada, se puede establecer una secuencia arquitectónica y sus características, basándonos en gran parte en el trabajo de Manfred Reinhold.

Reinhold define un total de tres épocas. Sin embargo, podemos considerar un total de cuatro de ellas, y no solamente reflejan la superposición arquitectónica, sino también el desarrollo sociocultural de la ocupación del Cerro de la Estrella en su falda norte y cambios en la función del espacio.⁷

Primera y segunda época de El Santuario

En el sector norte del área explorada se encuentran los vestigios más tempranos localizados, consistentes en muros asociados a escalinatas de piedra (fig. 5). Se trataba de una plataforma de la que únicamente conocemos parte de su fachada oeste. A pesar de ser una porción de la estructura, el arremetimiento de unas escalinatas en el cuerpo, seguido al sur de un muro más con su respectiva escalinata, nos podría evidenciar una plataforma cívico-ceremonial como la que presenta Tlapacoya, ubicada por Blanton (1972a: 59) para el Preclásico terminal.

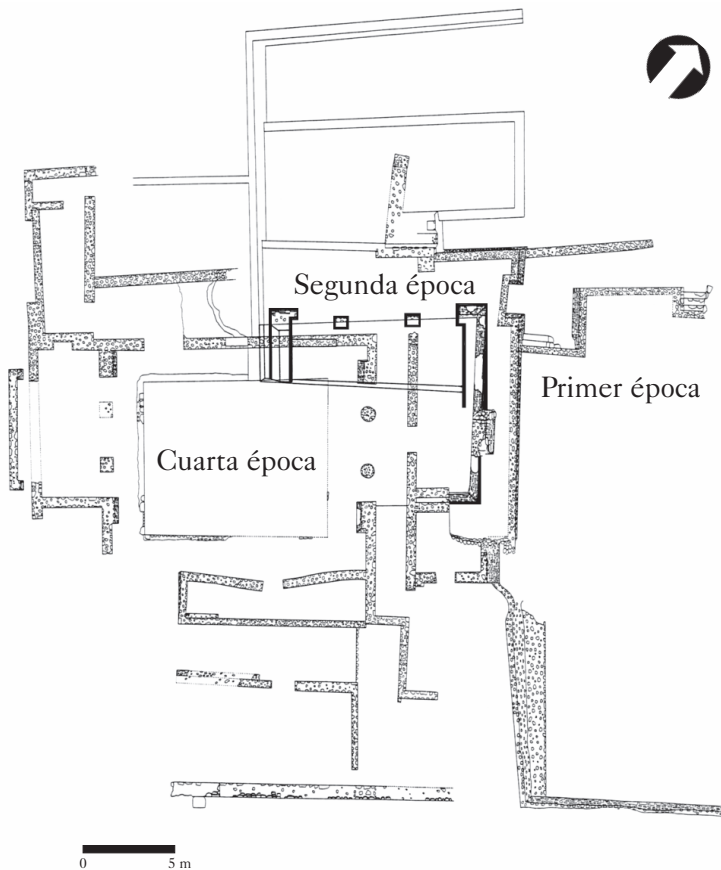
La estructura de la primera época de El Santuario se asociaría a una ocupación que reporta en 1925 Kroeber (1965) en esta parte del Cerro de la Estrella, hacia la planicie, la cual, por la intensa urbanización fue imperceptible para Blanton en 1969 y hoy se puede ubicar en el Preclásico terminal, por la comparación tipológica del mismo Kroeber. Para entonces, el Cerro de la Estrella era seguramente una unidad política de la misma envergadura de Tlapacoya (Ix-TF-4), Ix-TF-5 y Tx-TF-50, señalado como Ix-TF-A en la figura 14.

⁶ Para Séjourné pasó desapercibida la ocupación del Epiclásico por considerar dichos materiales como teotihuacanos. No así para Vaillant (1956: 90), que desde 1944 ya señalaba que debajo de la ocupación de San Francisco Culhuacán estaba presente la cerámica Coyotlatelco.

⁷ Respecto a la nomenclatura de época, etapa y momento, véase Noel Morelos (1993: 89-92).



● Fig. 4 Remanentes arquitectónicos en el sitio El Santuario. Se observan los restos de muros consolidados a finales de los años setenta, así como el agresivo entorno urbano que los ha rodeado. Toma hacia el poniente (cortesía: Proyecto Cerro de la Estrella 1997-1998).



● Fig. 5 Plano de la planta de los muros expuestos en El Santuario. Con línea más gruesa se ha señalado la subestructura de la segunda época (realizó: Miguel Pérez Negrete y Hans Martz de la Vega, Proyecto Cerro de la Estrella 1997-1998).

En algún momento del Preclásico terminal sucedió un cambio: la plataforma de acceso múltiple es cambiada por el templo como unidad arquitectónica individual.⁸ De esta forma, sobre la plataforma se construyó el basamento de un templo; Reinhold encontró restos de los cuartos de la parte superior (marcado con línea gruesa en la figura 5). El basamento posee un paramento sencillo, es decir, no hay presencia de talud-tablero ni tampoco de cornisa o arremetimiento.

Reinhold (1979) ubicó cronológicamente a esta etapa entre 200 a.C. y 100 d.C. Nosotros respaldamos sus apreciaciones, asociándola a la ocupación del Preclásico terminal en esta parte del cerro.

Tercera época de El Santuario

La tercera época de El Santuario posee una serie de cuartos cuyos muros fueron construidos en principio con un arranque de mampostería y en la parte superior adobe; también tiene pisos estucados (Reinhold, 1978). No se posee mayor información ya que se encuentra actualmente cubierta por los remanentes visibles de la época posterior, a excepción de tres datos trascendentales.

⁸ Se trata del esquema básico del templo prehispánico, el cual se caracteriza por un basamento que por lo regular tiene un solo acceso mediante escalinatas, y en la parte alta los cuartos donde se contiene el espacio sagrado, ya sea de una sola cámara, o que también posea vestíbulo, es decir, con dos cámaras (véase Marcus, 1983; Marcus y Flannery, 1997; Marquina, 1990: 16).

La ocupación de la tercera época usó como núcleo el templo y el basamento de la segunda época, ubicándose el nuevo nivel de ocupación a unos 80 cm por arriba del nivel de piso del recinto del templo; Reinhold (1979) hace la observación que los constructores de la tercera época durante la edificación encontraron que los muros del templo ya estaban muy erosionados y en ruina, mostrando una desocupación.

El otro dato que se posee es el hallazgo de dos incensarios tipo teatro en una de las ofrendas excavadas por Manfred (Felipe Solís, comunicación personal, 2003). Además, Reinhold (1979) muestra un talud-tablero con un sistema constructivo similar al teotihuacano, correspondiente a la tercera época (fig. 6), el cual no es visible actualmente por estar cubierto por elementos expuestos.

Aunque tenemos pocos datos, la estructura es básicamente teotihuacana por las características del talud-tablero, las ofrendas presumiblemente a esta época y los materiales cerámicos. Lamentablemente no se poseen elementos iconográficos, o mayor cantidad de datos para ir allende de la propuesta de una presencia de gente teotihuacana con función rectora en este lugar, aunque en la cuarta época se nota un desarrollo a partir del modelo de ordenación urbana de Teotihuacan, el cual debió haber estado presente desde la tercera época.

Cuarta época de El Santuario

La cuarta época debió poseer la misma función que la tercera, es decir, una serie de cuartos de lo que se ha llamado conjunto departamental, concepto del que se habla más adelante, ofreciendo la mayor visión horizontal de la arquitectura de este sitio. La extensión que actualmente posee el conjunto es de 1 224 m² (fig. 7).

Existen remanentes de un patio interno o espacio central con un ligero desnivel de 5 cm

con respecto a la superficie circundante; este tipo de elementos son denominados por Angulo como patios de distribución, que aunque “tenían un acomodo casi semejante al de las plazas, sólo debieron cumplir con el aspecto práctico de proporcionar iluminación y ventilación a los recintos porticados que los rodeaban, además, servían para distribuir la circulación interna del conjunto unitario” (Angulo, 1987: 283).

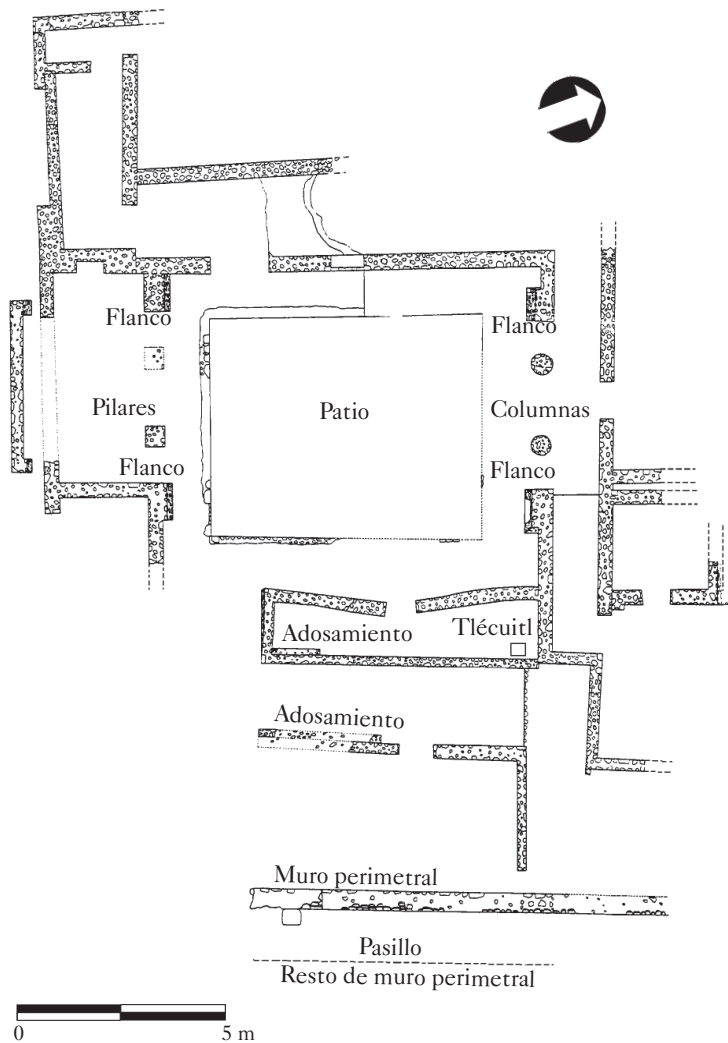
El límite al norte del conjunto excavado pudo ser un muro registrado por Reinhold, existiendo una visible adaptación al terreno, manifestada por la presencia de un muro de contención que soportaba los cuartos superiores y desplantaba desde las estructuras tempranas las cuales habían sido acopladas como relleno estructural.

Los límites sur y oeste son desconocidos. Mientras que al este, se localiza un muro grueso (70 cm) con la cara exterior (este) en talud y la interna a plomo. En la cara externa del muro se encontró una gran piedra de caras planas, con restos de recubrimiento de estuco, pero sin pigmento. Frente a ese muro, o sea, el este, se ubicaba el desplante de un muro similar que formaba un pasillo de unos 20 m de largo por 1 m de ancho, sin saberse su longitud total, denotando la existencia de otro conjunto similar al este, ya desaparecido.

Parecen tratarse de muros circundantes o perimetrales usados para definir los conjuntos departamentales (Millon, 1974: 354). De la pre-



● Fig. 6 Fotografía de un talud-tablero hallado en El Santuario durante las excavaciones de Manfred Reinhold. Tomado de Reinhold, 1979.



● Fig. 7 Detalle de los vestigios de la cuarta época de El Santuario, donde se indican algunos elementos mencionados en el texto (realizó: Miguel Pérez Negrete y Hans Martz de la Vega).

sencia de muros perimetrales al sur de la cuenca de México se tienen solamente conocimientos de un complejo arquitectónico amurallado del Clásico en el sitio Ch-Cl-12, en la subregión de Chalco (Parsons, 1989: 186).

Continuando con El Santuario, aunque el sitio ha sufrido una destrucción intensa, se sabe por algunos reportes (Manfred, 1977, 1979; Sánchez Caero, 1991) que al sur del área excavada se ubicaba un montículo, era amplio pero de baja altura, de unos 40 m de diámetro y que seguramente contenía restos de otro conjunto departamental. Al oeste se ubicaba un montículo de 50 m de diámetro con mayor altura aparente

(no se tiene el dato concreto de su altura) que dejaba ver claramente la presencia de una estructura piramidal (Sánchez Caero, 1991), hoy arrasada (figs. 3, núms. 2 y 3).

Reinhold (1978: 2) encontró a 60 cm de profundidad el piso de los remanentes que hemos llamado aquí cuarta época. Él se percató de que estaba conformada de varias etapas y momentos constructivos, perceptibles en sobreposiciones de pisos, redefiniciones menores de espacios y tapiados de vanos, pero no ha llegado a nosotros el registro completo de ello.

Además, Reinhold perforó el piso de la cuarta época, y a un metro de profundidad encontró un entierro "...cuyas ofrendas arrojaron cerámica de la época Teotihuacan II-A/III; la cerámica consiste en un cántaro, un brasero, dos platos, varios fragmentos de cerámica y de obsidiana y el atlas de un esqueleto humano" (Reinhold, 1979).

Al conjunto visible hoy, es decir la cuarta época, Reinhold (1979) le otorgó el valor cronológico relativo por la cerámica hallada. En realidad, existió una

mala apreciación: al romper pisos en las exploraciones hasta llegar al suelo estéril, y no registrar los hallazgos respecto a los niveles de ocupación, sin indicar si existía un parche en el piso de la cuarta época, o una intrusión que permitiera una correlación, ponemos en duda las inferencias cronológicas de Reinhold para las épocas tardías del conjunto arquitectónico.

Realmente Reinhold no se dio cuenta que al excavar un metro ya estaba por debajo del nivel de ocupación de la cuarta época (en la parte superior del basamento), ocupaciones separadas por 40 cm. Es muy posible que realmente estuviese fechando la tercera época y algunos

de sus momentos constructivos, consistentes en al menos cuatro superposiciones de piso, pero no la cuarta época. Además, se sondeó en otros cuartos, y también debajo de los pisos de la cuarta época, y de otros pisos más abajo, se encontraron más entierros múltiples de niños. No se pueden contextualizar, pero es evidente que la mayoría de estos entierros podrían pertenecer al núcleo de la tercera época.

De presentar básicamente el modelo teotihuacano, se esperaría que la cuarta época de El Santuario fuese sólo un segmento de un conjunto departamental mayor, que tendría su patio principal con altar y el sistema de tres templos. Pero existen ciertos elementos que demuestran que no poseía las características estrictamente teotihuacanas, en lo que consideraría como un estilo ecléctico con particularidades que alcanzarían posteriormente su auge.

De los primeros detalles que saltan a la vista es la presencia de los flancos del pórtico, es decir, los engrosamientos en talud a ambos lados del pórtico. En Teotihuacan no se usan estos elementos, ahí los pórticos presentan las pilastras y los remates del muro sin mayores elementos, es decir, los muros laterales no presentan engrosamiento interno, mientras que el talud es dispuesto en la cara externa del muro que separa el vestíbulo del recinto interno.⁹

El uso de los flancos del pórtico también se hizo en la ocupación coyotlatelco del Cerro de la Estrella, aunque no está presente en Tlalpizahuac (Tóvalín, 1998). Un elemento más es la presencia de la columna, es decir, estructuras verticales para carga con sección circular, tampoco común en Teotihuacan. Las columnas se usaron en Tollan Xicocotitlan, la Tula del actual estado de Hidalgo, en El Corral y el Palacio Quemado (Paredes, 1990) pero antes de ello, se halló su uso en el Edificio de las Columnas en Cacaxtla (Foncerrada, 1993).

Otro elemento que alcanzaría gran auge durante el Epiclásico, Posclásico temprano y hasta el final de la época prehispánica es el fogón o *tlécuil* como elemento incluido en la arquitectu-

ra, disponiéndolo en el piso. Del *tlécuil* se encuentran varios ejemplos en la ocupación del Epiclásico en el mismo Cerro de la Estrella en el sitio de Villa Estrella, también en Pueblo Perdido (Rattray, 1972), en Tlalpizahuac (Tóvalín, 1998), o en la región de Tula (Paredes, 1990), por nombrar algunos.

En la cuarta época de El Santuario también está presente un *tlécuil*. Se localiza en un espacio secundario al patio (fig. 7) sin ocupar la posición importante que tendrían estos elementos en la arquitectura de periodos posteriores. Además, si se observa, se colocó un talud adosado al muro de la entrada del recinto que cierra el patio al este (fig. 7); como ya se indicó antes, se encuentra en Teotihuacan este adosamiento de talud en los muros laterales al vano del acceso a un templo, elemento que no se va a encontrar en la posterior ocupación del Epiclásico del Cerro de la Estrella.

En suma, difiere en arreglo espacial y sistema constructivo de sitios del Epiclásico. Además, comparando la arquitectura de esta época de El Santuario, se observa que es diferente de la arquitectura del Epiclásico pleno visible en Villas Estrella.

Se puede decir que la cuarta época de El Santuario es, en parte, similar a un conjunto departamental tipo teotihuacano, pero ciertos elementos arquitectónicos denotan el desarrollo o adopción de nuevas características, conformando una arquitectura ecléctica que se integra a otras características artefactuales propias de complejos transicionales.

A últimas fechas, Rattray le ha dado importancia a las observaciones de Blanton respecto a complejos transicionales del Clásico al Posclásico, considerando la nucleación de sitios al sur de la cuenca durante la fase Xolalpan tardío (Rattray, 2001: 400). Dichos complejos transicionales ya habían sido percibidos por Jiménez Moreno (1970: 53) y abordados por Cobean (1990: 178) al analizar aspectos cerámicos.

Al respecto, se ha propuesto la existencia de dos complejos cerámicos, uno de ellos es el Complejo A, que consiste principalmente en un pulido a palillos, desarrollado en la región de Puebla-Tlaxcala y heredando características de

⁹ La excepción son muros que cierran la fachada del pórtico, dejando únicamente el vano del acceso al centro, apreciados en Conjunto Plaza Oeste (Morelos, 1993).

cerámica teotihuacana del Clásico, y un Complejo B, consistente en cerámica Coyotlatelco, apareciendo en la porción centro y sur de la Cuenca de México y la parte sureste del Centro-Norte de México (Gaxiola, 1999; Dumond y Müller, 1996). Ambos complejos parecen desarrollarse en sus orígenes de forma contemporánea a la fase Metepec en Teotihuacan (Parsons, Brumfiel y Hodge 1996; Gaxiola, 1999), de hecho, el que rasgos artefactuales del Clásico temprano se retomen por el Complejo A, se explica por la permanencia de ellos en los centros periféricos, a los que se suman las innovaciones ajenas al tardío desarrollo teotihuacano.

En el caso concreto de El Santuario, no se cuenta todavía con fechamientos absolutos para determinar la temporalidad de la cuarta época, pero se cuenta con la cerámica asociada a los rellenos constructivos para desplantar la cuarta época, y de la sedimentación original que sufrió esta parte del sitio tras el cese de las funciones que tenía (Pérez Negrete, s/f).

Tanto en los rellenos como en los núcleos se halla cerámica tipo Coyotlatelco Rojo/Bayo, ya sea en cajetes ápodos, con base anular o trípodes (fig. 8), aunque también se encuentra la cerámica de color bayo con las mismas formas, pero monocroma, así como cajetes Rojo/Crema. Se localizaron también fragmentos de cajetes con reborde basal o de ángulo basal "Z" (véase Dumond y Müller, 1996). Estos elementos aparecerán en el Cerro de la Estrella en la parte temprana del Epiclásico, y en contextos más tardíos del Epiclásico, como Villas Estrella y en

parte del conjunto arquitectónico del Templo del Fuego Nuevo (Pérez Negrete, s/f).

Por el contrario, se presenta una burda cerámica esgrafiada-incisa, que en contextos posteriores desaparece, estando a la par de una cerámica pulida-bruñida de buena manufactura que sí permanece en la parte tardía del Epiclásico, la cual ha sido denominada por Rattray (1966) como *Brown-Black Carved Ware* (fig. 9).

Son característicos para El Santuario y únicamente para la parte transicional del Clásico-Epiclásico un grupo formado por platos trípodes de barro color café claro; la base es plana y poseen paredes curvo divergentes ligeramente evertidas. La cara externa de la base es ligeramente áspera, el interior pulido y con decoración pintada y/o sellada en la parte externa del borde. Los soportes son de prisma rectangulares y cónicos (fig. 10). Algunas vasijas similares se llegan a presentar en contextos más tardíos del Epiclásico, con menor divergencia de paredes y soportes cilíndricos.

Otra cerámica propia del contexto de la cuarta época de El Santuario son los cajetes ápodos que se caracterizan por tener paredes con una marcada forma curvodivergente. Como constante se observa un grueso baño rojo bruñido al interior, y al exterior una gran variedad de decoración, conjugándose técnicas de sellado, inciso, pintado en rojo, y blanco, ya sea sobre la superficie pulida de la vasija, o sobre un engobe blanco (fig. 11).

Algunos rasgos cerámicos de la transición Clásico-Epiclásico y la parte temprana del Epiclásico en el Cerro de la Estrella, así como la arquitectura presente en la cuarta época de El Santuario van a perderse para dar paso a arquitectura plenamente del Epiclásico que puede verse claramente en Villas Estrella y Tlalpizahuac (Martz, 2002; Patiño, 1994; Tovalín, 1998; Treviño, 1996 y Wagner, 1988).

Resta decir que de forma contemporánea a la ocupación de la cuarta época de El Santuario, se encuentra la primera etapa del



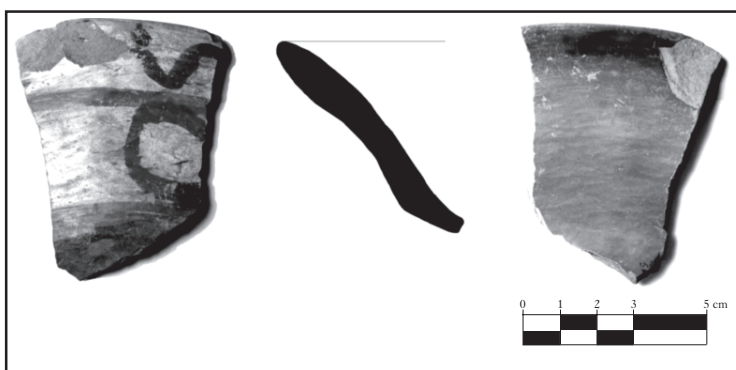
● Fig. 8 Cerámica tipo Coyotlatelco Rojo/Bayo. Este fragmento de cajete trípode fue hallado en el núcleo de los muros de la cuarta época de El Santuario.



● Fig. 9 Cerámica de transición Clásico-Epiclásico. Cajetes ápodos con superficie áspera en la que se aplicó incisión y punzonado. Tiestos más tardíos tendrán pulido y bruñido zonal.



● Fig. 10 Cerámica de transición Clásico-Epiclásico. Cajetes trípodos con superficie áspera con fondo plano y una gran variedad en la decoración. En el caso ilustrado se realizó sellado.



● Fig. 11 Ejemplo de un fragmento de cajete con paredes divergentes. Esta cerámica presenta un grueso engobe rojo al interior y varias técnicas decorativas al exterior, incluye pintura rojo sobre un grueso baño blanco.

Templo del Fuego Nuevo en la cima del Cerro de la Estrella (fig. 12). En los rellenos de esa estructura previa a la edificación de una nueva

tura de *Coordinated Anthropological Research in the Valley of Mexico* (Sanders, Parsons y Santley 1979).

etapa aparece cerámica teotihuacana junto con materiales más tempranos. Del Periodo Clásico se hallan tiestos del Grupo Pulido con acanalado, algunos tiestos de Anaranjado Delgado, Blanco Granular y Grupo Pintado de la fase Metepec (fig. 13). Según nuestra propuesta, la cerámica Blanco Granular y Grupo Pintado pueden asociarse directamente a la primera etapa del Templo del Fuego Nuevo. Una relación entre la cúspide del Cerro y El Santuario involucra la instauración de un espacio ceremonial por parte de un centro regional que destinó mano de obra y materiales para realizar ceremonias en su cerro sagrado.

Patrón de asentamiento en la península de Iztapalapa

Al patrón de asentamiento de la península de Iztapalapa señalado por Blanton (1972a, 1972b) es necesario aplicarle las modificaciones realizadas por Parsons, Kintigh y Gregg (1983), actualizar la información con los datos propios del Cerro de la Estrella, y agregar algunos sitios descubiertos en las últimas décadas. La información fue vertida en una digitalización de cartas del INEGI escala 1:50 000, Chalco y Ciudad de México. Una vez colocados los sitios, se adecuó la simbología para distinguir los sitios según su clasificación, siguiendo de cerca la nomenclatura



- Fig. 12 Remanentes del templo de la primera etapa llamada Teocolhua temprana del Templo del Fuego Nuevo que demuestra que el Clásico tardío-Epiclásico fue instaurado un lugar de culto con arquitectura en la cima del Cerro de la Estrella. Toma al sureste (cortesía Proyecto Cerro de la Estrella 1997-1998).



- Fig. 13 Cerámica teotihuacana del grupo Pintado, fase Metepec que apareció junto con otros materiales de similar cronología en la cima del Cerro de la Estrella, denotando el uso ritual durante dicho subperíodo.

Preclásico terminal (150 a.C. a 150 d.C.)
(fig. 14)

Se observa que durante el Preclásico terminal existían cuatro centros locales repartidos de forma equidistante: Tx-TF-50 en el Cerro de Chimalhuacán (Parsons, 1971: 52), Ix-TF-4 en el Cerro de Tlapacoya, Ix-TF-5 en el norte del Volcán de Guadalupe (Blanton, 1972a: 59) y el Ix-TF-A en el Cerro de la Estrella, todos ellos con arquitectura cívico-ceremonial, que

bien podían ser unidades políticas.¹⁰

El asentamiento Ix-TF-5 presenta arquitectura considerada como defensiva (Blanton, 1972a: 59; Parsons, 1989: 177); mientras que el asentamiento Ix-TF-10, al norte del Cerro Tetecon, y el Ix-LF-13, en la cima del Cerro de la Estrella, han sido considerados por Parsons (1989: 177, 219) como sitios en posición estratégica en un ambiente hostil.

La idea tradicional sobre la posición defensiva de sitios del Preclásico terminal en la península de Iztapalapa debido a un conflicto Teotihuacan-Cuicuilco, ha sido puesta en duda en la actualidad. Rattray puntualiza:

“Las fechas de radiocarbono indican claramente que Teotihuacan y Cuicuilco nunca existieron como centros en competición” (Rattray, 2001: 358).

Considero que se puede forjar una propuesta si nos ubicamos en el marco cronológico de Teotihuacan. Para ese momento, ya se manifestaba como un gran centro urbano en desarrollo con el inicio de la construcción de la Pirámide del Sol, a principios del primer milenio de nuestra era. Tal desarrollo arquitectónico (Millón, 1995: 110; Rattray, 1998: 256) puede demostrar la consolidación del poder estatal (Millón, 1995: 112). Para ello se requería la enajenación de una gran cantidad de mano de obra y materiales, llevando implícito una estrategia política de Teotihuacan, mostrando el desarrollo y la culminación de mecanismos estatales exitosos que permitieron a la larga, el “encumbramiento” de esa gran urbe. Esto se asocia a la “incontrovertible evidencia de la importancia del papel militar en la historia temprana de Teotihuacan...” (Millón, 1995: 109). Para entonces, Teotihuacan debió contar con mecanismos de coerción y expansión.

¹⁰ Los sitios agregados a los registrados originalmente por Parsons, Kintigh y Gregg (1983), han sido denominados con letras mayúsculas consecutivas.

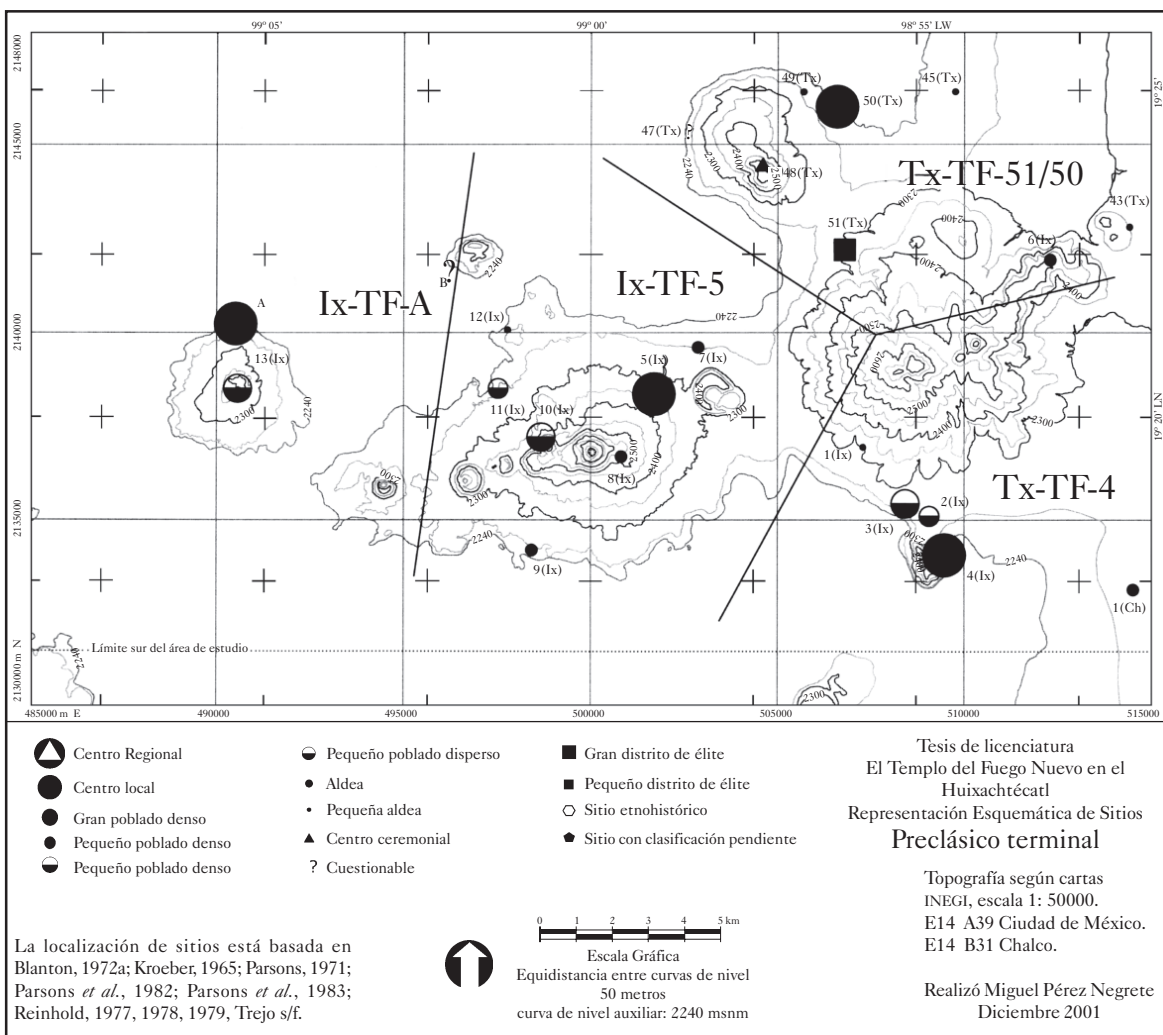


Fig. 14 Patrón de asentamiento de la península de Iztapalapa durante el Preclásico terminal. Nótese la equidistancia existente entre las cabeceras de las unidades políticas propuestas (realizó: Miguel Pérez Negrete).

De existir los sitios defensivos en la península de Iztapalapa, podrían representar un frente de resistencia del expansionismo teotihuacano temprano. Resistencia fallida perceptible en un movimiento poblacional fomentado o obligado hacia Teotihuacan a inicios de la fase Tzacualli (Millon, 1995: 136; Sanders, Parsons y Santley, 1979: 105-108) en el preámbulo de la construcción de la Pirámide del Sol, creando un despoblamiento en varias subregiones de la cuenca de México.

Estos acontecimientos pueden explicar el cambio drástico en el patrón de asentamiento de la península de Iztapalapa en la transición Preclásico terminal-Clásico temprano: los cen-

tros locales de la fase Patlachique desaparecen durante la parte alta del Preclásico terminal, fase Tzacualli (véase Parsons, 1989: 180, mapa 7). Este despoblamiento correspondería al abandono observado en el templo de la segunda época de El Santuario, en el Cerro de la Estrella.

Clásico temprano (150 a 450 d.C.)

Para el Clásico temprano, los asentamientos principales en la península de Iztapalapa son el Tx-EC-32 o Cerro Portesuelo (Parsons, 1971: 60-61), el Ix-EC-7 en Cerro Cuetlanca y el Ix-EC-37 o Cerro de la Estrella (Blanton, 1972a: 79) (fig. 15). La mayoría de los otros sitios dentro

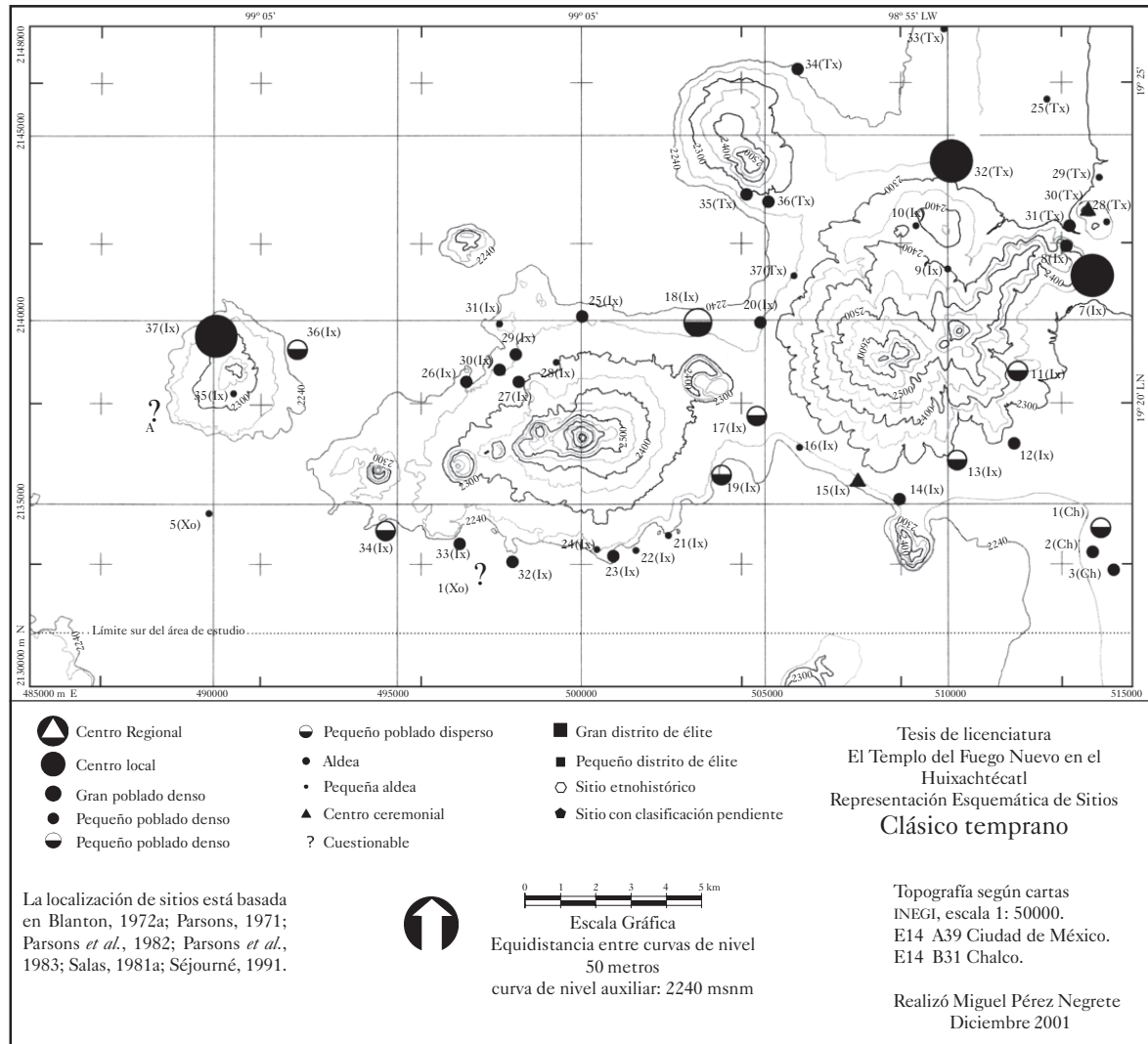


Fig. 15 Patrón de asentamiento de la península de Iztapalapa durante el Clásico temprano. Sobresale la ubicación dispersa en torno a la ribera lacustre de pequeñas unidades poblacionales (realizó: Miguel Pérez Negrete).

de la región de estudio son pequeñas unidades poblacionales dispersas en las faldas de las elevaciones, seguramente de características rurales, salvo el caso del sitio Ix-EC-18 al norte del Volcán la Cadera, con arquitectura cívico ceremonial (Blanton, 1972a: 67-79).

No se observa claramente una zonificación que denote una distribución territorial de las unidades menores en torno a los asentamientos rectores de esta subregión. Por el contrario, se observa una polarización de la subregión representada en el límite este por Cerro Portesuelo-Cerro Cuetlanca y en el límite oeste por el Cerro de la Estrella, mientras que los sitios

pequeños se ubicaron en lugares donde se favorecía la agricultura de temporal.

El patrón de asentamiento responde a la posibilidad de una política de Teotihuacan a gran escala que incluía acciones estratégicas para la distribución poblacional de la cuenca de México (Diehl, 1989: 11; Millon, 1995). De esta forma, es factible la presencia inicial y premeditada de Teotihuacan en Cerro Portesuelo-Cuetlanca y Cerro de la Estrella. Se trata de dos lugares geográficamente estratégicos. Mientras Cerro Portesuelo-Cuetlanca podrían controlar el paso directo por tierra en el este de la ribera lacustre, hacia el sur, Cerro de la Estrella era el

paso obligado de este a oeste sin tener que bordear la ribera sur.

Como apoyo a la propuesta de una acción premeditada en la disposición del núcleo poblacional en el Cerro de la Estrella, se encuentra el escaso potencial agrícola de las laderas del Cerro de la Estrella. Con este juicio, Blanton (1972a: 80) consideró que la motivación de la concentración de población en ese lugar se llevó a cabo por la existencia de un mercado local, un centro administrativo o religioso (Blanton, *idem*); de hecho, Parsons *et al.* (1982: 332) lo clasifican como centro administrativo. Reiterando, todo parece apuntar a que la disposición inicial del asentamiento Ix-EC-37 fue una acción premeditada como parte de una estrategia teotihuacana. Además de una ubicación estratégica dentro del sistema lacustre, el Cerro de la Estrella puede llevar implícito motivaciones ceremoniales al considerarse la gran cantidad de cuevas (Montero, 1999).

No sólo eso, si se amplía el cuadro se verá que tres principales centros regionales del sur y oeste de la cuenca de México, a expensas de conocer mejor a Xico, están distanciados entre sí, de 15 a 20 km (fig. 1): Amantla, Cerro de la Estrella y Portesuelo. Por supuesto que no se puede generalizar un modelo de distribución uniforme.¹¹ Al respecto, García Chávez (1998: 488) estima un establecimiento temprano planificado durante la fase Tzacualli en Azcapotzalco [Amantla], Xico y Portesuelo. Al parecer, durante la fase Tzacualli fueron colocados puntos de control en Cerro Portesuelo-Cuetlanca y Cerro de la Estrella, como sedes de centros administrativos de planificadas unidades rurales. Para entonces, es muy posible que la política de Teotihuacan fuese de inhibición hacia el desarrollo de centros secundarios (Sanders, Parsons y Santley, 1979: 128).

Clásico tardío (450 a 750 d.C.) (fig. 16)

Si para el Clásico temprano consideramos una presencia teotihuacana en la subregión, asocia-

da a una mayoría rural, durante el Clásico tardío las pequeñas unidades rurales disminuyen drásticamente. Existió una nucleación en centros poblacionales mayores, siendo seguramente durante este subperiodo cuando el Cerro de la Estrella alcanza la envergadura de un centro regional con tamaño similar al sitio de Amantla. El sitio de Cerro de la Estrella debió ser un núcleo urbano rodeado de población rural, estando esta última en torno a la elite local.

También en el Clásico tardío se presenta el desfase de la tradición cerámica en la península de Iztapalapa y se conserva estática respecto a los cambios modales en la gran urbe de Teotihuacan. De la cerámica, Blanton (1972a: 82-83) propuso que se trataba de una creciente diferenciación entre tradición urbana y tradición rural; él propone que la tradición cerámica del Clásico temprano se conservó durante el Clásico tardío y que la subregión de Iztapalapa no participó intensamente en la vida económica, religiosa o intelectual de la ciudad de Teotihuacan.

Es necesario recalcar que los dos polos de la subregión poseen un espacio ceremonial encima del cerro aledaño a cada uno de ellos, representando en esta área la asociación del culto en cerros con el centro rector, y por lo tanto el control de espacios ceremoniales, comunales o estatales; este aspecto sería más notorio en los periodos siguientes: el uso ceremonial de estas dos topoformas le otorgarían un valor ancestral a los santuarios hacia el final de la época prehispánica.

Consideraciones finales: regionalización y fortalecimiento de elites locales

Tanto en Cerro Portesuelo-Cuetlanca como en el Cerro de la Estrella se debió haber implantado la presencia de unidades de control teotihuacanas, tal vez modestas, centros administrativos con sus propios tributarios rurales. Pero el patrón de asentamiento señala que los centros locales en el Clásico temprano, se fortalecieron y se nuclearon en asentamientos hasta convertirse en centros regionales, seguramente

¹¹ A diferencia del sur, al oeste de la cuenca de México es mayor la presencia de centros secundarios.

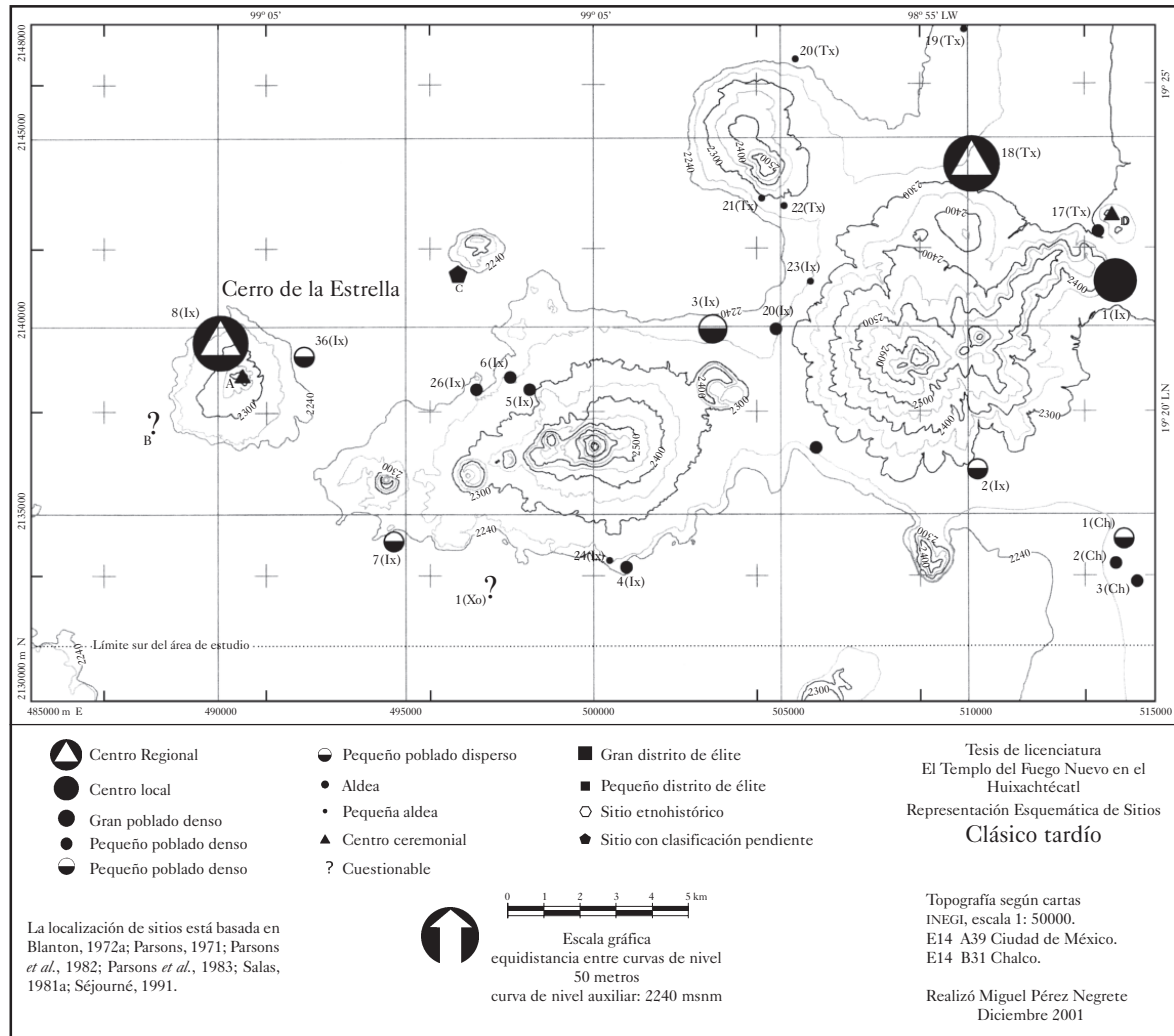


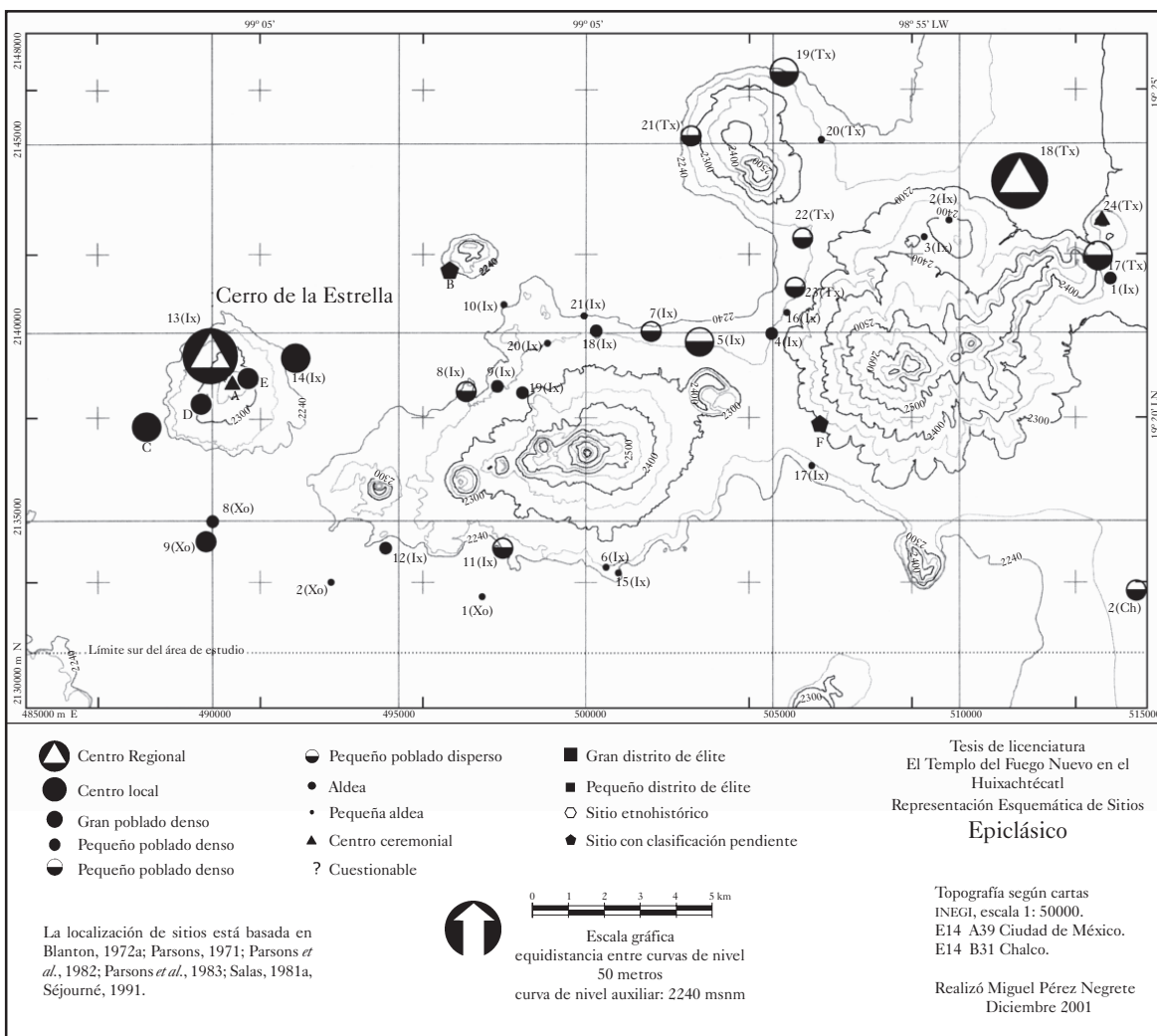
Fig. 16 Patrón de asentamiento de la península de Iztapalapa durante el Clásico tardío. Cerro de la Estrella y Portesuelo-Cerro Cuétlanca se alcanzan como centros regionales. La nucleación ocasiona una disminución de unidades rurales aisladas (realizó: Miguel Pérez Negrete).

cabeceras de unidades políticas semiindependientes de Teotihuacan, lo cual se observa por el desfase modal y la inserción de elementos culturales ajenos a la gran urbe. Esos centros regionales del Clásico tardío, Cerro de la Estrella y Cerro Portesuelo, permanecerían como tales durante el Epiclásico (fig. 17).

Así, se propone la formación de un bloque político en la península de Iztapalapa, o una unidad política parcialmente independiente en el que Cerro de la Estrella sería la cabecera. Por el momento sería aventurado proponer qué tipo de relaciones se derivaron posteriormente entre Cerro de la Estrella y Teotihuacan: Cerro

de la Estrella semiindependiente y tal vez aliado, o poseer una posición de rivalidad a Teotihuacan, junto con Xico y Portesuelo (Patiño, 1994: 157).

No sabemos si el crecimiento inicial del Cerro de la Estrella —que detonó su conformación como sede de un centro regional— fue por el proceso de nucleación ante un descuido de Teotihuacan, o inicialmente fue uno de los elementos que estudia Smith y Montiel dentro de las acciones del dominio y control imperial: la reorganización poblacional forzando la nucleación, “donde la gente rural es movilizada a pueblos donde son más fácilmente vigilados y



● Fig. 17 El patrón de asentamiento en el Epiclásico denota la continuidad poblacional de los centros regionales desde subperiodos anteriores. Se observa la relación cabecera-santuario en cerro, señalados estos últimos como triángulos pequeños (realizó: Miguel Pérez Negrete).

controlados” (Smith y Montiel, 2001: 249). Tal vez el detonante del desarrollo semi-independiente de unidades políticas periféricas fue la falta de visión de Teotihuacan, entidad política que no calculó la posibilidad de nucleación local en torno a sus centros administrativos, los cuales salieron de control al presentarse múltiples presiones que desviaron la atención de la gran urbe a otros problemas como el comercio de amplio rango.

Kenneth G. Hirth y William Swezey (1976: 11-15) han considerado que el decaimiento de Teotihuacan ocurrió desde mediados del Clásico, debido a que las provincias del área central

acrecentaron su poder, en lo que llaman una gradual regionalización. Su hipótesis señala la intersección de rutas comerciales que alguna vez fueron vitales para Teotihuacan, pero al controlarlas, incrementaron la influencia de tales provincias, costando el abatimiento paulatino de la gran urbe.¹²

Posiblemente los cambios diacrónicos en unidades periféricas se manifestaron en el reforzamiento de instituciones, con la tendencia a

¹² Proponen los autores que sitios como Manzanilla, en el actual estado de Puebla, podrían haber servido en el Clásico temprano a Cholula, como Portesuelo y Azcapotzalco lo fueron para Teotihuacan (Hirth y Swezey, 1976: 12-13).

la concentración del poder político (Bray, 1983) y con ello el surgimiento de elites locales o poderes alternos que dependerán cada vez menos del centro suprarregional, al presentar el núcleo urbano una multifuncionalidad creciente (Marcus, 1983: 209-211).

El fortalecimiento de una unidad política en Cerro de la Estrella va asociado a las apreciaciones de García Chávez (1998) respecto a una contracción del sistema estatal teotihuacano. Esta contracción puede evidenciarse por el abandono de algunos sitios Tlamimilolpa en la cuenca de México, de acuerdo con este autor, pero también favorecer a unidades políticas periféricas y su paulatina independencia, como lo fue Cerro de la Estrella.

Mientras que sitios como Amantla presentan una desocupación previa al Epiclásico, en el Cerro de la Estrella sucedió algo diferente: la adopción de rasgos culturales ajenos a Teotihuacan desde un momento temprano pudo haber sido el reflejo del crecimiento y fortalecimiento de esferas alternas de poder, que serían trascendentales en el cambio cultural que caracterizó al Epiclásico en la cuenca de México.

De haberse estructurado una elite local, es seguro el fortalecimiento de una ideología menos subordinada a Teotihuacan, o con mecanismos restrictivos menos rígidos de Teotihuacan hacia esta área. Con ello, como ya se señaló, sería propicio la gestación y/o la adopción de elementos culturales, ajenos a la tradición teotihuacana y a sus manifestaciones discursivas.

Así, el discurso de sometimiento perdería fuerza, la reproducción ideológica del centro hegemónico se vería disminuida, conforme se da un desfasamiento de tradiciones artefactuales.

Posiblemente también existió, como forma de poder, una centralización religiosa en torno a Teotihuacan, la cual, al perder fuerza en conjunto con el sistema estatal teotihuacano, permitió el desarrollo religioso de los antes centros periféricos sometidos, lo cual se demuestra con la instauración de templos en la cima de los cerros asociados a dichos centros periféricos.

Entre los templos se encuentra la primera etapa constructiva del Templo del Fuego edificada a partir del fortalecimiento del asenta-

miento en El Santuario, pudiendo denotar la independencia ritual a Teotihuacan, e iniciar con ello el surgimiento de entidades políticas soberanas que manifestarán el control estatal de un cerro sagrado para los desplegados religiosos, en una unidad que siglos después es conocida como *altépetl*. De hecho, a partir de la caída de Teotihuacan empezaron a proliferar los templos en la cima de aquellos cerros cercanos a centros poblacionales de importancia.

Bibliografía

- Angulo, Jorge
1987. "El sistema otli apantli dentro del área urbana", en *Teotihuacan: nuevos datos, nuevas síntesis, nuevos problemas*, Emily McClung de Tapia y Evelyn Childs Rattray (eds.), México, IIA-UNAM.
- Blanton, Richard E.
1972a. *Prehispanic Settlement Patterns of the Ixtapalapa Peninsula Region, Mexico*, The Pennsylvania State University, Department of Anthropology, Occasional Papers in Anthropology núm. 6.
1972b. "Prehispanic adaptation in the Ixtapalapa Region Mexico", *Science*, núm. 175, pp. 1317-1326.
- Bray, Wrawich
1983. "Landscape with Figures: Settlement patterns, Location Models, and Politics in Mesoamerica", en Evon Z. Vogt y Richard M. Leventhal (eds.), *Prehistoric Settlement Patterns. Essays in Honor of Gordon R. Willey*, University of New Mexico Press, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, pp. 167-193.
- Cepeda Cárdenas, Gerardo
1977. "Azcapotzalco", *Los Procesos de Cambio (en Mesoamérica y áreas circunvecinas) XV Mesa Redonda*, México, SMA, t. I, pp. 403-411.
- Charlton, Thomas H.
1987. "Teotihuacan non-urban settlements functional and evolutionary implications", en Emily McClung de Tapia y Evelyn Childs Rattray (eds.), *Teotihuacan. Nuevos datos, nuevas síntesis, nuevos problemas*, México, IIA-UNAM, pp. 473-488.

1998. *Urban Influences at Rural Sites: Teotihuacan and its near Hinterlands*, Reporte suministrado a FAMSI.
- Cobean, Robert
1990. *La cerámica de Tula Hidalgo*, México, INAH (Científica, 215).
 - Córdoba Barradas, Luis y Raúl García Chávez
1990. "San Miguel Amantla como 'centro provincial' durante el Clásico", en Amalia Cardos de Méndez (coord.), *La Época Clásica: Nuevos hallazgos, nuevas ideas*, Seminario de Arqueología, México, INAH/MNA, pp. 205-220.
 - Diehl, Richard A.
1989. "A Shadow of its Former Self: Teotihuacan During the Coyotlalteco Period", en Richard A. Diehl y Janet Catherine Berlo (eds.), *Mesoamerica After the Decline of Teotihuacan A.D. 700-900*, *Dumbarton Oaks*, p. 9.
 - Dumond, Donald D. y Florencia Müller
1996. "Del Clásico al Posclásico en el Altiplano Central de México", en Ángel García Cook y Leonor Merino Carrión (comps.), Lorena Mirambel Silva (coord.), *Antología de Tlaxcala*, vol. 1, México, INAH (Antologías), pp. 205-229.
 - Foncerrada de Molina, Marta
1993. *Cacaxtla. La iconografía de los olmeca-xicalanca*, Emilie A. Carreón (ed.), México, IIE-UNAM.
 - García Chávez, Raúl
1998. "Evidencias teotihuacanas en Mesoamérica y su posible significado para la cronología de Teotihuacan", en Rosa Brambila y Rubén Cabrera (coords.), *Los ritmos de cambio en Teotihuacan: reflexiones y discusiones de su cronología*, México, INAH (Científica, 366), pp. 477-502.
 - Gaxiola González, Margarita
1999. "Huapalcalco y las tradiciones alfareras del Epiclásico", *Arqueología*, segunda época, México, INAH, núm. 21, pp. 44-72.
 - Hicks, Frederic y H. B. Nicholson
1962. "The Transition From Classic To Postclassic At Cerro Portezuelo, Valley of Mexico", Ponencia presentada en el XXXV Congreso Internacional de Americanistas, Ciudad de México, mecanoscrito, 17 pp.
 - INEGI
1997. *Ciudad de México*, Carta topográfica 1:50 000.
 - Jimenez Moreno, Wigberto
1970. "Mesoamérica Before the Toltecs", en Jonh Padock (ed.), *Ancient Oaxaca*, Stanford.
 - Hirth, Kenneth G. y William Swesey
1976. "The changing nature of the Teotihuacan Classic: a regional perspective from Manzanilla, Puebla", en *Las fronteras de Mesoamérica. XIV Mesa Redonda*, vol. II, México, Sociedad Mexicana de Antropología.
 - Kroeber, A.L.
1965. "Archaic Culture Horizons in the Valley of Mexico", en A.L. Kroeber y Robert H. Lowe (eds.), *American Archaeology and Ethnology*, Berkeley, University of California Publication, vol. XVII, 1920-1926, preimpreso por Kraus Reprint Corporation, pp. 371-407.
 - Marcus, Joyce
1983. "On the Nature of Mesoamerican City", en Evon Z. Vogt y Richard M. Leventhal (eds.), *Prehistoric Settlement Patterns. Essays in Honor of Gordon R. Willey*, University of New Mexico Press, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, pp. 195-242.
 - Marcus, Joyce y Kent V. Flannery
1997. "Ancient Zapotec ritual and religion: an application of the direct historical approach", en Colin Renfrew y Ezra B.W. Zubrow (eds.), *The Ancient Mind. Elements of Cognitive Archaeology*, Cambridge University Press, pp. 55-74.
 - Marquina, Ignacio
1990. *Arquitectura Prehispánica*, México, INAH.
 - Martz de la Vega, Hans
2002. "Dos explicaciones de la descripción de un fragmento arqueológico del Cerro de la Estrella", en I. Arturo Montero G. (coord.), *Huizachtépetl. Geografía sagrada de Iztapalapa*, México, Delegación Iztapalapa, pp. 51-83.
 - Millon, René
1974. "The study of urbanism at Teotihuacan, Mexico", en Norman Hammond (ed.), *Mesoamerican Archaeology. New Approches*, Austin, University of Texas Press, pp. 335-362.

1995. "The Last Year of Teotihuacan Dominance", en Norman Yoffe y George L. Cowgill (eds.), *The Collapse of Ancient States and Civilizations*, Tucson-Londres, University of Arizona Press, pp. 102-164.
- Montero, Arturo
1999. "Espeleología en la Ciudad de México", *Mundos Subterráneos*, México, núm. 10, pp. 43-52.
 - Morelos, Noel
1993. *Proceso de producción de espacios y estructuras en Teotihuacan. Conjunto Plaza Oeste y Complejo Calle de los Muertos*, México, INAH (Científica, 274).
 - Niederberger, Christine
1987. *Paleopaysages et archéologie pré-urbaine du Bassin de Mexico*, 2 tt., México, CEMCA (Etudes Mésoaméricaines), 1-11.
 - Noyola, Jaime
1996. "Obras hidráulicas en el Valle de Chalco Solidaridad (desde la época prehispánica hasta finales del siglo XIX)", México, H. Ayuntamiento del Valle de Chalco, Casa de Cultura Chalchiuhtlicue, mecanoscrito.
 - Ortega Cabrera, Verónica
1997. "Culhuacan: vestigios arqueológicos de nuestra ciudad", *Actualidades Arqueológicas*, IIA-UNAM, año 3, núm. 13, pp. 18-20.
 - Paredes Gudiño, Blanca Luz
1990. *Unidades habitacionales en Tula, Hidalgo*, México, INAH (Científica, 210).
 - Parsons, Jeffrey R.
1971. *Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, México*, University of Michigan, Museum of Anthropology, Memoirs 3.
1989. "Arqueología regional de la cuenca de México: una estrategia para la investigación futura", *Anales de Antropología*, México, UNAM, vol. XXVI, pp. 157-252.
2001. "Where did they come from and where did they go? Modelling the Classic to Postclassic population profile in the Valley of Mexico", resumen presentado en XXVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Migración, población, territorio y cultura, Programa general.
 - Parsons, Jeffrey R., Elizabeth Brumfiel, Mary H. Parsons y David J. Wilson.
1982. *Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of México. The Chalco-Xochimilco Región*, Ann Arbor, University of Michigan, Memoirs of the Museum of Anthropology, 14.
 - Parsons, Jeffrey R., Elizabeth Brumfiel y Mary G. Hodge
1996. "Developmental Implication of Earlier dates for Early Aztec in the Basin of Mexico", *Ancient Mesoamerica*, Cambridge University Press, núm. 7, Sobretiro 1996, pp. 217-230.
 - Parsons, Jeffrey R., Keith W. Kintigh y Susan A. Gregg
1983. *Archaeological Settlement Pattern Data from the Chalco, Xochimilco, Ixtapalapa, Texcoco and Zumpango Regions, México*, Ann Arbor, University of Michigan, Museum of Anthropology, Technical Reports 14.
 - Patiño Rodríguez Malpica, Héctor
1994. "Arquitectura coyotlatelco. Un análisis en la región de Tula", tesis de licenciatura, México, ENAH.
 - Pérez Negrete, Miguel
s/f "Análisis cerámico del Templo del Fuego Nuevo", mecanoscrito.
 - Rattray, Evelyn Ch.
1966. "An Archaeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery", *Mesoamerican Notes*, México, University of the Americas, Department of Anthropology, núms. 7-8.
1972. "El complejo cultural Coyotlatelco", en *Teotihuacan XI Mesa Redonda*, SMA, pp. 201-209.
1998. "Resumen de las tendencias cronológicas en la cerámica y panorama general de Teotihuacán", en Rosa Brambila y Rubén Cabrera (coords.), *Los Ritmos de cambio en Teotihuacan: reflexiones y discusiones de su cronología*, México, INAH (Científica, 366), pp. 255-281.
2001. *Teotihuacan. Cerámica, cronología y tendencias culturales*, INAH/University of Pittsburgh.
 - Reinhold, Manfred
1977. Informe de trabajo sobre lo realizado en la zona arqueológica de Cerro de la Estrella, D.F. para hacer el deslinde de la zona y una inspección arqueológica que determine el estado de los

monumentos, México, INAH/ARPMZA, mecanoescrito.

1978. Reporte preliminar sobre sondeos arqueológicos en la Colonia Fuego Nuevo en el Cerro de la Estrella, México, INAH/ARPMZA, mecanoescrito.

1979. Informe sobre excavaciones arqueológicas en el Cerro de la Estrella, Colonia Fuego Nuevo, 1977-1979, Delegación del Distrito Federal de Iztapalapa, México, INAH/ARPMZA, mecanoescrito.

• Salas, Carlos

1978. Rescate del material arqueológico en las calles de prolongación Puente Titla y Nezahualpilli, Colonia Flores Magón, Iztapalapa. México, INAH/ASSA, mecanoescrito.

1980a. Informe de excavación. Exconvento de San Matías [San Juan Evangelista], Culhuacán, D.F. México, INAH/ASS, mecanoescrito.

1980b. Informe de estudios cerámicos. Atrio del exconvento de Culhuacán, Del. Iztapalapa, México, INAH/ASSA, mecanoescrito.

1981. Informe de excavación realizada en el Proyecto Gigante [Iztapalapa], México, INAH/ASSA, mecanoescrito.

• Sánchez Caero, Óscar F.

1991. Zona Arqueológica Cerro de la Estrella, México, INAH/SRPMZA, Plano escala 1: 3 000.

• Sanders, William T.

1961. "Review a 'Developmental Concept of Pre-Spanish Urbanization in the Valley of Mexico, William J. Mayer Oakes'", *American Antiquity*, vol. 27, núm. 2. pp. 259-260.

• Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley. 1979. *The Basin of México: The Cultural Ecology of a Civilizations*, New York, Academic Press.

• Séjourné, Laurette

1991. *Arqueología e historia del Valle de México. 1. Culhuacan*, México, Siglo XXI.

• Smith, Michael E. y Lisa Montiel

2001. "The archaeological Study of Empires and Imperialism in Pre-Hispanic Central Mexico",

Journal of Anthropological Archaeology, Academic Press, núm. 20, pp. 245-284.

• Tovalín Ahumada, Alejandro

1998. *Desarrollo arquitectónico del sitio arqueológico de Tlapizáhuac*, México, INAH (Científica, 348).

• Treviño, Margarita

1996. Informe de los trabajos del rescate arqueológico del Cerro de la Estrella, México, INAH/ATCNA, mecanoescrito.

• Vaillant, George

1956. *The Aztecs of México*, Suffolk, Pelican Book.

• Wagner, Diana

1988. "Arquitectura Coyotlatelco en el Cerro de la Estrella; Iztapalapa, México", tesis para optar al grado académico de bachiller en Ciencias Histórico-Arqueológicas, Perú, Universidad Católica Santa María, Facultad de Ciencias Histórico- Arqueológicas.



Ubicación, descripción y análisis de los juegos de pelota en Cantona, Puebla**

En la ciudad arqueológica de Cantona se han encontrado hasta el momento 25 canchas de juego de pelota. Una de ellas se ubica en la Unidad Norte, cinco en la Unidad Central y 19 se concentran en la Unidad Sur. Dentro de esta última hay 12 canchas que pertenecen al centro cívico-religioso principal y las siete restantes se ubican en los barrios de la Unidad Sur.

Las canchas son diferentes tanto en su distribución arquitectónica como en temporalidad, tal y como ocurre con el resto de la arquitectura del sitio. Existen canchas aisladas precedidas por una pirámide o montículo sobre plataforma, conjuntos arquitectónicamente alineados compuestos por pirámide plaza y cancha, además de pirámide, dos plazas y cancha.

El presente trabajo tiene como finalidad ubicar cada una de las canchas, así como sus características arquitectónicas y temporalidad tentativa; esto con el fin de observar las distintas fases de ocupación de la ciudad, basándonos en los estudios realizados hasta el momento.

A partir de los estudios realizados desde 1992, en el Proyecto Arqueológico Cantona, este asentamiento se dividió en tres unidades principales con la finalidad de facilitar su estudio y exploración (fig. 1): Unidad Norte, Unidad Central y Unidad Sur. La ciudad de Cantona tiene una extensión total de 14.3 km² misma que comprende calles, puestos de aduana, patios de carácter popular, unidades habitacionales de elite, plazas, pirámides y canchas para juego de pelota. Estas últimas se ubican a todo lo largo del asentamiento, hasta el momento se han localizado un total de 25, todas ellas con alguna variante en cuanto a orientación, dimensión, composición arquitectónica y temporalidad. En Cantona, al igual y como sucede con el resto de la arquitectura del sitio, no existen dos canchas iguales.

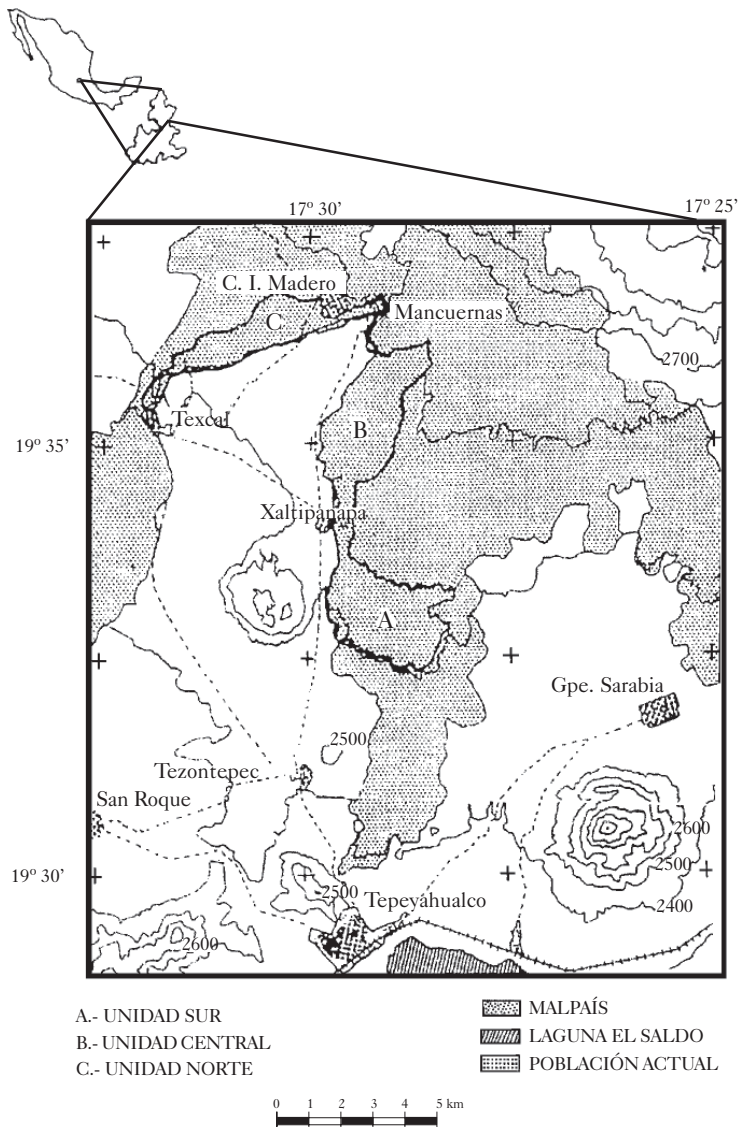
En el presente trabajo, se dan a conocer las características que poseen estas 25 canchas para juego de pelota encontradas y estudiadas a lo largo de ocho temporadas de campo realizadas en el sitio.

Doce de las canchas se encuentran concentradas dentro del centro cívico-religioso principal. El resto se localiza al interior de “barrios” que presumiblemente existen dentro del asentamiento.

La presencia de estos barrios supone la existencia de “centros secundarios de actividad administrativa y ceremonial con respecto al centro cívico-religioso principal” (García Cook, 2003: 330), en los que las canchas para juego de pelota tienen un papel muy importante.

* Proyecto Arqueológico Cantona, SICPA, INAH. monzari@terra.com.mx

** Este artículo tiene como base una ponencia presentada en el simposio Cantona y su entorno, XXVI Mesa Redonda de la SMA, Xalapa, Veracruz, 2004.



● Fig. 1 Cantona y sus unidades de exploración (tomado de García Cook-Merino Carrión, 2000: 178).

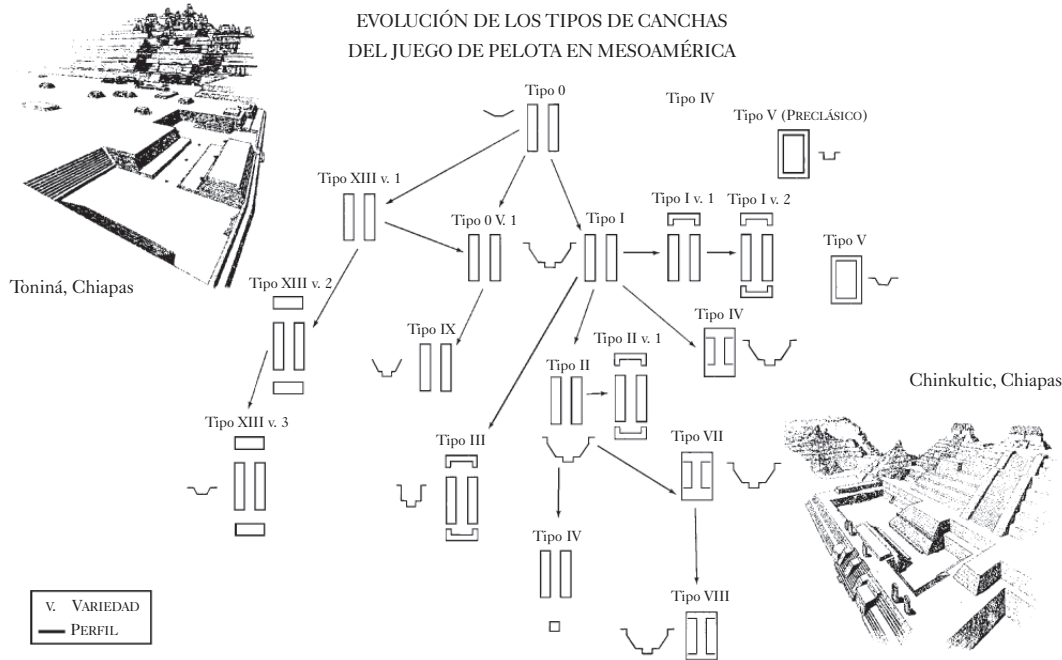
El fechamiento tentativo que se ha otorgado a estas canchas, se hizo a partir del análisis de material cerámico obtenido tanto en excavaciones como en recorrido de superficie. Dicho fechamiento se basó en las fases que García Cook (2003: 334-336) ha propuesto recientemente para Cantona: Cantona I, 600 a.n.e. al 50 d.n.e.; Cantona II, 50 al 550-600 d.n.e.; Cantona III, 600 al 900 d.n.e.; y Cantona IV, 900-950 al 1000-1050 d.n.e., con la finalidad de que el lector encuentre la correspondencia entre ambos trabajos.

Respecto a la forma de las canchas, se han encontrado algunas semejanzas entre las canchas en Cantona y la tipología realizada por Acosta y Moedano (1946) para el Altiplano Central, en la que 12 de las canchas concuerdan con los tipos A y B. También existen semejanzas con la tipología hecha por Quirarte (1970) para Mesoamérica, en la que la mitad de las canchas corresponden con los tipos I b, II y, principalmente, II a.

Pero es dentro de la tipología publicada por Eric Taladoire (2000), en la que se ha encontrado mayor similitud con las canchas para juego de pelota ubicadas en Cantona (fig. 2). En nuestra descripción de canchas, en los casos en que no se especifica a qué tipo corresponden, es debido a que el talud de la misma es poco visible o diferente a dicha tipología. Cuando la inclinación del talud es clara, se especifica la inclinación que posee para dar una mejor idea de la forma de ésta.

En cuanto a su asociación arquitectónica, se ha observado que existen canchas aisladas; canchas precedidas por una pirámide o un montículo sobre plataforma; conjuntos arquitectónicamente alineados compuestos por pirámide plaza y cancha; en tres casos de pirámide, dos plazas y cancha. El orden en el que se presentan corresponde con su ubicación en el asentamiento dentro de la Unidad Norte, Unidad Central y Unidad Sur. La numeración otorgada a cada una de las canchas, no corresponde en ningún momento con alguna sucesión temporal o espacial (fig. 3).

En la Unidad Norte existe sólo una cancha dentro del Barrio III, se trata de la del Conjunto Juego de Pelota 17 con orientación poniente-



● Fig. 2 Evolución de los tipos de canchas de Juego de Pelota en Mesoamérica (tomado de Taladoire, 2000: 24).

oriente; hasta el momento es la más alejada del centro cívico-religioso principal.

En la Unidad Central encontramos cinco canchas ubicadas dentro de dos posibles barrios: dentro del Barrio II se localizan las canchas número 12 norte-sur y número 20 oriente-poniente; al interior del Barrio IV, la cancha 19 con orientación norte-sur, además del Conjunto Juego de Pelota 15 y la cancha 24, ambas con orientación oriente-poniente.

La Unidad Sur, además de ser la mejor conservada hasta el momento, es en la cual se encuentran sobrepuestas tres coladas de lava, lo cual permitió que en esta zona se conservaran mayor cantidad de construcciones; en el resto del asentamiento existe una sola colada y las estructuras han sido destruidas por el hombre con el paso del tiempo debido a las labores agrícolas ahí realizadas. Es en la Unidad Sur en la que se encuentra el mayor número de canchas. En el centro cívico-religioso principal de la ciudad, con una superficie de 80 ha, existen un total de doce canchas para juego de pelota; dos con orientación norte-sur —la 4 y la 6—; y diez con ubicación oriente-poniente —las números 1, 2, 3, 5, 7, 8, 18, 21, 22 y 23—.

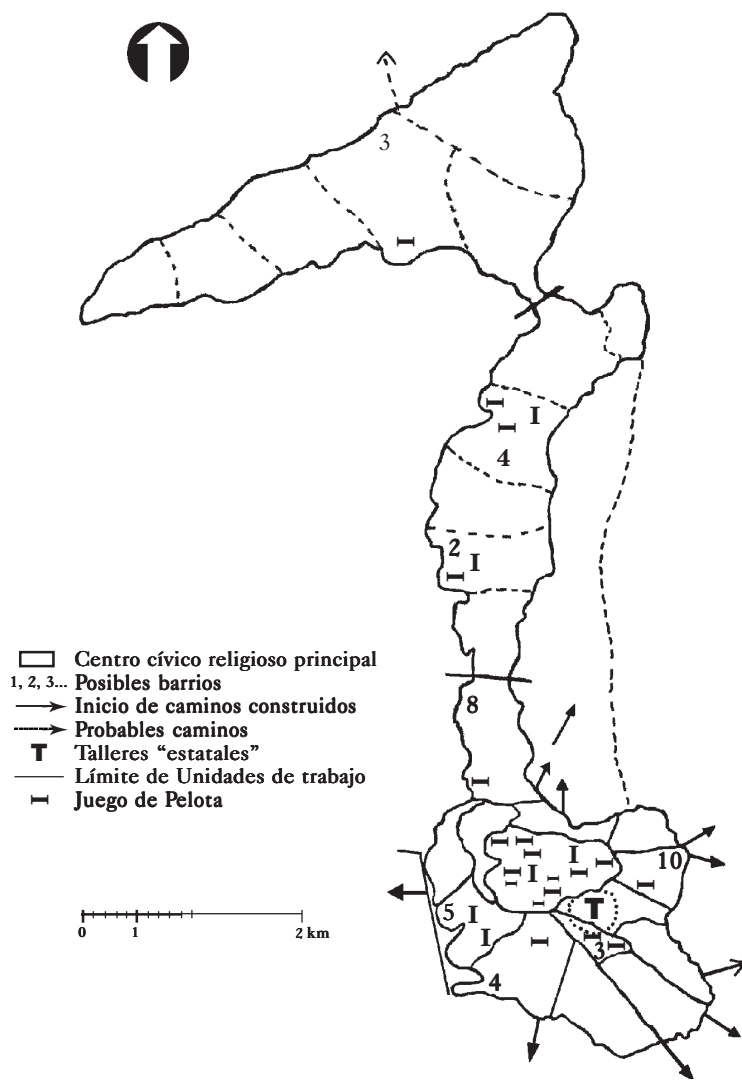
También en la Unidad Sur, pero fuera del centro cívico-religioso existen siete canchas ubicadas dentro de barrios. Es así como en seis de los 11 barrios de la Unidad Sur, tenemos las siguientes canchas: dentro del Barrio III se localizan las canchas 10 y 11, con orientación oriente-poniente; en el Barrio IV, la cancha del Conjunto Juego de Pelota 9, oriente-poniente; en el Barrio V, la número 13 y el Conjunto Juego de Pelota 14, con orientación norte-sur; dentro del Barrio VIII la cancha número 16, oriente-poniente; y en el Barrio X la cancha 25. Esta última es la más pequeña de todo el asentamiento (5 m de largo por 3 m de ancho, al interior de la cancha) con una orientación oriente-poniente.

A continuación se describe cada una de las canchas siguiendo el orden en que se ubican dentro de las unidades de exploración.

Juego de pelota en la Unidad Norte

Conjunto Juego de Pelota 17

Consta de pirámide —ubicada hacia el poniente— plaza y cancha; se encuentra en la Unidad



● Fig. 3 Ubicación de las canchas para Juego de Pelota al interior del asentamiento (tomado y modificado de García Cook, 2003: 333)

Norte dentro del Barrio III. La existencia de este conjunto puede definirse como un ejemplo de lo que es un centro cívico-religioso secundario. Está rodeado de patios —actualmente aislados— y presenta gran destrucción debido a que este terreno se ha dividido en parcelas para tierra de cultivo. De hecho, la plaza de este conjunto es poco visible debido a la presencia del cultivo de maíz (fig. 4). Se ubica temporalmente entre el 250 y el 700 d.n.e.; por tanto funcionó durante las fases Cantona II e inicio de Cantona III. Su orientación es oriente-poniente con 110° azimutales. La cancha tiene en su interior una longitud de 38.60 m con un

ancho de 8.50-9.50 m. Vista en corte, la cancha es semejante al Tipo VII —de laterales con banquetta y talud— de acuerdo con la tipología de Taladoire (2000).

Juegos de pelota en la Unidad Central

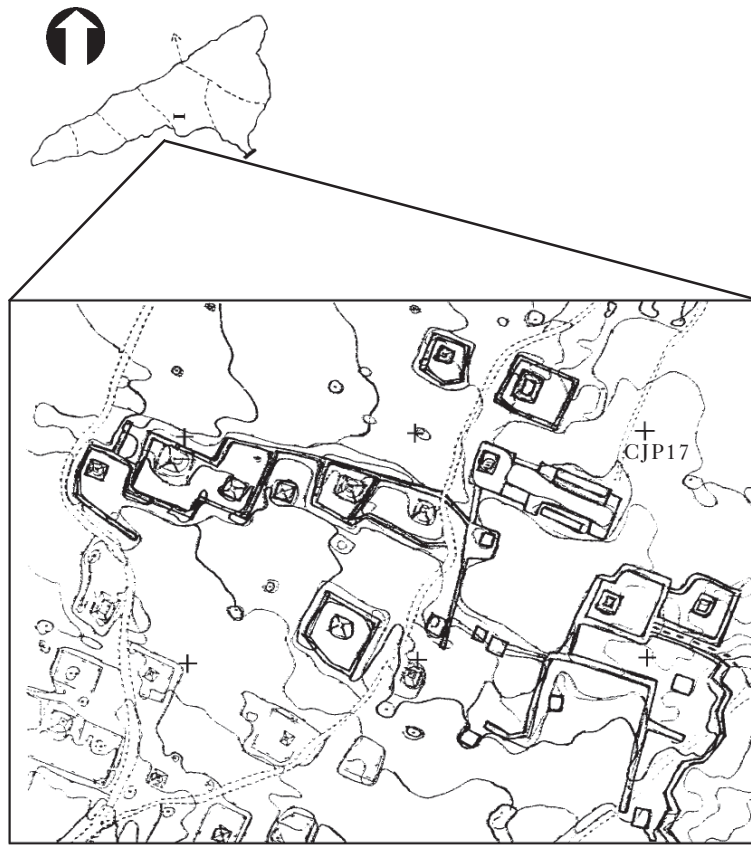
Juego de Pelota 24

Se compone de una cancha en forma de “I” latina, ubicada en el Barrio IV de la Unidad Central. Se encuentra rodeada por unidades habitacionales de tipo popular, “patios”. Fechada del 50 al 500 d.n.e., tiene como particularidad que, luego de su abandono, se utilizó la piedra que componía el lateral norte para realizar un muro que delimita el patio ubicado al norte. Por esta razón, actualmente sólo se observa la mitad sur de la cancha que fue transformada longitudinalmente. La cancha tiene una orientación oriente-poniente, con 110° azimutales; al interior tiene un largo de 39.60 m con cabezales y un ancho mínimo de 1.90 m y máximo de 3.90 m. El único lateral visible presenta tres cuerpos superpuestos de paredes verticales.

Estuvo en funciones durante la fase Cantona II.

Juego de Pelota 19

Se ubica en el Barrio IV, se compone únicamente de la cancha (fechada del 50 al 450 d.n.e.). Funcionó durante la fase Cantona II, es tal vez de las primeras que existieron en Cantona y probablemente fue utilizada desde Cantona I. Su ubicación es norte-sur, característica que sabemos distingue a los juegos de pelota más antiguos, con 25° azimutales. Posiblemente se haya encontrado rodeada por unidades habitaciona-



● Fig. 4 Unidad Norte. Conjunto Juego de Pelota 17.

les difíciles de distinguir hoy en día debido a que el terreno sobre el que se encuentra es utilizado para la siembra. La cancha tiene en su interior una longitud de 24.20 m con cabezales con un ancho que va de los 4.50 m a los 4.90 m. Actualmente observamos que corresponde con las canchas Tipo XIII variedad 3 de laterales en talud, cuya banquetta posiblemente se encuentre azolvada (fig. 5).

Conjunto de Juego de Pelota 15

Consta de pirámide, plaza y cancha; forma parte de los conjuntos arquitectónicamente alineados y es un claro ejemplo de la existencia de centros cívico-religiosos secundarios en los barrios de Cantona. Se encuentra dentro del Barrio IV. Rodeado de unidades habitacionales de elite y cercano a los juegos de pelota 24 y 19, sabemos que fue posterior a éstos ya que está fechado del 600 al 950-1000 d.n.e., llegando a

funcionar desde la fase Cantona III hasta Cantona IV. Su orientación es oriente-poniente, con 100° azimutales. La cancha tiene 45.80 m de largo —incluyendo los cabezales— con un ancho de 6.20 a 7.10 m. Pertenece a las canchas Tipo VII de laterales con banquetta y talud de Taladoire (fig. 5).

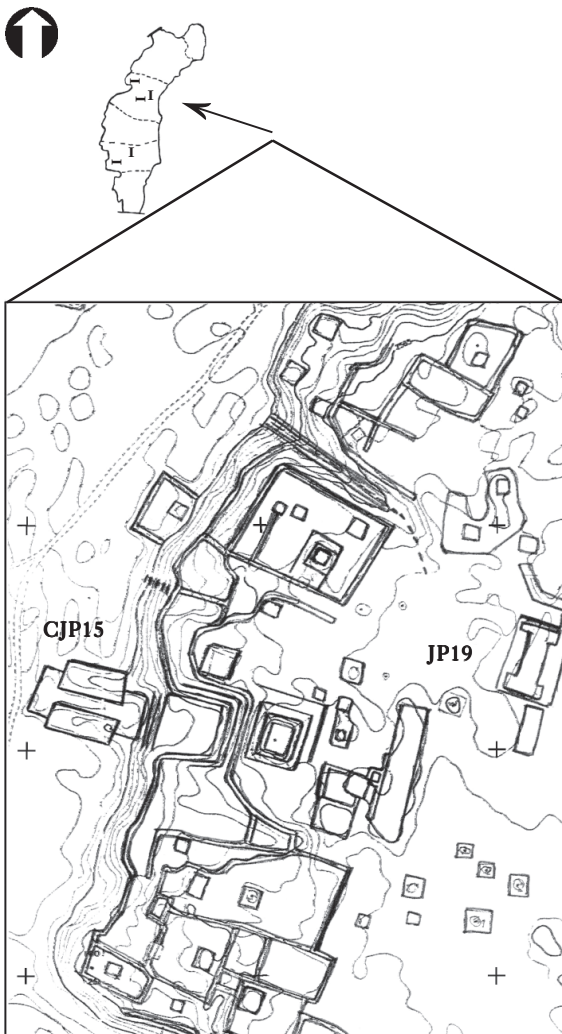
Juego de Pelota 20

Es una cancha ubicada en el Barrio II de la Unidad Central, rodeada de unidades habitacionales de carácter popular. Está fechada del 150-250 al 600 d.n.e., lo cual indica que estuvo en funcionamiento durante Cantona II; tiene orientación oriente-poniente, y 90° azimutales. El interior de la cancha mide 26.50 m de largo y 5.30-5.40 m de ancho; sus laterales poseen banquetta y talud —similar al Tipo IX— con un cuer-

po más en el lateral norte y dos en el lateral sur. Actualmente se cultiva maíz en su interior.

Juego de Pelota 12

Ubicado en el Barrio II, se compone únicamente de una cancha formada por dos laterales, cuyo cabezal sur no se observa debido a que hoy en día el terreno sobre el que se encuentra es utilizado para cultivo; el cabezal norte apenas se define. Se observan algunos patios y plataformas a su alrededor, al parecer es de los primeros en Cantona —fechado del 50 al 550 d.n.e.— corresponde a la fase Cantona II; su orientación es norte-sur, desviada hacia el poniente con 340° azimutales. El interior de la cancha tiene 25 m de largo y un ancho que va de 4.70 m a 4.80 m. Sus laterales se componen sólo de talud, vistos en corte se clasifican dentro de los Tipo XIII variedad 3.



● Fig. 5 Unidad Central. Conjunto Juego de Pelota 15 y Juego de Pelota 19.

Juegos de pelota en la Unidad Sur

Juego de Pelota 16

Se encuentra en el Barrio VIII de la Unidad Sur, al norte del centro cívico-religioso principal. Consta de un montículo sobre plataforma y una cancha con orientación oriente-poniente; está rodeada de unidades habitacionales de carácter popular. Fechada para el 250 al 600 d.n.e., estuvo funcionando durante Cantona II. La cancha tiene 85° azimutales. En su interior tiene 26.90 m de largo y 5.70-5.90 m de ancho. Posee laterales en talud, el lateral sur tiene un cuerpo superpuesto y el lateral norte tres

cuerpos. Actualmente el cabezal poniente es poco visible.

Conjunto Juego de Pelota 1

Tiene pirámide, plaza y cancha, es parte de los conjuntos arquitectónicamente alineados. Dentro de la plaza se ubica un altar de 5.20 x 4.10 m y 0.5 m de altura aproximadamente. El conjunto se encuentra dentro del centro cívico-religioso principal, rodeado por unidades habitacionales de elite, además de su cercanía al Conjunto Juego de Pelota 2. Su orientación es oriente-poniente con 105° azimutales. Fechado 100 a.n.e. hasta el 600-650 d.n.e., se mantuvo funcionando plenamente durante Cantona I tarde, Cantona II y la transición a Cantona III. El interior de la cancha tiene 44.90 m de largo y 7.70-7.90 m de ancho. Sus laterales poseen banqueta y talud, vista en corte se asemeja a las canchas Tipo VII de Taladoire (fig. 6).

Conjunto Juego de Pelota 2

Consta de pirámide, dos plazas y cancha; en la primera plaza se ubica un altar de 3.80 x 4.80 m. Se encuentra dentro del centro cívico-religioso principal, cercano al Conjunto Juego de Pelota 1 y 3 —al poniente y al oriente respectivamente—. Se encuentra rodeado por unidades habitacionales de elite. Fechado del 300 al 700 d.n.e., se mantuvo en funcionamiento durante Cantona II y el periodo de transición hacia Cantona III. Está orientado oriente-poniente con 115° azimutales. El interior de la cancha es de 36.90 m de largo y 5.90-6.80 m de ancho. Los laterales se componen de banqueta y talud, vistos en corte corresponden con el Tipo VII.

Conjunto Juego de Pelota 3

Se compone de pirámide, plaza y cancha. Se ubica dentro del centro cívico-religioso principal rodeado de unidades arquitectónicas y habitacionales de elite. Fechado del 250 al 750 d.n.e., se encuentra funcionando dentro de las fases Cantona II y III temprano. Su orientación es oriente-poniente con 85° azimutales. La can-



● Fig. 6 Unidad Sur. Canchas para Juego de Pelota dentro del centro cívico-religioso principal.

cha mide 43.70 m de largo y 4.30-4.80 m de ancho. Sus laterales se componen de banqueta y talud, semejante a las canchas Tipo VII con un cuerpo más en el lateral sur.

Conjunto Juego de Pelota 4

Tiene pirámide, cancha y plaza; dentro de esta última se ubica un altar de 9 x 5 m y 1.40 m de altura aproximadamente. Es considerado como uno de los conjuntos más antiguos, tanto por su orientación norte-sur, como por su fechamiento (100 a.n.e. al 600 d.n.e.). Ubicado dentro del centro cívico-religioso principal, está rodeado principalmente por unidades habitacionales de elite. La cancha en su interior tiene un cimiento de forma cuadrangular, que fue colocado después de su abandono. Tiene una orientación de 30° azimutales; la cancha mide 45.80 m de lar-

go y 5.66-5.80 m de ancho. Estuvo en funcionamiento durante las fases Cantona I tarde y Cantona II. Sus laterales se componen de banqueta y talud. Vista en corte, la cancha corresponde con el Tipo VII de Taladoire (figs. 6 y 7).

Conjunto Juego de Pelota 5

Consta de pirámide, cancha y dos plazas, en la primera de estos últimos se encuentra un altar de 17.20 x 11.50 m con una altura media de 2.80 m. Se ubica dentro del centro cívico-religioso principal, rodeado de unidades arquitectónicas y habitacionales de elite, se caracteriza porque la pirámide y sus dos plazas fueron construidas poco antes del inicio de nuestra era, en tanto que la cancha se construyó hacia el 750 d.n.e. Ésta, junto con las dos plazas (con ciertas transformaciones) continuaron utilizándose



● Fig. 7 Conjunto Juego de Pelota 4.

hasta el 1000-1050 d.n.e. —durante Cantona III y IV— en donde posiblemente el altar ubicado en la primera plaza fue utilizado para preceder el juego. El conjunto arquitectónico tiene una orientación oriente-poniente, con 85° azimutales. La cancha mide al interior 32.60 m de largo y 5.50 m de ancho. Los laterales constan de banquetta y talud, con una inclinación de 8° y un paramento vertical. Vista en corte, la cancha es similar a las Tipo VII (figs. 6 y 8).

Conjunto Juego de Pelota 6

Compuesto de pirámide, plaza y cancha, tiene un altar en la plaza que mide 2.60 x 3.30 m y 0.35 m de altura. Se ubica dentro del centro



● Fig. 8 Conjunto Juego de Pelota 5.

cívico-religioso principal y es considerado como uno de los más antiguos de la ciudad, ya que además de tener una orientación norte-sur, se encuentra fechado entre 300 y 700 d.n.e.; pertenece a las fases Cantona II y transición a Cantona III. Se encuentra rodeado de unidades arquitectónicas y habitacionales de elite; hacia el poniente se encuentra el Conjunto Juego de Pelota 5 y al sureste el Conjunto Juego de Pelota 7. Su orientación es de 30° azimutales; la cancha mide 36.85 m de largo y 5.50 m de ancho. Sus

laterales tienen banquetta y talud con una inclinación que va entre 28° y 30° , es semejante a las canchas Tipo IX de Taladoire (figs. 6 y 9).

Conjunto Juego de Pelota 7

Tiene una pirámide, dos plazas y una cancha; en la primera plaza se encuentra un altar de 9 x 7 m con una altura que va de los 1.40 m a los 1.50 m. Se ubica dentro del centro cívico-religioso principal y es el mayor de los juegos de pelota en Cantona: el interior de la cancha mide 51.75 m de largo y 6.50-6.70 m de ancho. Está fechada entre 600 y 950-1000 d.n.e., funcionó plenamente durante Cantona III y Cantona IV. Su orientación es oriente-poniente, con 95° azimutales. Al parecer estuvo funcionando al mismo tiempo que el Conjunto Juego de Pelota 23 ubicado al norte. Los laterales de la cancha del Conjunto Juego de Pelota 7 se componen de banquetta y talud, con una inclinación de 30° en el lateral norte y 37° para el lateral sur; vistos en corte corresponden con las canchas Tipo IX (figs. 6 y 10).

Conjunto Juego de Pelota 8

Se compone de pirámide, plaza y cancha; el altar de la plaza mide



● Fig. 9 Conjunto Juego de Pelota 6.



● Fig. 10 Conjunto Juego de Pelota 7.

3.30 x 4.20 m. Se encuentra en el límite oriente del centro cívico-religioso Principal rodeado de unidades arquitectónicas y habitacionales. Cuenta con otra plaza al poniente de la cancha, la que al parecer se realizó para integrar este conjunto a la también llamada Acrópolis por medio de una calle que pasa al poniente de dicha plaza. Está fechado del 150 a.n.e. al 600 d.n.e., funcionó durante Cantona I, Cantona II y Cantona III temprano. Su orientación es oriente-poniente con 105° azimutales. El interior de la cancha mide 35.20 m de largo y 5.30-6.40 m de ancho. Sus laterales se componen de banqueta y talud, semejantes a las

canchas Tipo VII de Taladoire (2000).

Juego de Pelota 18

Consta de una cancha en forma de "I" latina formada por dos muros pequeños paralelos de 1 a 1.10 m de altura que delimitan el largo de la cancha de 20.10 m de largo y 5.20-5.40 m de ancho. Hacia el poniente se encuentra limitada por una pirámide que sirve a la vez como cabezal poniente; al oriente la cancha está delimitada por otro pequeño muro transversal que funcionó como cabezal. Ubicado dentro del centro cívico-religioso principal, al sur del Conjunto Juego de Pelota 5, forma parte de las canchas pequeñas para juego de pelota. Tiene una ubicación oriente-poniente, con 125° azimutales. Vista en corte corresponde con las canchas Tipo XIII de laterales verticales. Está fechado del 150 al 600 d.n.e., por lo tanto estuvo funcionando durante Cantona II y posiblemente durante la transición a Cantona III.

Conjunto Juego de Pelota 21

Formado por pirámide, plaza y cancha se ubica dentro del centro cívico-religioso principal, al sur del Conjunto Juego de Pelota 4 y al norte del Conjunto Juego de Pelota 23 y 7. Está fechado del 200 al 650 d.n.e., se mantuvo funcionando durante Cantona II y el periodo de transición hacia Cantona III. Posterior a su abandono se trazó una calle, cuyo arroyo corre de norte a sur comunicando las unidades habitacionales al sur del Conjunto Juego de Pelota 4, con las canchas del Conjunto Juego de Pelota 7 y 23 que se encuentran al sur; la calle al ser trazada pasó encima del cabezal poniente.

Actualmente el largo de la cancha es de 47.60 m con un ancho de 5.70-5.90 m. Su orientación es oriente-poniente con 100° azimutales. El lateral sur —el mejor conservado— posee banqueta y talud; es semejante a las canchas Tipo VII.

Juego de Pelota 22

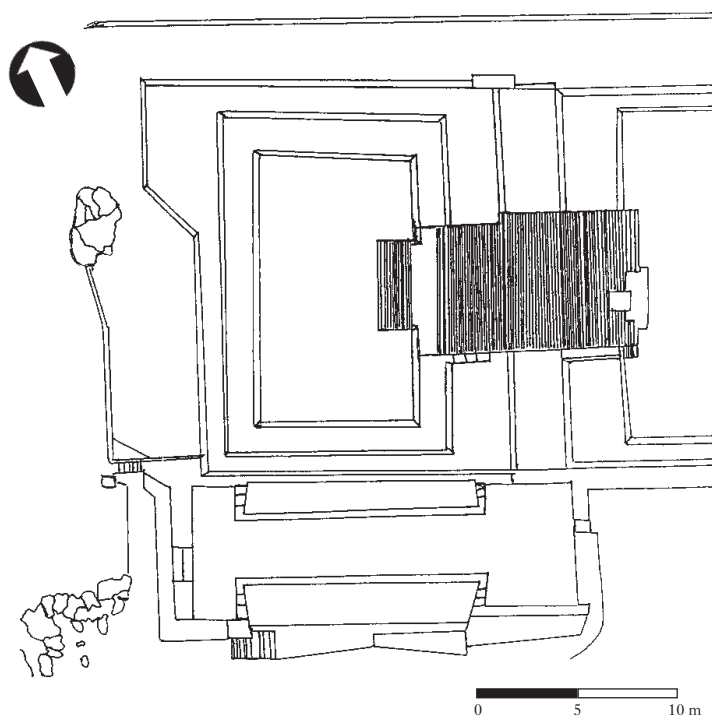
Se encuentra dentro del centro cívico-religioso principal. Compuesto de una cancha en forma de “I” latina, tiene orientación oriente-poniente, cuyo lateral norte descansa sobre el muro sur de la pirámide de la Plaza Central. “Al parecer, existía ya la pirámide con su plaza —con una orientación poniente-oriente— y posteriormente fue construida la cancha” (García Cook y Merino Carrión, 1996:191) (fig. 11). Hacia el oriente se encuentra el conjunto arquitectónico denominado El Palacio. La cancha pertenece a la fase Cantona II, está fechada del 100 al 600 d.n.e. Es posible que hacia el oriente haya tenido una plataforma o montículo para presidir el juego, actualmente no observable. La cancha tiene una orientación de 115° azimutales, al interior mide 36.90 m de largo y

de 5.90-6.00 m de ancho. Sus laterales poseen banqueta y talud con una inclinación de 40° , el talud norte y 47° , el talud sur, se compara con las del Tipo IX de Taladoire (fig. 6).

Conjunto Juego de Pelota 23

También conocido como “micro juego”. Se compone de pirámide, plaza y cancha. Se ubica dentro del centro cívico-religioso principal justo al norte del Conjunto Juego de Pelota 7. De hecho, su ocupación está fechada para la misma época —del 600 al 950-1000 d.n.e.—, que este último conjunto llegando a funcionar durante las fases Cantona III y IV. Forma parte de las cinco canchas que se presume se mantuvieron funcionando hasta Cantona IV. Su orientación es oriente-poniente; tiene 95° azimutales. La cancha tiene al interior 17.30 m de largo con ancho de 2.10-2.20 m. Los laterales poseen banqueta y talud con una inclinación de 13° , el lateral norte y 17° , el lateral sur; vista a corte la cancha se asemeja a las Tipo VII (figs. 6 y 12).

Juego de Pelota 13



● Fig. 11 Juego de Pelota 22. Planta.

Se encuentra dentro del Barrio V de la Unidad Sur. Consta de una cancha con orientación norte-sur y 30° azimutales. Al interior, ésta mide 26.40 m de largo y 6.30-7.10 m de ancho; es la única en Cantona que no tiene la forma tradicional de “I” latina, su forma es de palangana, similar a las canchas Tipo V que Taladoire (2000) sitúa para el Preclásico —con laterales verticales—. Está fechada del 50 a.n.e. al 550 d.n.e., corresponde a Cantona I tarde y Cantona II. Es posible que las unidades habitacionales que lo rodean hayan sido modificadas con el paso del tiempo, ya que actualmente la cancha se encuentra “ahorcada” sin paso alguno para ingresar a ella.



● Fig. 12 Conjunto Juego de Pelota 23.

Conjunto Juego de Pelota 14

Consta de montículo, plaza y cancha. Se encuentra dentro del Barrio V de la Unidad Sur. Su orientación es también norte-sur, por lo que aunado a su fechamiento se presume fue de los primeros en Cantona (50-550 d.n.e.) y que funcionó durante Cantona II. Al parecer este conjunto también quedó encerrado debido a modificaciones posteriores de las unidades arquitectónicas a su alrededor. Actualmente sólo podemos apreciar perfectamente el lateral oriente en el interior de la cancha, ya que el lateral poniente fue transformado. La cancha tiene 29.50 m de largo y 5.40-6.20 m de ancho. Su orientación es de 30° respecto al norte. El único lateral visible presenta una banqueta y sobre ésta un cuerpo de pared vertical; en corte es similar a las canchas Tipo III de Taladoire.

Juego de Pelota 10

Se compone de una cancha con ubicación oriente-poniente, presidida por una plataforma con montículo ubicada al poniente. Se encuentra dentro del Barrio III de la Unidad Sur, entre unidades habitacionales de elite y de carácter popular. Es posible que haya formado parte de las unidades arquitectónicas utilizadas para funcionar como centro cívico-religioso secundario. La cancha esta fechada del 50 d.n.e. al 500 d.n.e.

—Cantona II— y posteriormente fue atravesada por una calle que corre de poniente a oriente, descendiendo desde el sureste del centro cívico-religioso principal hasta la porción oriente del asentamiento. Tiene una orientación de 115° azimutales. En su interior mide 37.40 m de largo y 6.20-6.50 m de ancho. Sus laterales se componen de banqueta y talud, vista en corte corresponde con las Tipo VII.

Conjunto Juego de Pelota 11

Se compone de plataforma con montículo, una plaza hundida y una cancha con orientación oriente-poniente. Se encuentra dentro del Barrio III de la Unidad Sur. Se ubica entre unidades habitacionales de carácter popular y al parecer estuvo en funcionamiento del 50 al 550 d.n.e. —Cantona II—. Después de su abandono, se construyó una plataforma al poniente que cubrió parte del cabezal poniente. Actualmente la cancha mide en su interior 27.30 m de largo y 4.60-4.80 m de ancho y tiene una orientación de 110° azimutales. Sus laterales se componen de banqueta y talud, vista en corte desde el cabezal oriente, la cancha es semejante a las Tipo VII de Taladoire.

Conjunto Juego de Pelota 9

Está formado por pirámide, plaza y cancha. Se encuentra en la Unidad Sur de Cantona —dentro del Barrio IV. Rodeado de unidades arquitectónicas y habitacionales, es un claro ejemplo de los conjuntos que conforma los centros cívico-religiosos secundarios; se ubica al poniente de las canchas 10 y 11. Fechado del 150 a.n.e. al 600 d.n.e., se presume haya permanecido en uso después del abandono de dichas canchas, funcionando durante Cantona I y Cantona II. Con orientación oriente-poniente, tiene 100° azimutales. El interior de la cancha mide 40.60 m de largo y 5.-5.90 m de ancho. Sus

La disposición arquitectónica de las canchas es también de gran ayuda para que el espectador pueda observar el juego desde la pirámide, plazas, cabezales y laterales de las canchas, tal y como ocurre en el Conjunto Juego de Pelota 7 —en el que se encontró la presencia de cuerpos superpuestos que sirven como gradas— permitiendo una completa comunión entre el jugador y el espectador, entre la comunidad y el entorno.

Bibliografía

- Acosta, Jorge y Hugo Moedano
1946. “Los Juegos de Pelota”, en *México Prehispánico*, México, INAH, pp. 365-384.

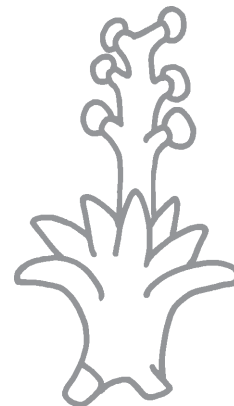
- García Cook, Ángel
2003. “Cantona: La Ciudad”, en William T. Sanders, Alba Guadalupe Mastache, Robert H. Cobean (eds.), *El Urbanismo en Mesoamérica*, vol.1, USA, INAH-PSU, pp. 312-343.

- García Cook, Ángel y B. Leonor Merino Carrión
1996. “Proyecto Arqueológico Cantona. (Informe General: 1993-1996)”, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, México, INAH, mecanoescrito.

2000. “El Proyecto Arqueológico Cantona”, en Jaime Litvak-Lorena Mirambell (coord.), *Arqueología, Historia y Antropología In Memoriam José Luis Lorenzo Bautista*, México, CNCA-INAH, (Científica, 415), pp. 161- 203.

- Quirarte, Jacinto
1970. “El Juego de Pelota en Mesoamérica: Su desarrollo arquitectónico”, en *Estudios de Cultura Maya*, vol. VIII, UNAM, México, pp. 83-96.

- Taladoire, Eric
2000. “El juego de pelota mesoamericano. Origen y desarrollo”, *Arqueología Mexicana*, vol. III, núm. 44, Raíces, México, pp. 24-27.



Interacción y cambio entre los cacicazgos de la Costa Grande de Guerrero**

Este artículo estudia la interacción ocurrida entre los cacicazgos de la Costa Grande de Guerrero, durante el Preclásico y el Posclásico. Esto mediante el análisis de la distribución de los distintos complejos cerámicos que permitieron examinar la amplia interacción en el área, la cual concluyó con el surgimiento de Zacatula. Asimismo se propició un fenómeno de regionalización que los documentos del siglo XVI vinculan con situaciones de competencia entre las distintas unidades políticas.

Las unidades políticas

En la *Relación geográfica de Zacatula*, se rememora que la región de la Costa Grande de Guerrero no poseía una cohesión política hacia finales del siglo XV; de igual manera, el regidor que redactó este documento tampoco pudo identificar a un grupo políticamente dominante que centralizara el control de la zona. Más bien se esboza que la región estaba integrada por pequeños grupos independientes, y hasta cierto punto autosuficientes, los cuales eran gobernados por lo que denominó *capitanes*: "...cada pueblo tenía su señor, porque no había entre ellos señor general. Traían guerras unos con otros; adoraban ídolos, como los *mexicanos*; no daban otro tributo a sus capitanes, que así los llamaban..." (Acuña, 1987: 456).

Ante esta situación se ha llegado a pensar que en la Costa Grande existía una gran fragmentación política (Labarthe, 1969: 41). Al parecer es entre los años 200 a.C. y 200 d.C., cuando se originó esta organización regional a partir de pequeñas unidades políticas, las cuales fueron independientes de otros sistemas formalmente similares, y a las que se les asignó el nombre de microregiones (Manzanilla, 2000: 184).

Por nuestra parte empleamos el término "unidad política", el cual no se ubica en el contexto que sugiera una escala específica de organización o grado de complejidad, sino simplemente designa una unidad sociopolítica autónoma. La unidad política es concebida entonces como un aparato de alto orden sociopolítico en la región en cuestión (Renfrew, 1986: 2). Para la Costa Grande se piensa que tales unidades estaban organizadas bajo el esquema de cacicazgos. Así, la interacción de unidades políticas o cacicazgos vecinos, se daba en términos de equivalencia en escala y estatus.

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH. grial@hotmail.com

** Agradecemos de manera especial al maestro Salvador Pulido por su amplio conocimiento y entusiasmo con el cual nos guió a través de la arqueología costera de Guerrero. De igual manera, agradecemos las asesorías en torno al material cerámico que amablemente nos brindó el doctor Rubén Manzanilla.

Lo que nos señalan estos estudios es la posibilidad de identificar en la región varios centros políticos autónomos sin que se encuentren bajo una misma jurisdicción. También, es posible que las unidades políticas documentadas además de que eran independientes entre sí, seguramente se encontraban bajo un esquema de competencia y conflicto regional.

De igual forma, se piensa que estas unidades autónomas, las cuales están situadas cerca una a la otra dentro de la misma región geográfica, permanecieron a partir de este momento con pocos cambios a lo largo del resto de la historia prehispánica de la Costa Grande (Manzanilla, 2003). Partiendo de tales ideas, este trabajo pretende evaluar la organización de los asentamientos que han sido registrados en el occidente de la región de la Costa Grande de Guerrero. Los sitios fueron identificados dentro del Proyecto Arqueológico Carretera Nueva Italia-Lázaro Cárdenas y en el Proyecto Arqueológico Línea de Transmisión Lázaro Cárdenas Potencia-Ixtapa Potencia, ambos a cargo de la Dirección de Salvamento Arqueológico y bajo la coordinación del arqueólogo Salvador Pulido (Pulido, 2000; Pulido *et al.*, 2004). A partir de esta información se pretende definir la interacción que existió entre ellos, lo cual nos permitirá evaluar la organización de estas unidades políticas, y también los cambios ocurridos a lo largo del tiempo.

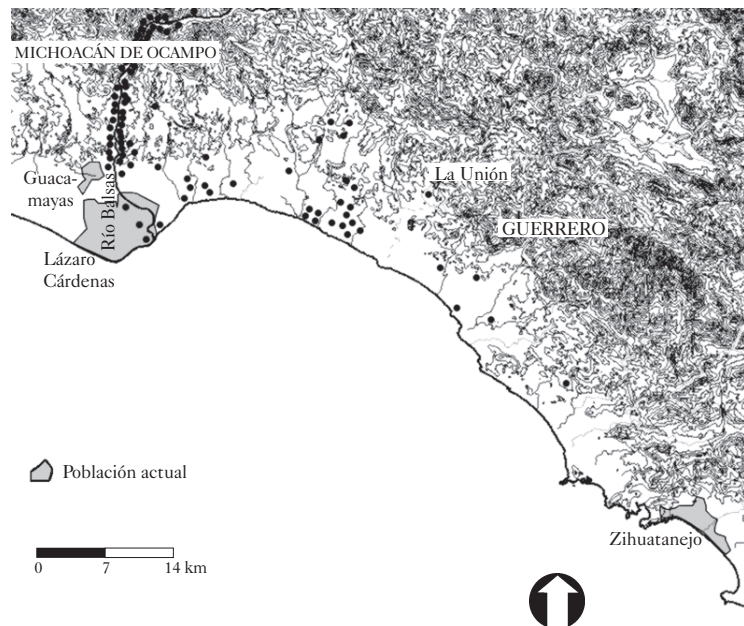
Testimonios arqueológicos al oriente de la Costa Grande

Los asentamientos localizados hasta el momento entre Zihuatanejo y la cuenca baja del Balsas alcanzan un total de 114 sitios (Armillas, 1945; Barlow, 1947; Cabrera, 1976; Nicholson, 1963; Pulido, 2000; Pulido *et al.*, 2004). Es pertinente señalar que la mayor parte de éstos fueron identificados en labores de rescate y salvamento. No obstante las li-

mitaciones de los recorridos, al no tratarse de un programa de cobertura regional, la muestra disponible conjunta un amplio mosaico de lo que fueron los sitios arqueológicos desde la costa hasta las primeras estribaciones de la sierra.

Los asentamientos se concentran en la franja costera y en el pie de monte de la sierra madre. De la zona de planicies eran comúnmente aprovechadas las cimas de lomas bajas para ubicar los lugares de residencia. Este patrón se debía a la ubicación cercana a los ríos y manantiales que eran las fuentes de agua dulce en la costa. De igual manera, los terrenos aptos para la agricultura se concentran principalmente en las desembocaduras litorales. Al parecer, éste fue el patrón de asentamiento característico de la Costa Grande desde el Preclásico medio hasta fines del periodo Clásico (Manzanilla, 2003) e incluso que se extendió hacia el Posclásico (fig. 1).

El patrón descrito puede responder a un programa de subsistencia bien definido, es decir, si los sitios están ubicados en la zona costera y en lo alto de las lomas bajas que se sitúan en el pie de monte de la serranía, sus pobladores seguramente tuvieron acceso a recursos provenientes de diferentes ambientes, con más o



● Fig. 1 Sitios arqueológicos en el oriente de la Costa Grande de Guerrero.

menos ciertas facilidades. De tal modo, contaban con recursos propios del mar, con aquellos que les podía ofrecer el pantano y, desde luego, con los que se encontraban en la sierra y su somontano, además de los que ellos mismos pudieron generar a partir de las actividades agrícolas (Pulido *et al.*, 2004).

Este patrón económico es similar al que Earle (1978) documentó para los cacicazgos de Hawaii. En el caso de la isla de Kauha'i, existe una amplia variedad ecológica la cual está en relación con la acentuada topografía que corta los ecosistemas de costa-montaña. Esta diversidad implicó para los cacicazgos locales una organización de la producción por medio del aprovechamiento vertical de las diferentes áreas topográficas. Gracias a esta organización vertical, cada distrito o *ahupua'a* tuvo acceso a los mismos recursos, dado que cada uno atravesaba todas las zonas ecológicas. Los *ahupua'a* de las islas de Hawaii fueron los distritos o unidades locales de producción, consumo y que además se caracterizaba por un patrón de asentamiento disperso. A través de este esquema de explotación, cada *ahupua'a* contenía dentro de su territorio suficiente variabilidad productiva y ambiental que los hizo relativamente autosuficientes. El ejemplo de los *ahupua'a* es uno de los mecanismos mediante los cuales las unidades políticas y sus miembros integrantes ocupan áreas preferenciales de tierra y obtienen un acceso privilegiado a los recursos dentro de éstas (Renfrew, 1986: 4), excluyendo a otros grupos del acceso a estos bienes.

El acceso a bienes de subsistencia de diferentes ecosistemas de la costa-sierra en los sitios de la Costa Grande, sugiere un patrón de organización vertical similar al documentado en este caso etnográfico. Así, la amplia autosuficiencia que estas unidades políticas adquirieron, se puede deber en gran medida al patrón de organización económica que poseían dichas poblaciones.

Sin embargo, a pesar de la relativa autonomía que poseyeron estas unidades políticas en la subsistencia, esto no obvió la necesidad que tuvieron de regularizar un sistema de intercambio de los mismos bienes de subsistencia. Al parecer, entre estos asentamientos tomó lugar una constante interacción. Se ha visto que los cacicazgos efectivamente son autónomos en términos de sus relaciones de poder, pero no existen en aislamiento, ya que se hallan entre un gran número de comunidades vecinas, con las cuales comúnmente interactúan.

Para evaluar el grado de interacción entre los sitios, se realizó un modelo de interacción basado en las coincidencias cerámicas. En el modelo está representada la distribución de algunos tipos cerámicos por periodo como un medio exploratorio que debe reflejar en algún grado la interacción que existió entre estas comunidades. A partir de la presencia-ausencia de tipos cerámicos en sitios específicos, se pueden apreciar los distintos procesos de regionalización en el consumo de los complejos cerámicos.

Durante el Formativo superior (fig. 2), la mayor parte del oriente de la Costa Grande estuvo

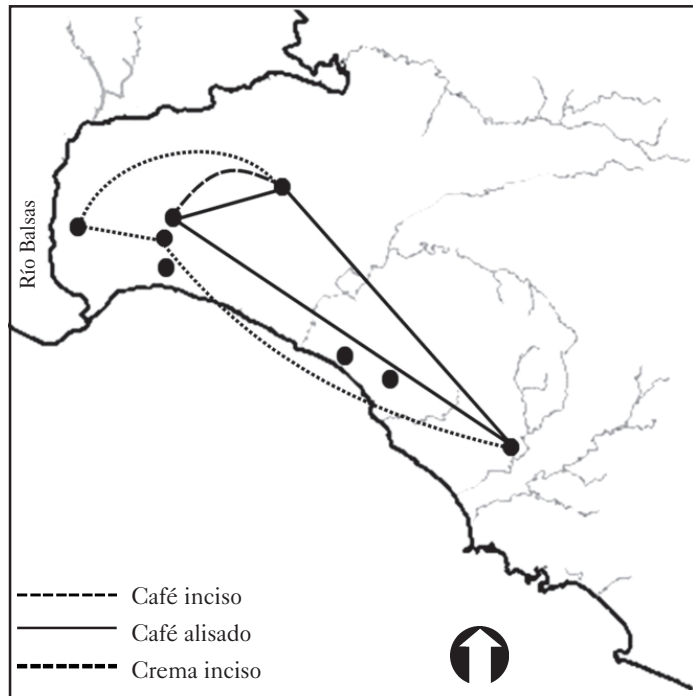


● Fig. 2 Sitios del Formativo y distribución de los tipos cerámicos compartidos.

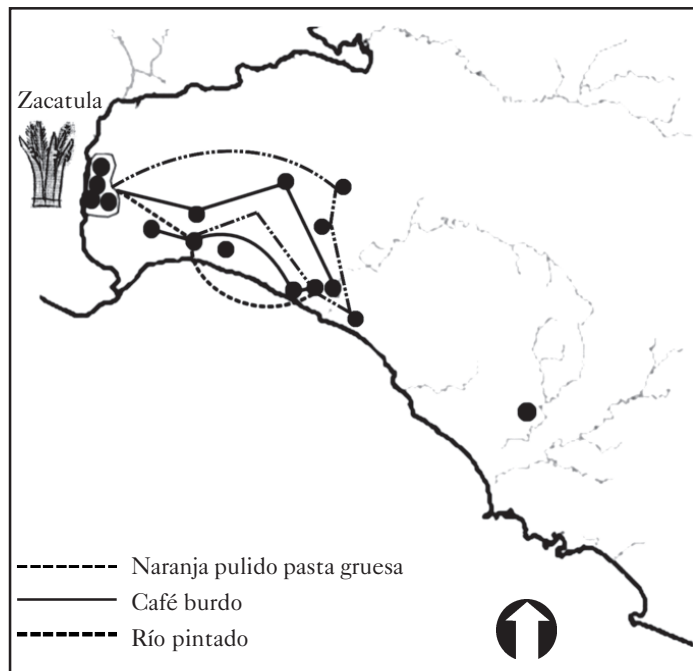
envuelta en tradiciones cerámicas compartidas, lo que sugiere que participaron en esferas de interacción muy cercanas, llegando a existir contactos significativos. Este mismo fenómeno se aprecia en el Clásico (fig. 3), donde se aprecia una fuerte asociación de los asentamientos a través de las tradiciones cerámicas compartidas. Pero un panorama contrastante ocurre entre el Epiclásico y el Posclásico. Las diferencias cerámicas entre la zona alrededor de Zacatula y el resto del oriente de la Costa Grande son notables. Si se analiza la presencia-ausencia de tipos cerámicos identificados en los sitios de este periodo se puede apreciar fuertes divergencias. En este momento, la asociación se nota en los alrededores de Zacatula, a manera de una fuerte regionalización, mostrando una débil asociación cerámica con la zona este (fig. 4), sugiriéndonos que las comunidades ubicadas entre La Unión y Zihuatanejo participaron en una esfera de interacción diferente a Zacatula, muy cercano a lo retratado por los documentos coloniales de la región.

Lo que se puede apreciar en este modelo es que, pese a la situación de competencia y conflicto regional que se piensa existió en la región desde la formación de los primeros cacicazgos, lo que se percibe es una importante interacción entre las comunidades. Inicialmente pensábamos que debido a la fragmentación política habría una gran heterogeneidad en los componentes cerámicos de las distintas unidades políticas. No obstante, varios sitios se encuentran insertos dentro de los mismos complejos, lo que hace muy homogénea la región en términos cerámicos.

Este fenómeno nos lleva a cuestionarnos la forma en que actúan las redes de intercambio den-



● Fig. 3 Sitios del Clásico y distribución de los tipos cerámicos que comparten.



● Fig. 4 Sitios del Posclásico y distribución de los tipos cerámicos compartidos.

tro de un grupo de sociedades en una situación de conflicto.

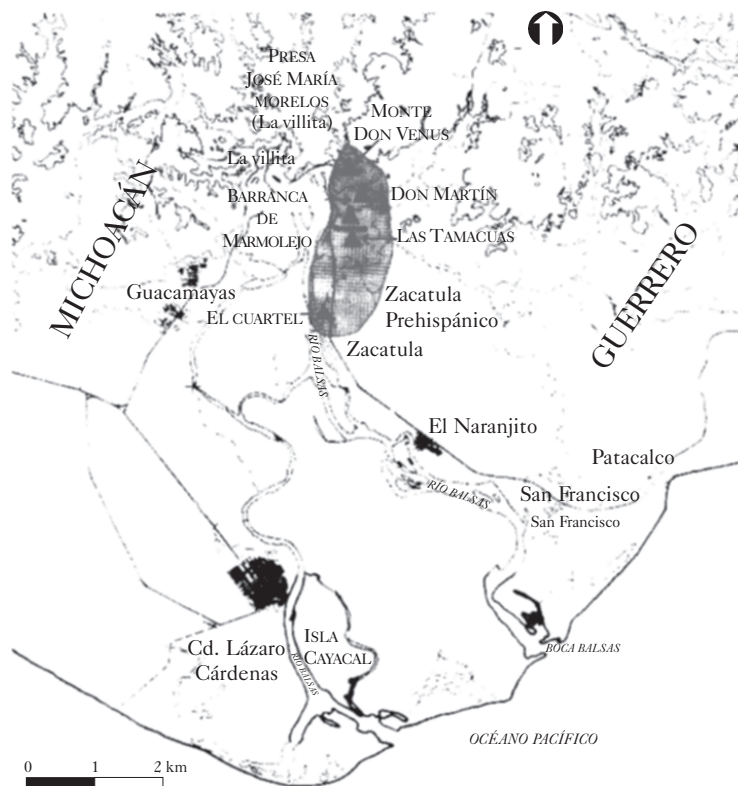
Lo que suponemos es que el intercambio de productos cerámicos funciona de forma independiente al control administrativo de las unidades políticas. Por ejemplo, de acuerdo con casos etnográficos, la distribución de cerámica puede alcanzar radios de hasta 240 km desde el centro productor (Foster, 1965). De esta forma, pese a la inestabilidad política al interior de los territorios, los conjuntos cerámicos fueron intercambiados con una gran intensidad. Lo anterior puede vincularse a la suposición que hemos hecho sobre estas comunidades que tenían un amplio grado de autonomía en términos de subsistencia, lo cual también podría extenderse a la producción y consumo de la cerámica. Esto se ha argumentado para las sociedades cacicales, en las cuales varios de los productos básicos de subsistencia eran producidos localmente para autoconsumo, y cuando el intercambio de bienes básicos ocurría, éste era bajo un sistema de reciprocidad directa entre asentamientos de rangos equivalentes (Sanders y Webster, 1978: 272). Estos datos nos hacen contradecir la idea de que la gran fragmentación política que caracterizó la región trajo una diversificación en la cerámica (Labarthe, 1969: 41).

Por lo que toca a la cronología, a pesar que hay algunos sitios como Arroyo del Tacuache y Los Metates donde se encontraron algunos tiestos procedentes del Formativo medio, parece ser que la primera gran ocupación de la región ocurrió durante el Formativo superior o el Protoclásico. En el Clásico también se aprecia una importante densidad de asentamientos, pero la mayor parte de los tiestos indica que la ocupación principal de los sitios fue más bien hacia el periodo Posclásico, no obstante, se recalca, los datos obtenidos son pocos y no permiten avanzar hacia otras ideas. En este sentido, es más clara la posición cronológica

de Don Martín y Barranca de Marmolejo, que se ubica hacia el periodo Posclásico, como el resto de los asentamientos que formaron Zacatula (fig. 5).

En lo que se refiere a un sitio recientemente identificado, Don Martín, parece formar parte del complejo de asentamientos que dieron origen a Zacatula (Pulido, 2003), debido su ubicación en el área del Balsas, a su cercanía con relación a Barranca de Marmolejo —probable centro político y religioso de la antigua población—, a los materiales cerámicos y líticos que comparte con otros sitios de la zona, y a las características propias de este asentamiento, que lo ubican como un sitio de habitación con su unidad religiosa-administrativa, entre cuyos monumentos destaca la existencia de un recinto para la práctica del juego de pelota.

Se puede resumir, que a pesar de la existencia de lugares propicios para el asentamiento humano, como por ejemplo aquellas áreas de terrazas aluviales a los lados de los ríos y arroyos favorables para el cultivo, los testimonios



● Fig. 5 Límites y ubicación de Zacatula (tomado de Pulido, 2002).

arqueológicos señalan que la región al este del río Balsas fue durante la mayor parte de su historia una zona de poca población. De cualquier manera los sitios localizados se encuentran directamente asociados tanto a la planicie costera como a los cursos de aguas dulces, que parece una condicionante en la región, por lo que es posible considerar que en general, en tiempos precolombinos, la población se concentraba hacia las dos áreas señaladas y se ubicaba principalmente en las lomas costeras, dejando despoblada la región del alto pie de monte (Pulido *et al.*, 2004).

Así, el patrón de asentamiento de la región parece indicar que los sitios arqueológicos se ubican hacia la zona formada por los lomeríos de baja altura situados en el litoral, ya que en la sección de somontano de la Sierra Madre del Sur, no se observó ningún sitio de gran concentración de población. Si bien es cierto que se localizaron algunos asentamientos, de acuerdo con los datos observados y los escasos materiales recolectados, se trata de pequeños caseríos aislados, situados hacia la zona del río Balsas.

Por otra parte, algunos asentamientos con estructuras públicas y con alguna cantidad de población, se encontraron en las primeras estribaciones de la cordillera, pero estos se sitúan en una zona de baja altura de alguna manera conectada con los restantes asentamientos del área cercana a Pantla, en las proximidades de la bahía de Zihuatanejo, donde se tiene detectado un gran número de sitios arqueológicos. Así, parece ser que en la porción correspondiente a las estribaciones de la sierra ubicada entre estas dos áreas de grandes poblaciones, Zihuatanejo y el delta del Balsas, es poco probable la ubicación de asentamientos o unidades políticas.

Interacciones a lo largo del tiempo

El Preclásico inferior es el momento cuando en la Costa Grande se desarrolló un complejo cerámico propio, cuyas formas parecen estar ligadas con una tradición muy extendida desde la costa del Pacífico hasta el Occidente de México (Manzanilla, 2000). En este periodo se ha apreciado

que existen semejanzas entre las cerámicas más tempranas de La Villita con algunos tipos tempranos de la presa del Infiernillo, tradición que parece extenderse hacia la costa del Pacífico en lugares como Chiapas y Guatemala, pudiéndose pensar en una ruta del Pacífico (Cabrera, 1976; Müller, 1979). La industria alfarera tiene ciertos elementos que hacen posible que haya existido en este periodo una comunicación costera producida a través del Pacífico. Los rasgos que se advierten en la cerámica se integran a un estilo que aparece en Guatemala y Chiapas, el cual se extiende a través de la costa del Pacífico, penetrando a Guerrero y Michoacán donde aparecen asociados con estilos propios, lo cual se ha definido como una tradición cerámica con rasgos costeros. Esto es consecuente con los resultados que Müller reportó sobre la ocupación más temprana del Balsas medio que data del Preclásico, en la que se aprecian elementos posiblemente de origen costero.

Durante el Preclásico medio los complejos cerámicos de la costa Grande se diversifican. La tradición cerámica de sitios como Acapulco, Coyuca y San Jerónimo continúa vinculándose con la costa del Pacífico, así como con una región más amplia que abarca los asentamientos olmecas del sur de Morelos y la cuenca alta del río Balsas. Por este motivo se plantea que la parte oriental de la Costa Grande, entre las poblaciones de Acapulco y San Jerónimo, estuvo insertada en una red con la cuenca de México, la cuenca alta del río Balsas y la costa del Pacífico, hasta alcanzar el área nuclear olmeca.

Sin embargo, entre los materiales del Balsas bajo no se encuentran rasgos arqueológicos del centro de México ni rasgos olmecas. Como apunta el propio Manzanilla (2003), la parte occidental de la Costa Grande muestra una filiación estilística distinta, relacionada con los grupos costeros del Occidente de México. De esta forma, se plantea que durante el Formativo medio en la Costa Grande existieron dos grandes áreas arqueológicas: 1) la oriental vinculada con la región centro de Guerrero, Oaxaca, Chiapas y Guatemala, y 2) la occidental, relacionada con la costa de Michoacán y Colima (Brush, 1969). Esta última se vincula con el complejo

cerámico identificado en la desembocadura del Balsas, la cual posee una misma tradición cultural que el complejo Capacha de las costas de Colima y Michoacán (Cabrera, 1989) y que también se aprecia en los materiales recuperados durante las excavaciones en La Madera, Zihuatanejo (Manzanilla, 2000, fig. 27).

El material más temprano recuperado en los sitios identificados por nosotros, data del Formativo medio, con ejemplares como Coacoyul festonado (fig. 6). Este material tiene una distribución desde Petatlán y Zihuatanejo hasta La Villita. Otro ejemplo es Almacén escobetado, que aparece durante el Formativo medio en sitios como La Madera en la región de Zihuatanejo.

Las características de estos materiales muestran mayor afinidad con los tipos cerámicos del Formativo medio en una amplia región que va desde Zihuatanejo hasta la desembocadura del Balsas. En términos de atributos se aprecia una estrecha relación con materiales contemporáneos de la costa de Michoacán y Colima, lo que permitiría plantear que la tradición cerámica con rasgos costeños se extiende desde el Formativo temprano hasta el medio. Por otro lado, la diversificación cerámica planteada por Manzanilla y que ocurre en este momento, se aprecia claramente en los materiales. Nuestros ejemplares cerámicos están asociados con lo que este autor denominó el área arqueológica occidental, ya que se asocia con la costa de Michoacán y Colima. Resalta la completa ausencia de materiales asociados con el Altiplano Central así como con una área más extensa que abarca la costa del Golfo y la cuenca alta del río Balsas que se vincula con el complejo olmeca, los

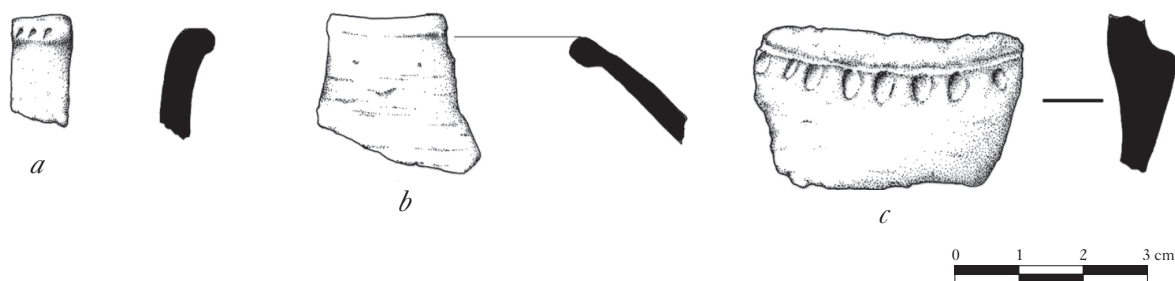
cuales son característicos del área arqueológica oriental.

Hacia el Preclásico superior, la cultura material de la Costa Grande parece unificarse, observándose similitudes entre la zona de Acapulco y Zihuatanejo (Manzanilla, 2000). De igual forma, hacia el Preclásico superior y hasta el Protoclásico superior se detectan relaciones con el Altiplano Central, así como con Chiapas y Guatemala (Müller, 1979).

No obstante, es posible que los sitios ubicados entre La Unión y Zacatula, representaran una región separada de Zihuatanejo (Manzanilla, 2000, fig. 39), si se considera que este complejo cerámico resulta distinto al identificado en Acapulco-Zihuatanejo. Lo anterior se aprecia en las características de los materiales recuperados. Tal es el caso del tipo Rojo inciso, y el consumo del tipo Almacén escobetado (fig. 6). Estos ejemplares continúan relacionándose con aquellos reportados en la cuenca baja y media del río Balsas. Resulta contrastante la ausencia de materiales vinculados con la región de Acapulco-Zihuatanejo, tales como la cerámica de paredes gruesas, cuello evertido con ángulo pronunciado y vasijas de silueta compuesta.

Para el periodo Clásico, Manzanilla aprecia una similitud a lo largo de toda la Costa Grande, con tipos cerámicos en Acapulco y San Jerónimo que expresan una fuerte relación con tipos identificados en Petatlán y en el Bajo balsas. También en este momento se observa la aparición de formas y estilos teotihuacanos, así como la introducción de estilos decorativos mayas.

En la costa de Guerrero se introduce la cerámica de pasta fina, la cual llega a copiar las for-



● Fig. 6 Tipos cerámicos: a) Coacoyul festonado, b) Rojo inciso y c) Almacén escobetado. Periodo Formativo medio y superior.

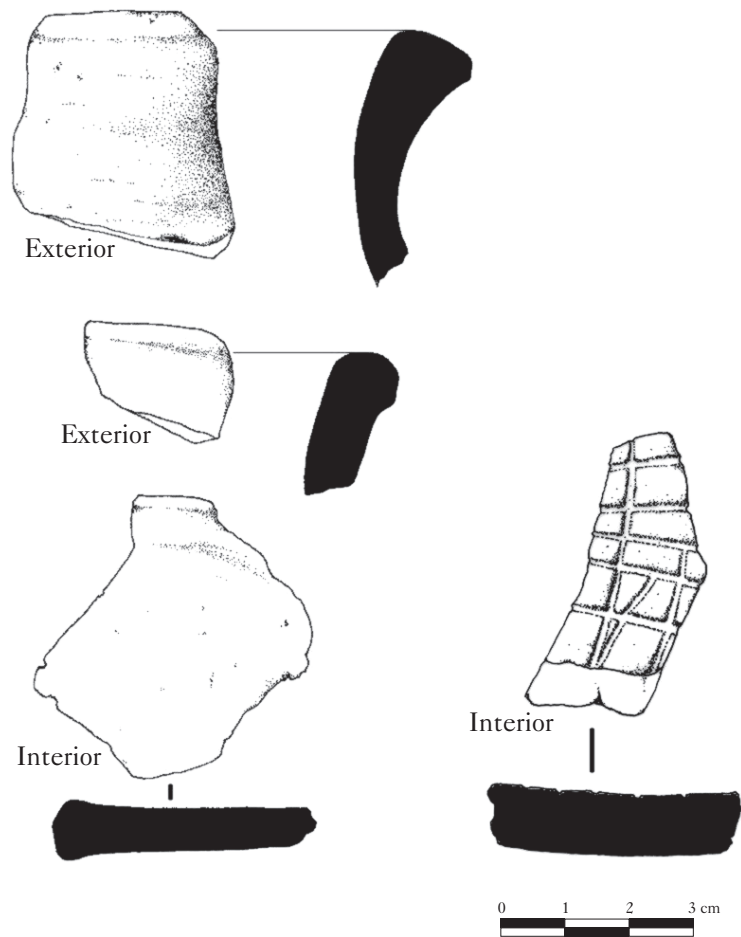
mas de las vasijas teotihuacanas. Por otro lado, también ocurre la introducción de la técnica decorativa de incisión fina. Precisamente las cerámicas que pueden considerarse como más representativas durante el Clásico en la cuenca baja del Balsas consisten de ejemplares con incisiones finas con diseños que sugieren claramente un estilo teotihuacano. Tales materiales incisos finos han sido reportados en La Villita lo que plantea una relación con el centro de México definido por la presencia de tipos cerámicos teotihuacanoides (Cabrera, 1976). A pesar de tales contactos, para esta época la región de La Villita aparentemente tiene poca relación con otros grupos con los cuales había interactuado, ya que los elementos costeros dejan de aparecer. En el Balsas medio también se reproduce un estilo local de las formas cerámicas teotihuacanas, además de que Müller aprecia una amplia influencia de Colima, Nayarit y Michoacán en el Balsas medio.

La distribución de cerámica de pasta fina parece vincularse más estrechamente con la región de Zihuatanejo-Acapulco, por lo cual se piensa que los objetos de pasta fina pueden proceder de la Costa Chica, quizás afines con la tradición de pasta fina de Oaxaca, en tanto las cerámicas incisas y selladas propias de Zihuatanejo y La Villita se corresponderían con tradiciones locales de la costa de Michoacán y Colima, así como del curso medio del río Balsas (Manzanilla, 2000).

Los tipos identificados por nosotros y asignados a este periodo en el occidente de la Costa Grande son Naranja alisado (fig. 7), Café alisado y Rojo sobre naranja inciso entre los cuales se aprecia la ausencia de tipos cerámicos de pasta fina y la ausencia de cerámica de formas teotihuacanas. Quizá esto se debe a

que dichos complejos se asocien a ciertos sectores de la sociedad, como podrían serlo los jefes o linajes dominantes, al funcionar como bienes de prestigio. Recordemos que en la región los elementos con rasgos teotihuacanos representan un escaso porcentaje en comparación con las tradiciones cerámicas locales (Reyna y Rodríguez, 1990). Esto puede estar ocurriendo en nuestros ejemplares, los cuales fueron recuperados en su mayor parte en caseríos y en pequeños sitios de carácter habitacional. Los materiales del Clásico documentados en los sitios estudiados presentan más bien una tradición que comparte atributos y relaciones con los grupos costeros de occidente.

Es posible que entre el Clásico y el Posclásico hubiera relaciones con Tierra Caliente. En el sitio Corongorito en Tierra Caliente, fueron localizados pendientes y collares de concha ma-

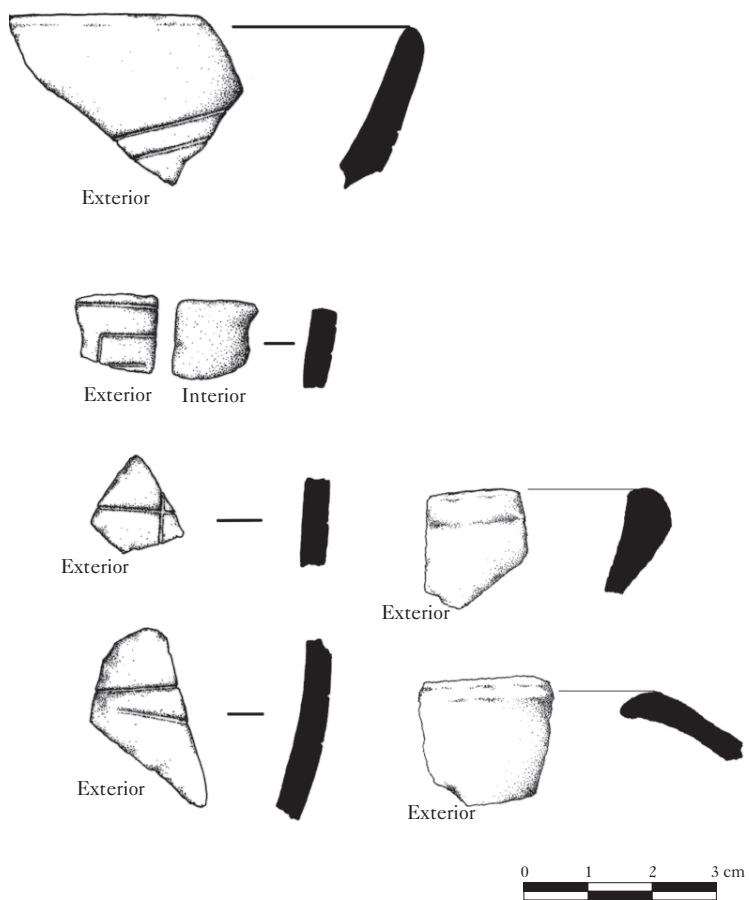


● Fig. 7 Tipo cerámico Naranja alisado. Período Clásico.

rina que evidencian relaciones con la costa (Pulido, 2003). De igual forma, algunos materiales de la costa muestran afinidades con la cerámica de Tierra Caliente en diferentes atributos. Lo anterior es notorio en los tipos Pulido naranja pasta gruesa, Crema inciso y Café burdo (fig. 8). De igual manera, hay coincidencias cerámicas con el sitio Santo Domingo, en especial con materiales con bicromía, tales como Rojo sobre bayo o Guinda sobre naranja, que en nuestro caso fue definido bajo el tipo Río Pintado, así como con otros ejemplares como son los tipos Alisado naranja burdo rayado y Naranja pulido pasta gruesa de Tierra Caliente, los cuales tienen correspondencia en una serie de atributos con nuestros ejemplares Almacén escobeteado y Naranja pulido pasta gruesa, respectivamente.

En la Costa Grande se aprecia un importante contacto con el resto del Occidente de México durante el Posclásico temprano, aunque también hay elementos procedentes del Altiplano Central. Puede representar el momento de mayor ocupación de los sitios estudiados si consideramos la cantidad de tipos identificados que se asocian a este momento. Los tipos cerámicos relacionados con este periodo son el tipo Crema inciso, Río café alisado, Río pintado y Café burdo.

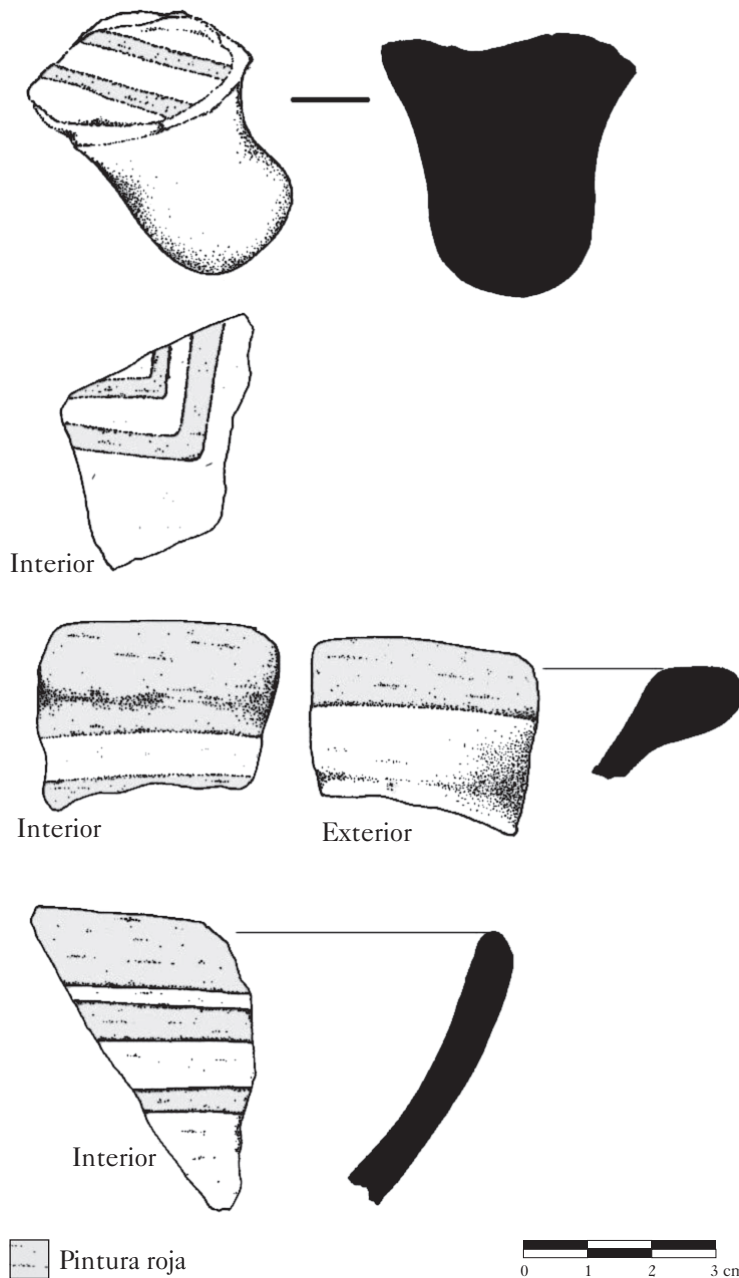
Además se identificó una amplia variedad de materiales domésticos que pueden estar relacionados con este momento. Tales ejemplares son el tipo Naranja alisado, Café alisado, Pulido naranja pasta gruesa, Naranja granuloso medio y Naranja alisado granuloso. Hemos reconocido que estos materiales pueden corresponder al grupo cerámico que Cabrera reporta como Naranja mate, y que designamos como loza Doméstico alisado. Consiste principalmente de



● Fig. 8 Tipo cerámico Crema inciso. Periodos Clásico y Posclásico temprano.

cerámica de uso doméstico, en especial ollas, que están ampliamente representadas en varios de los sitios identificados. También pueden estar vinculados a varios de los tipos cerámicos identificados dentro del grupo Naranja monocromo y Café monocromo descritos por Pulido (2000), en particular con tipos como el Pulido naranja pasta gruesa.

Un conjunto de materiales cerámicos que requieren de especial atención son los que identificamos como Río pintado (fig. 9). Estos ejemplares se caracterizan por su decoración rojo sobre café oscuro o rojo sobre bayo. Están presentes en la cuenca baja del río Balsas, en sitios como Don Martín, así como en Santo Domingo, en la Tierra Caliente. Manzanilla reconoce a estos ejemplares como Río pintado localizándolos en la Costa Grande, principalmente entre Acapulco y Zihuatanejo, así como en Tierra



● Fig. 9 Tipo cerámico Río pintado. Período Epiclásico y Posclásico temprano.

Caliente y la región de Yestla. Cabrera por su parte, habla de estos materiales como pseudo Coyotlatelco, refiriendo que alguno de los antecedentes de la cerámica Coyotlatelco del Altiplano Central pudiera provenir de esta región occidental. Este planteamiento resulta relevante por un hallazgo localizado en Tula, Hidalgo. Una de las ocupaciones más tempranas locali-

zadas en Tula Grande ocurre en una meseta conocida como Plaza Charnay. La primera ocupación en este lugar se estima entre los años 700 y 900 d.C., e incluso considerándose que el primer asentamiento pudo ubicarse entre los años 650-750 d.C., ya que fechamientos por C^{14} obtuvieron una temporalidad de 1300 ± 50 (Valadez *et al.*, 1999).

Es importante resaltar la presencia de ofrendas cerámicas de tradición Coyotlatelco durante esta ocupación, pero cuyas características se vinculan con el noroccidente de Mesoamérica y no con la tradición del Altiplano o de El Bajío. Aún más revelador fue el hallazgo de una amplia cantidad de entierros cuyos estudios mostraron que los individuos provenientes de la ocupación más temprana mostraban exostosis auditiva producto de sumergirse en el agua a niveles profundos, muy probablemente en búsqueda de moluscos. Por esto se piensa que la población consistió en grupos migrantes provenientes de la costa del occidente de Mesoamérica que se asentaron alrededor del siglo VII en la Plaza Charnay.

En términos generales, en este periodo los estilos locales de la Costa Grande, se relacionan con el bajo río Balsas, así como con Tierra Caliente de Guerrero. En este periodo también

están presentes algunos tipos cerámicos de la fase Tollan de Tula. En el sitio Don Martín se recuperaron figurillas antropomorfas que en esta región han sido designadas como Mazapa. Dichas figurillas debieran llamarse Mazapoides (Pulido, 2000) ya que representan una interpretación local de las figurillas Mazapa del Altiplano Central. La diferencia entre las figurillas

Mazapoides y las Mazapa del Altiplano, radica en la elaborada y profusa decoración de las primeras, resaltando elementos propios de la región, mientras que las del Altiplano suelen ser menos elaboradas. Hay que señalar que figurillas tipo Mazapa del Altiplano Central han sido localizadas en sitios de Tierra Caliente y también en la región del delta medio del Balsas.

Para el periodo Posclásico tardío, tan sólo en el Balsas medio se reporta cerámica estilo Azteca, así como cerámica asociada a un complejo tarasco, pero componiéndose principalmente de una cultura material muy local (Müller, 1979). Además, la zona de la desembocadura del Balsas mantiene poca comunicación con otras áreas cercanas, como es el caso de la región de La Presa del Infiernillo, que pese a la escasa distancia entre ambas, los tipos cerámicos difieren. Mientras tanto en el Balsas medio parece existir una ruptura con las tradiciones del sur, apreciándose contactos con los estilos de Occidente y con el Altiplano Central.

En nuestro caso ocurren los mismos contactos que estos investigadores han reportado para la región. En el Posclásico tardío, la relación con los mexicas se manifestó pobremente (Cabreza, 1976). En Zacatula, los materiales cerámicos revelan una fuerte presencia del centro de México, tanto en el Posclásico temprano como en el tardío (Pulido, 2003).

La noción del cambio

Se ha expresado que en la región de la Costa Grande las unidades políticas de tipo cacical lograron mantenerse durante una temporalidad larga, y que durante este tiempo no se produjeron cambios sustanciales en la región. No obstante, los datos recuperados sobre el periodo Posclásico —el de mayor información—, relatan el surgimiento de cambios trascendentales.

Se piensa que el máximo nivel de organización sociopolítica alcanzado en la región fue el tribal jerárquico o cacical (Manzanilla, 2000). Sin embargo, en las márgenes bajas del río Balsas se presenció el desarrollo de un amplio complejo conocido como Zacatula, el cual funcionó como el asentamiento principal de una exten-

sa población. Zacatula fue un amplio sitio con una extensión estimada en 40 ha; contaba además con zonas o localidades diferenciadas en las cuales se aprecian áreas de edificios públicos y áreas residenciales (Pulido, 2002). Pero, ¿qué condiciones hicieron que se diera la transición de pequeños asentamientos menores a 10 ha —reportados insistentemente en la cuenca del bajo Balsas y en la costa, organizados en pequeñas unidades políticas autónomas—, a un gran asentamiento que concentraría una amplia población?

Las evidencias del inicio de este fenómeno en sitios como Don Martín y Barranca de Marmolejo parecen ocurrir en el Posclásico temprano y quizás desde el Epiclásico. Durante este momento se documentan contactos con el Altiplano Central, en especial con el sitio de Tula. Un ejemplo son las figurillas Mazapa que tienen una amplia distribución en la Costa Grande y una región mayor que abarca desde Petatlán hasta Zacatula, y su presencia también se reporta en lugares costeros como Nayarit (Manzanilla, 2000: 259).

Como señalamos, esta tradición en la cuenca baja del Balsas resulta una reinterpretación local. Al respecto, Richard Diehl (1993) planteó la existencia de un *horizonte tolteca* en estas situaciones. Reconoce un inusual complejo de objetos cerámicos rituales el cual incluye tres clases de artefactos comúnmente encontrados en Tula y en muchos otros centros durante los siglos IX y X: 1) grandes braseros de cerámica decorados con aplicaciones cónicas al pastillaje y rostros de Tlaloc; 2) figurillas Mazapa y de efigie de animales, y 3) incensarios globulares y calados con dos soportes y asa soporte tubular. Este investigador notó que tales artefactos poseen una amplia distribución y que los tres formaron parte de un amplio complejo que fue usado durante este momento como parte de actividades ceremoniales y rituales (Diehl, 1993: 279).

Diehl planteó entonces orígenes separados de estas clases de artefactos, los cuales fueron integrados al ritual doméstico tolteca, que debió ocurrir alrededor del año 850 d.C., y posteriormente Tula sirvió como centro del proceso

de difusión a otras áreas. Las similitudes mostradas en las tres clases de objetos en diferentes sitios indican ideas y creencias parecidas ampliamente dispersas en el Posclásico de Mesoamérica, pero la variabilidad estilística y tecnológica indica que estos artefactos fueron producidos localmente, tal como ocurrió con las figurillas Mazapa de esta región.

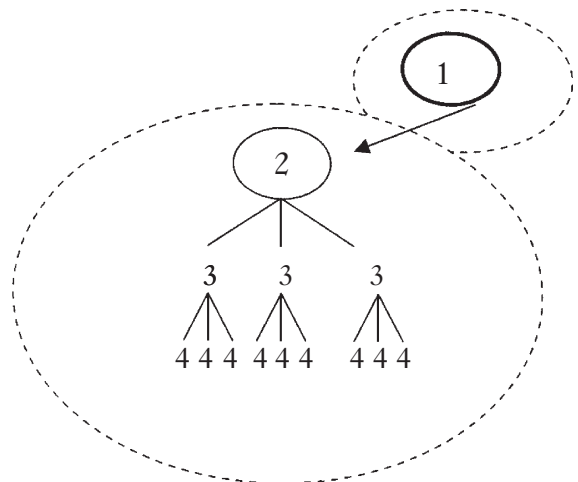
Sin embargo, los materiales recuperados no se restringen a las figurillas Mazapa. También se han localizado materiales cerámicos de la fase Tollan tardío (ca. 950-1200 d.C.). En Barranca de Marmolejo se reportaron ejemplares del tipo Manuelito café alisado, en tanto Manzanilla (2003: fig. 78) mencionó ejemplares del tipo Jara anaranjado pulido, Ira naranja sellado, Macana rojo sobre café y Plumbate tohil en Zihuatanejo y en San Jerónimo. Ahora bien, la incorporación de este horizonte tolteca dentro de los asentamientos de la Costa Grande puede estar vinculado a un proceso de gran relevancia que se ha denominado “incorporación simbólica” (Renfrew, 1986: 8). Este proceso detalla la disposición de un grupo local para el desarrollo de un sistema simbólico el cual es adoptado al entrar en contacto con otro sistema más complejo, con el cual no se está necesariamente en conflicto. La adquisición de este sistema simbólico comúnmente conlleva un prestigio en el sistema local.

Posteriormente, con la expansión del imperio tenochca ocurrió la dominación de la región, figurando entre las conquistas de Ahuizotl, tras lo cual es convertida en la provincia tributaria de Cihuatlán. Ixtlilxochitl describe la conquista de Zacatula a cargo de Teuchimaltzin “de la casa y linaje de los reyes de Tezcucó”, quien dio muerte al señor de Zacatula, quedando el hijo de este gobernante como sucesor (Ixtlilxochitl, 1977). A pesar de la imposición de un gobierno, la estrategia de la Triple Alianza fue dar prioridad a un control político en lugar de un control territorial, razón por la cual hay quienes se han referido a éste como un imperio hegemónico (Hassig, 1988). Una característica de los imperios hegemónicos es que centran su atención en los intereses económicos y controlan la producción y la distribución de los recursos que

les son necesarios. En esta forma de imperio, las unidades políticas locales retienen cierto grado de autonomía, así como de algunas dimensiones de toma de decisión en aspectos de control político o económico. Así, las nuevas estructuras políticas y territoriales de la Triple Alianza se superpusieron a estructuras previas las cuales fueron considerablemente respetadas.

Dicha autonomía se aprecia en la total ausencia de cerámica azteca, tanto Loza anaranjada como Loza pulida. Tan sólo en el Balsas medio se ha reportado este tipo de materiales. No obstante, se han documentado sellos y vasijas de manufactura local y formas propias de la región con decoración esgrafiada en la que se exhiben representaciones de cráneos de perfil con una navaja incrustada en la fosa nasal, acompañado de huesos largos cruzados, que rememoran la iconografía del centro de México (Pulido, 2003: 59).

Se puede pensar que lo que ocurre con la producción de estos bienes, los cuales evocan un sistema de representación característico de Tenochtitlán, es un proceso de *emulación*. Este concepto hace referencia a una forma de interacción, en el cual intervienen recursos o bienes cuya función no es necesariamente de subsistencia, y mediante los cuales las elites o las unidades políticas pueden ser incentivadas para desple-



● Fig. 10 Estrategia imperial para consolidar el control sobre un cacicazgo, el cual pudo tomar lugar en Zacatula: se deja el sistema local intacto, pero se coloca un supervisor con la intervención estatal directa sobre el gobierno local (tomado de Schreiber, 1992: fig.1.3).

gar riqueza o poder en un esfuerzo para adquirir alto estatus frente a otras unidades políticas (Renfrew, 1986: 8). Un ejemplo es el *potlach* en el que el jefe de un grupo gana estatus al ofrecer los recursos dentro de fiestas. De igual forma, puede suceder un mecanismo de manipulación del sistema político local para servir a las necesidades imperiales (Schreiber, 1992: 3). Esto comúnmente ocurre a través de la introducción de nuevas ideologías que hacen énfasis en la jerarquía y la subordinación (Fried, 1967: 241).

La misma idea es expresada al señalar que fue en estos mismos tiempos cuando estos grupos estuvieron sujetos a condiciones impuestas por la interacción interregional y la conquista por parte de grupos foráneos, como los toltecas y posteriormente los aztecas (Manzanilla, 2003). Este acercamiento que enfoca la dinámica del cambio social operando desde fuera del área, puede ser entendido dentro de lo que se denomina modelos de dominio, en el cual los cambios en un área son explicados en términos de influencia o contacto con áreas adyacentes cuya organización se ha visto en algún sentido como más compleja (Renfrew, 1986: 5). Bajo esta perspectiva, fenómenos como la incorporación simbólica y la emulación por el contacto con una entidad estatal, puede incluso extenderse a la adopción de un sistema de organización social (tales como las instituciones de gobierno). Lo anterior no es difícil de pensar si tomamos en cuenta que el Estado es una forma de organización expansionista.

Así, las unidades políticas locales pudieron haber reproducido, en menor escala, los mecanismos de organización generados por los Estados del centro de México con quienes interactuaron y que conduciría finalmente al surgimiento de Zacatula que sería la impronta de un importante cambio en la organización en los márgenes cercanos a la desembocadura del río Balsas.

Bibliografía

- Acuña, René (ed.)
1987. *Relaciones Geográficas del siglo XVI*, vol. 9, México, UNAM.
- Armillas, Pedro
1945. "Expediciones en el occidente de Guerrero: II. El grupo de Armillas, febrero-marzo 1944", *Tlalocan*, núm. 1, vol. II, México, pp. 73-85.
- Barlow, Robert
1947. "Expediciones en el occidente de Guerrero: III, enero de 1948", *Tlalocan*, núm. 3, vol. II, México, pp. 280-284.
- Brush, Charles
1969. "A Contribution to the Archaeology of Coastal Guerrero", tesis de doctorado en Antropología, New York, Columbia University.
- Cabrera Castro, Rubén
1976. "Arqueología de La Villita. El Bajo Balsas", tesis de maestría en Antropología, México, ENAH-INAH.
- 1989. "La costa de Michoacán en la época prehispánica", en Enrique Florescano (coord.), *Historia General de Michoacán*, vol. I, México, Instituto Michoacano de Cultura-Gobierno del Estado de Michoacán.
- Diehl, Richard A.
1993. "The toltec horizon in Mesoamerica: new perspectives on an old issue", en D. Rice (ed.), *Latin American Horizons*, Washington, Dumbarton.
- Earle, Timothy K.
1978. *Economic and Social Organization of a Complex Hawaiian Chieftdom: The Halelea District, Kaua I., Hawaii*, Anthropological Papers, núm. 63, Ann Arbor, University of Michigan, Museum of Anthropology.
- Foster, George
1965. "The sociology of pottery: questions, hypothesis, arising from contemporary Mexican work", en F. Matson (ed.), *Ceramics and Man*, Viking Fund Publication, núm. 41, New York, Werner-Gren Foundation.
- Fried, Morton
1967. *The Evolution of Political Society. An Essay in Political Anthropology*, New York, Random House.
- Hassig, Ross
1988. *Aztec Warfare*, University of Oklahoma Press.

- Ixtlilxochitl, Fernando de Alva
1977. *Obras históricas*, México, UNAM.
- Labarthe, María de la Cruz
1969. “La Provincia de Zacatula. Historia Social y Económica”, tesis de maestría en Ciencias Antropológicas, México, ENAH-INAH.
- Manzanilla López, Rubén
2000. “La región arqueológica de la Costa Grande de Guerrero; su definición a través de la organización social y territorialidad prehispánica”, tesis de doctorado en Antropología, México, ENAH-INAH.

2003. “La región arqueológica de la Costa Grande de Guerrero; su definición a través de la organización social y territorialidad prehispánicas”, texto presentado en el III Coloquio de la Maestría en Arqueología, Publicación Electrónica, México, ENAH-INAH.
- Müller, Florencia
1979. *Estudio tipológico provisional de la cerámica del Balsas Medio*, México, INAH (Científica, 78).
- Nicholson, Henry B.
1963. “Michoacan Cost-Rio Balsas Delta reconnaissance”, *Katunob*, núm.1, vol. IV, Wisconsin, Newsletter bulletin.
- Pulido Méndez, Salvador
2000. “Proyecto Arqueológico Carretera Nueva Italia-Lázaro Cárdenas. Informe final”, Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, mecanoscrito.

2002. “Datos para la historia arqueológica de la desaparecida Zacatula”, en C. Niederberger y R. M. Reyna (coords.), *El Pasado Arqueológico de Guerrero*, México, CEMCA/Gobierno del estado de Guerrero/INAH, pp. 301-320.

2003. “Salvamento arqueológico en dos carreteras de Michoacán”, *Arqueología*, núm. 29, México, INAH, pp. 45-62.
- Pulido Méndez, Salvador, M. Guevara y J. Rojas
2004. “Rescate Arqueológico Líneas de Transmisión Eléctrica Lázaro Cárdenas Potencia-Ixtapa Potencia y Central Hidroeléctrica La Villita-Lázaro Cárdenas Potencia, Estados de Guerrero y Michoacán”, Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, mecanoscrito.
- Renfrew, Colin
1986. “Introduction: peer polity interaction and sociopolitical change”, en C. Renfrew y J. Cherry (eds.), *Peer Polity Interaction and Sociopolitical Change*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Reyna, Rosa y Felipe Rodríguez
1990. “La época Clásica en el estado de Guerrero”, en A. Cardos (coord.), *La Época Clásica. Nuevos hallazgos, nuevas ideas*, México, INAH-MNA, pp. 221-236.
- Sanders, William T. y D. Webster
1978. “Unilinealism, multilinealism and the evolution of complex societies”, en C. Redman *et al.*, (eds.), *Social Archaeology*, New York, Academic Press.
- Schreiber, K. J.
1992. *Wari Imperialism in Middle Horizon Peru*, Anthropological Papers 87, Ann Arbor, Museum of Anthropology, University of Michigan.
- Valadez, R., B. Paredes y B. Rodríguez
1999. “Entierros de perros descubiertos en la antigua ciudad de Tula”, *Latin American Antiquity*, núm. 2, vol. 10, pp. 180-200.



Color negro en dientes de Tlatelolco, D.F.: su caracterización***

Entre los entierros localizados en Tlatelolco, en la Ciudad de México, existen algunos que presentan los dientes pintados de negro. Con el fin de determinar la sustancia utilizada para obtener la coloración, se seleccionaron algunos dientes del Entierro núm. 14, fechado entre 1420 y 1440 d.C. En este estudio se caracterizó el material utilizado para oscurecerlos por diversos métodos de análisis físicos: MEB, XPS, EDS y DRX. Se concluyó que el procedimiento para pintar los dientes fue untar asfalto sobre el esmalte. La adhesión de la capa oscura se atribuye a una difusión de una parte del asfalto en el esmalte.

No es extraño que grupos humanos se pinten o se tatúen el cuerpo, pues es una costumbre que de un continente a otro, de un pueblo a otro, trátase de los siameses o de los aborígenes australianos, ha trascendido en el tiempo. En el mundo occidental, sin restricciones sociales, está hoy de moda tatuarse del mismo modo que lo hicieron en el pasado los marinos ingleses.

Asimismo, ha sido común la modificación de los dientes por medio del limado del contorno o la superficie, y en ocasiones la incrustación de ciertas piedras, como señal de estatus o de belleza. En la actualidad, no falta quien se incruste gemas preciosas en los dientes, por ejemplo diamantes (Morris, 1985: 99).

Sin embargo, ennegrecerse la dentadura no es una práctica corriente. Sólo en Asia insular del sur, las mujeres tenían la costumbre de laquearse los dientes hasta épocas muy recientes. En 1938, los franceses encontraron que el 80 por ciento de la población tenía los dientes negros en Vietnam en donde se creía que sólo los salvajes, las fieras y los demonios podían lucir largos dientes blancos. En Japón, pintarse los dientes de negro era una manera de acentuar el *sex appeal* y se conocía como *Ohagura* (Cohen, 2000).

Algunos de los ejemplares que conforman la colección de Tlatelolco, D.F., presentan una capa de color negro en los dientes. Consideramos de importancia determinar la naturaleza de esta coloración, puesto que en general se ha concluido que se lograba por medio de chapopote o brea, sin que a la fecha se haya comprobado, utilizando pruebas no destructivas que permitan conservar estos materiales tan importantes. Por lo anterior se determinó usar algunos de estos dientes para un análisis más riguroso. Llevamos a cabo una caracterización por métodos físicos; por un lado, se observó por microscopía electrónica de barrido (MEB) las distintas partes de los dientes para determinar la morfología de las zonas coloreadas, simultáneamente se llevó a cabo el análisis elemental

* Dirección de Antropología Física, INAH, cmpijoan@yahoo.com.mx, dra_mansilla@yahoo.com, ilanleboreiro@yahoo.com

** Instituto de Investigaciones en Materiales, UNAM, croqcroq@hotmail.com

*** Agradecemos el trabajo técnico de Leticia Baños en difracción de rayos X, de Carlos Flores en microscopía electrónica de barrido y de Lázaro Huerta en XPS. Asimismo reconocemos el trabajo de Cristina Romero que en el marco de su servicio social supo colaborar en este estudio.

con la microsonda acoplada al microscopio de barrido (EDS) para obtener la composición elemental por regiones. Por medio de la espectroscopía fotoelectrónica de rayos X (XPS) se analizaron las capas más externas de los materiales y en particular su contenido de carbono. Sin embargo, el análisis elemental en este caso no es suficiente ya que nos interesaba precisar los compuestos presentes en la zona oscurecida. Así, por difracción de rayos X (DRX) se determinó los compuestos presentes en los dientes en su estado natural y también despegando una parte de la zona oscura y estudiándola por separado.

Antecedentes

A final de la década de los años cincuenta, el gobierno mexicano determinó realizar una magna obra que incluía una unidad habitacional con más de 10 000 departamentos y todos los servicios, así como la Torre de la Secretaría de Relaciones Exteriores (Guilliem, 1999: 59-60). Dicha obra se haría en los terrenos que fueron los patios y talleres de ferrocarriles, el cuartel y prisión militar de Santiago Tlatelolco y las bodegas de los Almacenes Nacionales de Depósito y las Aduanas (González Rul, 1961: 10), localizados al poniente de la avenida Insurgentes y el puente de Nonoalco, al norte de la calle de Manuel González, al sur de la calzada de Nonoalco y al oriente de la ampliación del Paseo de la Reforma (Noguera, 1966: 77).

Este conglomerado necesitaba tanto vías de comunicación, como un colector que corría a gran profundidad (González Rul, 1997: 327). Todas estas edificaciones afectaron lo que había sido la ciudad prehispánica de México-Tlatelolco, por lo que se programaron los trabajos de salvamento arqueológico de emergencia (González Rul, 1988: 13). Dicho programa se inició en agosto de 1960, con el arqueólogo González Rul al frente de los trabajos de excavación (Noguera, 1966: 77).

En particular, la instalación del colector ocasionó que se excavara una zanja profunda que afectó el recinto sagrado del Templo Mayor de Tlatelolco, dejando al descubierto estructuras,

templos y edificios (González Rul, 1997: 327). Durante el periodo de excavaciones de 1960 a 1964, se localizaron los diferentes edificios que constituían al Templo Mayor, localizando, como mencionó Noguera (1966: 78), un total de 140 entierros y dos osarios. No obstante la importancia de los descubrimientos, la información publicada en los trabajos y los hallazgos arqueológicos de esta temporada fueron escasos y poco sustanciales, además de no existir ningún informe arqueológico.

González Rul y García (1962: 4) mencionaron que en la parte del recinto sagrado que fue afectado por la avenida San Juan de Letrán (hoy eje Central Lázaro Cárdenas), se encontraron varias pirámides, y frente a una de ellas osarios y entierros individuales. La mayor parte de estos materiales esqueléticos están en resguardo en la Dirección de Antropología Física del INAH; constituyen una de las colecciones osteológicas prehispánicas más importantes por la cuantía de individuos y por el buen estado de conservación de los huesos.

Los dos osarios mencionados por González Rul, fueron designados como Entierros números 14 y 72. Están conformados por más de 100 individuos cada uno, y sus segmentos, al parecer, no guardaban relación anatómica entre sí. Se carece de la información arqueológica del Entierro núm. 72, mientras que la del número 14 es escasa. Con base en la información proporcionada por González Rul (comunicación personal), así como en algunas fotografías localizadas en el acervo fotográfico de la Dirección de Antropología Física, se pudo determinar que el Entierro núm. 14 se encontró cerca del límite norte del recinto sagrado del Templo Mayor de Tlatelolco, frente al Templo II Norte, frente y bajo el adoratorio II de la fase I. Estas edificaciones, al igual que varias vecinas, han desaparecido por la construcción del eje Central Lázaro Cárdenas, que los afectó. La ubicación del Entierro núm. 14 fue confirmada con los datos de la libreta de campo de Eduardo Matos Moctezuma, quien fue el encargado de explorar este entierro.

En cuanto a su temporalidad, González Rul (comunicación personal), consideraba que co-

responde aproximadamente a 1420-1440 d. C. y podría ser el resultado de una ceremonia de “clausura o finiquito” que se realizaba al rellenar plazas y cubrir edificios para elevar nuevas construcciones (González Rul, 1994: 37). Sin embargo, para poder ubicar al entierro en el tiempo y el espacio, el arqueólogo Guillen (comunicación personal) trató de determinar las profundidades de las diferentes unidades, basado en el análisis de las fotografías con que se cuenta. De esta manera, pudo determinar la profundidad aproximada del Adoratorio II y la del entierro. De acuerdo con la nivelación topográfica realizada por este investigador en el sitio, la edificación corresponde al lapso entre las Etapas III y IV del Templo Mayor, en el periodo comprendido entre 1418 y 1427 d.C., es decir, durante el reinado de Tlacatéotl.

En la época en que Cuacuapitzahuac fue señor de Tlatelolco, se dio la primera incursión hacia Tierra Caliente, y en 1398, los mexicas-tlatelolcas, junto con los tepanecas, conquistaron Cuahntinchan (Barlow, 1987: 72-73; Davies, 1973: 115-117; 1980: 51), y algunos de los cautivos fueron sacrificados en el templo que este señor había construido en Tlatelolco. Sin embargo, hay un segundo periodo de actividad bélica en que Tlatelolco realizó la conquista de Cotastla (1461-1463), momento en que gobernó Cuahntloa (Barlow, 1987: 91-95; 1989: 38-42). Los individuos que constituyen el Entierro núm. 14 seguramente son cautivos de algunas de estas dos conquistas.

En cuanto al Entierro núm. 14, podemos indicar que en la parte más profunda del mismo se colocaron los cuerpos, de por lo menos siete u ocho individuos al parecer sin piernas. Por encima de ellos, se colocaron los demás restos, los cuales estaban conformados por partes corporales —que guardan una relación anatómica parcial—, como por segmentos aislados. Éstos fueron analizados por Pijoan (1997), quien determinó que la muestra está constituida por un mínimo de 153 sujetos, de los cuales uno (0.6%) corresponde a un niño de segunda infancia (3-6 años), dos (1.3%) de tercera infancia (7-12 años), 16 (10.5%) adolescentes (13-17 años), 47 (30.7%) subadultos (18-21 años), 67 (43.8%)

adultos jóvenes (21-35 años) y 20 (13.1%) adultos medios (36-55 años), lo cual nos indica que se trataba de una muestra constituida principalmente por individuos jóvenes. De aquellos restos en que se pudo asignar el sexo, tenemos que 24.8% corresponde a mujeres y 71.3% a hombres.

Debido a que este entierro se conforma por partes corporales, Pijoan (1997) determinó las alteraciones culturales que presentaban los huesos que lo integran, y así pudo determinar que los cuerpos colocados en este lugar en ocasión de algún ritual fueron descarnados y desmembrados cuidadosamente por medio de diferentes operaciones, sin romper los huesos.

Una característica muy especial de algunos de los individuos que conforman este entierro, es la de que en varios cráneos y mandíbulas, los dientes se encuentran pigmentados de negro (fig. 1).



● Fig. 1 Entierro núm. 14Q. Tlatelolco, D.F. Cráneo y mandíbula núm. 2, de un individuo adulto de sexo femenino que presenta pigmento negro sobre los dientes (fotografía: R. Enríquez, DAF-INAH).

Hay 25 maxilares y 30 mandíbulas que muestran esta característica, al igual que numerosos dientes aislados. Lo anterior nos indica que por lo menos 20 por ciento del total de los individuos muestran este rasgo (Pijoan, 1997: 120). Por las cualidades que presentan estos dientes, podemos señalar que la pigmentación fue realizada en vida, ya que en la mayoría de las piezas dentales el pigmento muestra evidencias de desgaste, y por lo tanto puede considerarse como una práctica sociocultural de estos individuos (Pijoan, 1997: 256).

Debe recordarse que diversos grupos del México antiguo tuvieron la costumbre de ennegrecerse los dientes. De esta manera, se puede señalar que durante la tradición cultural de Remojadas, Veracruz, durante el Clásico (200-800 d.C.) se elaboraron algunas figuras, tanto masculinas como femeninas, en que se aprecia la costumbre de pintarse los dientes de negro (Piña Chan, 1993: 64). De este mismo sitio, Fastlicht y Romero (1951: 23-24) nos informan de una serie de dientes sueltos, superiores e inferiores, pertenecientes a más de un individuo juvenil, cuya cara vestibular tiene una aposición de pigmento negro que los autores del descubrimiento suponen es una especie de chapopote. Es de interés indicar que entre la cerámica asociada a este hallazgo aparecieron las figuras en que también se ven los dientes pintados con la misma sustancia. Los especímenes se encuentran en el Departamento de Antropología del Gobierno del Estado de Veracruz. Estos mismos investigadores señalan la presencia de esta costumbre entre los pobladores de Guasave, Sinaloa. Se trata de tres mandíbulas y unos fragmentos de maxilares que se encuentran en el American Museum of Natural History de Nueva York y que fueron excavados por Ekholm (Fastlicht y Romero, 1951: 23-24; Romero, 1958: 71).

Medellin Zenil (1987: 55), en su estudio sobre Nopiloa, Veracruz reporta que en dos entierros de este sitio, los individuos presentaron los dientes pintados de negro con chapopote. Los entierros pertenecen a totonacos de la época Clásica tardía, fechable entre los siglos VI-IX d.C.

Para el periodo Posclásico (800-1521 d.C.), Piña Chan (1993: 71-72) nos indica que los totonacos eran de estatura baja, de cabezas anchas y deformadas, de pelo lacio y nariz aguileña; entre sus costumbres particulares estaban la pintura facial y corporal y los dientes mutilados o ennegrecidos, mientras que los huastecos usaban el chapopote y resina aromática para pintarse los dientes, el cabello y para decorar figurillas (Piña Chan, 1993: 84). De manera similar, las fuentes nos indican: “Los defectos de los guastecos son... y aguzaban sus dientes a posta, y las teñían de negro colores” (Sahagún, 1989, II: 668).

Todos estos reportes concluyen que la sustancia utilizada para pigmentar los dientes y las figurillas es el chapopote. Esta conclusión es lógica ya que en las playas del golfo de México se encontraban trozos de él, como nos lo indica Sahagún: “El chapuputli es un betún que sale de la mar, y es como pez de Castilla, que fácilmente se deshace, y el mar lo echa de sí con las ondas...” (1989, II: 623). Sin embargo, no se han hecho análisis que confirmen esta hipótesis, de la manera en que se realizó en nuestra investigación.

Materiales

Se eligieron seis piezas dentales, correspondientes a molares y dientes (incisivos, caninos y premolares), que se encontraban aisladas, es decir, fuera de los alveolos. Todas ellas proceden del Entierro núm. 14 de Tlatelolco.

Muestra 1

Es un segundo molar superior izquierdo, posiblemente de un individuo masculino. Muestra desgaste severo de la cara oclusal, así como aposición de pigmento negro principalmente sobre la cara bucal y parte de la mesial. Ligera formación de sarro sobre la cara lingual. El pigmento negro cubre dos tercios de la corona, es más grueso sobre la parte anterior. Sobre esta cara también hay formación de sarro y el pigmento se concentra sobre éste en forma de grumos.

Muestra 2

Canino superior derecho, del que no fue posible determinar el sexo. Presenta aposición de pigmento negro sobre la cara labial, el cual cubre la mitad inferior de la corona.

Muestra 3

Incisivo lateral inferior derecho, del que no se pudo determinar el sexo. Presenta una capa no muy gruesa de pigmento negro sobre toda la cara labial, que es más gruesa en la mitad izquierda, formando grumos en el borde inferior izquierdo; la mitad derecha está más desgastada.

Muestra 4

Canino superior izquierdo, posiblemente de un sujeto masculino, que muestra fuerte desgaste sobre la cara oclusal. Tiene aposición de pigmento negro sobre la cara labial, que cubre en forma de banda transversal la parte media de ésta. La capa de pigmento es relativamente gruesa y granulosa.

Muestra 5

Segundo premolar superior izquierdo, probablemente de un sujeto femenino. Muestra desgaste ligero sobre la cara oclusal. Presenta una capa de pigmento negro en la parte superior de la corona hasta donde llegaba la encía. Esta capa no es uniforme en grosor y es ligeramente granulosa.

Muestra 6

Tercer molar inferior izquierdo, posiblemente de un individuo de sexo femenino, que tiene ligero desgaste en la cara oclusal. Presenta una capa no muy gruesa de pigmento negro sobre la parte inferior de la corona por su cara bucal, y ligera aposición de sarro.

Técnicas

Microscopia electrónica de barrido

Para los estudios por microscopia electrónica de barrido se utilizó un microscopio electróni-

co de barrido Leica, Stereoscan 440 al cual está acoplada una microsonda para llevar a cabo análisis elementales (EDS). Todas las micrografías se tomaron a aumentos variables dependiendo del objeto estudiado.

Se seleccionaron muelas y dientes con una capa gruesa de pigmento para estudiarlos por microscopia electrónica de barrido. La mayor parte de las muestras se colocaron en el aparato sin tratamientos previos; sólo uno de los molares, para evitar los efectos de carga debidos al haz de electrones, se recubrió con oro por *sputtering*. Las muestras se observaron a diferentes ampliaciones.

Difracción de rayos X

Los análisis se llevaron a cabo con un difractor Siemens D5000 acoplado a un tubo de rayos X con ánodo de cobre. La radiación $K\alpha$ se separó mediante un monocromador de haz difractado. Las identificaciones se hicieron mediante el archivo JCPDS.

Las muestras se estudiaron sin ninguna modificación colocándolas tan plano como fue posible, cumpliendo la condición de Bragg. En un primer análisis, el estudio se hizo presentando la zona blanca y en otro, la zona negra de cada muestra. Así, además de identificar los compuestos *in situ*, se pondría de manifiesto la presencia de orientaciones preferentes.

Análisis por XPS (X-ray photoelectron spectroscopy)

Los análisis se llevaron a cabo con un aparato de análisis XPS (VG-Scientific Microtech Multilab ESCA2000) usando un detector analizador CLAM4 MCD y una fuente de Al ($K\alpha = 1486.6$ eV) a un paso de energía de 50eV en una cámara de ultra alto vacío que operamos a un vacío del orden de 4×10^{-7} mb. En estas condiciones el análisis corresponde a un espesor aproximado de 40 Å.

La muestra se erosionó con una fuente de iones de argón, durante aproximadamente media hora, por *ion sputtering* dentro del mismo aparato para eliminar la capa de carbono adherido

debido al medio ambiente. Se le practicó el mismo tratamiento a la parte interna de la muestra (blanca) y a la parte externa (negra). Para efectos comparativos también se trató y se analizó la raíz.

Resultados

Morfología determinada por microscopía electrónica de barrido (MEB)

Límites y ventajas de la técnica: la microscopía electrónica de barrido procura imágenes de la superficie de las muestras con una extraordinaria profundidad de campo, así es posible determinar la morfología a diferentes ampliaciones que en este trabajo se fijaron en 50 y 300 aumentos. Cuando fue necesario también se usaron otras ampliaciones. En efecto, como se trata de una técnica de observación local es necesario tener la certeza de que las zonas estudiadas a alta ampliación son representativas estadísticamente. Todas las muestras se analizaron con esta técnica.

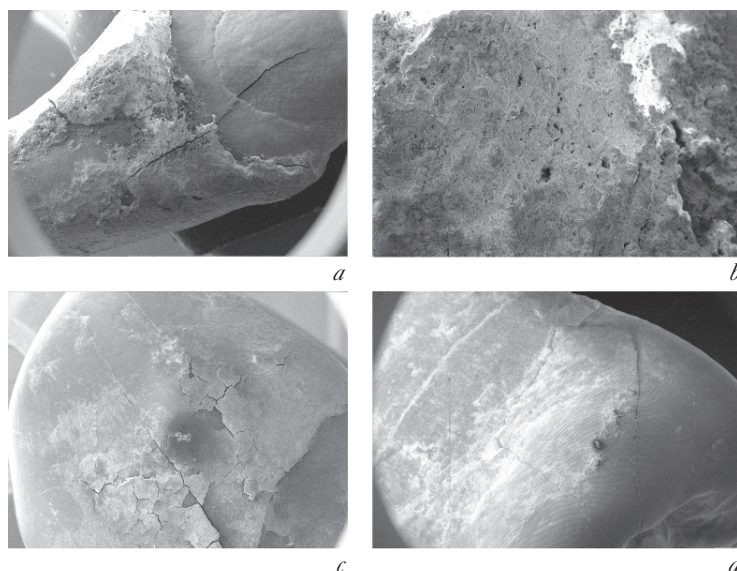
En la figura 2 se comparan las zonas oscuras de tres de las muestras. Es una capa superpuesta sobre el esmalte. Se comprueba que el aspecto de la zona oscurecida es grueso e inhomogéneo, es más, en algunas muestras observamos que la capa oscura puede llegar a craquelarse. La muestra 5 presentada en la figura, es particularmente interesante ya que además de la capa oscura, se aprecian claramente las líneas de Retzius (Li y Risnes, 2004: 46-49) en dirección paralela a la corona del diente. En la tabla 1 se resumen las observaciones de todas las muestras.

Análisis por difracción de rayos X (DRX)

La difracción de rayos X procura los compuestos presentes en la

muestra, su representatividad estadística es excelente y corresponde a toda la muestra. Por lo tanto sólo estudiamos dos de las muestras, la número 1 y la número 2. Generalmente las muestras se trituran para convertirlas en polvo. No fue así en este estudio, ya que las muestras se colocaron íntegras, así que el análisis corresponde a una profundidad de milímetros dado que los rayos X penetran fácilmente en el diente. Colocamos frente al haz de rayos X la zona oscura y luego la zona blanca.

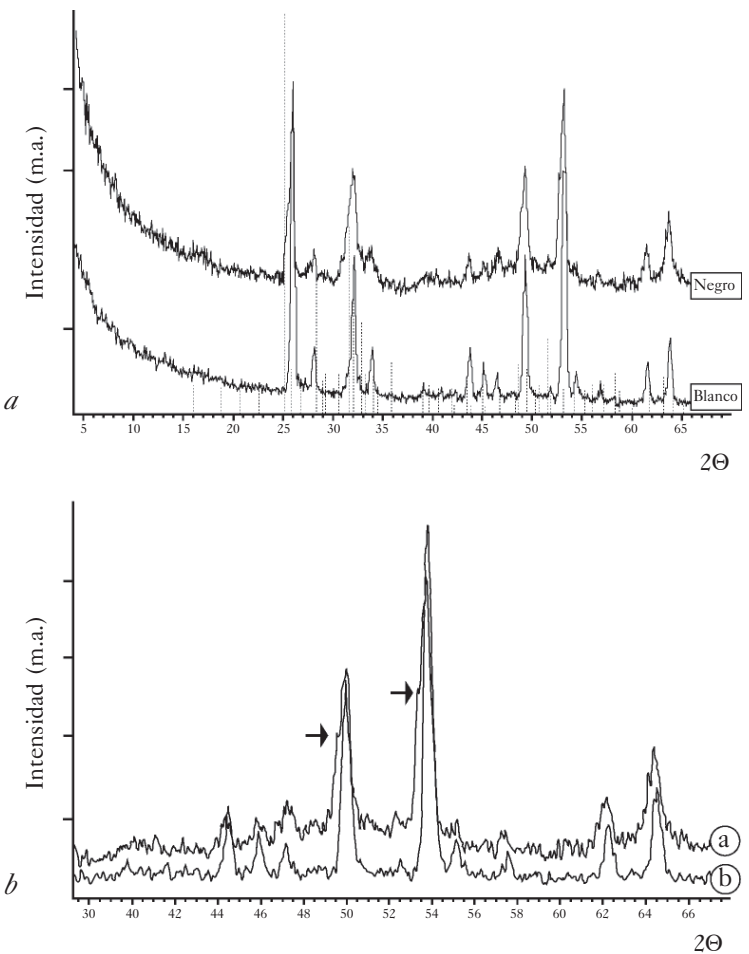
En la figura 3 comparamos los difractogramas del esmalte limpio y de la zona oscura de la muestra 1, en dos intervalos angulares. Por un lado, los patrones de difracción de 5 a 65° nos permitieron identificar los picos de difracción presentes en ambos patrones como hidroxiapatita ($\text{Ca}_{10}(\text{PO}_4)_6(\text{OH})_2$) y por otro al ampliar la zona de 38 a 66° se comprueba que los picos de hidroxiapatita son dobles, es decir, que hacia los ángulos menores aparece un segundo pico que apenas se resuelve, picos en $2\theta = 50.5^\circ$ y $2\theta = 54^\circ$ por ejemplo. Este efecto significa que los planos cristalinos se separan ligeramente por la probable inserción de moléculas o átomos en la red. En este mismo difractograma, la línea de fondo de la zona oscurecida se levanta ligeramente, esto se debe a la presencia de al-



● Fig. 2 Micrografías: a) vista general de la muestra 3, b) zona oscurecida de la muestra 3, c) vista general de la muestra 4 y d) vista general de la muestra 5.

<i>Diente</i>		<i>Esmalte limpio</i>	<i>Esmalte oscurecido</i>
Muestra 1	Segundo molar superior izquierdo, masculino	Liso	Grumoso
Muestra 2	Canino superior derecho		
Muestra 3	Incisivo lateral inferior derecho, masculino	Liso	Grumoso y poroso
Muestra 4	Canino superior izquierdo, masculino	Superficie agrietada	Craquelado
Muestra 5	Segundo premolar superior izquierdo, femenino	Liso	Costras grumosas
Muestra 6	Tercer molar inferior izquierdo, femenino	Estrías	Grumoso

● Tabla 1 Comparación de la morfología del esmalte limpio con el esmalte oscurecido tal y como se observó por MEB.



● Fig. 3 Difractogramas: a) comparación del difractograma correspondiente a la muestra 1 de una zona blanca con el de una negra y b) difractograma de 38 a 66 grados, donde "a" corresponde a la zona negra y "b" a la zona blanca.

gún compuesto no cristalino. En resumen, la zona oscura se diferencia del esmalte limpio porque parte de la hidroxiapatita incorpora en su red, en posiciones intersticiales, moléculas o átomos ajenos y porque aparece un compuesto amorfo.

Análisis elemental local con la microsonda (EDS)

El análisis con la microsonda permite determinar los elementos presentes en zonas seleccionadas de las imágenes de microscopía, es por lo tanto un análisis local. Sin embargo, es insensible a los elementos ligeros, en particular nuestro aparato no detecta elementos más ligeros que el carbono. Estudiamos con esta técnica las muestras 3, 4, 5 y 6.

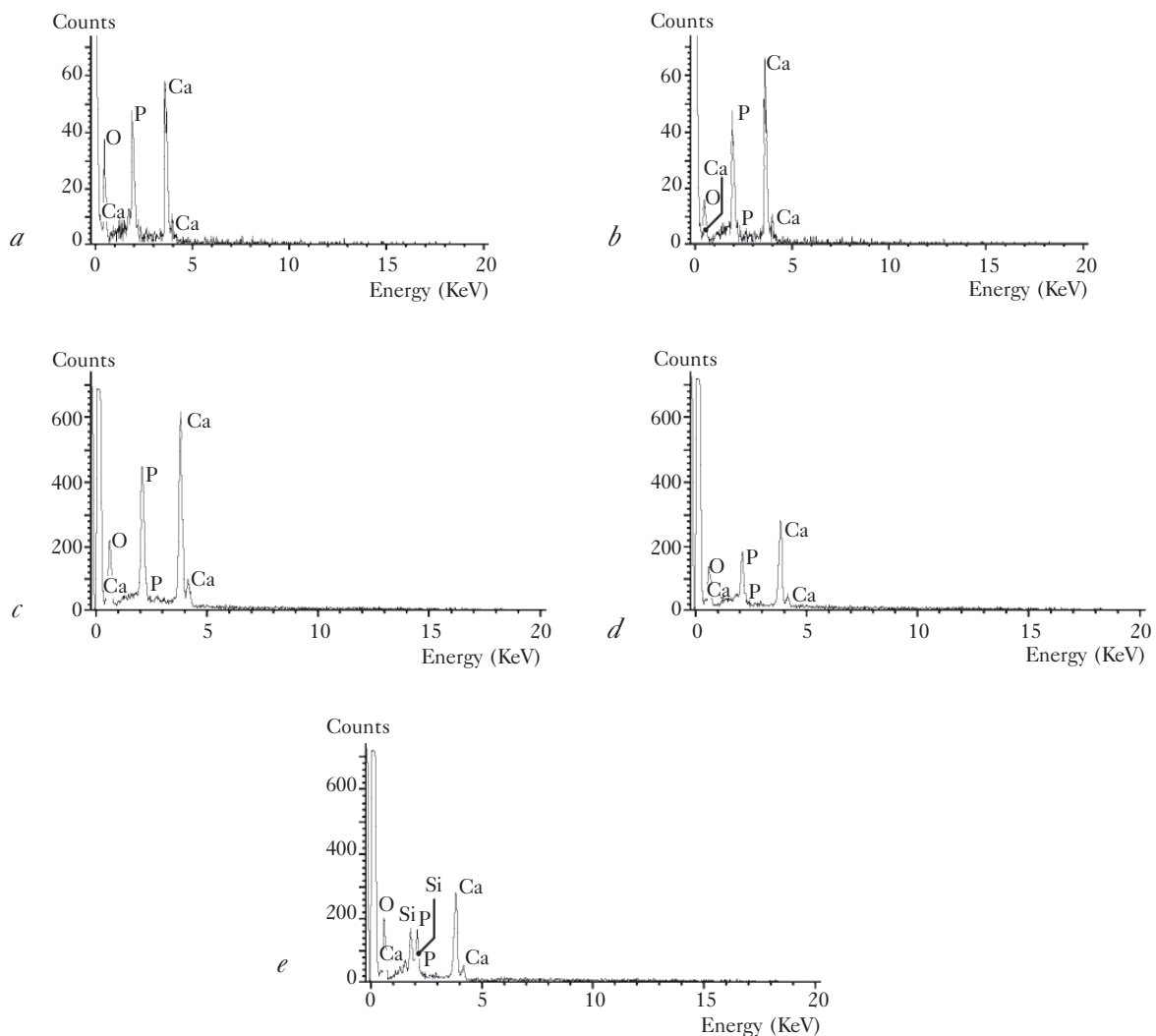
Los espectros de EDS presentan todos los picos característicos del calcio, del fósforo y del oxígeno y sólo la muestra 3, en la zona oscura contiene silicio (fig. 4).

Análisis elemental de superficie con espectroscopia fotoelectrónica de dispersión (XPS)

El XPS es una técnica que lleva a cabo el análisis elemental promedio de la superficie de la muestra a una profundidad de unas cuantas capas atómicas. Su representatividad estadística es buena ya que los análisis no son locales. Sin embargo, aunque se opera a alto vacío es necesario tratar las superficies para limpiarlas y eliminar las capas de carbono que siempre se depositan por el medio ambiente. Esta técnica

es sensible al carbono. Estudiamos las muestras 3 y 5.

Los espectros muestran que en la superficie del esmalte se encuentra constituida por fósforo, calcio, oxígeno, carbono y algo de silicio (fig. 5). En la tabla 2 comparamos los resultados cuantitativos obtenidos para las superficies de esmalte limpio y oscurecido en las muestras 3 y 5, nótese que la suma no es del 100 por ciento porque estamos presentado sólo los elementos mayoritarios. Queda claro que en la zona oscura aumenta notablemente la proporción de carbono y de silicio pero disminuye la cantidad



● Fig. 4 Comparación de los resultados del análisis de EDS: a) esmalte de la muestra 5, b) zona oscura en esmalte de la muestra 5, c) esmalte de la muestra 3, d) raíz de la muestra 3 y e) zona oscura en esmalte de la muestra 3.

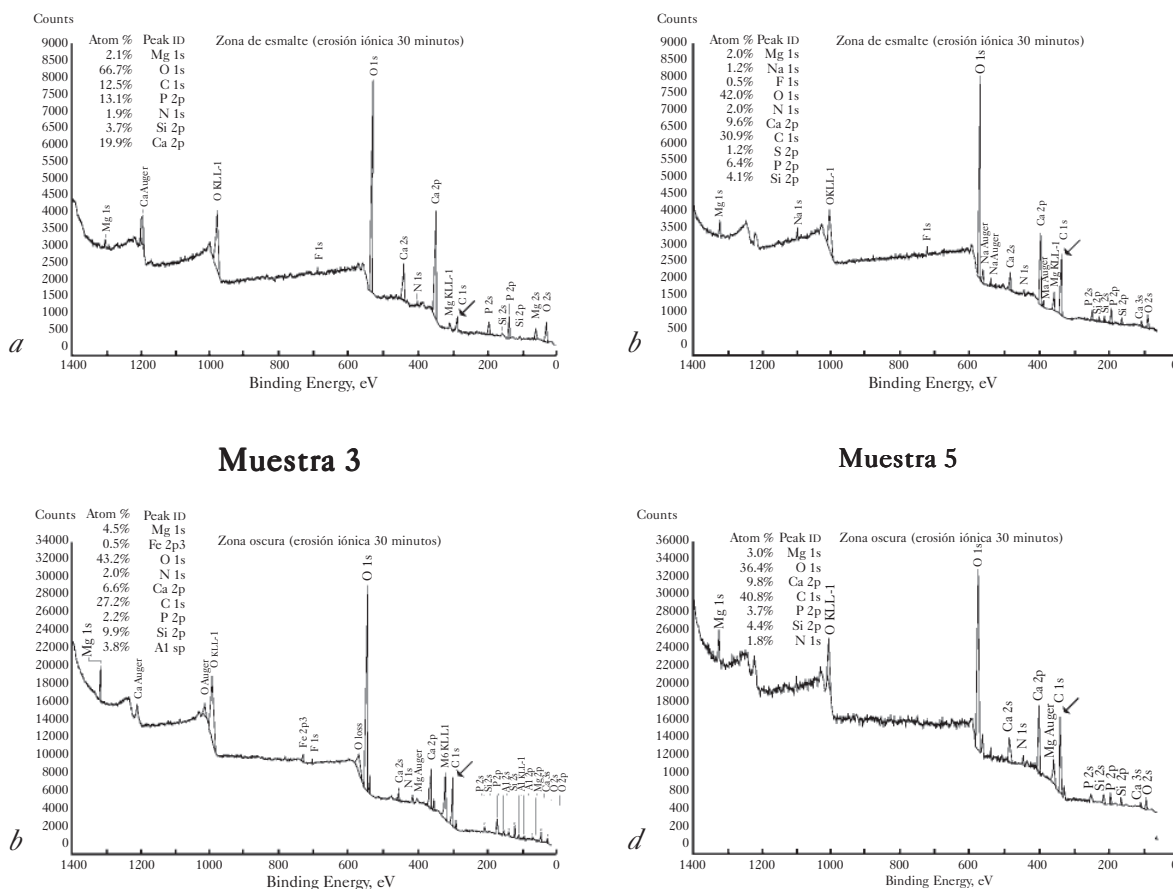


Fig. 5 Comparación de los resultados obtenidos por xps: a) esmalte de la muestra 3, b) zona oscura en esmalte de la muestra 3, c) esmalte de la muestra 5 y d) zona oscura en esmalte de la muestra 5.

de los demás elementos. Es interesante comparar los resultados de EDS con los de XPS ya que la muestra 3 se analizó por los dos métodos y ambos muestran que el silicio está presente en la zona oscura de este incisivo.

Discusión

El análisis de dientes y molares pigmentados, provenientes todos ellos de Tlatelolco, arrojó resultados, en apariencia, contradictorios (tabla 1). En efecto, el estudio por XPS mostró que la zona oscura difiere del esmalte blanco en la cantidad de carbono y de silicio adheridos a la superficie. Por EDS es decir, mediante la microsonda acoplada al microscopio de barrido la diferencia se debe (y es ínfima) a la cantidad de silicio y de hierro, también aparece un poco de magnesio. Por difracción de rayos X se pudo

establecer que el esmalte limpio, como es bien sabido, está formado de hidroxiapatita (Ca₁₀(PO₄)₆(OH)₂), pero en la zona oscura se comprobó la presencia de un compuesto amorfo además de la hidroxiapatita con parámetros de red diferentes a los de la hidroxiapatita del esmalte. Finalmente, las micrografías muestran que en la zona oscura se forma una especie de costra fuertemente adherida, que es grumosa y está formada por partículas microscópicas; sólo en una de las muestras se halló despegada seguramente por la acción de agentes diagénicos *post mortem*.

Cada una de estas técnicas es complementaria ya que sus resultados derivan de experimentos diferentes y su resolución, así como la información que procuran es diferente. De esta manera, las medidas por XPS corresponden a las últimas capas del material; por lo tanto, las

<i>Muestra</i>	<i>Oxígeno (O)</i>	<i>Carbono (C)</i>	<i>Fósforo (P)</i>	<i>Calcio (Ca)</i>	<i>Silicio (Si)</i>
Muestra 3 (esmalte limpio)	66.7%	12.5%	13.1%	19.8%	3.7%
Muestra 3 (esmalte oscurecido)	43.2%	27.2%	2.2%	6.6%	9.9%
Muestra 5 (esmalte limpio)	42.0%	30.9%	6.4%	9.6%	4.1%
Muestra 5 (esmalte oscurecido)	36.4%	40.6%	3.7%	9.8%	4.4%

● Tabla 2 Análisis elemental cuantitativo por MEB de las muestras 3 y 5.

muestras se deben erosionar antes para eliminar las últimas capas de carbono debidas a grasa o contaminación ambiental. En nuestro caso, este método ha sido muy útil porque nos ha permitido detectar la presencia de gran cantidad de carbono en las últimas capas de la zona oscurecida. Dicha zona contiene además hierro y silicio seguramente debidos a la presencia de óxido de silicio y óxido de hierro, materiales frecuentemente encontrados en los pigmentos (arena, hematita, etcétera). Con el sistema EDS utilizado en este trabajo no se detectó más que los elementos pesados, el carbono (C) está en el límite y en nuestras muestras no se logró medir. Sin embargo, está presente, pues en difracción de rayos se observó una fase amorfa que sólo puede deberse a un compuesto que no puede ser ni hierro (Fe) ni silicio (Si). El corrimiento de los picos de difracción de rayos X en las zonas oscurecidas se debe con seguridad a la difusión de átomos en la hidroxiapatita que es un buen intercambiador iónico. De esta manera, pueden penetrar carbonos en su estructura y probablemente así se explique la adherencia de la pasta de color negro.

En resumen, se puede asegurar que la zona negra de estos dientes se debe a la adhesión de un compuesto no cristalino de carbono que contiene pequeñas partículas de óxidos de silicio y hierro. Se comprobó que se trata de una capa gruesa aplicada sobre el esmalte. Deben descartarse por lo tanto las siguientes posibilidades: 1) presencia de sarro, ya que las capas son gruesas y aparecen justamente en las zonas más

visibles de los dientes y 2) diagénesis, por la composición de la capa estudiada y porque los dientes presentan sistemáticamente la cara expuesta a la vista oscurecida y no la interna.

Se confirma, por lo tanto, que se trata de dientes oscurecidos intencionalmente (pintados). El material que concuerde con los resultados analíticos obtenidos deberá ser un material no cristalino que contenga carbono, silicio y un poco de hierro. Ese material podría ser un asfalto que se adhiriera al esmalte de los dientes y que con el tiempo se difundiera en la estructura misma de la hidroxiapatita. En efecto, la composición de los asfaltos mexicanos suele ser de 80 a 85 por ciento de carbono, 8 a 10 por ciento de hidrógeno y menos de 2 por ciento de metales (Cosultchi *et al.*, 2002).

Conclusión

El Entierro núm. 14 de Tlatelolco está constituido por un mínimo de 153 individuos, que fueron sacrificados por extracción del corazón (Pijoan y Mansilla, 2004), y cuyos cuerpos fueron desmembrados y los diferentes segmentos enterrados de forma simultánea, seguramente en algún ritual. Está integrado por sujetos procedentes de la Costa del Golfo, puesto que una gran parte de ellos presentan los dientes pintados de negro (Pijoan, 1997). Como ya mencionamos, probablemente éstos son cautivos de guerra de algunas de las conquistas hacia Tierra Caliente entabladas por los tlatelolcas.

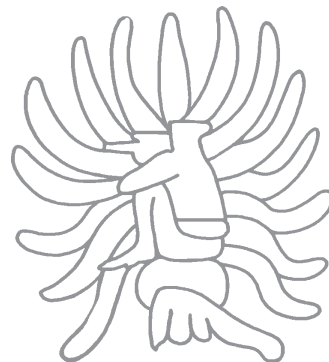
Utilizando métodos físicos de caracterización se determinó que los dientes negros encontrados en el Entierro núm. 14 de Tlatelolco están pintados. La composición de la capa oscura corresponde a la del asfalto o chapopote. Su permanencia se debe muy probablemente a que el carbono se difunde parcialmente en la hidroxiapatita del esmalte.

Bibliografía

- Barlow, R.H.
1987. "Tlatelolco rival de Tenochtitlan", en J. Monjarás-Ruiz, E. Limón y M.C. Paillés (eds.), *Obras de Robert H. Barlow*, vol. I, México, INAH-Universidad de las Américas.
- 1989. "Tlatelolco: fuentes e historia", en J. Monjarás-Ruiz, E. Limón y M.C. Paillés (eds.), *Obras de Robert H. Barlow*, vol. II, México, INAH-Universidad de las Américas, México.
- Cohen, B.
2000. *Healthy black smiles*, en www.thingsasian.com/goto_article/article.897.html, 1 de enero de 2000, consultado en abril 2004.
- Cosultchi, A., E. Garciafigueroa, B. Mar, A. García-Bórquez, V.H. Lara y P. Bosch
2002. "Contribution of organic and mineral compounds to the formation of solid deposits inside petroleum wells", *Fuel*, núm. 81, pp. 413-421.
- Davies, C.N.
1973. *Los mexicas. Primeros pasos hacia el imperio*, Monografías, 14, Serie de Cultura Náhuatl, México, UNAM.
- 1980. *The toltec heritage. From the fall of Tula to the rise of Tenochtitlán*, University of Oklahoma Press, Norman.
- Fastlicht, S. y Romero J.
1951. *El arte de las mutilaciones dentarias*, Enciclopedia mexicana de arte, núm. 14, México, Ediciones Mexicanas.
- González Rul, F.
1961. "Trabajos de exploración en Tlatelolco", *Boletín del INAH*, núm. 3, pp. 10-11.
- 1988. *La cerámica de Tlatelolco*, México, INAH (Científica).
- 1994. "El relleno de la Plaza Baja en Tlatelolco", *Boletín*, núm. 3, Subdirección de Salvamento Arqueológico, México, INAH, pp. 35-41.
- 1997. "Acxoyatemalacatl. Una corona de ramas de pino", en L. Manrique y N. Castillo (coords.), *Homenaje a Ignacio Bernal*, México, INAH, pp. 327-335.
- González Rul, F. y García, B.
1962. "Trabajos en Tlatelolco", *Boletín del INAH*, núm. 7, pp. 4-5.
- Guilliem, S.
1999. *Ofrendas a Ehécatl-Quetzalcóatl en México-Tlatelolco. Proyecto-Tlatelolco, 1987-1996*, México, INAH.
- Li, Ch. y Risnes, S.
2004. "SEM observations of Retzius lines and prism cross-striations in human dental enamel after different acid etching regimes", *Archives of Oral Biology*, núm. 49, pp. 45-52.
- Medellín Zenil, A.
1987. *Nopíloa. Exploraciones arqueológicas*, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Morris, D.
1985. *Bodywatching: A field guide to the human species*, England, Jonathan Cape Ltd.
- Noguera, E.
1966. "Historia de las exploraciones en Tlatelolco", en A. Ortega y A. Castro (eds.), *Summa Anthropologica en homenaje a Roberto J. Weitlaner*, México, INAH-SEP, pp. 71-78.
- Pijoan, C.
1997. "Evidencias de sacrificio humano y canibalismo en restos óseos. El caso del entierro número 14 de Tlatelolco, D.F.", tesis de doctorado, México, FFL-UNAM.
- Pijoan A., C.M. y J. Mansilla L.
2004. "Esternones cortados. ¿Evidencia de sacrificio humano por extracción del corazón?", en C. Pijoan y X. Lizárraga (eds.), *Perspectiva tafonómica. Evidencias de alteraciones en restos óseos del*

México prehispánico, México, INAH (Científica, 462), pp. 69-85.

- Piña Chan, R.
1993. *Una visión del México Prehispánico*, México, UNAM.
- Rey, C., Collins, B., Goehl, T., Dickson, I.R. y Glimcher, M.J.
1989. "The carbonate environment in bone mineral: a resolution-enhanced Fourier transform infrared spectroscopy study", *Calcif Tissue Int*, núm. 45, pp. 157-164.
- Romero, J.
1958. *Mutilaciones dentarias prehispánicas de México y América en general*, México, INAH.
- Sahagún, B.
1989. *Historia General de las cosas de Nueva España*, México, Conaculta/Alianza Editorial.
- Trancho, G.J. y Robledo, B.
2000. "Patología oral: Hipoplasia del esmalte dental: un indicador patológico", *Gaceta Dental*, vol. 107, Madrid, pp. 56-64.



Crónica de la ocupación del predio sede de la Secretaría de Educación Pública, siglos XVI-XX

El texto hace un análisis documental de las diversas ocupaciones habidas durante más de 400 años en el predio en el que actualmente se ubica la Secretaría de Educación Pública (SEP). Inicia con sus primeros otorgamientos en el siglo XVI, destaca principalmente la fundación del antiguo monasterio femenino de La Encarnación hasta su desaparición en el siglo XIX, a causa de la ley expedida por el presidente Benito Juárez, la cual decretó la extinción de las corporaciones religiosas regulares tanto femeninas como masculinas y puso a la venta sus bienes. La Encarnación, como otros tantos conventos sufren la fragmentación de su espacio, el cual es recuperado posteriormente por el Estado para fundar la Escuela Normal de Señoritas, que no llegó a establecerse formalmente a causa de un sismo que destruye su construcción, hasta que una década después lo que resta del convento es ocupado para instalar la SEP. El texto se complementa con una serie de planos del levantamiento arquitectónico actual en los que se hace un registro por épocas con los datos obtenidos en los archivos. Un mapa adicional contiene las distintas *fábricas* obtenidas durante las exploraciones arqueológicas realizadas en el inmueble.

Durante el transcurso de las exploraciones arqueológicas en el antiguo monasterio concepcionista de La Encarnación en la Ciudad de México, fue posible concentrar información relativa a las diversas ocupaciones habidas en el predio en el que estuvo asentado, así como de otro inmueble que se encuentra en terrenos fronteros en la parte *oeste* del antiguo claustro el cual perteneció a la Aduana de esta ciudad. Ambos edificios conforman una parte del patrimonio inmobiliario de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y en la actualidad alojan la sede administrativa de esa dependencia. El objetivo fundamental de este análisis es mostrar las diversas ocupaciones a lo largo de los siglos a partir de los primeros otorgamientos novohispanos del siglo XVI y hasta el momento que se estableció esa secretaría de Estado a principios del siglo XX. Se registran las diferentes subdivisiones que la investigación arqueológica compiló en el transcurso de su permanencia en este lugar, tomando como apoyo diversas fuentes documentales y plasmando dicha información en cuatro planos; en un quinto plano se hace la concentración de las *fábricas* que componían el conjunto de edificios en el momento de ser intervenidos para su restauración.

Otorgamientos al siglo XVI

Sobre un plano general con el levantamiento actual de los inmuebles, se ha sobrepuesto la información obtenida de los registros documentales con el fin

de otorgarle el sustento necesario a esta investigación. El primer plano inscribe las subdivisiones iniciales hechas en los terrenos, de acuerdo con el trazo de la nueva ciudad por los planeadores hispanos Alonso García Bravo, Juan Sánchez de Alanís, Juan Ponce y Alonso Martínez Pérez, los cuales se adaptan a los espacios urbanos existentes en la otrora ciudad de los mexica con sus grandes plazas y centros ceremoniales, mismos que coinciden con la moda urbanística europea de la época y que posteriormente llega a consagrarse como ordenanza por Felipe II en 1573.

En la ordenanza citada se especifica que lo primero en trazarse sería la Plaza Mayor, en ella debían asentarse los palacios de Gobierno, la catedral y el mercado, pero en dicha plaza no deberían darse solares a particulares, desafortunadamente durante la traza inicial esto no fue cumplido, aunque pronto se hacen las correcciones y consecuentemente el trazo se amplía hacia la parte *norte* de la actual Catedral Metropolitana. Esta función quedó a cargo del gobernador Marcos Aguilar quien estuvo en funciones de agosto de 1526 a febrero de 1527 (Álvarez, 1971: 20), a él se debe la ampliación de la traza de la ciudad y de manera específica el otorgamiento de los predios hacia donde se ubica el actual edificio sede de la SEP. Es él quien se encargó de hacer parte de las concesiones correspondientes de los predios que conformaron el cuadrante; sin embargo con anterioridad ya se había dado consentimiento de merced a las siguientes personas: en 1525, al factor y regidor Juan Velásquez de Salazar del terreno que actualmente corresponde a la esquina de República del Brasil y Venezuela, denominada con anterioridad como calle que va a Santo Domingo y la calle de La Perpetua respectivamente (número 1, plano 1)¹ y de manera posterior pasó a manos de Hernán Pérez de Córdoba y Bocanegra, antes del año de 1539.

Al factor Gonzalo Salazar se le autoriza para ocupar una finca en lo que hoy es la calle de

República de Venezuela o calle de La Perpetua, al *oriente* de la actual esquina que forman las calles de República de Brasil y República de Venezuela (número 2), en la actual fachada de la casa es posible observar una placa alusiva a su primer dueño en 1525.

A don Rodrigo Morán, se le concede el terreno situado al *oriente* del anterior, en el año de 1561 (número 3) en la calle de La Perpetua. Durante gran parte del siglo XX y hasta el momento en que se restaura el conjunto de edificios de la SEP, el acceso a esta finca fue la entrada *norte* de esta dependencia; en la actualidad su patio es usado como estacionamiento de funcionarios. La sección marcada con el número 4, le fue entregada al señor Juan Bautista de Avendaño antes de 1580, una década después cambia de propietarios: don Pedro Dávila, en el año de 1590 y para el año de 1596, el dueño fue el Convento de Santo Domingo; finalmente en el año de 1598 la poseyó Juan Rodríguez de León.

El inmueble que se ubicó en la esquina de República de Venezuela y Argentina —anteriormente calle de La Perpetua y del Relox— (número 5), fue propiedad del señor Rodrigo Pacheco, antes de 1596 y la adquirió el Convento de la Encarnación para hacer su fundación, probablemente esto sucedió en el año de 1594 de acuerdo con la fecha histórica de su creación. La finca que se ubicó en la actual esquina de las calles de República de Argentina y Luis González Obregón —anteriormente del Relox y La Encarnación respectivamente— le fue otorgado probablemente a Gaspar de Garnica a mediados del siglo XVI. No se cuenta con mayores datos acerca de su concesión (véase número 6).

El terreno situado al *oriente* de la actual ex iglesia de La Encarnación (véase número 7), al parecer le fue conferido a Juan Santa Cruz (boticario). De la sección correspondiente al número 8, no hemos hallado registro de pertenencia, por lo tanto se ignora quiénes fueron sus poseedores. El solar que en el plano 1, se encuentra señalado con el número 9, se sabe que le fue otorgado al señor Alonso Hinojosa Picaso en el siglo XVI, aunque se desconoce el año. La siguiente porción fue el otorgamiento que se

¹ En adelante se omitirá el número del plano, ya que las referencias del siglo XVI y XVII se encuentran en la misma representación.

le dio al adelantado don Cristóbal de Oñate el cual le fue concedido el año de 1528, se trata del predio de la actual esquina de República de Brasil y Luis González Obregón, conocidas anteriormente como calle que va a Santo Domingo y La Encarnación respectivamente (véase número 10).

El monasterio se fundó a finales del siglo XVI, específicamente en el año de 1594 (Maza, 1982: 32), fue la cuarta institución concepcionista en la capital; aunque Josefina Muriel menciona que fue la quinta corporación (Muriel, 1946:85) instituida por la orden femenina de la Purísima Concepción. Su primer convento e iglesia fueron construidos con la ayuda de don Sancho Sánchez Muñoz, maestre escuela de la iglesia catedral, iniciándose el 19 de enero de 1594 (Bienes Nacionales, leg. 2, exp. 50/23721, ff. 37-28, 1948). Este personaje reclamó el patronato, pero no llegó a ejercerlo a causa de su fallecimiento y en consecuencia las religiosas se vieron reducidas a la pobreza y le retiraron el patrocinio a sus sucesores. Según los datos históricos, esta corporación tuvo su primer asiento en el predio marcado con el número 5, cuya ubicación estuvo en lo que hoy es la esquina que forman las calles República de Argentina y Venezuela; posteriormente las monjas se van anexando de manera paulatina los inmuebles aledaños y sus fincas originales, las cuales fueron utilizadas por muy corto tiempo, ya que se deterioraron de manera rápida como todas las de su tiempo (Rivera Cambas, 1984:127), de la misma forma que la edificación de la iglesia, la cual era muy estrecha y de mala construcción. Para su nueva fábrica se le confirió el terreno que perteneció a don Alonso Picasso de Hinojosa (Ramírez, 1979:87), aunque también se refiere que el convento no fue terminado porque la construcción era incómoda y la iglesia era muy estrecha (Bienes Nacionales, leg. 2, exp. 50/23721, ff. 37-38, 1948).

Como ha sido posible advertir, este cuadrante fue subdividido originalmente en diez fracciones y el último poseedor en llegar fue el convento de La Encarnación, el cual se hace rápidamente propietario de gran parte del terreno —sin duda gracias a sus benefactores—, tal

como les sucedió a otras instituciones femeninas que hicieron fundación en la capital del virreinato de la Nueva España.

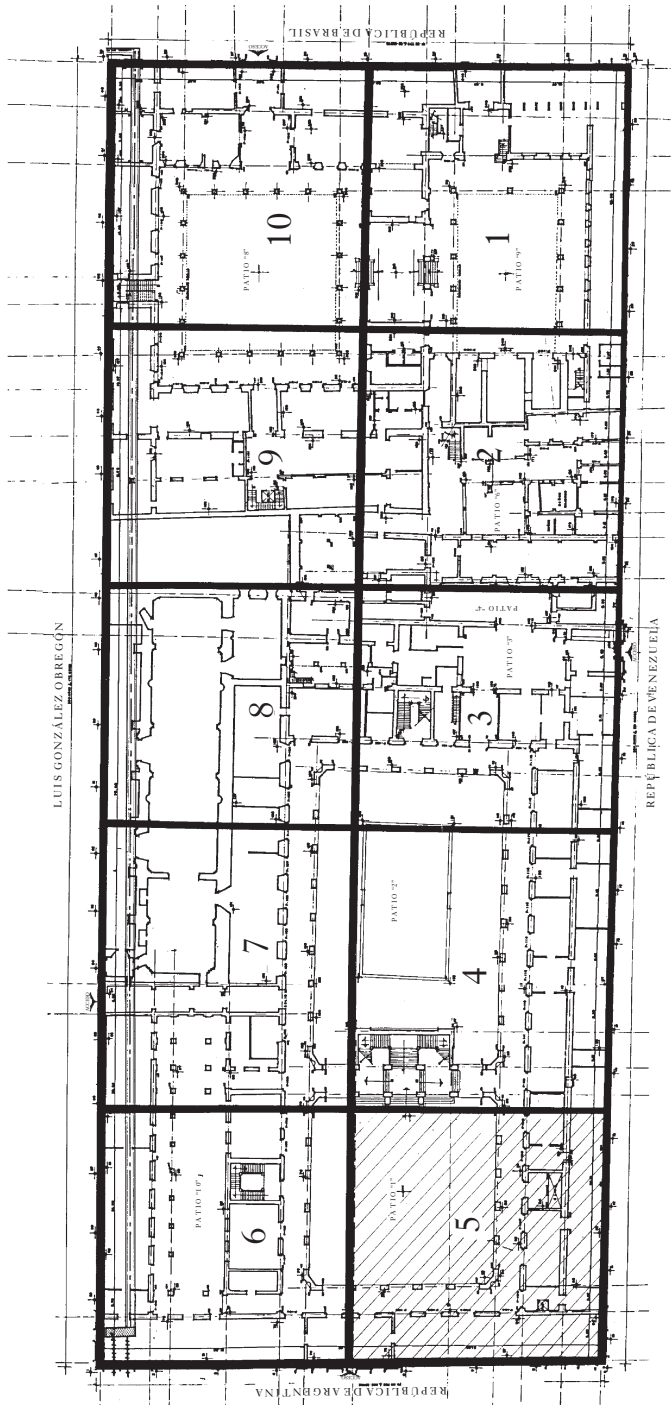
Expansión del convento y subdivisión del cuadrante al siglo XVII

Este convento pronto tuvo un segundo mecenazgo, se llamó don Álvaro de Lorenzana, vecino de la ciudad y personaje muy acaudalado, quien admitida la propuesta y concentrados los términos le fue extendida la escritura correspondiente, en ella aparecían las condiciones y prerrogativas dadas al patrono, a cambio de las cuales él se comprometía a edificar bajo su caudal la nueva iglesia y convento. El 1º de diciembre de 1639 se puso la primera piedra “...Asistieron a él las comunidades religiosas, los cabildos eclesiásticos y seglar, la nobleza y el virrey de Nueva España que lo era a sazón Dn. Lope Díaz de Armendáriz Marques de Cadeireta” (Ramírez, *op. cit.*:87). La bendición y puesta de primera piedra fue del doctor don Bartolomé González, soltero conforme a los ritos y ceremonias que prescribe el ceremonial pontifical romano, después de lo cual se celebró la misa en un altar colocado donde aquella fue asentada.

El virrey echó por su mano las monedas corrientes del rey Felipe IV el Grande: un doblón de a cuarto y otro de a dos de oro; un peso de a ocho reales, un real de a cuarto y otro de a dos, con otro sencillo, y medio real de plata, colocándose además debajo de la piedra “...una lámina curiosa de bronce con dos letreros o inscripciones de letras grabadas con buril...” (*ibidem*:87). El proyecto de la construcción de la iglesia lo hizo el padre Luis Benítez de la Compañía de Jesús, tuvo un costo de 100 mil ducados y su dedicación se realizó el día 7 de marzo de 1648, día de la festividad de santo Tomás de Aquino.

De la ocupación hecha en los demás sectores para el siglo XVII, se tienen los siguientes datos: la porción marcada con el número 1 (plano 1), perteneció al mayorazgo de don Francisco Pacheco y Bocanegra antes del año de 1692,

SIMBOLOGÍA	
SUB DIVISION DEL TERRENO SIGLO XVII	
PRECIO DOCUMENTO	AÑO
1. JUAN DE VELAZQUEZ	1533
2. ANTONIO DE SALAZAR	1535
3. FORTINO MORA	1541
4. JUAN BAUTISTA DE A	1580
5. CONVENIO DE DOMINGO	1590
6. DOMINGO PACHECO	ANTECI 1596
7. CONVENIO DE LA ENCOMIENDA DE	1596
8. FRANCISCO DE MENDOZA	1600
9. JUAN DE SANCHEZ	1607
10. ALONSO DE MONTEJO	1610
11. ANTONIO DE MONTEJO	1610
12. ANTONIO DE MONTEJO	1610
13. ANTONIO DE MONTEJO	1610
14. ANTONIO DE MONTEJO	1610
15. ANTONIO DE MONTEJO	1610
16. ANTONIO DE MONTEJO	1610
17. ANTONIO DE MONTEJO	1610
18. ANTONIO DE MONTEJO	1610
19. ANTONIO DE MONTEJO	1610
20. ANTONIO DE MONTEJO	1610
LÍMITE DEL REGISTRO CENSOGRÁFICO MEXICO A 1910	
UBICACION DE LA CASA QUE CORRESPONDE A LA SUBDIVISION DEL TERRENO A SU FUNDACION 1596	
SUBDIVISION DEL TERRENO	
1	PRECIO COMPARTIR
2	CONVENIO DE LA
3	CONVENIO DE LA
4	CONVENIO DE LA
5	CONVENIO DE LA
6	CONVENIO DE LA
7	CONVENIO DE LA
8	CONVENIO DE LA
9	CONVENIO DE LA
10	CONVENIO DE LA
OBSERVACIONES	
PROYECTO DE INVESTIGACION ARQUEOLOGICA Y PROTECCION DEL MONUMENTO HISTORICO Y PATRIMONIO CULTURAL DE LA CIUDAD DE MEXICO. FUNDACION DEL SIGLO XVII. DISEÑO Y PLANTAS DE LA CASA QUE CORRESPONDE A LA SUBDIVISION DEL TERRENO DE VITAMONTE.	



1.00 PLANTA BAJA

● Plano 1.

y después fue propiedad de doña Francisca Belvis de Belvis marquesa de Venavitis y condesa de Villamonte a quien las concepcionistas le adquirieron los terrenos para la ampliación de su convento. La sección número 2 señalada en el plano 1, se encontró en posesión del señor Gonzalo Salazar Barahona hacia el año de 1616 y en 1632 quedó también en pertenencia del convento concepcionista. Del terreno marcado con el número 3, el único registro de posesión que se tiene para el siglo XVII es para el convento, lo mismo sucede para el solar número 5. En cuanto al dueño del predio número 4, antes del año de 1652, fue don Diego López de Zarate y posterior a esta fecha su dueño fue el convento de La Encarnación.

La fracción marcada con el número 6, perteneció a don Antonio de Garnica hasta un poco antes del año de 1609 y posteriormente el propietario fue el convento de Santa Catalina de Sena, finalmente en 1614 el convento de La Encarnación fue su dueño. El segmento 7 del plano 1, era del señor García Vega antes de 1608 y después de este año pasó a ser propietario de esta finca el convento. El terreno con el número 8 fue propiedad del señor don Felipe de la Cueva, a quien se le asignó en el año de 1619 y es parte del terreno en el que actualmente se encuentra la construcción perteneciente a la antigua iglesia de La Encarnación (plano 1, número 8).

Para 1677, los terrenos y edificios de los sectores 9 y 10, fueron ocupados para establecer la nueva aduana, en lo que ya era el edificio del antiguo Consulado establecido desde 1639. La primera aduana estuvo ubicada entre la 5ª y 6ª calle de lo que hoy se conoce como la calle 5 de febrero, en la antigua calle de la Joya y la que se conociera como de las rejas de San Jerónimo (Marroquí, 1969:I, 186), en las casas que habían pertenecido a la marquesa de Villamayor, de donde se traslada hacia la plaza de Santo Domingo en el año de 1676 (*ibidem*:186) a la propiedad ubicada a la porción *noreste* de la edificación actual. Sin embargo Rivera Cambas (1984:44), afirma que la aduana se pasó al lugar que hoy ocupa, una vez que se concluyó su construcción en 1735.

Modificaciones y reconstrucción del convento en el siglo XVIII

Para este siglo son exiguas las referencias del convento desde el año de su inauguración en 1648 al año de 1752, fecha en que las religiosas se vieron precisadas a realizar los arreglos necesarios para dejar una parte de su convento (parte *noroeste*), con motivo de la ampliación de la Aduana. Precisamente las noticias que aparecieron eran acerca de construcción de las celdas, las cuales colindan con la Aduana; en el actual conjunto de edificios de la sede de la SEP algo se conserva de estas construcciones, las que para referencia rápida del proyecto de intervención arqueológica se denominaron “casas intermedias”. Las crónicas aludidas corresponden al año de 1752, la primera de ellas es la siguiente: “La celda que está fabricando el señor D. Juan Bautista de Alazoran tiene el sitio 18 ½ varas de oriente a poniente y 16 ½ de norte a sur” (AGN, Bienes Nacionales, leg.18, exp. 16, f. 4). La segunda es de la celda que construyó Francisco de Castañeda cuya reseña se da a continuación:

La celda que de nueva ha labrado el señor D. Francisco de Castañeda sobre el sitio de las diez y siete varas y media de oriente a poniente y diez y seis y media de norte a sur. Asimismo por la pared de la Aduana y haber cargado con ella como mediana que tiene una tercia de grueso, once varas de alto con la vara del cimientto y diez y siete y media de largo (*ibidem*, f. 2).

Durante el año de 1779, se informó por la administración del convento, de la construcción de nuevas celdas y se hizo referencia directa al acortamiento del convento por causa de la ampliación de la Aduana

...que con motivo de las celdas que se están fabricando y se cortó el sitio por la separación que se hizo este convento o la Real Aduana para la que se sacaron fuera de clausura dos celdas y la mitad del patio y como precisamente se les á de dar a las religiosas que dejaron su habitación donde se alojen que aunque estas se han de regular uniformes como corresponde a cada religiosa sin embargo de esto el terreno es muy escaso por lo

que se hizo preciso agregarles una pieza grande que tenía el patio de la sacristía destinada para el momento y demás anexas de esta iglesia y aunque para acomodar esto se quitaron dos piezas bajas a una casa que tenía el convento contigua a dicha sacristía (AGN, Bienes Nacionales, leg. 146, exp. 33, f.2).

Para este mismo año de 1779, la iglesia precisó de arreglos, por lo que el arquitecto don Francisco Guerrero y Torres refiere en un informe los trabajos que se hicieron en el cimborrio de la iglesia y que además se blanqueó y pintó todo el frontispicio exterior del mencionado templo (AGN, Bienes Nacionales, leg. 147, exp. 28).

Pero a finales del siglo XVIII el convento fue reestructurado, ya que se encontraba en malas condiciones a pesar de los arreglos. Algunos autores toman como inicio de las obras el año 1779, dirigiendo los trabajos el ingeniero Constanzó, sin embargo en documentación histórica se hace mención de las erogaciones con motivo de las obras del nuevo convento, las cuales se hacen a partir de 1791 (Sitios y Monumentos, libro IV, 1° de enero 1791 al año 1889). Este mismo documento refiere que las obras del convento finalizaron en el año de 1812, haciendo constar que "...En la ciudad de México a treinta y uno de agosto de mil ochocientos doce se dan por salida de la arca de dos llaves la cantidad de ocho mil quinientos pesos para concluir la obra del convento" (*ibidem*, libro IV) (véase en el plano 2 la extensión del convento y sus probables áreas de actividad).

El edificio de la Aduana inició su construcción en el año de 1729 y concluyó seis años después (Rivera Cambas, 1984: II, 44). Una vez que redime sus diferencias con los responsables del convento de La Encarnación, quienes habían pretendido adquirir este inmueble en el año de 1731, en este mismo año se encontraban reunidos en el mismo edificio el Juzgado, la antigua Oficina de Alcabalas y la Dirección de Aduanas. Esto reducía de manera ostensible el espacio y no permitía organizar adecuadamente las actividades de esta dependencia, dado el crecido número de recuas que conducían la carga a este lugar creándose gran confusión,

estos terrenos fueron los pertenecientes al mayorazgo de Cristóbal de Oñate.

Ya a finales de 1753, una vez que se venció el noveno arrendamiento de las alcabalas que había tenido "... a su cargo el consulado desde enero de 1639..." (*ibidem*:44, 45) la Corona de España decide no conceder nuevo arrendamiento, aunque el tribunal y el comercio de México se habían dirigido al rey para obtener nuevamente tal concesión. El rey se toma la administración de la Aduana, pidiendo que se entregara por parte del Consulado el edificio y garitas bajo la nueva administración y se restableció la organización de la Aduana por la Corona, se señalaron los sueldos del personal y se creó un reglamento para la recaudación fiscal, en el que se ordenaba que se "desocupe y se desembarace desde luego el real tribunal del Consulado, la casa de la Aduana, para que en ella se establezcan y vivan los ministros que por cuenta de S. M. hubieran que correr con esta Administración" (*ibidem*:45). Durante esta misma etapa se hicieron los arreglos para las viviendas de los empleados y se ubicó la contaduría, la tesorería y demás oficinas, sin alterar los interiores ni la fachada, dejando los espacios necesarios para almacenar las mercancías; desde ese momento se dispuso que a un costado de la entrada principal, se establecieran ocho soldados y un cabo, como los encargados de la seguridad de las mercancías depositadas en el edificio.

En el año de 1777, debido al aumento de la población y sus necesidades, el rey dispuso que la aduana se ampliara hacia las casas contiguas "...por el frente de la Inquisición, pagándolas por su precio después de valuarlas..." (*idem*:45). Estas casas pertenecían en ese momento al convento de La Encarnación quien a su vez las había comprado a la familia de doña Francisca Belvis de Belvis, marquesa de Venabitis y condesa de Villamonte; estas propiedades habían pertenecido originalmente al mayorazgo de don Francisco Pacheco y Bocanegra, cuya construcción constaba de casas de lo que se denomina "plato y taza", que habían sido construidas en el año de 1692 (véase plano 1).

Actualmente, al interior del edificio persisten dos cartelas como únicos testigos de las obras

realizadas en el siglo XVIII: una de ellas está ubicada en el actual patio de salida (originalmente patio mayor) y la otra en la escalera monumental de cara hacia el patio de entrada o patio menor y contienen algunos datos. La primera de ellas dice lo siguiente:

Siendo prior Dn. Miguel de Amazorraín y Cónsules Don Domingo de Matheos y don Francisco de Urtzuastequi se principio esta fábrica y se continuó y se abrió para su despacho en las contadurías siendo prior el teniente coronel D. Francisco de Antonio Sánchez de Tagle del Orden de Santiago y Cónsules el sargento mayor D. Martín de Savala y D. Gaspar de Alvarado de dicha orden a 9 de octubre de 1730.

En la segunda cartela situada en la escalera es posible leer lo siguiente: "...siendo Prior del consulado el coronel D. Juan Rubin de Celis Caballero de la Orden de Santiago y Cónsules D. Gaspar de Alvarado del mismo orden y D. Lucas Serafín Chacón, se acabó la fábrica de esta Aduana en 28 de junio de 1734".

De acuerdo con las fechas en las cartelas, éstas podrían causar confusión, ya que se puede interpretar, como que, la aduana fue terminada dos veces, ya que una de las cartelas da la fecha de 1730 y la otra 1734; por otra parte, la aduana sufre ampliación y adecuaciones en 1777, fecha en la que ya exhibe la traza actual. Hay que hacer la aclaración que la primera fecha hace referencia a la primera fábrica, siendo ésta la porción que se ubica hacia el actual patio mayor o lugar del mayorazgo de Cristóbal de Oñate. En este mismo lugar donde tuvo asiento el antiguo consulado y su correspondiente tribunal, antes de ser entregado el edificio a la Corona real española. La segunda cartela se refiere a las modificaciones de los corredores, hacia lo que fueron los límites al *norte* donde estaban las casas de las monjas pertenecientes al convento de La Encarnación.

Al seguir con la relación de las intervenciones posteriores, se ponen de manifiesto algunos arreglos importantes en la ya entonces muy deteriorada construcción. El inmueble se encontró con muchas cuarteaduras y sus azoteas afectadas, dándose para esto un dictamen con fecha marzo de 1792 a octubre de 1793 donde

se establece la comparación con la intervención y refiere la compra al convento de las fincas del costado *norte* en 1777. De esto se desprende que la edificación que hoy se puede observar como una unidad arquitectónica, es de hecho dos partes, tal como se pudo comprobar durante las exploraciones arqueológicas al encontrar diferentes cimentaciones y sistemas de construcción. Pero de manera independiente a los hallazgos, al observar de manera detenida los dos actuales patios, éstos difieren uno del otro en cuanto a las soluciones arquitectónicas realizadas con el fin de proporcionarle al edificio unidad visual (véase en el plano 2 la extensión que abarcó la Aduana en el siglo XVIII).

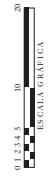
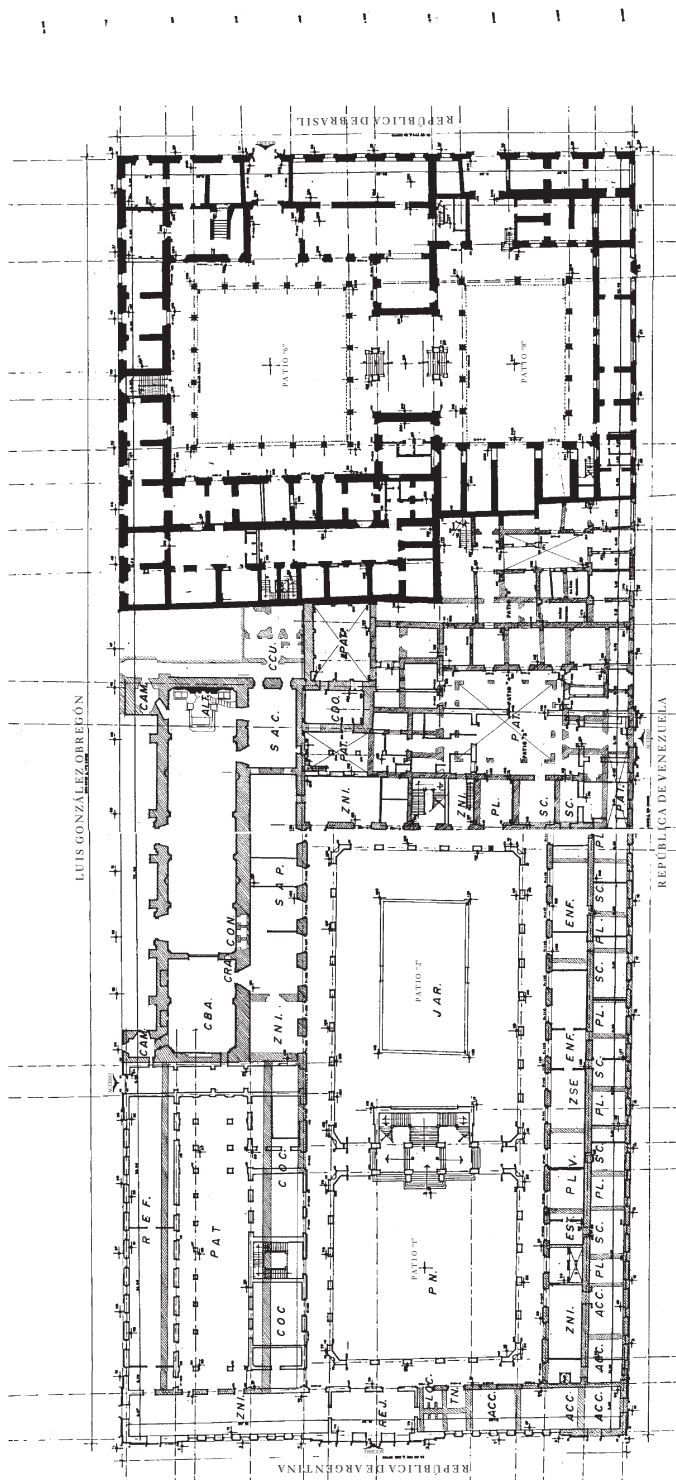
Modificaciones y subdivisión del convento, durante el siglo XIX

Las reseñas mejor conocidas de lo que fue el antiguo claustro de Encarnación fueron plasmadas durante el siglo XIX. La primera de ellas es una relación hecha por madame Calderón de la Barca, quien lo visitó durante el año de 1840; las siguientes fueron hechas de manera posterior a la exclaustración, una de ellas realizada por Manuel Rivera Cambas y la otra por Manuel Ramírez Aparicio.

Francis Erskine Inglis fue esposa del marqués don Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México. Llegaron a este territorio en 1839² y permanecieron en nuestro país durante corto tiempo, periodo durante el cual madame Calderón envió un extenso epistolario a sus familiares con observaciones de su estancia de dos años en México. De la vastedad de cartas enviadas por madame Calderón, ella escogió 54 para su publicación y en tres de ellas menciona de manera breve al convento de La Encarnación. En la carta XV relata su visita al claustro —misma que le permitió el arzobispo Manuel Posada el 24 de abril de 1840— y hace una breve descripción de algunas de sus partes "... del más rico y

² Nombrado en virtud del Tratado de Paz y Amistad concertado entre México y España, reconociendo la independencia de México; firmado en Madrid el 28 de diciembre de 1836.

SIMBOLOGÍA	OBSERVACIONES
ASUERA CORRIENTO CCU CASAS CURIALES CAM CAMPANARIO COC COCINA JAR JARDIN SAC SACRISTIA TN TORNO LOC LOCUTORIOS ACC ACCESORIOS PL PLAZA SC SALON PARA CIENTESAS GOIA ENF ENFERMERIA REF REFECTORIO COC COCINA ELECTRICAS ZSE ZONA SANITARIA INF ZSE ZONA SANITARIA SUP CRO CORTINA DOMESTICA PLV PATIO DE LOS LAVADEROS PAT PATIO	AREAS DE ACTIVIDAD LOCALIZADAS FUENTE LA FUNDACION ARQUEOLOGICA
	C R O Q U I S
	PROYECTO S E P
	SUBDIVISION DEL PREDIO AL SIGLO XVIII.



1.01 PLANTA BAJA

● Plano 2.

suntuoso de los conventos de México, si se excluye, quizás el de la Concepción” (Calderón de la Barca, 1970:105). Queda encantada en primer lugar de la hospitalidad, y en segundo lugar de lo majestuoso de la construcción:

Este convento, en realidad, es un palacio. El jardín, que fue lo primero que visitamos, le tienen muy bien cuidado, con sus arriates de guijarros, bancas de piedra, y una fuente que vierte sus aguas juguetonas y chispeantes [...] La mayor parte de los aposentos del convento tienen una gran nobleza. Le visitamos todo, desde la botica, y le extremada limpieza que se ve en todas partes, en particular, la que reina en la cocina inmensa, que parece un lugar sagrado en el cual no puede entrar ni la menor partícula de polvo [...] El convento es rico; cada novicia, al entrar, entrega un dote de cinco mil pesos para el fondo de la comunidad. Hay cerca de treinta monjas y diez novicias... (*ibidem*:106).

La narración continúa de la siguiente manera:

Después de visitar todo el edificio, y admirado el raso azul y las perlas de una Virgen, y el terciopelo negro y los diamantes de otra, Niños Dioses dormidos, y Santos, pinturas, camarines y confesionarios, y subido, además, a la azotea, desde donde se domina una vista magnífica, nos llevaron al fin a una gran sala, decorada con cuadros y amueblada con sillones antiguos de elevados respaldos, en la cual apareció ante nuestros asombrados ojos una espléndida cena en una muy bien puesta e iluminada mesa, en donde se ofrecían a la vista pasteles, chocolates, helados, cremas, flanes, tartas, jaleas, arroz con leche, naranjada, limonada, y otros manjares profanos, adornados con banderitas recortadas en papel dorado. Me hicieron sentar en una silla digna de un Papa, debajo de una pintura de la Sagrada Familia... (*ibidem*:107).

Esta descripción un tanto romántica, pero no carente de valor que nos habla de un convento vivo y en plena función religiosa; sin embargo las posteriores descripciones no cuentan con esa propiedad, por haber sido hechas después de la exclaustación, por ejemplo Rivera Cambas (1984:127), hace la siguiente alusión:

El convento era muy extenso, de tres pisos, y con varios patios, habiendo edificado el departamento prin-

cipal a finales del siglo XVIII [...] continua más adelante [...] el edificio es uno de los mejores y más amplios que posee la capital [...] Las viviendas de las monjas eran unas casitas cómodas y casi independientes unas de otras, habiendo sirvientas que preparaban los alimentos; el menaje de las celdas era sencillo, con varios cuadrillos colgados sobre una mesa o altar. En el coro alto había algunos cuadros de importancia y en el bajo las profesiones, las tomas de hábito y las elecciones de las superiores... (*ibidem*:127) [...] antes había en el patio principal un jardín esmaltado de exquisitas flores, se ven aún tres hileras de corredores sobrepuestos, sobre pilastras, perfectamente labradas y también conservadas que parece que acababan de salir de las manos del artífice, en todo el edificio ... se nota elegancia, sencillez y sobriedad de ornato... (*ibidem*:128).

Ramírez Aparicio (1979:86) complementa esta visión arquitectónica en su particular manera al momento que visita el convento:

Del patio de los lavaderos, atravesando el departamento principal puede el observador pasar bien al noviciado, bien al patiecito contiguo a la iglesia en donde no verá con desdén una fuente, o más bien una arca de agua, que ocupa el centro y se eleva a unos tres metros de altura... Hay en efecto, en el todo y los detalles de esa fuente, algo que imita la severidad y sencillez de la arquitectura de los antiguos. Su forma es la de un pedestal ensanchado gradualmente hacia la parte inferior y coronado por una pequeña cúpula dividida en fajas horizontales y paralelas. Al pie se hallan cuatro tazas correspondientes a los lados, destinadas a recibir el agua que de ellas caía por otras tantas llaves. Aquí se lavaban los manteles corporales y demás piezas de lienzo pertenecientes a la iglesia. El estilo de esta fábrica parece ser igual al de las arcadas del departamento principal, y tal vez uno u otro fueron obra del mismo artífice... (*ibidem*:86).

Desafortunadamente la magnífica construcción de este convento pronto se ve opacada una vez iniciada la lucha del gobierno federal contra los bienes de la Iglesia. La primera disposición fue la refundición y posteriormente la exclaustación definitiva. Entre estas dos etapas (1861-1863), el edificio comienza a ser vendido a particulares, y el resto utilizado para distintas funciones del gobierno. Por ejemplo, el día 2 de abril de 1862 se le dio posesión al señor

Antonio Gutiérrez de dos casas que dan a la calle de La Perpetua donde se incluyó un plano de los predios, estas casas corresponden a las actuales calles de Venezuela núm. 111 y que se denominan en el conjunto de edificios de la SEP, “casas intermedias” (Sitios y Monumentos, exp. 21788, ff. 418- 419) (plano 3, número 2). En este mismo año se hace otra solicitud de adquisición por el señor Manuel María cuyo dictamen de compra corresponde al día 18 de julio de 1862, la cual dice al calce:

Se vende al Sr. Manuel María, el lote comprendido entre la calle de la Encarnación, el edificio de la Lotería Nacional de sur a norte, la casa que forma la esquina en las calles de Sta. Catalina de Sena y la Encarnación y la escalera y convento oriente a poniente, conforme al plano adjunto en la cantidad de siete mil doscientos treinta y siete pesos, cuyo lote pertenece al ex convento de la Encarnación (*ibidem*, f. 539) (plano 3, número 6).

Otra fracción del inmueble que fue vendida el mismo año es “La casa que forma la esquina en las calles de Sta. Catalina de Sena y la Encarnación colindante con la casa del Sr. Manuel María ... queda adjudicada a favor del Sr. Gómez por lo que se le debe hacer entrega de la finca conforme este manda en el oficio dirigido al Ministerio” (*ibidem*, f. 533) (plano 3, número 7).

En 1865, las autoridades del Gobierno Federal entraron al convento para inventariar y sacar diversos objetos que las monjas habían dejado, lo más destacado de esto fue haber encontrado un elevado número de pinturas —más de 3 000—, cantidad que obedece a que el convento había sido utilizado como depósito de pinturas de los demás conventos clausurados (*ibidem*, f. 418). En este mismo año se dispuso que el antiguo convento se destinara en parte para que se hicieran exposiciones anuales de productos agrícolas, mineros e industriales, para esto último sería destinado el patio principal con las salas que se necesitaran para tal efecto; en el resto sería establecida la Escuela de Artes y Oficios, contando para su adecuación con lo que se vendiera de los materiales del

extinto seminario (*ibidem*, f. 533) (plano 3, número 3).

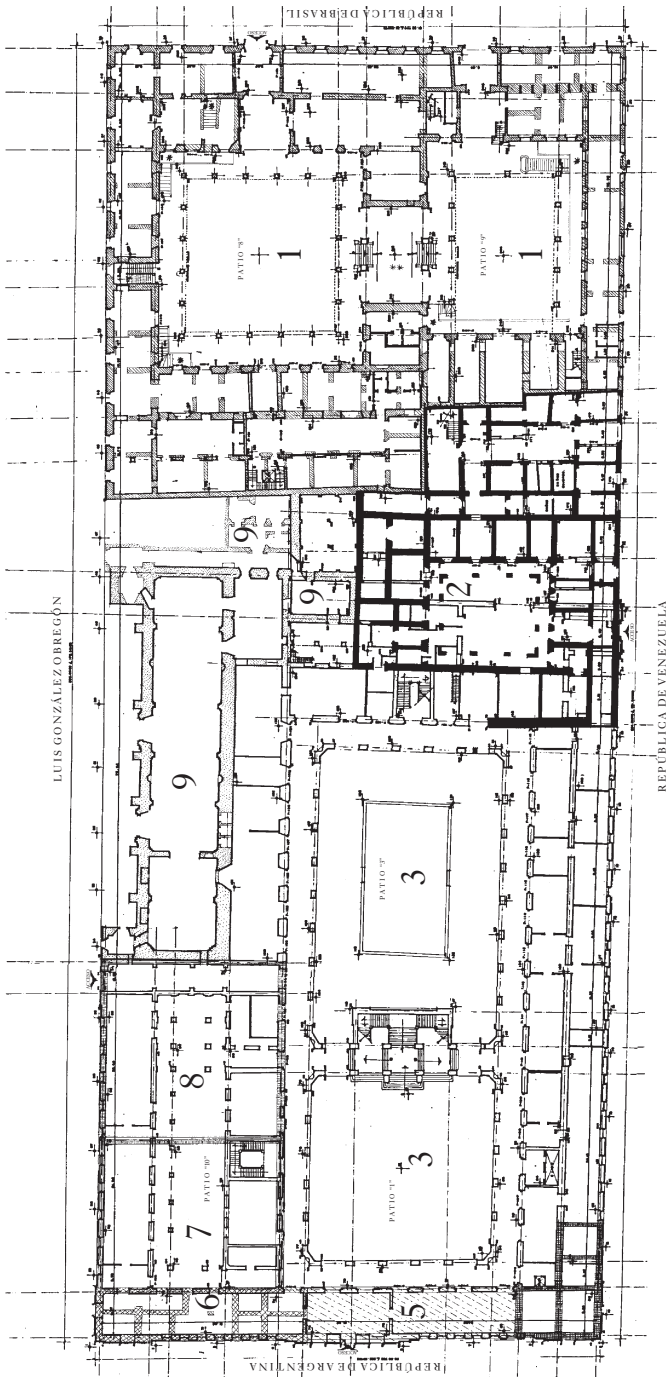
Para 1868 se estableció en el edificio del convento, con vista a la calle de La Encarnación, la Escuela de Jurisprudencia, aunque Ramírez Aparicio (1979:129) da como fecha 1867. “Esta escuela, creación del nuevo plan de estudios quedó establecida en el ex convento de La Encarnación al ser trasladada del local que ocupaba en la escuela Preparatoria, en donde dio sus clases provisionalmente, conforme a la designación del referido plan” (*ibidem*:129). Al parecer existe confusión en la fecha de promulgación y establecimiento en el ex convento (plano 3, número 8).

Según S. Macedo (1988) en ese mismo año de 1868, en ese lugar se instaló la primera Escuela Oficial de Señoritas “...Bajo el nombre de Escuela Secundaria de Niñas plantel dirigido por la Señorita Malvina Suárez Torrens... En aquel mismo convento, pero en el costado que mira a la calle de Sta. Catalina de Sena, está el utilísimo establecimiento de instrucción Secundaria de Niñas, perfectamente montado con todo lo que es necesario...” (Rivera Cambas, 1984:130), convirtiéndose posteriormente en la Escuela Normal para Señoritas. En el año de 1876, una parte de las celdas que habían estado antes deshabitadas, fueron destinadas para alojamiento gratuito de estudiantes sin recursos económicos. Durante el año de 1881, José Felipe Calderón le compró al gobierno la casa marcada con el número 10 de la calle de Encarnación (plano 3, número 8).

Los sectores del inmueble marcados con el número 4 en el plano 3, por ejemplo, eran viviendas de “plato y taza” y estaban arrendadas a particulares por el convento de La Encarnación en el año de 1861, la iglesia, casas curales, capilla doméstica, estas dos últimas se dejaron al servicio de la iglesia, la cual permaneció abierta al culto hasta 1917 (plano 3, número 9).

Después de la Guerra de Independencia el edificio de la Aduana extiende su función. La nueva administración es controlada por parte del nuevo gobierno y en el año de 1825 aparece una ordenanza, la cual en su artículo 105 da la referencia de que algunas áreas fueron ocupadas

<p>SIMBOLOGÍA</p> <p>1 PATIO, ANTES A LOS ANTES DE SER COMPRADA POR EL MINISTERIO DE COMERCIO INTERIO Y FOMENTO</p> <p>* ESCALERAS Y PASILLOS</p> <p>** ESCALERAS REALIZADAS DESPUES DE 1984.</p> <p>2 CASA DE LA CALLE DE LA ALFONSO QUINTERO AL MAR ANTONIO QUINTERO (CASA INTERMEDIAS)</p> <p>3 PATIO DESTINADO A EXPORCIONES (CASA INTERMEDIAS)</p> <p>3' SECUNDARIA DE SEGUNDA ETAPA, DESPUES NORMAL.</p> <p>4 CASAS DE PAUO Y PASADAJOS EN LA POSICION DE PARTICULARES.</p> <p>5 PORCION OTORGADA A LOS LORENA 1983.</p> <p>6 SECCION VENDIDA AL SR MANUEL RAMA EN 1982.</p> <p>7 PARTE VENDIDA AL SR GONZ EN 1982.</p> <p>8 PREDIO A CARGO DE LA ESC. DE JURISPRUDENCIA 1986. Y EN EL SR FELIPE COLACION EN 1984.</p> <p>9 SE INICIA CONTEMPORANEA AVANCE CON LA CAPILLA DOMESTICA.</p>	<p>OBSERVACIONES</p>	<p>C R O Q U I S</p>	<p>PROYECTO</p> <p>S E P</p>	<p>SUB DISEÑO DE SALVAMENTO ARQUEOLOGICO</p>	<p>SUB DIVISION DEL PREDIO EN LA MITAD DEL SIGLO XIX.</p>
---	-----------------------------	-----------------------------	--	--	---



1.01 PLANTA BAJA

● Plano 3.

por el supremo gobierno. La transcribimos en su totalidad para una mejor referencia del personal y distribución existentes para ese año:

Las viviendas altas

1ª. Que hace frente a la plaza y a la calle de la Encarnación correspondiente al Administrador, y la ocupa hoy el General Dn. Antonio de Santa Ana.

Que hace frente a la calle de la Encarnación estaba destinada al Director General de Aduana y hoy la ocupa el Sr. Santa Ana, con la Academia de Ingenieros.

2ª. Que hace frente a la plaza; corresponde al Tesorero, y a la que ocupa el actual Don José Antonio Solorzano.

3ª. Que hace frente a la plaza y a la calle de la Perpetua; corresponde al Contador como tal la ocupó Ramón Martínez de Arrellano, y subsiste en ella como comisionado del Supremo Gobierno.

4ª. En la parte interior, se hallaban establecidos en ella las oficinas de la Dirección General, y aún subsiste el archivo y algunos utensilios.

Los entresuelos en la calle. Lo constituyen 30 habitaciones en total. Siendo las principales 5 piezas que hacen frente a la plaza y esquina de la Encarnación, 3 piezas que dan al centro de la plaza y 5 piezas que dan hacia la misma plaza y esquina de la Perpetua.

Entresuelos interiores. Lo integran 20 habitaciones, ocupadas cinco de éstas por el Oficial 3º de la Tesorería Don Juan Lavista y el resto lo ocupan ayudantes, porteros y servidumbre en general (Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología, f. 98, 1825).

Era costumbre de la época, que cada Institución tuviera en su edificio habitaciones para alojar el personal que la dirigía y administraba. Según el acuerdo del art. 105 de la ordenanza les manifestaba:

Que en la casa de la Aduana tengan aposentados, y vivan ocupando sus viviendas, por orden que van nombrados: El superintendente, (hoy administrador), el contador principal, el tesorero, el contador del viento (suprimido).³ El alcaide y el jervista ... (*idem*).

Cuando se formó esta Ordenanza, se componía el edificio de la mitad de lo que hoy

³ El contador del viento, era la persona encargada de cobrar el impuesto a los productos al menudeo, denominados con el sugestivo nombre de "productos del viento": que por lo general eran mercaderías de uso doméstico y alimentos, cuyo importe no sobrepasaban los diez pesos.

tenía: solo una puerta, y por consiguiente un solo alcaide, se amplió en el año de 1777, estableciéndose dos puertas, una de entrada y otra de salida, para lo cual se añadieron las casas contiguas, que pertenecieron al convento de La Encarnación, con lo que ocupó dos portadas con balcones altos y rejas en los entresuelo. Se crearon los empleos de segundo alcaide y guarda almacenes, formándose para ellos una ordenanza particular en la que se les destina a partir de ese momento habitaciones en la Aduana (*idem*).

En aquel tiempo de la creación de la Dirección General de Aduanas se mandó establecer sus oficinas en el mismo edificio por la comodidad que prestaba para ello y por una orden se mandó, que el director tuviera también allí su habitación (*idem*).

Con el transcurso del tiempo, el edificio sufrió pocas alteraciones. Guillermo Prieto, cronista del siglo XIX, hizo una descripción del inmueble perteneciente a la Aduana durante la primera mitad de 1800, en la que relata que existían dos puertas que facilitaban la entrada y salida de las mercancías respectivamente con el fin de agilizar su traslado, continuando además con una breve descripción de su interior:

La grande oficina tenía a la entrada un gigantesco cancel que daba paso a un ancho salón de 40 varas de largo con banderillas y mesas con sus papeles. En la pared izquierda del salón se destacaban tres grandes puertas de los tres departamentos más importantes de la oficina: Administración, Contaduría y la Tesorería (Prieto, 1906:II, 218-219).

En 1887, terminada la ceremonia de posesión como presidente por tercera ocasión del general Porfirio Díaz, el edificio de la Aduana es decorado con toda elegancia para realizar un banquete de despedida de una generación de militares, para entonces ya había un nuevo régimen fiscal y desaparecido las alcabalas (Krauze y Zerón, 1993:49), por lo tanto el edificio ya no tuvo la función para la cual había sido erigido. Es a partir de 1888 cuando Díaz empezó a convivir con gente más joven, técnica, urbana y fina, atrayendo hacia la burocracia a los científicos.

Para el año de 1891, se creó en este edificio el Ministerio de Comunicaciones y Obras

Públicas por decreto del 31 de mayo de ese mismo año y se asignó como titular de esta dependencia al general Manuel González Cossío. Sin duda este inmueble cubrió las necesidades con amplitud para acoger el nuevo ministerio (plano 3, número 1).

Escuela Normal de Señoritas, Biblioteca Iberoamericana y creación de la SEP, siglo XX

A inicios del siglo pasado, el 18 de diciembre de 1900, el gobierno de México adquirió nuevamente el predio marcado con el número 10, que pertenecía al señor Calderón, con el propósito de ampliar la Escuela Normal, mismo destino acepta la casa marcada con el número 1, que había comprado el señor Gómez durante 1862 al gobierno, quien pagó en ese momento la cantidad de \$ 72 000.00 y quedó registrada en escritura pública con fecha 18 de enero de 1905 (Archivo de Sitios y Monumentos, 1905).

Como ya se ha señalado, entre los años de 1900 a 1906 regresan a posesión del gobierno los predios vendidos durante 1862 y se hacen además algunos deslindes de la iglesia, abierta al culto hasta el 20 de agosto de 1917, cuando fue clausurada por disposición de la Secretaría de Hacienda, con base en el artículo 27, fracción II, de la Constitución Política de 1917.

Los templos destinados al culto al público son propiedad de la nación, representada por el Gobierno Federal, quien determinaría a los que deben continuar destinados a su objeto, los obispados, casas curales, seminarios, asilos o colegios de asociaciones religiosas, conventos o cualquier otro edificio que hubiere construido o destinado a la administración, propaganda o enseñanza de un culto religioso pasaran desde luego de pleno derecho, al dominio directo de la nación... (Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, 1917).

El edificio fue entregado a la Secretaría de Guerra y Marina (Archivos de Sitios y Monumentos, 1905, f. 331) y en 1922 se convirtió en archivo de esta dependencia, hasta que en 1923 pasó a ocuparlo la SEP, no sin ser despojada de su altar mayor el 8 de agosto de 1923, mismo

que pasó por donación a la pequeña iglesia de San Andrés Tetepilco, municipio de General Anaya como donativo, según oficio del 14 de agosto del mismo año de la Secretaría de Hacienda quien la adecuó para una nueva función que era la de la Biblioteca Iberoamericana en el año de 1924.

Posteriormente esta función se va perdiendo de manera paulatina, hasta que en el año de 1954 la biblioteca después de haber servido como almacén de libros, se retoma nuevamente como tal (*ibidem*, leg. 1, exp. 2372, ff. 335) conservando su función hasta el momento en que da inicio su reestructuración en el año de 1990 (plano 4, números 4, 4').

Por los años de 1910, en el edificio que había pertenecido al convento y a la escuela de Jurisprudencia se realizaban trabajos de reconstrucción para lo que sería la Escuela Normal de Señoritas, misma que era dirigida por el ingeniero Gonzalo Garita. La Escuela, sin estar concluida sufrió los embates del temblor del 7 de junio de 1911, derrumbándose parte de lo construido, quedando así por una década hasta el año de 1921.

Creación de la Secretaría de Educación Pública

Durante el gobierno del presidente de la República, general Álvaro Obregón, se creó la Secretaría de Educación Pública por decreto del 3 de octubre de 1921. El titular fue el licenciado José Vasconcelos, primer secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes y a quien se debe la elección del terreno perteneciente al multicitado convento, nombrando como encargado de planeación y ejecutor del proyecto de adecuación del edificio al arquitecto Federico Méndez Rivas, quien dio inicio a las obras el 15 de junio de 1921, en una superficie de 8 500 m². Las obras se hicieron a través del Departamento Auxiliar de Construcciones y Reparaciones de Edificios, a la cabeza estuvo el propio Méndez Rivas, arquitecto que aprovechó para la nueva construcción las primeras tres crujías del antiguo patio de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y el patio principal (*Boletín SEP*, septiembre

1922, t. I). El edificio de esta secretaría de Estado fue inaugurado formalmente el día 9 de julio de 1922, por el presidente Álvaro Obregón, en la cabeza de manzana de las calles de La Perpetua, hoy República de Venezuela, del Reloj, ahora República de Argentina, y de La Encarnación, actualmente Luis González Obregón.

El recién nombrado señor secretario José Vasconcelos en su discurso inaugural del edificio, expresó lo siguiente:

En estos instantes solemnes en que la nación mexicana en medio de su pobreza, dedica un palacio a las labores de la educación del pueblo, hagamos votos por la prosperidad de un Ministerio que ya está consagrado por el esfuerzo creador y que tiene el deber de convertirse en fuente que mana, en polo que irradia. Y finalmente que la luz de estos claros muros sea como la aurora de un México Nuevo, de un México espléndido (*idem*).

Una vez que los trabajos de adecuación terminaron se procedió a decorar los muros del edificio con murales que expresaran la ideología posrevolucionaria. José Vasconcelos invitó a diversos pintores con el fin de plasmar su obra mural en el inmueble, uno de ellos fue el artista Roberto Montenegro quien decoró los salones del secretario y del subsecretario con la técnica al temple, al fresco y encáustica; la superficie para su obra abarcó aproximadamente 370.04 m². En la antigua iglesia de La Encarnación, ya convertida en la Biblioteca Iberoamericana, el pintor realizó un mural llamado “América Latina” y una cartela en honor de fray Servando y Teresa de Mier, más dos escudos conteniendo los blasones de España y México, estos últimos sobre el arquitrabe del ex coro bajo. Ulteriormente, los corredores de toda la planta baja, primero y segundo piso del edificio son revestidos con murales del maestro Diego Rivera y sus alumnos, así como de sus colegas Jean Charlot y Amado de la Cueva, con murales cuya temática es la educación del pueblo, las fiestas populares, los estados de la República y el corrido. También el edificio que correspondió a la antigua Aduana fue interve-

nido por el pintor David Alfaro Siqueiros, quien decoró la escalera monumental con el mural llamado Patricios y Patricidas. Ya para el año de 1931, el edificio de la Secretaría de Educación Pública fue declarado monumento nacional durante la gestión presidencial de Pascual Ortiz Rubio (plano 4, números 3 y 4).

El gobierno federal intentó integrar todo el predio para edificio de la SEP, sin embargo esto no fue posible ya que una parte de lo que fue el área de servicio de las casas curales (sección *oeste*), quedó en manos de particulares. Hasta el momento es el único inmueble que no se integra al conjunto de edificios de la SEP, no obstante que esta parte originalmente habían pertenecido al antiguo convento (plano 4, número 5). Otra sección que tardó en ser integrada al conjunto de edificios, fueron las casas intermedias; pertenecían a la entonces Organización de Economía Nacional en el año de 1937 y posteriormente pasaron a manos de la SEP (plano 4, número 2). En esta parte estuvieron ubicadas las casas o celdas de las monjas, mismas que fueron construidas al momento de ser ampliada la Aduana y que limitaban con esta.

La antigua Aduana también sufrió cambios, aunque no tan severos como los del convento, tal vez porque siempre fue un edificio civil y no estuvo sujeto a los embates de la expropiación. Ya terminada la lucha revolucionaria, el entonces presidente de la República, don Venustiano Carranza, creó la Comisión Nacional Agraria por decreto del 6 de enero de 1915 y ocupó el inmueble para dar alojamiento a esa dependencia y el 1º de septiembre de 1916 designó a su titular, y a subsecretario de Fomento al ingeniero Pastor Rovaix.

Con la desaparición de esta dependencia, el edificio fue ocupado para oficinas públicas, por ejemplo, en este lugar se alojaron en el año de 1920 las oficinas del Consejo Superior de Salubridad; también en dicho lugar funcionó la Imprenta de la Secretaría de Comunicaciones y después fue ocupado por oficinas del gobierno del Distrito Federal, hasta que por decreto presidencial del 9 de mayo de 1951, el inmueble fue asignado a la Secretaría de Educación

Pública. La toma de posesión fue hasta el siguiente año una vez realizados los arreglos convenientes (véase plano 4, número 1).

Fábricas existentes detectadas durante la intervención arqueológica

El término *fábrica* proviene del latín *fabrica, ae*, que corresponde a “taller, fragua” y equivale a “el proceso y actividad durante la construcción de un edificio”, asimismo a la “obra negra de albañilería gruesa de un edificio”, o simplemente se refiere a “edificio”. El vocablo se aplica en nuestro caso con el fin de señalar las diversas construcciones que componen el conjunto de edificios y que además pertenecen a distinto periodo. Fueron detectadas por el uso variado de materiales, así como por la composición de los cementantes y la diferente calidad de la mano de obra expresada en la construcción y en la planeación del diseño. A lo anterior también se adicionaron diversas fuentes documentales como son los registros de explotación de los distintos bancos de material. Estos contienen los periodos de aprovechamiento y las personas que hicieron uso de esas fuentes, lo cual se vio manifestado en la variedad de la composición de los cimientos, muros y cubiertas de un edificio. A todo lo anterior se suman los correspondientes registros arqueológicos con el propósito de hacer un mapa detallado de la composición del edificio.

Ya finalizado el trabajo de investigación arqueológica en el edificio sede de la SEP, se pudo observar la desigual composición arquitectónica de este conjunto, esto como producto de las excavaciones realizadas tanto en el exterior como en el interior de los inmuebles y de los aplanados de sus muros, mismos que pusieron de manifiesto las diversas *fábricas* y sus diferentes ocupaciones. De estas últimas, sin duda alguna, la más persistente fue la que correspondió al convento de La Encarnación para el siglo XVII, la cual se ve manifiesta fundamentalmente en lo que fue la ex iglesia, ex capilla doméstica y las antiguas casas curales. Aquí se pudo obtener restos de lo que fue el antiguo campanario

ubicado hacia el muro testero de la antigua iglesia; se hace mención de este dato, porque este templo perteneciente a conventos femeninos fue el único en la capital del virreinato de la Nueva España que ostentó dos torres campanario, las que estuvieron ubicadas a cada extremo del cuerpo de la construcción, es decir, una a la parte distal y otra hacia la testa del cuerpo del edificio (véase plano 5).

Para el siglo XVIII, las *fábricas* se conservan primordialmente en el costado *sur* del conjunto, abarcando los dos cuerpos de crujías en toda su longitud que comprende los patios 1 y 2 (ver plano 5). Antiguamente esto fue el patio de novicias y el departamento principal o jardín dedicado al solaz esparcimiento y deambular de las monjas. De este mismo periodo fue detectado otro grupo de edificaciones hacia el extremo *oeste* y *norte*, del claustro principal, de tal manera que éste quedó perfectamente enmarcado tal como se presenta en la actualidad. Para este momento, la Aduana conserva en su totalidad su *fábrica*, salvo algunos pequeños cambios en los pisos superiores que fueron de carácter eventual. De las casas intermedias solo una parte (sección *oeste*) conserva su *fábrica* original del siglo XVIII (plano 5).

Los vestigios pertenecientes al siglo XVIII-XIX, se manifestaron exclusivamente en la porción *este* de las casas intermedias de acuerdo con las exploraciones arqueológicas, así como las características arquitectónicas de la fachada; los cambios más serios se hicieron principalmente durante el periodo conocido como refundición en 1861, en ese lapso de tiempo, esta parte del predio fue vendido a particulares y por lo tanto los nuevos propietarios son los que realizaron las modificaciones necesarias para adecuar la construcción a su nuevo servicio y la cual conservó parte de su traza arquitectónica y cimentación del siglo XVIII (plano 5).

Las modificaciones realizadas durante el siglo XX, se concentraron principalmente en el antiguo claustro para establecer la Normal de Señoritas, la cual no pudo ser terminada a consecuencias del temblor de 1911, quedando así hasta 1921 al momento de la reconstrucción del edificio de lo que hoy es la Secretaría de Edu-

cación Pública. Se usaron los materiales de la antigua normal para complementar la cimentación del “nuevo edificio”, sobre los que utilizaron materiales más modernos de acuerdo con lo que demandaba la época (acero y concreto), sin descartar los tradicionales. Esta manera de construir es un reflejo del pensamiento del entonces secretario de Educación; las zonas que evidencian esta expresión constructiva son los actuales pasillos de los patios 1 y 2, el patio 10 y el bloque de edificaciones de la esquina *suroeste*, el frente *oriente* a las calles de República de Argentina, así como la escalera monumental y el patio 3 en su costado *oriente* perteneciente al conjunto de casas intermedias (plano 5).

Consideraciones

El predio donde hoy se erige el conjunto de edificios de la SEP, ha tenido a lo largo de la historia distintos fines. Desde la etapa prehispánica en alguna forma queda indicado su destino manifiesto, ya que a partir de ese momento y al presente ha servido de asiento a diversas instituciones de carácter educativo. Según Marquina (1960:100) hacia este lugar se ubicó el calmecac, lugar donde vivían los sacerdotes más importantes y los jóvenes que estaban dedicados al templo. Esta institución ha sido considerada como la escuela destinada a los pipiltin o nobles. Existen referencias que permiten sostener que podían acudir a ella de manera excepcional algunos jóvenes de la clase inferior, los cuales se distinguían por su dedicación e inteligencia; también asistían a ella los hijos de los artesanos, quienes iban a recibir de los maestros sacerdotes la calidad del *toltecatl*, es decir, el nombramiento de artista.

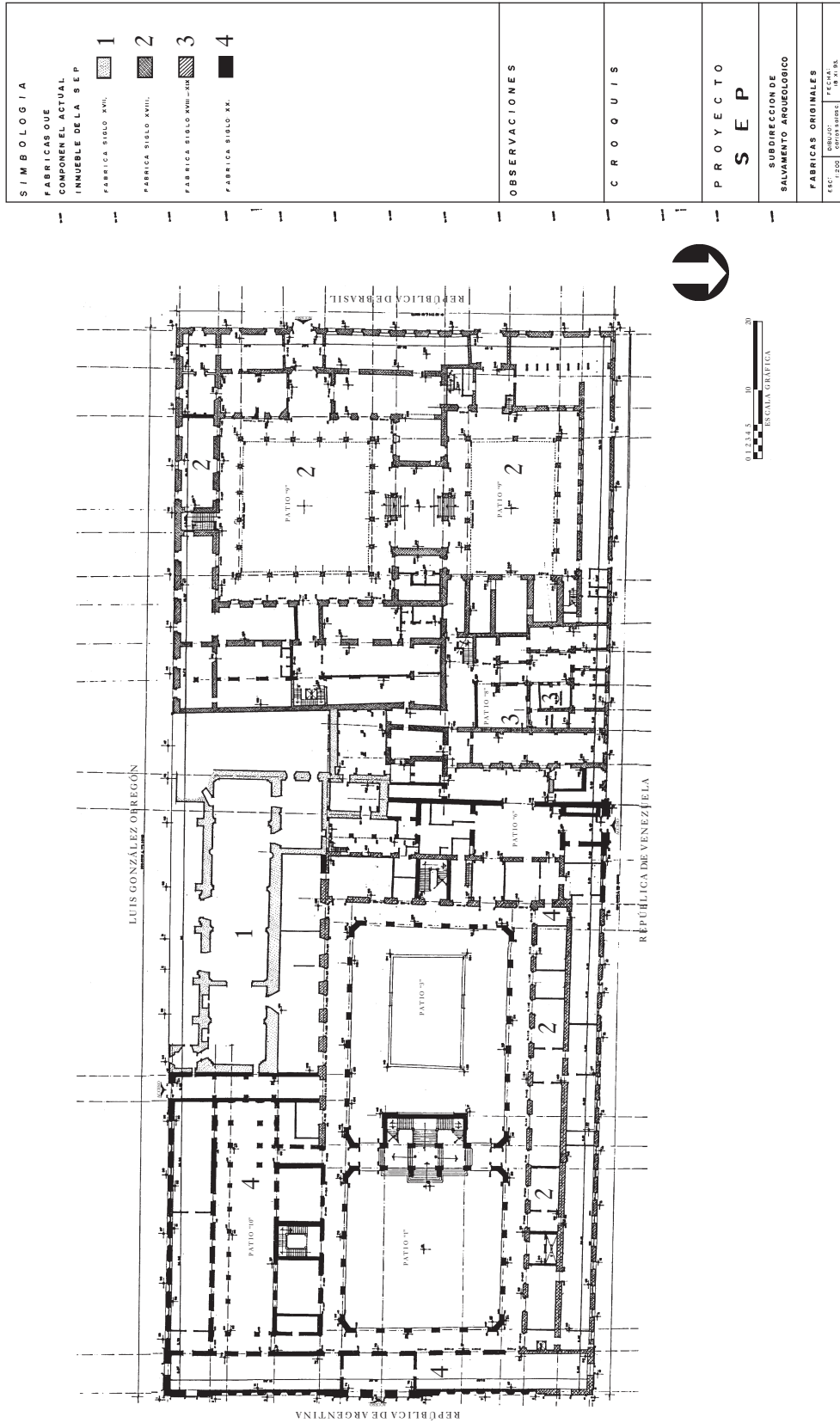
Posteriormente, ya en la Colonia en este lugar se asentó el convento de La Encarnación, institución femenina que desempeñó función educativa para señoritas a partir de finales del siglo XVI y hasta mediados del siglo XIX. Esta función continuó aun después de la desacralización de este espacio con la ley que suprimió las corporaciones religiosas femeninas, de esta manera el otrora convento fue dedicado a diversas dependencias de carácter educativo,

entre ellas, la escuela de jurisprudencia, escuela de señoritas, dormitorio de estudiantes sin recursos económicos y a finales del siglo XIX normal de señoritas, la cual quedó inconclusa a causa de un sismo. Fue en 1922 que se convirtió en la Secretaría de Educación Pública a petición de su primer titular, licenciado José Vasconcelos.

Desde el primer otorgamiento hecho en el cuadrante que ocupa la SEP, en el siglo XVI y hasta la actualidad, han pasado más de 400 años en los cuales se erigieron construcciones y derribaron o modificaron otras según las necesidades de los propietarios y que con el tiempo se observan como un todo a primera vista en una edificación. Sin embargo, esto se manifiesta gradualmente con el tiempo según van cambiando las condiciones del subsuelo, tal y como ha pasado en el conjunto actual de edificios los cuales muestran evidencia entre sus muros y subsuelo del asentamiento continuo de cada siglo. Después de los sismos de 1985 surgió la apremiante exigencia de intervenir el conjunto de edificios dado el grado de deterioro que presentaron después de este evento, así como de realizar un estudio pormenorizado de toda su extensión con el propósito de conocer por qué algunas zonas en específico presentaban mayor impacto de daño y saber la intensidad con la que se haría la intervención en los edificios.

Puesto que este edificio está considerado como histórico se pidió la asistencia del INAH; las instancias que respondieron son la Coordinación de Monumentos Históricos y la Dirección de Salvamento Arqueológico, esta última realiza la investigación documental y arqueológica con el fin de obtener algunas respuestas como son el tipo de suelo en que se asentó el edificio, cómo estaban afectando los asentamientos anteriores la superestructura, tipo de cimentación y cómo estaba construido, qué edificaciones anteriores se encontraban aún formando parte del inmueble. Estos escuetos resultados son un segmento de esa participación.

En este grupo de edificios de gran jerarquía, así como en muchos otros considerados de menor escala, existe gran semejanza en la forma de erigir por parte de los maestros arquitectos



● Plano 5.

e ingenieros virreinales, ya que todos ellos reutilizan restos de construcciones anteriores para desplantar los nuevos edificios, sin tomar en consideración el estado de conservación, calidad de los materiales y la adecuada continuidad de la cimentación. Posiblemente este aspecto estuvo motivado por la necesidad de acortar los tiempos de construcción, aunque también es posible que con esto hayan contribuido a la disminución de los costos en la mano de obra y los materiales o probablemente fue por la escasez de los mismos. En su momento esto no tuvo mayor importancia ya que los daños estructurales de los edificios no eran de consideración, porque para entonces la capital del virreinato no mostraba las condiciones actuales de explotación del subsuelo ni de los recursos naturales de su entorno, tampoco se tenía la extensión urbana que hoy sustenta ni se contaban con las técnicas de construcción actuales que impactan considerablemente el terreno.

Pero en la actualidad estas fluctuaciones constructivas del siglo XVII y XVIII tienen severas consecuencias en la estabilidad de este edificio virreinal y muchos más que persisten en esta ciudad. Las actuales condiciones en la inconsistencia del terreno son provocadas por la excesiva explotación de los mantos freáticos; asimismo existe un asentamiento diferencial del terreno, debido a las numerosas construcciones que se encuentran en el subsuelo y sobre las cuales se ha edificado de manera recurrente desde tiempo ancestral.

Debido a las condiciones particulares que presenta la cuenca de México, la ciudad ha sufrido un constante hundimiento a partir de su fundación, motivo por el cual se ha adoptado una manera particular de crecimiento de ésta: vertical, es decir, casa sobre casa, piso sobre piso. Esto último se observó todavía algunos años atrás donde las guarniciones y banquetas no se removían sino que simplemente se le agregaban nuevas capas, de tal manera que para entrar a un edificio del Centro histórico había que descender uno o más peldaños, en muchos casos los pisos interiores de las accesorias, patios y pasillos de las casas también subieron de nivel, perdiendo sus proporciones verticales y con

esto bajando poco a poco la altura de las ventanas, además de ir clausurando accesos. En el caso del arrollo vehicular se le agregaban continuas capas de asfalto, de tal forma que después de un tiempo éste quedaba arriba del nivel de las banquetas y guarniciones destinadas para el deambular peatonal. El hundimiento de la ciudad es evidente, baste observar algunos puntos de ella, en la que la planimetría es muy variable a consecuencia de las múltiples construcciones que se encuentran en el subsuelo, que lo mismo provienen de la época prehispánica como del periodo virreinal; sin embargo, en algunos casos la elevación del terreno y la de los edificios se debe primordialmente al tipo de cimentación de las construcciones modernas, de las que pueden citarse como ejemplo más sobresaliente la Torre Latinoamericana y el edificio del Banco de México próximos uno del otro; sin embargo, no son las únicas ya que el Centro histórico cuenta con ejemplos muy variados.

En el caso del conjunto de edificios de la SEP, se puede afirmar que los daños estructurales encontrados en el conjunto están relacionados directamente con las deficiencias constructivas, que se interrelacionan con la sobreposición de las diversas edificaciones del siglo XVI al XIX. De éstas, las que más ejercen influencia sobre la integración estructural de los actuales edificios, son las que corresponden a la cultura mexicana; primordialmente en esta zona que se considera se encuentra en el perímetro interno del Recinto Ceremonial del Templo Mayor.

Bibliografía

- Álvarez y Gasca, Pedro
1971. *La Plaza de Sto. Domingo de México siglo XVI*, Departamento de Monumentos Coloniales, INAH, México.
- *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*
1922. 1º de Septiembre de 1922, t. I, núm. 2, pp. 5, 8, 14, 15.
- Calderón de la Barca, Madame
1970. *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, Felipe Teixidor (trad. y pról.), México, Porrúa (Sepan Cuantos, 74).

- Caso, Alfonso
1956. "Barrios Antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco", sobretiro del no. 1, enero-marzo, t. XV, *Memorias de la Academia Mexicana de Historia Correspondiente de la Real de Madrid*, México, pp. 7-63.
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos
1917. México, Porrúa (Leyes Códigos de México).
- García Cubas, Antonio
1986. *El libro de mis recuerdos*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 86).
- González Obregón, Luis
1990. *Las calles de México*, México, Botas.
- Gutiérrez Casillas, José
1992. *Historia de la Iglesia en México*, México, Porrúa.
- Krauze, Enrique y Fausto Zerón Medina
1993. *Porfirio*, vol. III, V, México, Clío.
- Macedo, Miguel S.
1988. Mi Barrio "Ensayo Histórico", Col. Distrito Federal, 17, México.
- Marquina, Ignacio
1960. *El Templo Mayor de México*, México, INAH.
- Marroquí, José María
1969. *La Ciudad de México* (facsimilar), Jesús Medina Editor, México.
- Maza, Francisco de la
1982. *Arquitectura de los coros de monjas en México*, México, UNAM.

1985. *La Ciudad de México en el siglo XVII*, México, FCE (Lecturas Mexicanas, 95).
- Montoya Rivero, María Cristina
1983. *La Aduana Mayor de México. Estudios acerca del arte novohispano, homenaje a Elisa Vargas Lugo*, México, UNAM.
- Muriel de la Torre, Josefina
1946. *Conventos de monjas en la Nueva España*, México, Santiago.
- Pichardo H., Milagros
1983. *El templo de la Encarnación de la Ciudad de México. Estudio acerca del arte novohispano, homenaje a Elisa Vargas Lugo*, México, UNAM.
- Prieto, Eugenia
1979. "Inmuebles declarados Monumentos en el Distrito Federal", *Boletín 2 Monumentos Históricos*, México, SEP, INAH, pp. 68 y 72.
- Prieto, Guillermo
1906. *Memorias de mis tiempos*, t. II, México, Librería de la viuda de Ch. Bouret.
- Ramírez Aparicio, Manuel
1979. *Los conventos suprimidos en México. Estudios biográficos históricos y arqueológicos*, México, Innovación.
- Rivera Cambas, Manuel
1984. *México pintoresco artístico y monumental*, México, Valle de México (facsimilar).
- Rosell E., Lauro
1979. *Iglesias y conventos coloniales de México Historia de cada uno de los que existen en la Ciudad de México*, México, Patria.
- Salas Contreras, Carlos
1991. "Hallazgos históricos bajo los cimientos de la SEP", *Comunicación Educativa SEP*, año VII, enero, núm. 87, pp. 14-16.

1991. "Plaza y calles de Sto. Domingo", *Comunicación Educativa SEP*, año VIII, núm. 94, pp. 10-11.

1995. "Coro bajo de la antigua iglesia de La Encarnación", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXX.

1995. "Antigua iglesia de La Encarnación", *Primeras Jornadas de Arqueohistoria e Iconografía Novohispana*, Centro Mariano de Difusión Cultural A. C., pp. 65-74.

1997. *Arqueología del edificio sede de la SEP ex convento de La Encarnación y la ex aduana*, México, Centro de Estudios Novohispanos A. C.
- Sodi Pallares, Ernesto
1968. "Palacio llamado de la Aduana", *Casonas antiguas de la Ciudad de México*, México, Populibros la Prensa, pp. 123-126.

• Toro, Alfonso
1961. “La leyenda del convento de la Encarnación”, en *La Cántiga de las piedras*, México, Patria, pp. 65-69.

• Toussaint, Manuel
1990. *Arte colonial en México*, México, UNAM.

• Valero de García Lascaráin, Ana Rita
1991. *La Ciudad de México Tenochtitlan su primera traza 1524-1534*, México, Jus (Medio Milenio).

• Vasconcelos, José
1922. “Discurso pronunciado en la inauguración de Edificio de la SEP”, *Boletín de la SEP*, México, Talleres Gráficos.

Archivos consultados

• Archivo General de la Nación
1779. Bienes Nacionales, Construcción de Celdas, vol. 18, exp. 26, ff. 1-7.

1780. Bienes Nacionales, Licencia Concedida de las R.R.M.M. Priora y Definidora del convento de la Encarnación para que puedan erogar \$6000 seis mil pesos en el aderezo y reparación de las bóvedas de iglesia, leg. 147, exp. 19.

1780. Bienes Nacionales, Licencia Concedida a la R.R.M.M. Abadesa y Definidora del Convento de la Encarnación para que pueda erogar la Cantidad que halle por conveniente en la compostura del presbiterio, leg. 147, exp. 23.

1789. Bienes Nacionales, Licencia Concedida a las R.R.M.M. Abadesa y Definidora del Sagrado Convento de la Encarnación para que puedan sacar la cantidad que citan para la construcción del nuevo claustro, leg. 147, exp. 25.

1780. Bienes Nacionales, Documento de D. Francisco Guerrero y Torres en el que expone el estado en que se encuentra la iglesia de la Encarnación Sagrado Convento de la Encarnación para que puedan sacar los \$ 5 000 y más pesos para la obra del cimborio de la iglesia, leg. 147, exp. 28, ff. 1-5.

1780. Bienes Nacionales, Las R.R.M.M. Abadesa, Vicaria y Definidora del Convento de la Encarnación, piden permiso y licencia para erogar

toda aquella cantidad que fuere necesaria para la compostura de la sacristía, leg. 148, exp. 2.

1806. Bienes Nacionales, Se manifiestan las propiedades que tenían en alquiler el ex convento de la Encarnación. Se presentan un total de 38 distintas calles de la Ciudad en las cuales tenían en renta casas, viviendas, casas de vecindad con su número de cuartos en rentas y accesorias.

1813-1817. Bienes Nacionales, Convento de la Encarnación Ajustes de las cuentas correspondientes a los arrendamientos pertenecientes a dicho convento, vol. 160, exp. 47, ff. 1051-1070.

1719. Bienes Nacionales, Convento de la Encarnación Libro IV acerca del Convento de Religiosas de N. Sra. de la Encarnación.

1779-15 de julio. Bienes Nacionales, La Abadesa Vicaria y Definidora testimonian fabricación de celdas por ampliación de la Real Aduana. Firman Clara de San José Abadesa, Rita María de Sta. Luisa Vicaria, Manuela de San Bernardo Definidora, leg. 146, exp. 33, ff. 1-2.

1780. Bienes Nacionales, Documento de Don Francisco Guerrero y Torres en el que expone el estado en que se encuentra la iglesia de la Encarnación, leg. 147, exp. 28, ff. 3-6.

1780. Bienes Nacionales, Aduana, Gasto con que cooperó el Ayuntamiento por la Introducción de agua de este edificio, f. 8.

1791-1859. Ramo Templos, Libro IV de la Arca del Convento de religiosas de N. Sra. de la Encarnación 1791, “1^o. De enero de 1791 al año de 1859”.

1793. Alcabalas, Real Aduana vol. 262, exp. s/n de fojas, 29.

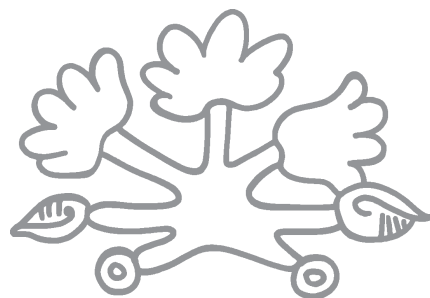
• Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología s.f. Convento de la Encarnación (manuscrito), t. XXXIII.

1825. Aduana de México, “Razón de las viviendas en que se encuentran distribuido el edificio de la Aduana de esta Ciudad” (manuscrito).

- Archivo de Sitios y Monumentos SEP
s.f. Diversos documentos, exp. 21778.

1936. Bienes Nacionales, Datos Recogidos en 1936 sobre el ex templo de la Encarnación.

1948. Bienes Nacionales, Relación sobre la historia de la construcción del ex templo de la Encarnación hecha en 1948, leg. 2, exp. 50/23721, ff. 37-38.



Aproximación al uso de los conceptos signo, estilo, carácter y tipo, en arqueología

Los análisis vertidos en este ensayo, procuran la reflexión sobre dos situaciones; por una parte, los esquemas teórico-metodológicos con los que la arqueología y la historia del arte abordan los estudios sobre el *signo*, como punto central del debate entre el análisis de la ideología, y los análisis iconográficos, que desde mi perspectiva —en tanto arqueólogo— considero radicalmente distinto en sus alcances y objetividad y por lo tanto, propongo un deslinde urgente respecto a los empleados por los historiadores del arte.

Por otra parte, y como problema derivado del anterior, se analiza la categoría *estilo*, cuya concepción desarrollada por los historiadores del arte, conduce —a mi juicio— cuando es retomado por los arqueólogos, a graves inconsecuencias, confusiones y limitaciones, en el ámbito de la interpretación de las sociedades mesoamericanas. En esa medida, se intenta una propuesta “correctora” del concepto *estilo*, basada en el concepto *carácter*, que permitiría mayor claridad a la categoría *tipo*, tan socorrida por los arqueólogos.

*A don Amado Avendaño Figueroa
(in memoriam), por ese su carácter
que le hizo ser un tipo de estilo encantador*

Ante la abrumadora cantidad de estudios sobre iconografía, epigrafía, simbolismo, religión, y hasta sobre política y economía que actualmente realizan los historiadores del arte en el campo de la arqueología mesoamericana, me parece no sólo inevitable, sino indispensable ya, confrontar los planteamientos de la historia del arte, con los de la arqueología, respecto al análisis de los signos, su interpretación y las relaciones entre éstos y la sociedad que los produce, en términos precisamente de los fundamentos teórico-metodológicos en los que dichos análisis se sustentan, por un lado, y por otro, porque las interpretaciones de los historiadores del arte en este campo, muchas veces han sido adoptadas sin miramientos por los arqueólogos, cosa que, desde mi punto de vista, requiere discutirse con el mejor ánimo de perfeccionar el estudio, tanto del signo, como de la ideología...y del concepto *estilo*.

Aunque este tipo de reflexiones no es nueva, pues ya hace algunos años Litvak (1985:3-9), por ejemplo, emitió un punto de vista sobre lo que considera desaciertos de algunos historiadores del arte al dirigir sus actividades a la interpretación de la “historia de la cultura prehispánica”, aunque su crítica la dirige hacia tres aspectos: a) el empleo de ciertos objetos prehispánicos de dudosa procedencia, en los cuales se basan los historiadores del arte para sus estudios, específicamente objetos de colecciones particulares, de los cuales se desconoce su procedencia, su contexto, y peor aún, tal vez falsos;

b) incide en el argumento de que los estudios sobre ciertos aspectos de Mesoamérica, como bien puede ser el arte, requieren bases que deben buscarse en otro lado, antes que en la historia del arte; y c) externa “una profunda duda sobre la validez del arte para reflejar la vida, cuando menos lo que los historiadores del arte llaman así” (*ibidem*:3). No veo la pertinencia de reproducir aquí toda la argumentación de Litvak a esos puntos. Sin embargo, sí señalar que la réplica provino de Cyphers (1989: 9-10), quien le rebate principalmente la validez del concepto arte (la cual defiende) y su estudio y aplicabilidad en arqueología, aunque desde mi punto de vista, no aborda en todas sus implicaciones la posición de Litvak.

También Noel Morelos (1991) ha hecho manifiesta su crítica sobre este problema; sin embargo, el hecho es que la discusión de estos aspectos, entre historiadores del arte y arqueólogos, se ha quedado más en “los pasillos”, que en publicaciones.

Por ello, se aborda este planteamiento en dos partes; la primera referida a los sustentos teórico-metodológicos de las dos disciplinas puestas en palenque en este ensayo, y en la segunda parte, se discute el empleo del concepto *estilo*, y la necesidad imperiosa de su redefinición, o si se prefiere, de su adecuado empleo en el campo de la arqueología. Al respecto, deseo agradecer a Jesús Mora, su atinada propuesta para el título de esa segunda parte: “Perder el estilo y recuperar el carácter”.

Antes de entrar en materia, considero pertinente contextualizar este ensayo. Originalmente, corresponde a una investigación teórica de mayores dimensiones iniciada por quien esto escribe hace ya cuatro años y que espera verse pronto materializada en el libro en preparación tentativamente titulado “Modelo taxonómico de artefactos”. Dicha obra, que es en efecto una propuesta teórico-metodológica para el análisis de artefactos arqueológicos, se divide en cinco capítulos, el último de los cuales constituye la propuesta de análisis semiótico para artefactos arqueológicos, y tiende a construir un modelo clasificatorio de los elementos gráficos a través de los cuales es factible adentrarse al

estudio de la ideología del México prehispánico. Este ensayo, pues, se integraba a manera de reflexión teórica a ese capítulo. Sin embargo, me pareció que el problema aquí tratado distraía el objetivo fundamental, razón por la cual decidí apurar su publicación por separado, a lo cual me motivó también lo referido en los renglones iniciales.¹

¿Análisis de la ideología, o análisis iconográfico?

El *signo* como “producto del trabajo”
y el *signo* como “obra de arte”

Quienes nos asumimos arqueólogos marxistas, pretendemos que todo género de objetos o artefactos creados por la sociedad, independientemente de su materia prima, forma y función, son, antes que cualquier otra cosa, *productos del trabajo humano*. Las esculturas, pinturas murales, códices, o vasijas, antes que ser tales, son producidos con la intención de satisfacer las necesidades de subsistencia, ya sea materiales, o ideológicas. Que dichos objetos posean intrínsecamente un valor como “obras de arte”, no significa que, desde la perspectiva arqueológica, deban analizarse sin tomar en cuenta, en primer instancia, su carácter de artefactos, y en segundo lugar, que como tales, su existencia obliga a investigar su función como satisfactores de determinadas necesidades sociales, que, aunque muchas de ellas sean de índole ideológica, implican de modo previo y necesario el análisis de las condiciones materiales de existencia de la sociedad que las produjo, pues se trata de formas de representación de la realidad material.

Las relaciones entre los objetos y la sociedad que los produce, tienen impacto en las esferas

¹ En abril del año 2002, una primera versión sintetizada de este ensayo se expuso un tanto apresuradamente en la conferencia titulada “Una propuesta metodológica para el análisis iconográfico”, en el Seminario Permanente de Iconografía que dirige la doctora Beatriz Barba de Piña Chan, a quien agradezco aquella invitación, que mucho sirvió para una primera presentación ante el gremio arqueológico y de los historiadores del arte que integran ese espacio de discusión académica.

económica, política e ideológica y dichas relaciones se manifestarán de manera específica, tanto en la producción de la vida material como en la instancia de la ideología. Así, las ideas, sean religiosas, filosóficas, políticas o morales, requieren de *vehículos* para ser comunicadas, y con tal carácter funcionan los rituales y ceremonias, los mitos, las leyendas, y aun las leyes. Todos ellos se mueven en la esfera ideológica, aunque se aterrizan y aplican en el ámbito de la cultura material. Y es ahí donde los objetos materiales, o mejor dicho, los artefactos, actúan como recipientes de tales ideas. Esculturas, pinturas, vasijas, códices y aún los utensilios empleados en el culto, se objetivan como instrumentos para la comunicación, que se produce mediante ellos mismos y los elementos gráficos en ellos contenidos, siendo todos estos los elementos a través de los cuales se manifiestan las formas de comunicación verbal y no verbal. Estos elementos esenciales, son los *signos*.

Desde las más tempranas etapas del desarrollo de la humanidad, los signos, son formas gráficas a través de los cuales se manifiestan los respectivos sistemas de comunicación. Junto con ellos, toda forma de representación gráfica de la realidad, deviene una manifestación de la conciencia social en una etapa de su desarrollo, determinada, en última instancia, por las condiciones materiales de existencia de la sociedad que las produce (Marx, 1996:67). Por esas dos razones, no es posible intentar siquiera una explicación ni de los signos, ni de las formas de conciencia que los producen y por lo tanto, de la ideología imperante en esos momentos en que son producidos, si no se conocen primero, las formas de relación social que se generan en la producción de la existencia material. “Existo, luego pienso”, como parafraseara Marx.

Aunque tales objetos puedan ser considerados “obras de arte”, no debe ser esta concepción la que guíe el análisis científico de los mismos, porque las explicaciones (no sólo descripciones e interpretaciones) sobre el simbolismo, el significado y el sentido de las obras plásticas y los signos en ellas contenidos, no pueden sustentarse en criterios tan subjetivos como el “estilo”, la “estética”, las “ideas religiosas” o

las “situaciones espirituales” desarrolladas en una época determinada, criterios en los que se fundamenta la historia del arte.

Mucho menos se puede explicar a la sociedad (como lo intenta la historia del arte), a partir de esas representaciones ideológicas de la realidad que se vive, pues lo que se pretende desde los intereses de la arqueología, es dilucidar las funciones sociales de esas obras, así como de los espacios a los que se encuentran integrados, y de las relaciones entre éstos dos y la sociedad misma que los produce. Para lograr este nivel explicativo se requiere, en efecto, del contexto material en el que la sociedad se desenvuelve y que es producido por ella misma en momentos determinados, para detectar las interrelaciones y retroalimentaciones existentes entre esa cultura material y sus correspondientes formas de representación ideológica. Nunca a la inversa.

Sobre una posición teórica materialista histórica, la arqueología analiza a los signos primeramente concibiéndolos como *entidades ideológicas* que responden a las condiciones materiales de existencia y a las formas de conciencia que éstas generan. El arte mismo, es un producto del trabajo, que se genera en determinados contextos histórico-sociales de producción de la vida material, con relaciones sociales también determinadas por las propias condiciones y formas de producción. Por eso, bajo esta lógica, el análisis arqueológico de todo tipo de forma de comunicación no verbal aporta mayores datos para la comprensión de la sociedad, que el análisis “artístico”.

Es preciso enfatizar que en este ensayo, se concibe al signo, no solamente en su acepción lingüística, sino fundamentalmente semiótica, pero apoyada en la concepción marxista del mismo. Tal construcción se sustenta principalmente en los aportes de Blauberger y colaboradores, Frege y Miguel Medina Vega. Así, el concepto *signo* se acepta como todo objeto material percibido sensorialmente; acontecimiento o acción que señala otro objeto, acontecimiento o acción, cuya importancia fundamental es el nexo con el proceso de transmisión de la información (Blauberger *et al.*, 1978). Así, al ser cierto

objeto material el signo, sirve para designar otro objeto; por eso es imprescindible que para entenderlo debamos descifrar su *significado*, que puede ser: material, el objeto designado por él; de sentido, la imagen de ese objeto; y expresiva, los sentimientos expresados con ayuda del signo (Frege, 1973).

Miguel Medina Viga contribuyó sustancialmente a la cimentación de la semiótica marxista y del signo semiótico, para ejemplificarlo me permito la siguiente cita (Medina Viga, s.f.):

...significar es producir un sentido a través de constelaciones sígnicas, éstas deben articularse como mensajes: verbales y no verbales, por lo que la estructura semántica y la estructura semiótica son rigurosamente distintas. El signo semiótico, no es un objeto natural, es en cambio el resultado de una transformación de la realidad para producir intencionalmente un sentido de acuerdo a objetivos y códigos referenciales muy precisos.

Con base en estos razonamientos, se asume entonces al signo, como el objeto material que sirve para designar a otro objeto; es decir, hace referencia a aquello que se designa, al tiempo que, como signo semiótico, es el *objeto material, resultado de una transformación de la realidad para producir intencionalmente un sentido de acuerdo a objetivos y códigos referenciales muy precisos*.

Como arqueólogo que se pretende marxista, asumo entonces que cualquier objeto producido por el ser humano, y que resulta ser nuestro instrumento empírico fundamental para la explicación del proceso de desarrollo social (y naturalmente la ideología), es un *signo*. Por lo mismo, los objetos y los elementos gráficos que pudieran contener (aun cuando pudieran considerarse “obras de arte”), deben ser analizados bajo los sustentos teóricos y metodológicos propios de nuestra disciplina. En este sentido comparto plenamente la crítica de Litvak, comentada anteriormente.

La historia del arte, analiza a los signos concibiéndolos como obras de arte, o bien, como elementos de ella, y su interés se enfoca en los valores estéticos y estilísticos de esas obras. Su campo de acción se limita a la *obra de arte*, al

artista que la produce y en el mejor de los casos, a los motivos psicológicos o empáticos que impelen al artista a producirla. La historia del arte centra su atención en un producto que opera en la esfera de la ideología, y pretende desde allá, explicar la realidad de la cual, el arte es sólo una representación subjetiva. Ejemplo: una banda de cromagnones o de *Homo sapiens*, cazadores-recolectores, ¿cómo pudo plasmar su realidad, de modo ajeno a sus condiciones de vida? ¿Por qué los dioses de las sociedades “neolíticas” del viejo mundo, ganaderas, agrícolas y guerreras, que veneraron diversos aspectos de la naturaleza, se representaron como toros, caballos y carneros? ¿Por qué los dioses de las sociedades americanas, agrícolas y guerreras, fueron la lluvia, el viento, el Sol, y se representaron como jaguares, serpientes y aves? ¿Nada tiene esto que ver con sus respectivas condiciones materiales de existencia?

Cito estos ejemplos, muy generales desde luego, porque la representación de las ideas religiosas fue en la antigüedad, sobre todo, uno de los temas más recurrentes en la comunicación gráfica, debido efectivamente, a su enorme poder de dominación ideológica.

Al respecto, Engels (1964: 373, citado en Godelier, 1980:333), escribe en el *Anti-Dühring*:

Pero la religión no es más que el *reflejo fantástico*, en las cabezas de los hombres, de los poderes *externos que dominan* su existencia cotidiana: un reflejo en el cual las fuerzas terrenas cobran *forma* de supraterras. En los comienzos de la historia son las fuerzas de la naturaleza las primeras en experimentar ese reflejo, para sufrir luego, en la posterior evolución de los distintos pueblos, los más complejos y abigarrados *procesos de personificación*.

Así, “explicar” a las obras de arte (y los signos que por lo general están en ellas inmersos), y mediante ellos a la sociedad que las produce, a partir de los conceptos religiosos que puedan contener —o ideológicos, que inevitablemente representan— como lo propone y hace la historia del arte, equivale a considerar el mundo de las fantasías, como la realidad objetiva en que vivimos.

Los signos. Códigos y métodos para descifrarlos (referentes signícos de la arqueología vs. *background* de la historia del arte)

Los conceptos empleados en el análisis de los signos y todo el ámbito que les es propio, son comunes para la historia del arte y para la arqueología, aunque sus significados son distintos para una y otra. Ambos especialistas empleamos los términos “ícono”, “glifo”, “símbolo”, para referirnos a los *signos*, a los que también les llamamos “motivos artísticos” o “elementos gráficos”. Empleamos los conceptos “iconografía”, “iconología”, “epigrafía”, para definir con ellos los métodos para su desciframiento. Buscamos mediante ellos, identificar e interpretar su significado y su sentido, siendo éstos, otros conceptos comunes. Hablamos de la *forma* y el *estilo*, como características elementales de... las obras de arte, o de los objetos producidos por la sociedad.

La diferencia básica entre una y otra manera de definir y emplear tales términos, radica en el hecho de que la historia del arte carece de sustentos teóricos sustantivos, y sus métodos de investigación de las obras de arte, es decir, de sus objetos de estudio, van directamente de la descripción a la “interpretación”, a la cual le asignan el valor de “explicación”. Y con esta “explicación” de las obras artísticas, pretenden explicar a la sociedad que las produjo. ¿Cómo puede una actividad que se presume disciplina del conocimiento, intentar una explicación científica *de la realidad*, sin una teoría sustantiva de la realidad? ¿Cómo, si de la descripción de un objeto, pasa directamente a su interpretación, sin establecer los parámetros y elementos de contrastación de esas interpretaciones, es decir, sin construir una hipótesis que deberá ser contrastada, para estar en facultades de cualquier explicación?

Abordar este análisis a partir del concepto *signo*, me resultaría particularmente rentable, pues tal concepto brilla por su ausencia en la obra de Panofsky, *Estudios sobre iconología*, de 1962, que como sabemos, es considerada por los historiadores del arte como la base teórica

por excelencia en el ámbito de la iconografía, y, en vista de que *signo* deviene el elemento fundamental del análisis en la propuesta que ocupa estas cuartillas, el *handicap* es bien desfavorable a los historiadores del arte. Pero, a cambio, consideremos el concepto *forma*, de Panofsky, como el análogo del *signo* en la semiótica, y con ese emparejamiento, procedamos al análisis de lo que la historia del arte, primeramente, señala como requerimiento para su desciframiento. Lo haremos así, debido a que ya en las páginas precedentes se establece lo que en esta propuesta entendemos como *signo*, y también, porque el concepto *forma* estará definido por Panofsky de modo harto vinculado a los tres niveles de su método, razones por las que es preferible aproximarnos a este asunto, a través del propio método panofskiano, a reserva, no obstante de que lo analizaremos más adelante.

Así, veremos que la significación, o desciframiento del *signo*, o de la *forma*, requiere desde la perspectiva de la propuesta teórica que sustenta este trabajo, del conocimiento objetivo de las condiciones materiales de existencia de la sociedad. A cambio, para la historia del arte, lo necesario es el *background*. Ambos requerimientos proporcionan en buena medida, los elementos para la estructuración del “código” (aunque más bien habría que decir, la metodología) que permitirá comprender, interpretar y explicar al *signo* y por ende, la ideología; o bien, descifrar las *formas* iconográficas, según la disciplina con la que aquí antagonizamos.

Dice Enrique Lafuente (2001:XXII), en su “Introducción” a la obra de Panofsky:

El verdadero historiador del arte estará siempre tratando de ampliar el campo de su información para que su apreciación *intuitiva* esté respaldada por el más amplio *background* de conocimientos, capaz de afinar su observación y de estimular mejor su abordaje estético de la obra de arte. La historia general, la teoría estética, las ideas religiosas y su formulación teológica o literaria, las situaciones sociales y espirituales, las fórmulas iconográficas y sus fluctuaciones, toda la gama de las llamadas humanidades que pueda enriquecer su penetración en lo consabido, en los supuestos de la obra de arte para reconstruir su contexto y sus implicaciones

y hacer su apreciación más rica y refinada, entran en ese *background* deseable.

Si eso es cierto, resulta que todo ese “background” de conocimientos, que el historiador del arte necesita, es de fuerte carácter subjetivo. “Historia general”, “ideas religiosas”, “situaciones espirituales”, son en efecto, factores que intervienen en la creación artística y desde luego que es posible aproximarnos a ellos mediante el análisis de las obras de arte que así lo reflejen para las respectivas etapas del desarrollo de la sociedad. Pero ese hecho difícilmente permitirá que su apreciación, por más “intuitiva” que sea, conduzca a la explicación de la sociedad misma, porque lo intuitivo, hasta donde se sabe, es una comprensión instantánea de las cosas, sin intervención del razonamiento, al grado que en teología, la intuición es tanto como una visión beatífica.

Lo anterior se refrenda con otro argumento de Enrique Lafuente (*ibidem*:XXI):

Si nos ocupamos de pinturas, de esculturas, de libros de filosofía, testimonios del hombre de una época y un lugar determinados, es porque esas obras comportan una significación, un sentido. Y esa significación o ese sentido sólo pueden ser aprehendidos re-produciendo los pensamientos o las concepciones estéticas latentes en esos libros o esas obras de arte. El historiador del arte puede estudiar la obra que le atrae sometién-dola a un racional análisis que a veces puede acercarse a la más meticulosa actitud científica, pero su último objeto, claro está, siempre será esa re-creación estética o revitalización intuitiva —son palabras de Panofsky— que supone la apreciación de su calidad.

De aquí la pregunta: ¿Cómo puede constituirse una historia del arte como disciplina sabia si, en último caso, recurrimos a procesos subjetivos e irracionales?

Bueno, desde el momento en que el propio Panofsky acepta que la intención de la historia del arte es la re-creación estética, o revitalización intuitiva, la pregunta que se hace a sí mismo Enrique Lafuente, sólo tiene una respuesta: no se puede. Pero bueno, así trabaja la historia del arte.

Ahora bien, en el ambiente de la arqueología, más que preocuparnos por el “código”, de-

bera atenderse el método para el análisis y explicación del signo, pues éste posee una estructura más compleja y procura involucrar una mayor cantidad y variedad de elementos, que se consideran como “indicadores arqueológicos”, o lo que en palabras de la semiótica son *referentes signícos* (Carnap, 1968), precisamente porque se trata de aquellas cosas materiales o abstractas que son referidas mediante ideas plasmadas con determinados signos. Este término de *referente* es de alguna manera lo que la iconografía panofskiana utiliza como significado, aplicado al concepto *forma* (Panofsky, 2001: 13), lo cual marca una enorme diferencia respecto a la semiótica, pues el significado es de acuerdo con la concepción materialista histórica, un concepto mucho más complejo y profundo: “el objeto designado, o sea, la idea del objeto, así como el conjunto de operaciones realizadas con determinado objeto” (Blauberg *et al.*, 1978).

Decíamos pues, que cuando la arqueología marxista sustenta sus investigaciones sobre la ideología, de manera transdisciplinaria (que no significa ecléctica) en la semiótica, los sistemas de comunicación, o más exactamente, el lenguaje con sus diversos y variados sistemas de representación gráfica, obliga a un exhaustivo y sistemático análisis de la sociedad que los produce, para estar en posibilidades de analizar las *formas, significado, simbolismo y sentido* de los signos. Si no somos capaces de entender que los signos y con ellos el lenguaje, corresponden a la esfera de la ideología, y que las formas que ésta adopte están determinadas por las condiciones materiales de existencia, tampoco seremos capaces de construir un método y un modelo de análisis que nos permitan de manera objetiva, aprehender las razones por las cuales el lenguaje y sus signos son así y significan lo que sea, porque los *códigos*² que nos permitirían descifrarlos y explicarlos, se encuentran en el sistema de relaciones sociales, generados en el seno de la producción material de la existencia de la sociedad.

² *Códigos*, entendidos de acuerdo con la propuesta marxista semiótica expresada en las páginas 126 y 127 de este ensayo.

¿Panofsky, o *Pan of Sky*?

Analicemos lo que Panofsky (2001:15) establece como los tres niveles del método iconográfico:

1. Contenido temático natural o primario, subdividido en Fático y Expresivo.

Se percibe por la identificación de *formas* puras, es decir, ciertas configuraciones de línea y color, o ciertas masas de bronce o piedra de forma peculiar, como representaciones de *objetos* naturales, tales como seres humanos, animales, plantas, casas, instrumentos, etc.; identificando sus relaciones mutuas como *hechos*; y percibiendo tales cualidades expresivas como el carácter doloroso de un gesto o una actitud, o la atmósfera hogareña y pacífica de un interior. El mundo de las *formas* puras, reconocidas así como portadoras de *significados primarios o naturales*, puede ser llamado el mundo de los *motivos* artísticos. Una enumeración de esos motivos sería una descripción *pre-iconográfica* de la obra de arte.

Si aplicamos este planteamiento al estudio de la comunicación gráfica mesoamericana, nos topamos inmediatamente con un obstáculo doblemente difícil de salvar: el de los “motivos artísticos”. Porque en primer lugar, si un “motivo”, es un significado natural de las formas puras, caemos irremediabilmente en la interpretación apriorística, de los *significados* (establecidos en efecto, de manera intuitiva), cuando en realidad, el significado de las formas en la “iconografía”, debiera ser el objetivo a cumplir, no el punto de partida.

En segundo lugar, que al comenzar el análisis considerando a las formas como productos “artísticos”, caemos en el procedimiento subjetivo y distractor, que es precisamente el de la “obra de arte”, olvidándonos del estudio de una forma gráfica que no es sino una interpretación de la realidad; es decir, una manifestación ideológica. Así, debido a esta doble consecuencia, mientras más nos introducimos en este primer paso, más nos alejamos de los análisis objetivos de las formas de representación gráfica del mundo, y la contrastación de dichas interpretaciones es prácticamente imposible.

No obstante, es rescatable el planteamiento de que esas formas puras, son representaciones de objetos naturales, nada más. Continuando con el planteamiento de Panofsky (2001:16-17) vemos:

2. Contenido secundario o convencional.

Lo percibimos al comprobar que una figura masculina con un cuchillo representa a San Bartolomé, que una figura femenina con un melocotón en la mano es la representación de la Veracidad, que un grupo de figuras sentadas en una mesa, en una disposición determinada y en unas actitudes determinadas, representan La Última Cena, o que dos figuras luchando de una forma determinada representan el Combate del Vicio y la Virtud. Al hacerlo así relacionamos los *motivos* artísticos y las combinaciones de *motivos* artísticos (*composiciones*) con *temas* o *conceptos*. Los *motivos*, reconocidos, así, como portadores de un significado *secundario* o *convencional* pueden ser llamados *imágenes* y las combinaciones de imágenes son lo que los antiguos teóricos del arte llamaron “*invenzioni*”; nosotros estamos acostumbrados a llamarlos *historias* y *alegorías*. La identificación de tales *imágenes*, *historias* y *alegorías* constituye el campo de la Iconografía, en sentido estricto...

¿Cómo comprobamos que una figura masculina con un cuchillo, representa a san Bartolomé? Sin duda, eso requiere una base de información histórica, escrita y gráfica (es decir, el famoso *background* que tanto ensalza Enrique Lafuente), en la cual, siempre que se habla o plasma tal figura, se aclarara que se trata de ese personaje, o bien, que el único personaje que porta un cuchillo, es san Bartolomé. Desde luego, este planteamiento, nuevamente apriorístico, inductivo, es completamente subjetivo, por no decir falso. Porque entonces resulta que siempre que en la nota roja de los periódicos veamos las fotografías de individuos con cuchillos, a quien veríamos en realidad no es a un presunto delincuente, sino al pobre de san Bartolomé en manos de la policía y los *paparazzi*.

Ahora bien, al relacionar los motivos artísticos, con temas o conceptos, identificamos, según Panofsky, imágenes, historias y alegorías, portadores todos ellos de un significado secundario o convencional. Otra vez, la primera interpretación del motivo, nos conduce de

inmediato, a una segunda interpretación, esta vez con mayores consecuencias, porque es sólo a partir de las formas puras, o motivos, que, en su composición, identifica de inmediato (esto es, intuitiva y subjetivamente), un significado, pero ahora con el valor de una historia ni más ni menos.

Por eso nos encontramos de pronto con algunos textos en donde, a partir del análisis “preiconográfico”, se vierten elocuentes interpretaciones sobre los murales, esculturas o cualquier otro elemento gráfico, a través del cual se pretende explicar una idea. Es el caso de Karl Taube (1984), con sus interpretaciones francamente hollywoodescas de la “Mujer araña teotihuacana”. Al respecto, no estoy seguro de que Taube reconozca la aplicación del método panofskiano, pero de que lo hace, lo hace...y ya vemos los resultados.

El hecho es que las interpretaciones iconográficas, en este segundo nivel panofskiano, que se han realizado en el ámbito de la historia del arte para la etapa prehispánica de México, son completamente ajenas al estudio de las condiciones materiales de existencia de la sociedad que produce esas representaciones gráficas y al periodo o fase cronológica que le corresponde, lo cual conlleva una grave inconsecuencia con el método de Panofsky, porque él siempre ha insistido en la necesidad de contar primero con esa información, antes de intentar cualquier interpretación. En la mayoría de los casos, ambos datos son soslayados por los interpretadores.

Seguimos con Panofsky (2001:17-18):

3. Significado Intrínseco o Contenido.

Lo percibimos cuando indagamos aquellos supuestos que revelan la actitud básica de una nación, un período, una clase, una creencia religiosa o filosófica —cualificados inconscientemente por una personalidad y condensados en una obra—. Apenas hace falta decir que esos principios son manifestados y por lo tanto, esclarecidos por los “métodos compositivos” y por la “significación iconográfica”...Una interpretación realmente exhaustiva del significado intrínseco o contenido podría incluso mostrar que los procedimientos técnicos [se refiere Panofsky a las técnicas de manufactura de la “obra de arte”] característicos de un país, época o artista determinado, por ejemplo la preferen-

cia de Miguel Ángel por la escultura en piedra en vez de bronce, o el uso peculiar de los trazos para sombrear sus dibujos, son un síntoma de la misma actitud básica, que es discernible en todas las otras cualidades específicas de su estilo. Concibiendo así las formas puras, los motivos, las imágenes, las historias y las alegorías como manifestaciones de principios fundamentales, interpretamos todos estos elementos como lo que Ernst Cassirer llamó *valores “simbólicos”*...El descubrimiento y la interpretación de estos *valores “simbólicos”* (generalmente desconocidos por el artista mismo [*¡sic!*] y que incluso pueden diferir marcadamente de lo que el artista intentaba expresar conscientemente) es el objeto de lo que llamamos *iconografía en un sentido más profundo*: de un método de interpretación que aparece como síntesis más que como análisis...

Muchas son las inconsistencias y peligros de este tercer nivel:

- a) Desconcierta, en primer lugar, que finalmente, hasta este momento, Panofsky procure definir lo que para él es el *contenido*, cuando ya lo ha mencionado y aplicado en los dos niveles anteriores, lo cual habla de una inconsistencia metodológica.
- b) Si los “supuestos que revelan la actitud básica de una nación, un periodo, una clase, una creencia religiosa o filosófica”, están “cualificados inconscientemente por una personalidad y condensados en una obra”, resultaría que a través del análisis que Miguel Ángel hace del “uso peculiar de los trazos para sombrear sus dibujos”, entendidos estos como “un síntoma de la misma actitud básica, que es discernible en todas las otras cualidades específicas de su estilo”, nos permitiría comprender tales “actitudes básicas”. Sinceramente, me parece que no hay porqué dedicarle mayor atención a argumentos de este calibre.
- c) Si se prosigue el análisis de un artefacto en el que se encuentran plasmadas representaciones gráficas del mundo, en los términos de este tercer nivel, entonces nos encontramos con que debemos asumir en principio, que los “valores simbó-

licos” que ha plasmado el artista fulano, ieran desconocidos por él! ¿Cómo podrían los autores intelectual y material (suponiendo que no fueran los mismos) de la escultura de la Coatlicue, desconocer los valores simbólicos de las cabezas de serpiente? ¿Desconocía Miguel Ángel el gigantesco “valor simbólico” de esa imagen pintada en la Capilla Sixtina, donde las puntas de los dedos del Supremo y Adán tienden hacia sí? Resultaría entonces que los estudiosos de esas “obras de arte”, al aplicar los niveles panofskianos, se hacen del *background* para entender, interpretar y explicar, las “actitudes básicas”, tanto del artista, como de la nación, del periodo, de la clase social, y hasta de la creencia religiosa en boga en esa época.

- d) La conclusión de Panofsky de que este tercer nivel, que es “iconografía en un sentido más profundo”, se trata de un método de interpretación (ciento por ciento inductivo) que es más bien una síntesis que un análisis, es más que elocuente de que en efecto, el análisis, en su más elemental significado es por completo desconocido, o no existe, o se desprende de supuestos, de intuiciones, de empatías y otras tantas subjetividades, que además, deberán estar desarrolladas a partir de las síntesis, las cuales, como podemos ver, son tanto como elucubraciones de bromas contenidas.
- e) Finalmente, la cuestión de que sea el estilo de un artista, lo que permita la identificación de los “supuestos básicos”, desvirtúa y obstaculiza la capacidad analítica que posee el concepto estilo, en el ámbito del estudio arqueológico de los objetos materiales, precisamente por vestirlo con tantos epítetos subjetivos, como podrá verse en la segunda parte de este trabajo. Pero además, como ya lo dijimos, asumir estas afirmaciones, equivale a aceptar que los elementos esenciales o “supuestos básicos” de una sociedad, se pueden conocer con el simple análisis de los trazos, formas de las figuras, combina-

ción cromática preferida, en suma, con el “estilo” de la obra de un artista. Si eso fuera cierto, lo que nos permitiría distinguir el contenido ideológico de las obras de los grandes muralistas mexicanos (Orozco, Rivera, Siqueiros, O’Gorman, González Camarena, etcétera), del siglo XX, que en muchos aspectos plasman esa tendencia socialista o “revolucionaria”, no es el contenido de la obra, no los significados, no el simbolismo ni el mensaje que comunica, sino nomás su “estilo”.

Y antes de pasar a otro aspecto, no puedo dejar de mencionar que la iconología, como actividad racional y método, en el ámbito de la representación ideológica del mundo, para nada es un producto panofskiano. Ya los griegos de la época de Homero, habían desarrollado complejos sistemas de representación del mundo mediante imágenes, principalmente en las obras escultóricas. Pero hacia finales del siglo XVI, el perugino Césare Ripa (1996), en su trascendental obra *Iconología*, ensalzada y respetada por propios y extraños, estableció su definición y sus objetivos. En ese trabajo, Ripa aclara que la iconología, lejos de ser un método para descifrar imágenes, es para construir imágenes, historias y sobre todo, alegorías, pues éstas han servido para que la sociedad exprese los aspectos intangibles de su conciencia y del mundo en que vive. Tan así es, que en términos generalmente admitidos, por iconología se entiende la manera de “representación de las virtudes, vicios u otras cosas morales o naturales con la figura o apariencia de personas”.³ Desde luego, si un método puede cifrar, o codificar, podrá realizar la operación inversa, de modo que la iconología se convirtió así, en la ciencia de las imágenes. Por eso resulta bastante extraño, por no decir otra cosa, que esa monumental obra de Ripa, esté apenas mencionada, como de refilón, por el tedesco Panofsky.

³ Me atrevo a retomar la definición que establece el Diccionario de la Real Academia Española, precisamente por considerar al “diccionario” como el punto de referencia más generalmente admitido.

Volviendo al tema, podríamos darle otro sentido a todo ese *background* que menciona Enrique Lafuente y considerarlo como los conocimientos que permitirán a los historiadores del arte encontrar los códigos para comprender esos aspectos que les interesan. Es el caso del análisis de una obra de Miguel Ángel, o de Leonardo. Los aspectos espirituales, la intención, el sentido de las formas e ideas plasmadas en ellas, son asequibles al historiador del arte, porque existen los referentes históricos, sociales, materiales e ideológicos, todos los cuales son producidos por especialistas en esos campos y temas. De ellos se sirven los historiadores del arte para acumular su *background* y construir o reconstruir los códigos necesarios para la apreciación estética, estilística y etcétera, de las obras de arte.

Pero, acaso no son todos los historiadores del arte quienes cometen esta imprudencia. Sucede sin embargo, que al menos en México, la gran mayoría de historiadores del arte que han establecido su campo de estudio en las culturas prehispánicas, lo hacen reiteradamente. Aun más, están completamente convencidos que su método iconográfico (panofskiano ciento por ciento), los ha colocado a la vanguardia en el desciframiento y la interpretación de los sistemas de comunicación gráfica de las sociedades prehispánicas de México. Y en todo caso, me parece no tiene la culpa Panofsky, sino quien lo interpreta un tanto a su manera (a la “Humpty Dumpty”, diría Litvak (1985:8)). Porque lo que se nota con toda claridad en la gran mayoría de las interpretaciones iconográficas de este grupo de historiadores del arte, es que trasladan de modo automático, los planteamientos que Panofsky establece para el estudio de las obras de arte del medioevo y el renacimiento europeo, al caso de las sociedades prehispánicas mesoamericanas, con las consecuencias de todos conocidas, que motivan, entre otros problemas, el que Gándara (1994:73) denomina la “incomensurabilidad paradigmática”, o sea, la desmesurada cantidad de interpretaciones, distintas y hasta contradictorias unas de otras, que hacen imposible su contrastación y por lo tanto, de llegar a una explicación del problema investigado.

Los historiadores del arte abrevan de las aportaciones de la arqueología... o debieran hacerlo. Aun cuando así fuera, sus análisis iconográficos van, siguiendo al pie de la letra el método de Panofsky, de la descripción de los elementos gráficos, a la interpretación, no sólo de las escenas, sino de la sociedad que las produce. Véanse para el caso, los catálogos escultóricos de la doctora Beatriz de la Fuente (1977 y 1988), así como los magníficos catálogos de la *Pintura Mural Prehispánica en México*. De entre ellos, basta con mencionar el de Teotihuacan (1995), obra colectiva de arqueólogos e historiadores del arte, cuyos estudios son en realidad excelentes descripciones iconográficas, de los cuales —a mi juicio— sólo el trabajo de Jorge Angulo (1995:65-186) aporta interesantes argumentos explicativos, merced a su base teórico-metodológica. De igual manera, algunos seguidores de la corriente generada por la doctora de la Fuente, persisten en ese reducido marco de referencia panofskiano; para muestra, basta con mencionar la *Iconografía de Tula*, de Elizabeth Jiménez García (1998:18), quien en su definición de estilo, dice:

Para Beatriz de la Fuente, el estilo artístico es un sistema de formas con cualidad y expresión significativas, que ocurre en momentos altamente creativos como signo de integración de una cultura; asimismo, agrega, el estilo es a la vez, como la vida misma [*sic*], un proceso sujeto a cambios (1977:323). En cambio, Michael Coe (*cf.* Fuente, 1977:52) para definir el estilo de arte olmeca, considera las cualidades formales, la iconografía, los símbolos, el vestuario, las armas y los elementos ceremoniales.

Se puede concluir de lo anterior, entonces, que para definir un estilo artístico es necesario considerar multitud de aspectos tan diversos como la técnica de manufactura y la manera de representar las imágenes, la forma de plasmar el rostro y la proporción del cuerpo, el uso de determinadas perspectivas, el tipo de indumentaria y armas, las formas que adoptan las figuras zoomorfas y fitomorfas, los distintos objetos abstractos, así como la disposición de todas las representaciones al interior del conjunto artístico.

Nótese los criterios por demás subjetivos de De la Fuente, a comparación de los emplea-

dos por Coe. Pero además, el vasto conjunto de elementos que Jiménez García considera que se deben tomar en cuenta para definir el *estilo*, implica en realidad que lo que se identifica es, precisamente, el *carácter* de cierto tipo de objetos, aunque esta autora no lo perciba así. Más adelante, al referirse a su metodología empleada, enfatiza la aplicación de la propuesta de Panofsky, asumiendo que ésta “ya ha demostrado su utilidad en otros estudios sobre el arte prehispanico” (Jiménez García 1998:19).

Adquiere el planteamiento de Panofsky, tintes dogmáticos; “pan del cielo”, pues.

Como contraparte a este género de análisis, existen estudios arqueológicos sobre el tema que se les distancian gratamente. Como ejemplo, me permito citar el breve, pero sustancioso trabajo de Blas Castellón titulado “El jaguar rugiente”, en el cual se aproxima mediante una serie de planteamientos e interrogantes, a varios de los problemas aquí indicados. Dice Castellón (2000:61-62):

Preguntarse por el posible sentido que tiene la representación de un felino rugiente supone en primer lugar la identificación del género y especie a que pertenece, el conocimiento más o menos correcto del espacio arqueológico donde se localizó, sus asociaciones espacio-temporales, la revisión de información etnohistórica y etnográfica, es decir histórica, que nos sirva de apoyo, y la identificación de algunas semejanzas o recurrencias entre estos datos. Normalmente, si se reúnen estas condiciones, las mismas se despliegan como la culminación de la investigación a saber. Se ha demostrado que el felino en cuestión fue lo suficientemente importante para aparecer representado en diversos tipos de información (documentos, arqueología, arte, etcétera). Las explicaciones sobre su sentido simbólico se dan por sentadas o se dejan a la interpretación de cada quien.

Las analogías entre datos de distinta naturaleza, que pueden ser un buen inicio para investigar el sentido de las formas en estudio, se toman casi siempre como el punto de llegada, cuando en realidad deberían ser el inicio de una investigación más profunda. La coincidencia entre formas y sentidos plantea un problema sobre tal hecho, no lo resuelve en absoluto.

Estos argumentos de Blas Castellón derivados de un estudio arqueológico sobre aspectos

que ocupan la atención de muchos historiadores del arte, ponen en evidencia las deficiencias metodológicas de estos últimos, y rebasan por mucho los planteamientos de Panofsky ya referidos líneas atrás.

Retornando, es cierto que los signos, en ciertas etapas del proceso de desarrollo social que estudia la arqueología, no existen sino como elementos gráficos de ciertos artefactos, como son las esculturas, pinturas murales, vasijas, etcétera. Es cierto que muchos de estos objetos pueden ser considerados bajo el concepto de obras de arte. Pero también es cierto que antes que nada, esos objetos y sus signos contenidos, sirvieron como elementos de comunicación de las ideas, como instrumento ideológico. El arte mismo, es un mero excipiente de las ideas y por ende, un vehículo del lenguaje.

Arqueólogos, entendamos eso. Dejemos a los historiadores del arte su tarea de indagar sobre estilos y estéticas de las formas. Construyamos nuestros propios esquemas de análisis, pues los intereses son distintos y nuestros horizontes más vastos.

Perder el *estilo* y recuperar el *carácter*

Un segundo aspecto a reflexionar, derivado de ese deslinde planteado en la primera parte, va dirigido al concepto *estilo*, que suele ser —como se ha visto— punto de partida y objetivo de infinidad de estudios de los historiadores del arte, y también de muchos arqueólogos. Estudios estilísticos se realizan por una y otra disciplina, enfocados a análisis específicos sobre esculturas, pinturas murales, arquitectura y las obras plásticas producidas por las sociedades, para establecer rasgos y regiones, periodizaciones, influencias e intercambios culturales, principalmente. Otros (más aventurados), pretenden, como hemos dicho, explicar mediante los estilos artísticos, la estructura y funcionamiento de las sociedades. Sobre este último aspecto, reitero que desde mi punto de vista, lograr estos objetivos a partir del análisis del “estilo artístico”, es imposible. En su lugar, me parece que independientemente del objetivo de

cualquier investigación centrada en el análisis del “estilo”, debe más bien procurar la identificación de los rasgos o atributos sensorialmente perceptibles, plasmados en los objetos por el trabajo humano; y esto significa, descubrir el carácter de los mismos. Así, en esta segunda parte de este ensayo, se vierten algunos elementos, digamos teóricos, o si se prefiere, simplemente epistémicos, que señalan la diferencia entre uno y otro concepto y la pertinencia de su aplicación en las investigaciones arqueológicas.

Estilo

Estilo es una palabra que utilizamos cotidianamente con los más diversos significados y en los más variados contextos: “te reíste al estilo de Miguel”, “vistes al estilo hippie”, “cantas al estilo de Jim Morrison”, “esa novela es muy al estilo de Taibo II”, “la escultura que tallaste es al estilo griego”, “estas calles de la colonia Juárez son al estilo del viejo París”. Cuando emitimos esas afirmaciones, lo que queremos señalar es que —desde un punto de vista particular de quien así lo expresa— tal o cual *se parece a*, en uno o más rasgos que *caracterizan* al ser u objeto al que se hace referencia. También podemos asumir que se refiere a aquello que *es como* otro en ciertos aspectos.

Soy de la idea de que es necesario comenzar la definición de los conceptos que han de utilizarse, partiendo de la idea que comúnmente se tiene de ellos, es decir, de las palabras y sus significados, de manera que esto permita iniciar de un *acuerdo* para comenzar a *discernir* sus aplicaciones posibles, o sea, identificar sus variables y luego entonces las conveniencias de su empleo en determinados contextos. Esto es un ejercicio útil, porque el convencionalismo sobre el significado y sentido de las palabras equivale a contar de antemano con una noción general de las cosas a que se refieren y a partir de ello, determinar sus rasgos característicos, a los que podremos adjudicarles distintos valores, o en otras palabras, a elaborar la clasificación de sus variables.

De todas las cosas, materiales o abstractas, el *estilo*, es sólo una de sus cualidades, como lo es también el *significado*, *sentido* y la *función* que ese objeto cumple, y que no pueden explicarse sino sólo dentro del contexto social y temporal en el que fueron producidos.

Así, en este ejercicio, *estilo* es el concepto que comenzaremos a analizar, a partir de los significados que en términos generales son aceptados. Para ello, el Diccionario de la Real Academia de la Lengua establece múltiples y variadas acepciones, de las cuales se retoman las siguientes:

estilo.

1. [m.] Modo, manera, forma.
2. [m.] Uso, práctica, costumbre, moda.
3. [m.] Manera de escribir o de hablar.
4. [m.] Manera de escribir o de hablar peculiar de un escritor o de un orador; carácter especial que, en cuanto al modo de expresar los conceptos, da un autor a sus obras. El ESTILO de Cervantes, de fray Luis de Granada, de Moratín.
5. [m.] Carácter propio que da a sus obras el artista. El ESTILO de Miguel Ángel, de Murillo, de Rosini.
6. [m.] Der. Fórmula de proceder jurídicamente, y orden y método de actuar.
7. loc. De semejante manera, en forma parecida.

Salta a la vista que algunas de estas variables son sinónimos: *modo*, *manera*, *forma* (éste último puede tener dos *sentidos*, el que hace referencia a lo morfológico y el que es propiamente sinónimo de manera o de modo, o sea, se refiere más bien a la *acción* de hacer, decir, pensar, actuar, etcétera). También destaca la variable 2: *uso*, *práctica*, *costumbre*, *moda*, todas ellas sinónimos, donde las dos primeras indican la acción de *hacer*, aunque costumbre y moda apuntan a la *permanencia* de una manera, modo, forma, uso o práctica. La variable 6 abre una interesante idea, que extiende o amplía el significado y el sentido del término, al referirse a *fórmula de proceder*, complementado con el *orden y método de actuar*, que en función de los anteriores pueden perfectamente asumirse como sinónimos de modo, manera, forma, uso, práctica. Las va-

riables 4 y 5 son más bien ejemplos ilustrativos de la aplicación práctica del vocablo. Sin embargo, nótese que la variable 5 enfatiza que se trata del “*carácter* propio que da a sus obras el artista”. Pero la variable 7, es más bien una suerte de conclusión que en forma *sinéctica* nos lleva a la comprensión del significado y sentido del *concepto*.

Así, asumimos que *estilo* es el *modo, manera, forma, con las que una cosa se parece a otra*. Ahora esta primera conceptualización, se ha convertido en el punto de partida como *criterio* para el análisis, aunque insuficiente para el estudio de la obra plástica y más limitada aun para el estudio de los signos contenidos en ellas, para sus significados y sentidos. No es otra cosa esta primera definición que una herramienta para lograr una más eficiente definición del concepto. Hay sin embargo, amplias lagunas, porque resulta que los objetos sobre los que se ha de aplicar el concepto *estilo*, es infinito.

Con este primer paso, los subsiguientes tienen una mayor complejidad, involucran otros conceptos y enriquecen el conocimiento del problema, que para el caso es precisamente la aplicación del concepto *estilo* en la arqueología.

El concepto *estilo*, se ha aplicado por los historiadores del arte y contaminado a los arqueólogos para la identificación de aquellos rasgos particulares que distinguen a una obra de otra, y tiene distintos niveles de aplicación, pues se emplea tanto para distinguir a un autor de otro, como de una escuela y otra, e incluso, de una sociedad, o “cultura”, de otra, o de una época y otra, como lo hemos constatado a saciedad.

Como ejemplo, se habla del estilo griego clásico, a diferencia del egipcio, que aunque contemporáneos, son distintos en muchos aspectos, por más que en ambos casos se produjeran esculturas antropomorfas, frisos, y hasta edificios con columnas, semejantes en forma y función, pero distintas en cuanto a la *manera* como se decoraron, los elementos gráficos que contienen, etcétera. Esto es de cierta relevancia porque al final, los edificios, que pueden ser de idénticas funciones en una y otra sociedad, son de formas y características específicas muy distintas.

Otro ejemplo útil es cuando se habla de la obra de Van Gogh, a diferencia de la de Toulouse-Lautrec, que aun cuando son contemporáneos, pertenecientes a la misma corriente impresionista, hay rasgos específicos que les permitirán diferenciarse, por más que cuando los vemos, encontramos cierta semejanza en la manera como plasman la realidad: gran colorido, luminosidad, con los elementos que componen las escenas plasmados sin definir completamente las formas y que por lo tanto obligan a verlas a cierta distancia, para poder distinguir las y entonces tienen también un efecto visual, distintivo en relación a las obras de las otras corrientes pictóricas, en este caso. Que esta corriente impresionista, o el cubismo, o el realismo, o cualquiera otra, sean estéticamente aceptables o no para unos y otros, no tiene nada que ver con los rasgos característicos de esas obras, es decir, no puede ser considerado, el aspecto estético, como un criterio para la definición o identificación de los estilos. Y lo mismo vale para la escultura en todas sus vertientes, y aun para la arquitectura y el urbanismo, y la música, la literatura, en fin, para todo aquello que es obra de los seres humanos.

Pero en el ámbito de la arqueología, y en particular de aquellas sociedades cuya obra cultural es aún difícil de especificar en términos tan particulares como es el del conocimiento de los autores (es decir, las personas, con nombre y apellido) que crearon esas obras, y que por lo mismo no queda por lo pronto más remedio que identificar a las obras por “culturas” y “épocas”, el análisis estilístico sólo tiene una aplicación extremadamente amplia y por lo mismo, vaga, ambigua. Por lo mismo, aplicar los criterios que comúnmente utilizan los historiadores del arte, resulta poco útil al arqueólogo.

No obstante, una interesante definición de estilo en arqueología la aporta Shapiro (1953: 287), quien asume que estilo es:

...un motivo, o patrón, a veces directamente vinculado a cualidades de obras de arte, los cuales ayudan a localizar y fechar el trabajo (la “obra”) y a establecer conexiones entre grupos de obras o entre culturas.

Por otra parte, Gombrich (1979:497), señala que:

Se llama estilo a cualquier modo característico —y por tanto, reconocible— de realizar un acto o de producir un objeto, o a la forma en que el acto o el objeto debe realizarse o producirse.

Desde mi punto de vista, ambas definiciones no sobrepasan la ambigüedad y la difícil localización de esos “motivos”, o “modos” característicos, y a eso se debe que su aplicación en arqueología conlleve a dispersiones. Ciertamente resulta interesante que el estilo se identifique por “una manera” específica de hacer las cosas, y de ahí que esta definición sea la de mayor aceptación, tanto por historiadores del arte como por arqueólogos, pero eso es precisamente lo que me parece que revela el *carácter* de los objetos, en el sentido que aquí se emplea ese término. Y es que, analizando las implicaciones de esa definición de Gombrich, podremos darnos cuenta que a la hora de aplicarla para detectar “la manera” cómo un objeto fue manufacturado o realizado, la ambigüedad del término provoca un sinnúmero de interpretaciones. Por ejemplo, en una escultura antropomorfa mexicana, notaremos que el rostro del personaje carece de expresión, no manifiesta gesto alguno; la boca no presenta labios delineados, no se representan párpados, pómulos ni mentón, es decir, las facciones son rígidas, como impávidas. Esta sería la primera “impresión” que nos provocaría. Pero eso, nada tiene que ver con “la manera” como fue producida dicha escultura. Antes bien, habría que poner atención a las técnicas de manufactura con las que los escultores imprimieron tales características faciales. Y resulta que esa “manera”, se logró mediante el empleo de ciertos instrumentos y técnicas escultóricas sobre determinadas materias primas, por lo cual, lo que comenzamos a identificar realmente, son las características del objeto analizado. No su “estilo”.

No obstante, decimos (propios y extraños), que el “estilo” de la escultura antropomorfa mexicana, es —en lo que al rostro se refiere—, “de facciones rígidas, como impávidas, en cierto mo-

do esquemáticas”, etcétera. Y entonces, desde mi punto de vista, esa descripción, es más enfática del *carácter*, que del “estilo”. Aun más, partir de ese tipo de análisis “estilístico”, para tratar de encontrar las razones por las cuales los mexicas plasmaban con esas características el rostro humano, es imposible (retomaré la discusión sobre este aspecto en el siguiente apartado).

Por ello, insisto en que es necesario identificar las características esenciales de los objetos, que sólo pueden ser sus propiedades naturales, aunque transformadas por el trabajo humano, el cual les imprime rasgos específicos a las *formas* producidas⁴ (esculturas, dibujos, pinturas murales, vasijas, edificios).

Esos rasgos específicos se originan no sólo en la capacidad física e intelectual de los trabajadores que los han producido (llámense artesanos, artistas o especialistas), sino fundamentalmente y de manera hartamente abrumadora, en las condiciones materiales de existencia, por un lado, y en su concepción del mundo, por otra, de la sociedad a la cual esos trabajadores pertenecen.

Entonces, estos tres aspectos inciden directamente en un complejo proceso productivo físico e intelectual, cultural, pues, que implica el conocimiento sobre “x” cosa o fenómeno y la concepción de las ideas sobre ellos, hasta su expresión lingüística y su representación gráfica. Esta expresión y representación es el punto culminante del proceso productivo que da como resultado una *forma* a los objetos con la cual se intenta, desde la satisfacción de las necesidades subsistenciales, hasta explicaciones del universo.

Así, esas características esenciales serán: a) los recursos naturales seleccionados o preferidos (materias primas) para producirlos y sobre

⁴ Para efectos ilustrativos de esta reflexión, nos referiremos exclusivamente a objetos materiales tangibles. Es decir, la producción literaria, por ejemplo, tiene también un carácter específico en cuanto a temas y técnicas narrativas. Sin embargo, en la arqueología mesoamericana se carece de los suficientes ejemplares que permitan claridad en el análisis de la literatura en sí, no del libro como objeto. A cambio, los objetos materiales son más que abundantes.

los que se plasman; *b*) las huellas perceptibles de las técnicas de manufactura; *c*) los “elementos decorativos”; los colores con que se cubren, pero por encima de todas ellas destaca: *d*) la *forma* de los objetos y de los signos contenidos en ellos.

Esta reflexión pone de relieve el hecho de que el *estilo*, no es un rasgo material del objeto o cosa que se estudia, sino que se trata de un *constructo* nuestro, según esto, para distinguir correctamente las semejanzas o diferencias entre un objeto y otro, donde, decir que tal cosa es “al modo de”, o “parecida a”, no significa que esté manufacturada con la misma técnica ni que los diseños o representaciones gráficas que posea sean morfológicamente idénticos (por ejemplo), sino que la apariencia final del objeto es semejante a la de otro.

Como se ve en la obra de Panofsky, el concepto esencial es el de *estilo artístico*, discernible por los siguientes aspectos de la obra *artística*: configuraciones de línea y color; análisis de los trazos; combinación cromática. Estos serían aspectos físicos de las obras y por lo tanto, identificables de manera objetiva. Con esto, se obtiene la “actitud básica” de una nación, clase, etcétera, (en términos de una *interpretación*), a las que se llega mediante el análisis de las “formas puras” (portadoras de significados primarios o naturales); integradas por: *a*) configuraciones de línea y color; *b*) ciertas masas de metal o piedra como representaciones de objetos naturales; *c*) identificación de sus relaciones mutuas (hechos), que implican a su vez, las cualidades expresivas (“dolor”, “atmósferas”). Éste es el “mundo de los motivos artísticos”, cuya enumeración es una “descripción pre-iconográfica”.

A diferencia de ello, lo que la arqueología realiza, desde un punto de vista materialista histórico, es un análisis del objeto (entiéndase del producto del trabajo humano), a partir de sus cualidades esenciales, físicas, objetivas, siendo éstas las que permiten caracterizar al objeto: materias primas, técnicas de manufactura, formas y contenido ideológico (para mayor claridad, los “motivos decorativos”). Esto permite, exclusivamente, la *identificación* de las características del objeto, es decir, inferir el

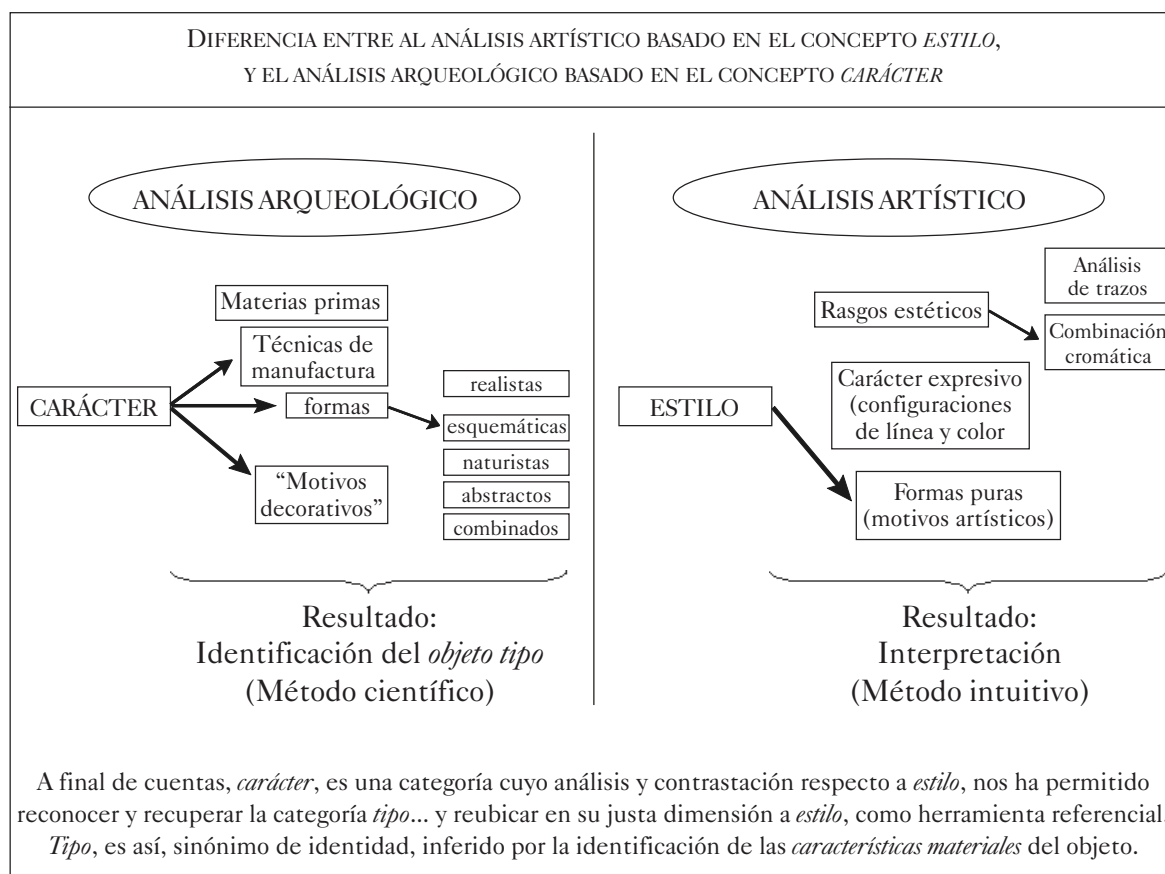
carácter del mismo, no su estilo. Con este paso, lo que procede ahora es el procesamiento de esa información, que implica *a forziiori*, el análisis del contexto espacio-temporal en el cual el objeto fue descubierto y al que suponemos pertenece, y sólo así, proceder a la interpretación del significado, tanto del contexto, como del objeto.

La diferencia entre ambos procedimientos no radica sólo en las bases teórico-metodológicas distintas, sino que, como consecuencia de ellas, el análisis arqueológico permite establecer el tipo⁵ del objeto, es decir, las características que lo hacen único entre un vasto conjunto de objetos; lo diferenciamos de los otros, merced a sus características objetivas (esenciales, físicas, reales). No hemos seguido el criterio estilístico, subjetivo, sino el de las características observables de su naturaleza física, no el de nuestras apreciaciones estéticas (véase esquema 1).

Un ejemplo que aporta mayor claridad al debate sobre la diferencia entre ambas maneras de abordar el análisis de los objetos, lo encontramos en varios trabajos de Beatriz de la Fuente (1966:8), quien señala que posiblemente “... toda *forma artística*, en este caso, los *jeroglíficos*, debe de corresponder a un *sentido verdadero* de la realidad”. Las cursivas son mías, para enfatizar que desde mi punto de vista, estos conceptos de la historia del arte son radicalmente distintos a los de la arqueología. El trasfondo está en la posición teórica con la cual se asume una concepción del mundo. La “forma artística”, así como los “jeroglíficos”, no son otra cosa que signos, los cuales han de entenderse no como la correspondencia con un “sentido verdadero” de la realidad, sino como la representación, o sea, el *reflejo ideológico* (metafórico, concedamos) de la realidad que se vive.

En otro trabajo, De la Fuente (1967) asume que en el caso de los dinteles mayas (como ejemplo el Dintel 48 de Yaxchilán), “los *jeroglíficos* son el *objeto artístico*, considerados como unidad formal, compacta, recortada e independiente”. Sobre el punto, he de decir en primer lugar,

⁵ Una discusión sobre el concepto “tipo”, se aborda páginas adelante.



● Esquema 1.

que para la arqueología, los jeroglíficos no son “objetos artísticos”, sino elementos (signos) de comunicación entre los seres humanos. En segundo lugar, que así concebidos, su importancia, para contribuir mediante su análisis a la interpretación de la sociedad que los produjo, no radica sólo en el dato cronológico que aportan, sino en su *contenido simbólico*, que en primera instancia nada tiene que ver con el “arte”, sino con la realidad material de la sociedad en cuestión; es decir, su *sentido social*. Por ello, si se asume (como lo hace la doctora De la Fuente) que en los jeroglíficos el dato es en esencia un lenguaje artístico, antes que simbólico, entonces, ese lenguaje sería discernible a partir de asumir al objeto (artístico), como una “unidad formal, compacta, recortada e independiente”. ¿Hay criterios más subjetivos que éstos? Renglones atrás establecí que el *estilo*, en los términos de Panofsky (y por ende, la historia del

arte), no es un rasgo material del objeto o cosa que se estudia, y la definición de De la Fuente lo confirma.

De esta manera, en sentido estrictamente arqueológico, el *estilo* “x” de un objeto, nos dice que se parece a otro, ya sea por su técnica de manufactura, forma, decoración, color, etcétera, es decir, que contiene ciertas características *semejantes*, no iguales, a las de otro. *Estilo*, es así, un concepto devenido *criterio*, que nos permite metodológica y sistemáticamente *comparar* a los objetos temporal o culturalmente entre sí, o bien, con referencia a otros, de otra sociedad, y/o de otra época. A final de cuentas, cuando en arqueología decimos que una escultura mexicana (por ejemplo), es de *estilo huasteco*, lo que queremos decir es que por ciertas características la primera se parece a la segunda. Es así que *estilo* es un criterio de referencia, no de *identidad*.

Carácter

Me permito proponer un ejercicio para mejor aprehender la diferencia entre *estilo* y *carácter*, a través del siguiente ejemplo: en la escultura en piedra, hagámonos de dos piezas, un brase-ro y una lápida. En ambos distinguimos: *a)* que ambas piezas están manufacturadas en basalto, como materia prima. *b)* Que la técnica de manufactura es la talla, el desbaste, el excavado y el pulido; la aplicación de color es la misma: rojo, con diseños de grecas sobre un fondo anaranjado. En cuanto a las formas, aunque evidentemente distintas por tratarse de dos tipos escultóricos diferentes, nos encontramos con que los elementos gráfico-comunicacionales, o más correctamente, que los *signos* contenidos, son comunes en muchos ejemplares de ambos tipos: volutas en espiral, bandas paralelas, chalchihuites. *c)* Que la distribución de estos elementos gráficos en los espacios es igual: sobre las bandas paralelas se colocan los chalchihuites, bandas que enmarcan al diseño de las volutas en espiral, dejando amplias áreas vacías (o sea, la composición es igual).

Lo que encontramos así, es un conjunto de rasgos de manufactura, morfológicos y de composición, comunes a dos distintos tipos de esculturas. ¿Es esto un *estilo*? ¿No se trata más bien de las *características esenciales* de la obra escultórica de una sociedad en un momento determinado de su desarrollo? Porque da la casualidad que no se trata de cosas parecidas, o semejantes entre sí, sino de objetos que comparten las mismas características esenciales, de manufactura, morfología y composición. ¿Qué sucede entonces? En primera instancia, resulta obvio que el concepto *estilo* adquiere un significado y un sentido distintos a los que originalmente se le atribuyeron, y segundo, que invadimos el campo propio de la taxonomía, cuando habíamos acordado que *estilo* no es un rasgo material de los objetos. Ahí empieza la laxitud del concepto y por ende la confusión en su aplicación, que produce distintas conclusiones. El *estilo* no caracteriza ni identifica a los objetos, sólo nos da una referencia de apariencia. Son los rasgos esenciales (de manufactura,

morfología y composición), y a su vez, estos rasgos en conjunto lo que les caracteriza, les da un *carácter* determinado. Pero entonces, ¿cómo es que decimos que este objeto es *estilo* tal?

Eso implica que al decir objetos “estilo Mezcala”, estamos diciendo que ciertas cosas *se parecen a algo* que llamamos “Mezcala”, más no que lo sean. Se le ha llamado así, debido precisamente a la adopción indiscriminada de ciertos conceptos en arqueología, sin pasarlos por el “tamiz” de la epistemología de nuestra disciplina.

Al respecto, González y Olmedo (1990:15-41) presentan un análisis interesante sobre el establecimiento de los conceptos “estilo”, “tipo”, e incluso “tradicición” aplicados al problema de las esculturas *Mezcala*, con base en las propuestas de Covarrubias, Alcina Franch, Gay, Rubín de la Borbolla y Serra Puche, sobre las cuales polemizan, aunque no concluyen una definición propia, por lo que la aplicación del concepto queda en la misma ambigüedad.

Quizás éste es el problema de fondo, porque entonces lo que es, y no que *se parece*, es el *carácter*, Mezcala en este caso. Figuras carácter Mezcala, es lo que indicaría que esos objetos, son (o fueron), producidos por un determinado grupo cultural, que ocupó cierto espacio territorial en determinado momento del desarrollo de Mesoamérica, y que se identifica por ciertos rasgos esenciales, que le imprimen un carácter peculiar, específico e inconfundible. Entonces, ahora sí para efectos taxonómicos o de clasificación, el concepto tipo adquiere mayor objetividad, basada en la identificación de lo característico de los objetos, que para el caso de las esculturas *Mezcala*, como se dijo, no parece haber un acuerdo tácito, aunque si se comparan todas las aportaciones en cuanto a las características que le identifican, no existe tanta diferencia. El problema subyace precisamente porque (desde mi punto de vista), no se ha intentado la conceptualización de “estilo”, ni “tipo”. Y ése es precisamente uno de los problemas sobre el que este ensayo propone una eventual solución, como se verá más adelante.

Valga un paréntesis para aclarar algunos aspectos sobre el concepto *tipo*. En primer lugar, este ensayo no pretende un análisis ni la

redefinición de dicho concepto, problema que se trata con toda amplitud en el texto en preparación, “Modelo taxonómico de artefactos”, ya comentado. Sin embargo, sí procura aportar ciertos argumentos teóricos y metodológicos para una mayor aproximación a la definición objetiva —de lo cual estoy convencido que es posible— del concepto *tipo*, definición, que, aclaro, no se vierte en este ensayo.

Y al margen de la discusión, que es más de carácter ontológico, sobre si tipo es una construcción mental del clasificador (Rouse, 1944), o son objetos de la realidad y del cual aprehendemos sus propiedades naturales (Krieger, 1960), es decir, de la discusión entre las perspectivas emic-etic, en este trabajo sólo se aborda y se propone que el aspecto sustantivo que debiera tomarse en cuenta para la definición de *tipo*, es el de sus propiedades naturales, definitivamente, las cuales aprehendemos, analizamos, sistematizamos y explicamos, para finalmente, conferirle un significado⁶ y con este trabajo metodológico, podamos explicar el proceso de desarrollo social en estudio. Mi propuesta es entonces que para una mayor aproximación a la definición de *tipo*, el concepto *carácter* resulta de gran apoyo teórico-metodológico, como intentaré demostrarlo en las páginas subsiguientes.

Finalmente, sobre el problema comentado en este paréntesis, me atrevo a sugerir a los interesados el sobresaliente y exhaustivo análisis realizado por Hartmut W. W. Tschauer (1985). No pretendo con ello evadir el debate, mismo que, como dije líneas antes, el “Modelo taxonómico” en preparación lo aborda a plenitud.

Volviendo al tema de lo *Mezcala*, podríamos asumir que, con base en lo expuesto por todos los autores que han tratado el problema (González y Olmedo, 1990), la escultura exclusivamente antropomorfa *Mezcala* se caracteriza principalmente por: piedra verde como materia prima; representan seres humanos de pie, con rasgos antropomórficos esquemáticos, es decir, las extremidades extendidas, rígidas, ya

sea exentas del cuerpo, o separadas por una hendidura; los rasgos faciales son esquemáticos, señalando ojos, nariz y boca con líneas talladas; la figura es plana y de poco espesor, o globular, adoptando la forma de la piedra, a la cual apenas se le ha desbastado.

Estos son, a guisa de ejemplo, algunos de los más significativos rasgos característicos, esenciales, de lo que llamamos figuras o esculturas antropomorfas *tipo Mezcala*, de manera que el tipo está definido así, por el *carácter* de dichos elementos, es decir, los rasgos que estarán siempre presentes en todo objeto que comparta esas características. Así, asumimos que ese tipo de figurillas o esculturas son características de una región de Mesoamérica, ubicada en la parte centro-este del actual estado de Guerrero, que es precisamente la región Mezcala.

Ahora bien, figurillas o esculturas *tipo Mezcala*, las encontramos en diversos sitios y regiones mesoamericanas; pero suele suceder que a estos objetos se les considera “estilo Mezcala”, y ahí es donde salta la ambigüedad. Ciertamente pueden ser *estilo Mezcala*, si el análisis morfológico y de manufactura indicara que ciertos rasgos, son semejantes y no iguales a los de las figurillas localizadas en la región Mezcala. Pero si se determinara que los rasgos son idénticos (de acuerdo a ciertos parámetros, claro), entonces lo correcto sería denominar a esas figurillas como tipo *Mezcala*. Es decir, *estilo* tiene un significado de similitud, en tanto que tipo, indica *identidad* con lo original. Por eso resulta interesante la propuesta de Covarrubias (1948, citado en González y Olmedo, 1990: 17), cuando, para el problema *Mezcala*, establece:

- a) objetos de estilo “olmeca” o de La Venta;
- b) objetos “olmecoides” u “olmeca-Guerrero”;
- c) objetos teotihuacanos y teotihuacanoides o “Teotihuacan-Guerrero”;
- d) objetos olmeca-teotihuacanos;
- e) objetos de estilos puramente locales.

Como se ve con este ejemplo, la aplicación de “estilo”, sería la correcta, excepto para el caso e), donde habría que considerarlo propiamente como *tipo*. Aquí, el concepto *carácter* no ha cumplido otra función que la de proporcionar ma-

⁶ Y en este sentido, comparto plenamente la aseveración de Binford (1975:252, citado de Tschauer, 1985:59), respecto a que “Todo significado viene de nosotros”.

yor rigor metodológico para el establecimiento correcto del *tipo* y su diferenciación con aquel objeto del cual se deriva, y/o se asemeja. El carácter, es lo que a final de cuentas caracteriza a una cosa, objeto o persona, el cual se manifiesta por ciertos rasgos específicos que nos permiten identificarlo.⁷ Esta definición del concepto carácter, como puede verse, es más congruente en su aplicación al análisis de los objetos arqueológicos, y de todo género de obra plástica, pues señala de manera específica a aquello que distingue a una cosa o grupo de cosas, en cuanto a sus rasgos esenciales, o sea, a sus propiedades objetivas. Tiene entonces un mayor énfasis en lo cualitativo de los rasgos de aquello que se estudia o a lo que se aplica el vocablo, y es así un rasgo de distinción, de originalidad.

Por todo esto, resulta el concepto más apropiado cuando lo que se busca es, desde la perspectiva arqueológica, la identificación de las características de un objeto o grupo de objetos producidos por una sociedad, es decir, establecer los *objetos tipo*.

Y muy interesante resulta el hecho de que, al comparar dos *objetos tipo*, de distintas regiones culturales, ya sea contemporáneas o diacrónicas, en función del concepto **carácter**, el resultado cuasi natural de ese ejercicio comparativo, será el *estilo*. Esto es: *carácter/carácter = estilo*.

Ejemplo de aplicación de la propuesta

Sobre esa lógica, propongo una estrategia metodológica de la aplicación arqueológica de los conceptos *carácter* y *estilo*, que ejemplifico mediante un ejercicio. En él, la identificación de esas características esenciales de los objetos, o sea, su carácter, tiene aplicación a dos distintos niveles: uno cerrado, dirigido exclusivamente a la cosa o conjunto de cosas de un mismo tipo, en una fase determinada del desarrollo de una sociedad, y otro abierto, dirigido al universo “x” de *objetos tipo* producidos por una

sociedad en una fase determinada de su proceso de desarrollo. Este nivel abierto puede incluso extenderse a una amplia caracterización de los rasgos culturales de esa sociedad, o sea, los aspectos de su cultura material que le imprimen su identidad y por lo tanto, la distinguen de sus contemporáneas.

Y el concepto *estilo* se aplica en dos distintos *ámbitos*: uno local, referido exclusivamente a un tipo de objetos “x” de una sociedad en el espacio territorial que le es propio, pero a lo largo de su proceso de desarrollo, por lo que implica un análisis de alcance diacrónico (se trata de identificar la “evolución” del tipo al interior mismo de la sociedad que lo concibió); y otro *interregional*, en el que se efectúa la identificación de ciertas características de ciertos tipos de objetos “x” de la sociedad A, en otras sociedades B, C...X, en sus respectivos espacios territoriales, que puede extenderse diacrónicamente; por ejemplo, el *signo gráfico* jaguar (felino) de los olmecas de la costa del Golfo, en otros territorios durante el Preclásico (*nivel cerrado* en el *ámbito interregional* de alcance sincrónico), y la transformación del signo, que, guardando ciertas características originales pudiese perdurar hasta el arribo de los españoles al territorio mesoamericano (*nivel cerrado* en el *ámbito interregional* de alcance diacrónico).

Es decir, con el empleo del concepto carácter, se logran bases más objetivas para la identificación de los *objetos tipo* de una sociedad, en determinado momento, o sea, a *nivel cerrado*; y en la identificación de las características de determinado conjunto de *objetos tipo* en cierta fase del desarrollo de una sociedad, o sea, a nivel abierto. *Nivel*, se refiere así a un *objeto tipo* (cerrado), o bien, a un conjunto de *objetos tipo* (abierto).

En contraparte, los análisis comparativos de esos rasgos culturales para identificar grados y puntos de “influencia” entre una cultura y otra, son más asequibles si se emplea el concepto *estilo*, en los términos aquí expuestos, ya sea en el *ámbito local*, o *interregional*, y cuyo análisis puede ser de alcance sincrónico o incluso diacrónico, a efectos de detectar cambios y permanencias de los rasgos esenciales del *objeto tipo*, de

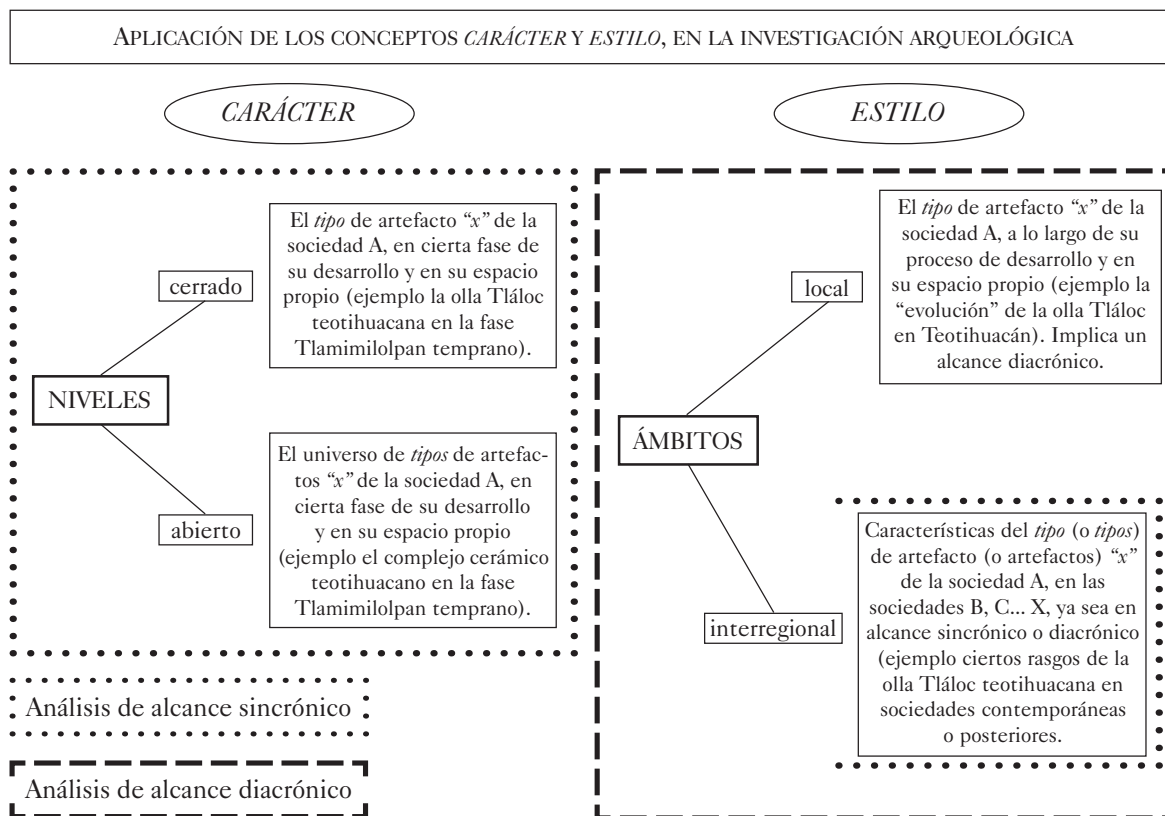
⁷ El diccionario define “carácter” como el “conjunto de cualidades o circunstancias propias de una cosa, de una persona o de una colectividad, que las distingue, por su modo de ser u obrar, de las demás”.

una cultura específica, en distintas fases de su proceso de desarrollo (*ámbito local* de alcance diacrónico), o de ese mismo *objeto tipo* de la sociedad A, en otras sociedades B, C...X, ya sean contemporáneas o posteriores a A (*ámbito interregional* de alcance sincrónico o diacrónico) (ver esquema 2).

Vayamos a otro caso imaginario para ejemplificar el manejo de los *niveles*, *ámbitos* y alcances aquí propuestos. Sin embargo, obsérvese que el ejercicio en los hechos, invade el campo del análisis iconográfico, es decir, una descripción del objeto, o signo, cuyas implicaciones se comentan al final del ejercicio:

Caso 1. Supongamos que en el análisis arqueológico de la obra pictórica de una sociedad A, detectamos edificios que corresponden a sus primeras fases de desarrollo, cuyas paredes conservan aún restos de pintura mural, y en las cuales identificamos representaciones zoomorfas (felinos, digamos), así como fitomorfas y dise-

ños geométricos varios. Supongamos que se localizan edificios de fases posteriores con murales en los cuales se representan también felinos, y que al término de la investigación, logramos ubicar con alto grado de certeza la temporalidad de muchos edificios, a lo largo de 600 años de existencia de esa sociedad. Digamos que se ha detectado que las representaciones de felinos son constantes a lo largo de ese tiempo, y que al analizar y comparar en primera instancia, las características materiales del objeto (mural), es decir, de su materia prima, técnicas de manufactura, forma de los diseños y “motivos decorativos” que le acompañan, con los aspectos morfológicos, cromáticos, posiciones de los felinos y la composición de las escenas plasmadas en los murales, notamos que ciertos rasgos corporales y faciales de los felinos son constantes, permanentes. Ahí, habremos detectado que el *carácter* de este elemento signico, es eso precisamente, un elemento que caracteriza a la obra pictórica de esa sociedad en toda su exis-



● Esquema 2.

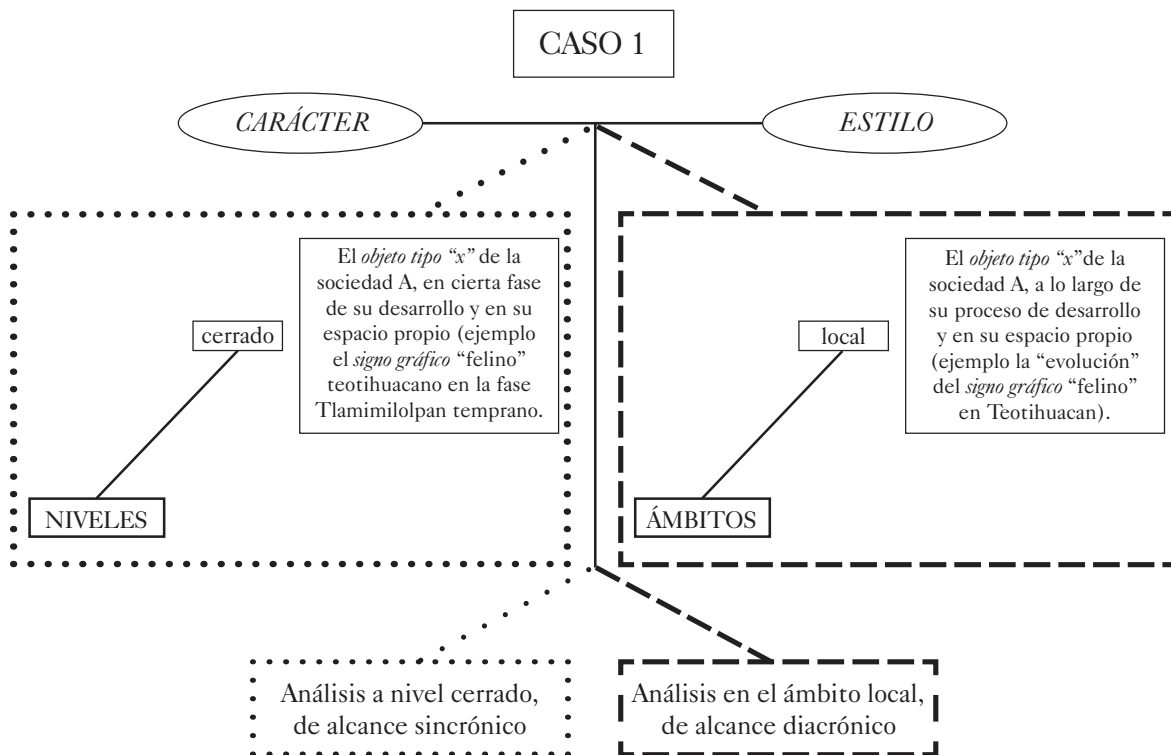
tencia (y entonces, habremos identificado un *tipo* en la obra pictórica de dicha sociedad).

Habremos efectuado así, un análisis a *nivel cerrado* en el *ámbito local* de *alcance diacrónico* (o sea, de *un objeto tipo* a lo largo del lapso de vida de la sociedad A), cuya conclusión es la identificación de una característica básica de la pintura mural de esa sociedad, en función del *signo* felino. Son esos rasgos permanentes o de poca variabilidad, lo que nos ha permitido su identificación. Han intervenido en el análisis, los conceptos *carácter* y *estilo* (ver esquema 3).

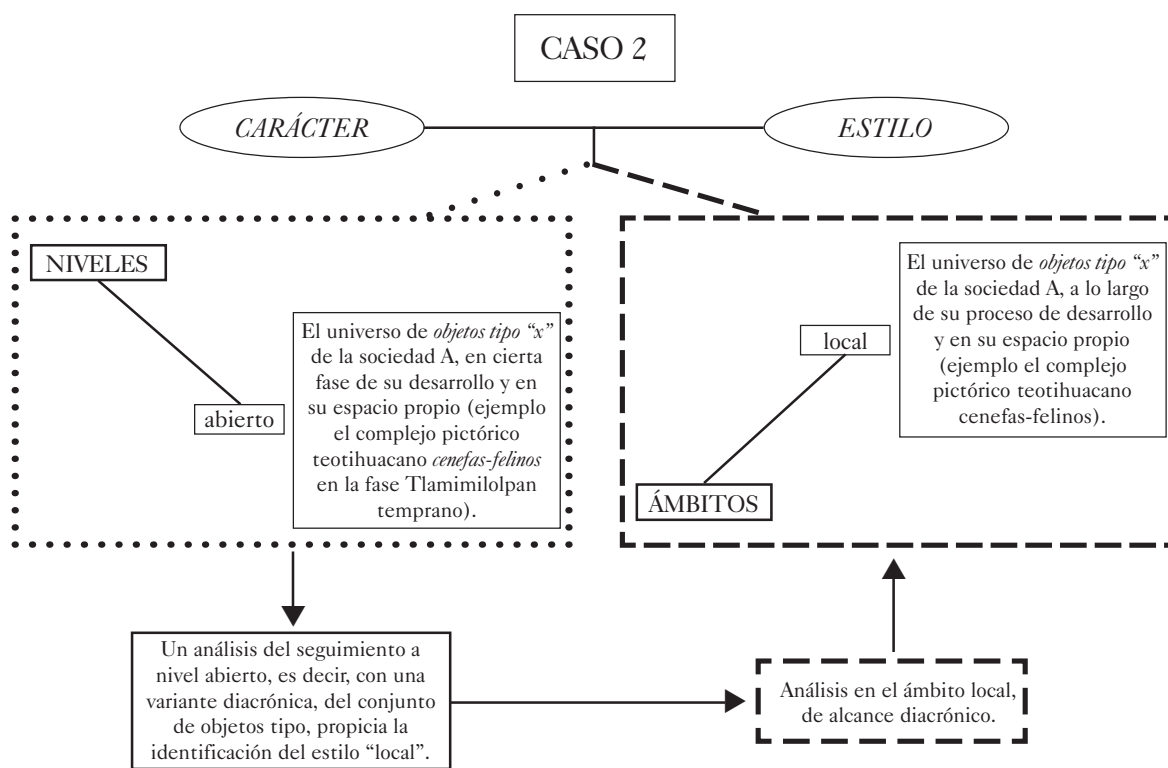
Caso 2. Pero no nos contentamos con ello, sino que procedemos ahora al análisis comparativo de los murales en función de la relación espacial del *signo* “felino”, con el *signo* “cenefa de grecas”, por ejemplo, y notamos que en los murales de las fases tempranas de desarrollo, la cenefa se ubica alrededor del felino, y más tarde sólo se plasma en la parte superior del mural con el añadido de que la greca ha variado su morfología, desvaneciendo las esquinas y haciéndose más redondeadas; y que en fases posteriores las grecas devienen más bien “olas”

y se ubican sólo en la parte inferior del mural. La primera variable que atenderemos es la *morfología del signo*, que va de cuadrangular a redondeada, y sin adentrarnos a interpretaciones del significado o simbolismo, sino simplemente en términos morfológicos, habremos detectado que el *carácter* de las grecas se ha transformado, como también la composición escénica. Notamos entonces que el *carácter* se transforma, que no permanece a lo largo de la existencia de esa sociedad, como en el caso de los felinos, y entonces podemos ahora sí, referirnos a las *diferencias estilísticas* de los murales, en función del *signo* “greca”. Es decir, afirmamos que la pintura mural de la fase terminal, posee atributos, o es, *al estilo de* la fase intermedia, y ésta de la inicial. Y tal afirmación se deriva del análisis también a *nivel abierto* en *ámbito local*, aunque de alcance diacrónico (ver esquema 4).

Caso 3. Aun más, continuamos el análisis comparando ese rasgo morfológico de las grecas con los presentes en murales de otra sociedad contemporánea a la fase en la cual se transforma la greca de rectangular a redondeada, y



● Esquema 3.



● Esquema 4.

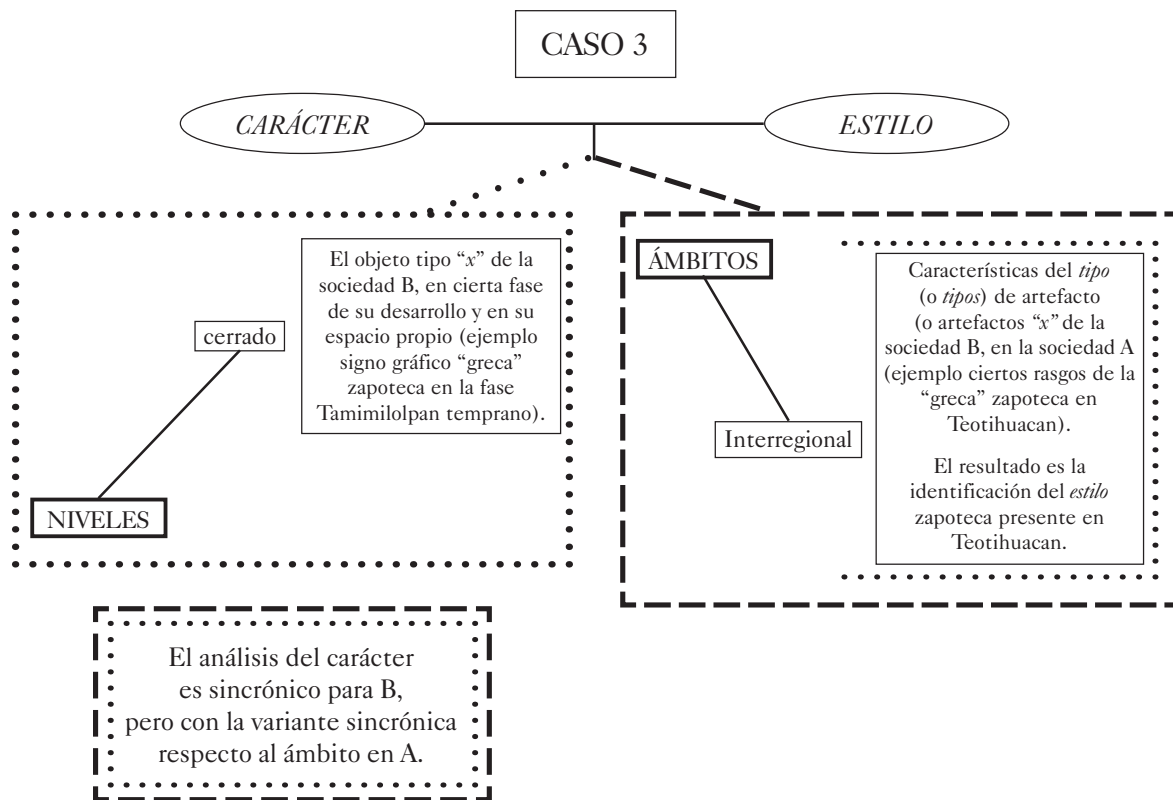
encontramos (supongamos), que en esa sociedad B situada a 400 km de distancia, prácticamente todos los murales donde se representa el *signo* "greca", éstas presentan sus esquinas redondeadas. Este análisis a *nivel cerrado* en el *ámbito interregional* (el mismo tipo de manifestación gráfica y en el mismo periodo temporal, o sea, sincrónico), nos permitiría afirmar que las grecas plasmadas en los murales de la sociedad A, son al *estilo* de las de la sociedad B. Pero que en esta sociedad B, las grecas así plasmadas, manifiestan el *carácter de su pintura mural, lo tipifican*.

Así, lo característico de B, asimilado total o parcialmente, durante mucho o poco tiempo por A, es en esta última, un *estilo* (ver esquema 5).

Nótese además, que el análisis efectuado no rebasa el aspecto meramente *iconográfico*. Con este paso, no hacemos otra cosa que una *descripción formal* (es decir, morfológica) del signo, cuyo objetivo ha sido el de identificar sus características específicas —entiéndase objetivas— y que aun cuando tal análisis coincida

plenamente en sus criterios con el que pudieran efectuar los historiadores del arte, no nos permite emitir ninguna *interpretación* del significado o función, mucho menos del simbolismo del signo, y desde luego, para nada es posible *explicar* aspecto alguno de la ideología, o de la "actitud básica" de la sociedad. Nada de eso; únicamente cumplimos la fase analítica-descriptiva de la morfología del signo, y de su composición escénica (valga el término), de acuerdo con los otros signos que le acompañan de manera invariable.

Insisto en que este análisis iconográfico, efectuado bajo el enfoque arqueológico, dirigido a la identificación del *carácter* del signo (y que nos permitirá establecer al *objeto tipo*), se basa en la identificación de ciertos rasgos objetivos como pueden ser las características morfológicas (rasgos faciales, corporales, posición adaptada, etcétera), cromatismo y composición escénica. Nótese también que empleamos los criterios de Panofsky, en cuanto a los siguientes aspectos de la "obra artística": configuraciones de



● Esquema 5.

línea y color; análisis de los trazos; combinación cromática. Estos serían aspectos físicos de las obras y por lo tanto, identificables de manera objetiva, y son los que hemos tomado en este ejemplo, pero previamente se ha establecido el *carácter* del mismo, merced al análisis de sus características materiales, como se indica en el Esquema 1, y eso, única y exclusivamente para aprehender las características del *signo* y lograr una descripción objetiva del mismo. La interpretación que pudiéramos efectuar con estos datos, no rebasa el aspecto de una caracterización, indispensable sin embargo, para avanzar hacia la explicación del simbolismo y significados del objeto y de los elementos comunicacionales inherentes.

Y sobre el punto, traigo de nueva cuenta a colación el argumento y crítica de Castellón, respecto a que estos datos deben considerarse “un buen inicio para investigar el sentido de las formas en estudio” (Castellón, 2000: 62), pero que en lugar de emplearse como tales,

muchos investigadores toman como el término de las investigaciones. Esto es, en palabras de Panofsky (2001: 18), “...un método de interpretación que aparece como síntesis más que como análisis”. Craso error, ciertamente.

De este modo, mediante la identificación del carácter, que muestra ciertos rasgos esenciales de la cultura material de una sociedad, pueden ser más fácilmente identificables (en términos cualitativos) las “influencias”, e incluso, los indicadores de dominación, no sólo cultural, sino económica, política ideológica de una sociedad con respecto a otra. Esto es, un análisis para la identificación de los *estilos* en el *ámbito interregional* y a *nivel abierto*, y ya sea de alcance sincrónico o diacrónico. Se aprecia también que el concepto *tipo*, sustentado en la identificación de los rasgos característicos (es decir, objetivos) del objeto sólo es posible atendiendo al *nivel cerrado*. Para el *nivel abierto* se requeriría el análisis de todos los tipos posibles en la mayor variedad de objetos.

El ejemplo aquí desarrollado pudiera resultar exageradamente general, pero me parece que en efecto, enfatiza la diferencia que concibo en este ensayo, en cuanto a los conceptos carácter y estilo. Por ende, concluyo que esta propuesta de redefinición de estilo, al diferenciarla correctamente del concepto **carácter**, permitirá a los arqueólogos mayor objetividad en nuestras investigaciones, simplemente porque evita esa confusión de considerar indistintamente a los *tipos*, como *estilos*.

Un último comentario se refiere al hecho de que tanto los conceptos estilo, como tipo, se han empleado por la historia del arte y la arqueología para el establecimiento de fases, horizontes y hasta épocas. Véanse para el caso, los trabajos de Krieger (1944), Ford (1954), Spaulding (1953), Smith (1979), Rouse (1962), entre otros. Si en este ensayo se incide en esta dirección con el concepto *carácter*, se debe a mi convencimiento de que en efecto, *carácter*, *tipo* y *estilo*, conducen de manera irremediable a tales destinos.

A manera de conclusión

Las reflexiones vertidas en este ensayo (a pesar de su título), no pretenden una confrontación personal con los historiadores del arte, pero sí entre éstos con los arqueólogos (confío que así sea), con una finalidad ciento por ciento académica: avanzar al establecimiento de bases teórico-metodológicas sólidas para el análisis de la ideología de las sociedades mesoamericanas, por lo pronto.

Me parece entonces, que la discusión deberá enfocarse a la mutua defensa de los principios teóricos arqueológicos y de la historia del arte en cuanto a sus respectivos procesos de investigación, centrados esencialmente en el diferenciado concepto *estilo*, en su uso y su alcance.

Y reitero, que entre la propuesta panofskiana (y de hecho, de los historiadores del arte), que considera la interpretación como el clímax de la investigación de la obra de arte, y la propuesta marxista-semiótica que aquí se sustenta, que considera que el proceso análisis-clasificación-interpretación del contenido informacional y

comunicacional de los artefactos, es el paso necesario para la construcción de las hipótesis, para continuar con bases sólidas a su contrastación y luego entonces a la enunciación de la explicación del fenómeno en estudio, la diferencia es abismal.

Bibliografía

- Angulo, Jorge
1995. "Teotihuacan. Aspectos de la cultura a través de su expresión pictórica", en Beatriz de la Fuente (coord.), *Pintura Mural Prehispánica en México, I, Teotihuacan*, t. II: Estudios, México, IIE-UNAM, pp. 65-186.
- Blauberger, I. *et al.*
1978. *Diccionario marxista de filosofía*, México, Ediciones de Cultura Popular.
- Carnap, Rudolf
1968. *Logische Syntax der Sprache*, Wien, Springer-Verlag.
- Castellón Huerta, Blas Román
2000. "El jaguar rugiente", en Beatriz Barba (coord.), *Iconografía mexicana II. El cielo, la tierra y el inframundo: águila, serpiente y jaguar*, México, INAH (Científica, 404), pp. 61-67.
- Covarrubias, Miguel
• 1948. "Tipología de la industria de piedra tallada y pulida de la cuenca del río Mezcala", en *El Occidente de México*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 86-90.
- Cyphers Guillén, Ann
• 1989. "El arte prehispánico mesoamericano: una respuesta al disidente", *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, núm. 11, septiembre de 1989, México, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura-UNAM, pp. 9-10.
- Ford, J. A.
• 1954. "On the concept of types", *American Anthropologist*, 56 (1), pp. 42-57.
- Frege, Gottlob
1973. *Estudios sobre semántica*, Barcelona, Ariel.

Fuente, Beatriz de la

• 1966. “La conciencia histórica entre los mayas clásicos a través de su escultura”, *Anales del IIE*, vol. 9, núm. 35, pp. 5-14.

1967. “Las esculturas de Yaxchilán en el Museo de Antropología”, *Anales del IIE*, vol. 9, núm. 36, pp. 5-14.

1977. *Los hombres de piedra. Escultura olmeca*, México, IIE-UNAM.

• Fuente, Beatriz de la, Silvia Trejo y Nelly Gutiérrez Solana
1988. *Escultura en piedra de Tula. Catálogo*, IIE-UNAM, Cuadernos de Historia del Arte, núm. 50.

• Fuente, Beatriz de la (coord.)
1955. *Pintura Mural Prehispánica en México. I, Teotihuacan*, México, IIE-UNAM.

• Gándara Vázquez, Manuel
1994. “Consecuencias metodológicas de la adopción de una ontología de la cultura: una perspectiva desde la arqueología”, en J. González y J. Galindo (eds.), *Metodología y cultura*, México, Conaculta (Pensar la Cultura).

• Godelier, Maurice
1980. *Economía, Fetichismo y Religión en las Sociedades Primitivas*, México, Siglo XXI.

• González, Carlos Javier y Bertina Olmedo Vera
1990. *Esculturas Mexcala en el Templo Mayor*, México, INAH (Divulgación).

• Gombrich, E. H.
1979. “Estilo”, en David L. Sillis (director) *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, vol. 1*, Edición española. Vicente Cervera Tomás (director), Aguilar, S.A. de Ediciones, 2ª Reimpresión, pp. 497-505.

• Jiménez García, Elizabeth
1998. *Iconografía de Tula. El caso de la escultura*, México, INAH (Científica, 364).

• Krieger, A.D.
1944. “The typological concept”, *American Antiquity*, 9 (3), pp. 271-288.

1960. “Archaeological typology in theory and practice”, en A. F. C. Wallace (ed.), *Men and Cultures*, Selected Papers of the Fifth ICAES,

Philadelphia, University of Pennsylvania Press, pp. 141-151.

• Lafuente, Enrique
2001. “Introducción”, en Erwin Panofsky, *Estudios sobre iconología*, Madrid, Alianza (Alianza Universidad, 12), pp. IX-XL.

• Litvak King, Jaime
1985. “El estudio del arte mesoamericano: un punto de vista disidente”, *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, núm. 6, noviembre de 1985, México, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura-UNAM, pp. 3-9.

• Marx, Karl
1996. “Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política”, en *Introducción general a la Crítica de la Economía Política / 1857*, Introducción de Umberto Kuri, Siglo XXI (Biblioteca del Pensamiento Socialista), 24ª ed., México, pp. 65-69.

• Medina Vega, Miguel
s/f. “Carta a Leticia González”, manuscrito.

• Morelos García, Noel
1991. “Multiplicidad en la representación de felinos; y a propósito de los análisis de pintura mural y escultura, la crítica”, en *Teotihuacan 1980-1982. Nuevas Interpretaciones*, México, INAH (Científica, 227), pp. 233-258.

• Panofsky, Erwin
2001. *Estudios sobre iconología*, prólogo de Enrique Lafuente Ferrari, Madrid, Alianza (Alianza Universidad, 12).

• Ripa, Césare
1996. *Iconología*, Madrid, Akal.

• Rouse, Irving
1944. “On the typological method”, *American Antiquity*, 10 (2), pp. 202-204.

1962. “The strategy of culture history”, Sol Tax (ed.), *Anthropology Today. Selections*, Chicago, University of Chicago Press.

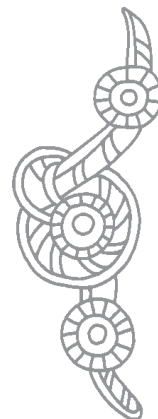
• Shapiro, Meyer
1953. “Style”, A. Kroeber (ed.), *Anthropology Today, An Encyclopedic Inventory*, The University of Chicago Press, Chicago.

- Spaulding, A.C.
1953. "Statistical techniques for the discovery of artifact types", *American Antiquity*, 18 (4), pp. 305-313.

- Smith, M.E.
1979. "A further criticism of the type-variety system: the data can't be used", *American Antiquity*, 44 (4), pp. 822-826.

- Taube, Karl
• 1984. "The Teotihuacan Spider Woman", *Journal of Latin American Lore*, 9:2, University of California, USA, pp. 107-189.

- Tschauner, Hartmut W. W.
1985. "La tipología: ¿herramienta u obstáculo? La clasificación de artefactos en arqueología", *Boletín de Antropología Americana*, núm. 12, diciembre de 1985, México, IPGH, pp. 39-74.



Comentarios y debates

La sabiduría del equívoco: respuesta a Francisco Rivas Castro

*Blas Román Castellón Huerta**

Fascinante ejercicio de retórica, categórica y terminante, es la respuesta de Francisco Rivas Castro a las objeciones que me permití hacerle en el número 32 de esta revista. Caro me ha costado el atrevimiento de señalar algunas inconsistencias en su trabajo original. Punto por punto, Rivas ha derrumbado con precisión y contundencia inusuales cualquier pretensión mía de señalar que se equivocó en sus propuestas. Con estilo perentorio y tajante que ignora los matices, ha expuesto de manera lúcida cómo denostar a su imprudente crítico de un modo implacable. Aun en las partes donde observo mérito en su trabajo, me ha demostrado de modo irrefutable cuán lejos me encuentro del auténtico avance científico.

Es una verdadera lástima que todo este despliegue de deslumbrante sabiduría y escrupulosidad en su respuesta (*Arqueología* 33) no se haya manifestado de igual manera en su trabajo original, lo cual habría ahorrado mis comentarios. Claro está que todos cometemos errores, y Rivas reconoce con gran humildad algunos de los suyos. Por esto mismo, me resulta inexplicable el hecho de que los problemas fundamentales que señalé en su artículo original continúen gozando de buena salud en su iracunda respuesta.

Estoy consciente que volver a subrayar los problemas que comenté con anterioridad me pone en una situación vulnerable y me deja totalmente inerme ante su extensa erudición. Pero no veo otra salida, así que resignadamente lo intentaré por última vez y de manera muy breve, esperando que Rivas sea magnánimo conmigo.

Me siento apenado de volver a recordarle que su identificación de algunos topónimos del *Lienzo de Astata* con poblaciones de la región sur de Puebla y noroeste de Oaxaca no sólo es insostenible, sino que raya en la obcecación, a pesar de que él conoce la evidencia en contra. También lamento insistir en que su identificación de los glifos de Cutha y Zapotitlán en el *Lienzo de Tlapiltepec* no está demostrada en absoluto por más que maniobre los argumentos en su contra para sacar de su mágico sombrero una nueva interpretación que no hace sino crear un nuevo problema. De verdad me aflige molestarlo nuevamente para indicarle que la arqueología, la geografía y la historia de su área de interés no concuerdan con sus observaciones hechas sobre un mapa del siglo XVIII, mismas que “por falta de espacio” se vio impedido de defender.

Insistir en mayores detalles de esta discusión es inútil. Es mejor para el lector interesado desandar el camino, leer su texto original y mi crítica al mismo, ya que poco o nada sustancial

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.
blasca@servidor.unam.mx

agrega Rivas en la réplica que aquí comento. Eso sí, en cada ocasión yo he salido raspado por no comprender la trascendencia teórica y metodológica de sus planteamientos y aun de sus propios traspiés, a los cuales él coloca convenientemente del lado del respeto a la diferencia y a la diversidad de opinión. Obviamente, dentro de ese pretendido respeto no caben las impugnaciones a su brillante trabajo, las cuales sólo pueden ser materia de descalificaciones y escarnios.

Curiosamente este mismo procedimiento no es aplicado de manera consistente por Rivas a aquellos autores en los cuales apoyé mis observaciones, ya sea de modo indirecto o por comunicación personal (Nalda, Güemes, Kroefges, Johnson) a quienes prudentemente evita criticar para mostrar, mediante coléricas inculpaciones, que aquí el único malintencionado que perdió la brújula y el pensamiento lógico soy yo. Después de semejante vapuleada, ya voy comprendiendo las consecuencias de enfrentar a un auténtico representante del rigor teórico, aunque todavía no logro entender como encajan en toda esa omnisciencia errores de tal dimensión como confundir regiones, periodos y rasgos geográficos; más aun cuando se trata de un artículo dedicado a la arqueología y la cartografía de un área que se supone que el autor conoce bien. Tampoco alcanzo a comprender cómo una mente tan acuciosa e inquisitiva tiene el reiterado hábito de parafrasear autores a los que olvida citar; sugiere que hay máscaras sin ojos y sin rostro; y toma el dicho de un anciano como sustituto del reconocimiento de superficialidad.

En fin, creo que mi ingenuo intento por iniciar un debate académico mediante argumentos serenos y objetivos no tuvo éxito, pero sí en cambio graciosas muestras de ironía y ex abruptos por parte de mi interlocutor, tentación difícil de resistir como advertirá el lector. Por lo mismo, no me parece que esta discusión tenga mucho futuro. Si como dice Rivas, pronto corregirá sus pequeños errores, seguramente en breve nos regalará una serie de artículos sólidos y reveladores sobre su área de interés; así sea. No obstante, hay dos cosas que me hacen

sentir aliviado de haber llegado a este punto. Una, es que el artículo, o más bien dicho: el “trabajo preliminar” en cuestión, sirvió al menos para inaugurar esta sección de comentarios y debates. La otra, es que a pesar de todos mis despropósitos, Rivas me otorga la posibilidad de su generosa indulgencia al sentirse afortunado de compartir conmigo intereses y centro de trabajo. No quiero ni pensar lo que habría quedado de mi futuro académico si las cosas no fueran de este modo.

Por mi parte, me rindo y me retiro de esta arena, abrumado ante la evidencia del portentoso pensamiento lógico que posee mi formidable polemista, quien ha obrado el milagro de mostrarnos cómo del caos y la confusión originales pueden surgir la luz y la verdad para eterno asombro del mundo académico.



Hallazgos en dos sitios de la periferia de Tenayuca

*Susana Lam García**

Como parte de los trabajos de investigación y protección que realiza el INAH a través de la Dirección de Salvamento Arqueológico, en el verano del 2003, se llevó a cabo un rescate en la periferia de la ciudad prehispánica de Tenayuca, cuyo templo mayor fue descubierto en 1898 por don Leopoldo Batres y declarado monumento histórico en 1914 (Limón, 1997:7).

La fundación de este lugar, según Jiménez Moreno (1954-1955:28) está relacionada con la migración de grupos chichimecas entre 1172 y 1224 d.C. (5 técpatl), quienes comandados por Xólotl se desplazaron hacia la región poniente de la cuenca de México, estableciéndose en esta ciudad, la que permaneció hasta el año 1521 d.C. aun cuando Quinatzin (cuarto gobernante) decidió trasladar la capital de este señorío a la ciudad de Texcoco. Así se consolidó la supremacía de este grupo en una buena porción de la cuenca, pero este suceso restó importancia a la ciudad de Tenayuca, la cual persistió con un rango menor y subordinada a la nueva capital y bajo el cargo de Tēnancacalzin.

El área explorada, se localiza a unos 350 m al sur del centro ceremonial, en un predio utilizado actualmente como talleres de los autobuses de la empresa Tres Estrellas de Oro, en el que se tiene proyectado la edificación de una

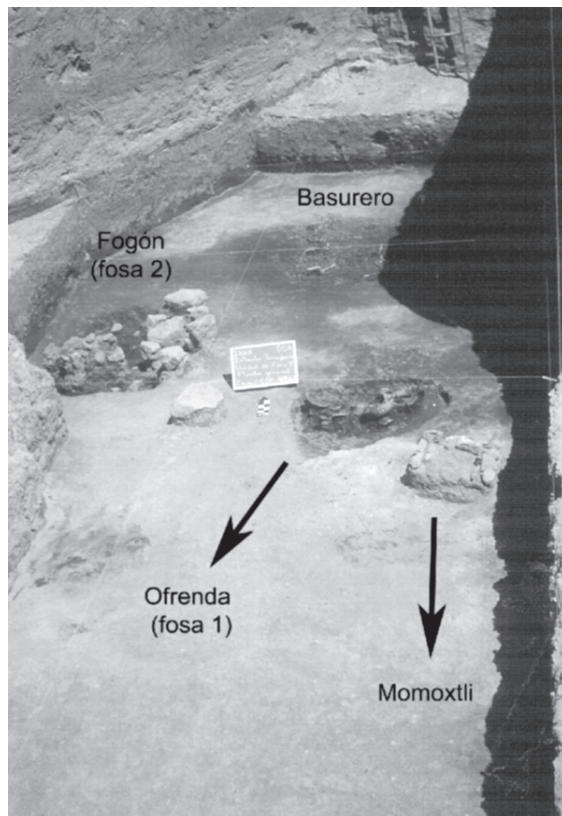
unidad habitacional de 180 edificios que albergarán 1 800 viviendas, con escuela, deportivo, iglesia y áreas verdes.

A partir de los sondeos practicados en diversos puntos de esta propiedad, se definieron dos áreas de ocupación, la primera corresponde a un pequeño asentamiento distribuido en un radio aproximado de 3 m, construido en su mayoría con materiales perecederos. En este espacio registramos una pequeña estructura en buen estado de conservación, de forma rectangular, conformada de piedra andesita consolidada con arcilla, que inferimos pudo ser utilizado como altar “momoxtli” (fig. 1).

A unos 0.40 m al norte de este elemento, se registró una ofrenda al interior de una fosa de aspecto más o menos circular (1.10 x 0.90 m) de la que se recuperaron diversas piezas: cuatro copas Rojo Texcoco, dos cajetes subhemisféricos, un cajete de silueta compuesta Naranja Alisado y una pipa, además de fragmentos de navajillas de obsidiana y figurillas de barro antropomorfas y zoomorfas (búho y perro) (fig. 2).

A 1 m al noreste de la ofrenda, se localizaron diversas piedras irregulares de entre 0.30 y 0.10 m que rodeaban y delimitaban parcialmente una segunda fosa; al interior y alrededor de ella, se recuperaron: fragmentos de manos de metate, pulidores, morteros y tiestos de grandes dimensiones, la mayoría de ellos correspondientes a ollas de uso doméstico, así como

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.
susanalam3@hotmail.com



● Fig. 1 Elementos arqueológicos registrados.



● Fig. 2 Detalle de la ofrenda.

también un átlatl de madera (fig. 3), mismo que fue pegado y consolidado por el restaurador Francisco Revilla adscrito a la Dirección de Salvamento Arqueológico.

Al norte de esta ofrenda se detectó un basurero prehispánico del que se obtuvieron hue-

sos de diversas especies: guajolote (*Meleagris gallopavo*), pato (*Anas*), ave (*Calidris melanotos*),¹ roedor y perro (*Canis familiaris*), de este último de acuerdo con la identificación de la bióloga Alicia Blanco Padilla, se reconocieron seis individuos de talla grande, mediana y pequeña; todos ellos asociados a restos de carbón y fragmentos de cerámica.

Otros materiales relacionados con las actividades que pudieron desarrollar los habitantes de este lugar son: cuchillos, raederas y una punta de proyectil, todos ellos de obsidiana verde, además de gran cantidad de cerámica denominada “salinera” de los tipos “Villa” e “Impresión textil” que se ha asociado a la producción, distribución y uso de la sal (Sánchez, 1989:82), materia prima utilizada por los grupos asentados en el área limítrofe del lago de Texcoco, en este caso presumiblemente dedicados a la caza y curtido de pieles.

El fechamiento relativo del conjunto de estos elementos, determinado a partir del análisis cerámico, mostró un alto porcentaje de material de la fase Azteca II, lo que me permite plantear como hipótesis, que esta ocupación pudo estar relacionada con las subestructuras II y III del Templo Mayor de Tenayuca.²

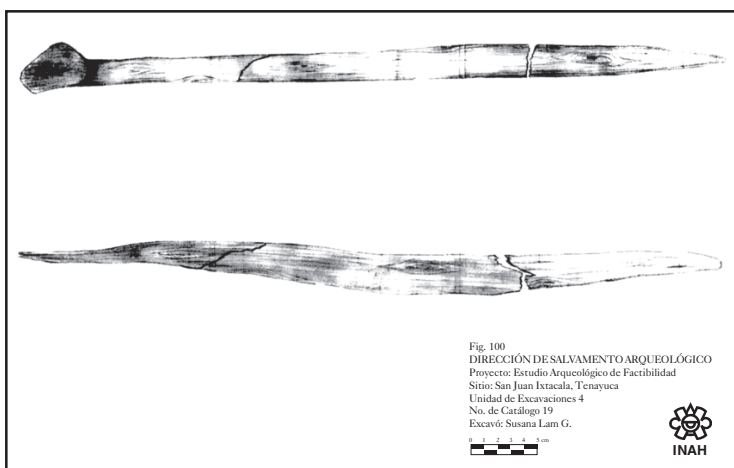
El segundo sitio lo constituyó un camino secundario registrado en el extremo noreste del predio, muy

¹ Ave cuyo hábitat era la ribera de los lagos (Alicia Blanco, comunicación personal).

² En 1963 con la idea de ampliar la información recuperada en el Proyecto Tenayuca 1925-28, para el montaje de la Sala Mexica que formaría parte del Museo Nacional de Antropología, el doctor Alfonso Caso comisionó a Jorge R. Acosta para realizar un nuevo reconocimiento en la estructura piramidal que permitiera fechar las subestructuras registradas y

establecer la evolución de este monumento.

Como resultado de este estudio, se expuso una primera ocupación teotihuacana definida exclusivamente a partir de cerámica de esta cultura, dado que no se encontró ninguna estructura arquitectónica asociada. Con relación a la estructura I se planteó dos momentos de ocupación, ambos correspondientes a la cultura tolteca caracterizada la primera por cerámica Coyotlatelco y la segunda por tipos Mazapa.

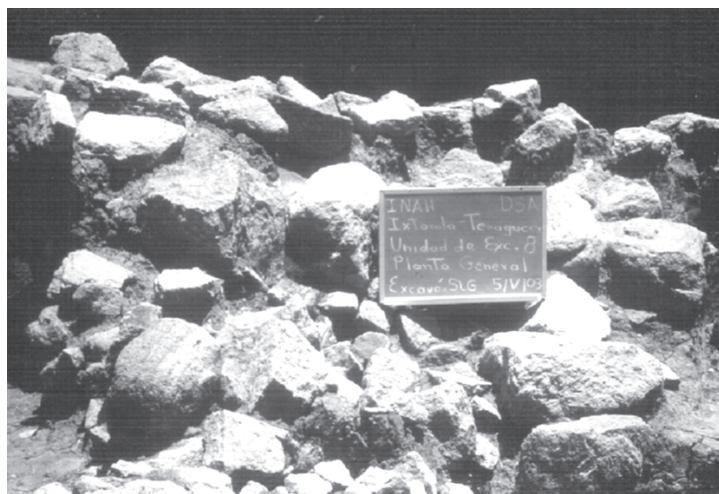


● Fig. 3 Átlatl de madera.

cerca de la avenida Río Tlalnepantla. El empedrado que constituye dicho camino fue construido con tierra y piedras andesitas (de forma y tamaño irregular), dispuestas unas junto a otras de forma continua, formando en algunos casos algunos desniveles a manera de peralte (fig. 4).

Por la irregularidad que presenta la superficie de las piedras suponemos que éstas se encontraban cubiertas con tierra, manteniendo con ello una superficie plana.

A partir de la excavación extensiva y de los dos sondeos practicados para detectar su continuidad y dirección, pudimos observar que tiene una longitud de 19 m, con dirección suroeste-noreste (fig. 5), la cual no es continua en línea recta, ya que en ambos extremos pudo registrarse que presentan diferentes desviaciones, así por ejemplo la orilla suroeste, cambia de dirección hacia el noroeste de Tenayuca, lo que nos hace suponer que



● Fig. 4 Detalle de un desnivel del camino.

Las estructuras II y III se relacionaron a cerámica Azteca II, perteneciente a grupos chichimecas o mexicas, mientras que la cerámica de la estructura IV la asociaron también con cerámica Azteca II, observando una evolución en los motivos decorativos que caracterizan al tipo Azteca III, por lo cual marca esta estructura dentro de un periodo de transición. La estructura VI fue asociada específicamente con la cerámica Azteca III, y se encontraba en uso al momento de la conquista española.

podría conducir al sitio prehispánico de Zahuatlán,³ localizado en la actual colonia Valle Ceilán del municipio de Tlalnepantla, Estado de México.

Mientras que la orilla noreste prosigue hacia el noreste y sureste, en la primera de éstas direcciones dirigiéndose muy seguramente hacia la calzada de Tenayuca,⁴ la cual llegaba a las puertas del recinto ceremonial de esta ciudad, ubicando su trazo sobre la actual avenida Vallejo (Carballal y Flores, 1989:74).

La temporalidad de esta construcción fue determinada a partir de los materiales arqueológicos recuperados en asociación con la capa V, la cual presentó un mayor porcentaje de tipos cerámicos de la fase Azteca III. Retomando nuevamente el planteamiento de Caso (1963), esto se relaciona con la última construcción del Templo Mayor, que es la estructu-

³ Se ubica entre Tlalnepantla y Tenayuca. Según Pedro Carrasco (1998) este sitio posiblemente formaba parte del señorío de Tenayuca.

⁴ Esta calzada está referida en el Plano de Alonso de Santa Cruz (1555). Según Carballal y Flores (1989) "...comunicaba a la ciudad de Tlatelolco con Tenayuca y tenía una longitud de cerca de siete kilómetros... y una amplitud aproximada de 15 m..."



● Fig. 5 Vista parcial del empedrado.

ra que se encontraba en uso al momento de la conquista española.

Bibliografía

- Acosta, Jorge
1965. "Tenayuca, exploraciones de 1963", *Anales de Antropología e Historia*, t. XVII (sobretiro), México, pp. 117-12.
- Carballal Staedtler, Margarita y María Flores Hernández
1989. "Las calzadas prehispánicas de la Isla de México. Algunas consideraciones acerca de sus funciones", *Arqueología, Boletín INAH*, núm. 1, enero-junio, segunda época.
- Carrasco, Pedro
1998. "La historia Tepaneca", en *Historia general del Estado de México 2, Época prehispánica y siglo XVI*, México, Gobierno del Estado de México, El Colegio Mexiquense, pp. 291-331.

- Jiménez Moreno, Wilberto
1954-1955. "Síntesis de la Historia Precolombina del Valle de México", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XIV, pp. 219-236.

- Lam García, Susana y Gonzalo Díaz Pérez
2003. "Informe final del estudio arqueológico de factibilidad realizado en San Juan Ixtacala-Tenayuca (denuncia 2002-187)", México, Dirección de Salvamento, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

- Limón Boice, Morrison
1997. "Tenayuca: Cuenca de México", *Expresión Antropológica. Revista cultural*, nueva época, núm. 3 "Nezahualcoyotl", México, pp. 7-15.

- Sánchez Vázquez, María de Jesús
1989. "La producción de la sal en un sitio del posclásico tardío", *Arqueología. Revista de la Dirección de Arqueología del INAH*, segunda época, núm. 2, pp. 81-87.

1997. "Informe trimestral", México, Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, mecanoscrito.



Jüergen Kurt Brüggemann Schmidt (1942-2004)

In memoriam*

*Yamile Lira López***

Jüergen Kurt Brüggemann Schmidt nació el 7 de julio de 1942 en Paderborn, Alemania. Fue el primer hijo, de dos hermanos. Su padre, Wolfgang Brüggemann, fue cardiólogo; su madre, Ilse Schmidt de Brüggemann, cuidaba de la familia.

Según el expediente personal existente en la Coordinación Nacional de Arqueología, en 1948 Jüergen ingresó a la primaria en la ciudad de Münster en Westfalia, posteriormente cursó la Escuela Superior del Estado en Neheim-Hüsten e Ising am Chiemsee y aprobó los exámenes oficiales del Bachillerato en el Estado Libre de Baviera. La secundaria y el bachillerato los realizó en una escuela de jesuitas donde aprendió filosofía, teología y latín; posteriormente estudió ruso, italiano y francés.

En 1963, a los 21 años, llegó a Veracruz vía marítima. Por medio de unos amigos que radicaban en México tuvo la oportunidad de entrar a la Escuela Nacional de Antropología e Historia para estudiar Antropología pues tenía interés por las culturas antiguas como la mesoamericana e incaica.

Sobre sus estudios profesionales en México se sabe que de 1965 a 1966 cursó la carrera de

Antropología en la Universidad Iberoamericana, continuando en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la especialidad de Arqueología, obteniendo el grado académico de arqueólogo en la ENAH y el de maestro en Ciencias Antropológicas de la UNAM en 1969 con la tesis: “El sur del centro de Veracruz: un área en transición”.

De 1970 a 1973 cursó los estudios correspondientes al doctorado en la UNAM y obtuvo el grado de doctor en Antropología en 1978 con



* Agradezco a José Ramírez jefe del Archivo Técnico del INAH por las facilidades otorgadas para la consulta de los documentos, así como a varios colegas por la información proporcionada para detallar este trabajo.

** Instituto de Antropología, Universidad Veracruzana.
yamile27@yahoo.com

el tema: Forma y estructura de la arqueología moderna.

Estos grados académicos los adquirió cuando ya trabajaba en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, donde ingresó en 1967.

Podemos hablar de dos etapas en casi 37 años de trabajo arqueológico: durante los primeros once años (1967-1978) Jürgen se dedicó a diversas tareas del quehacer arqueológico, adquiriendo experiencia en la arqueología mexicana de ese entonces y formando su posición como arqueólogo: numerosas inspecciones, registros de piezas arqueológicas, su tesis de maestría y doctorado, trabajo de campo en diversos sitios de Mesoamérica y primeras publicaciones, en las cuales muestra su inquietud por las dificultades existentes en los planteamientos teóricos y metodológicos presentes en la arqueología mexicana, en la cual empiezan a incursionar las tendencias de la “Nueva Arqueología”. La segunda etapa se concentra en la arqueología de la Costa del Golfo.

En la primera etapa, en 1966, realizó excavaciones arqueológicas en los Reyes, San Luis Potosí, bajo la dirección de la arqueóloga Beatriz Braniff Cornejo.

En 1967 participó en excavaciones de salvamento arqueológico en el metro de la ciudad de México, bajo la dirección del arqueólogo Ariel Valencia Ramírez.

De 1967 a 1970 trabajó en el Museo Nacional de Antropología y en 1968 hizo un reconocimiento de superficie en el Centro de Veracruz y excavaciones estratigráficas en los sitios arqueológicos de Tetela, Oaxaca, los Changos, Medellín de Bravo y Palmillas en Veracruz bajo la dirección del doctor Román Piña Chan.

En esa investigación le interesa estudiar la transición del Clásico al Posclásico, el cambio cultural de la región enmarcado dentro de un proceso cultural. Para ello analiza los materiales arqueológicos obtenidos en el reconocimiento de área y de excavación de varios sitios de la Mixtequilla. Para la arqueología veracruzana, este trabajo es relevante pues reconoció los sitios de la Joya (Medellín de Bravo, Veracruz), Rancho del Padre (Medellín de Bravo, Veracruz), Tetela (Acatlán, Oaxaca), Arévalo I

(Cosamaloapan, Veracruz), Arévalo II (Cosamaloapan, Veracruz), Los Changos (Tierra Blanca, Veracruz), La Yagua (Cosamaloapan, Veracruz), El Mirador (Cosamaloapan, Veracruz), Dos Bocas (Atitlán, Veracruz), Marinela (Atitlán, Veracruz), Casa de Piedras (Alvarado, Veracruz), Los Cerritos (Cuitláhuac, Veracruz), El Palmar (Carrillo Puerto, Veracruz), Palmillas (Yanga, Veracruz), Amatlán (Amatlán, Veracruz), Peñuela (Amatlán, Veracruz), Fortín (Fortín, Veracruz), Coscomatepec (Coscomatepec, Veracruz), Rancho del Pochote (Ixtaczoquitlán, Veracruz) (Brüggemann, 1969: 10-14, 21).

Clasificó los sitios de manera jerárquica identificando un patrón de asentamiento disperso sin concentraciones políticas de orden mayor, sin embargo observó que el sitio de Tetela, Oaxaca presenta un patrón de asentamiento diferente, con una mayor población, agricultura intensiva, agrupamiento planificado de estructuras orientándose a un eje y un sistema constructivo formado por cantos rodados revestidos con una capa de mezcla de cal, reflejando algo de la concepción del patrón de asentamiento del altiplano y con ello de su organización sociopolítica (*ibidem*: 19, 20).

Del análisis estadístico de los tipos cerámicos concluyó que Tetela presenta una ocupación continua, iniciando en el Clásico, pasando por una fase transicional al Posclásico temprano y termina en el Posclásico tardío, contando con la presencia de cerámicas como “comales”, TS-Policromo, “Cepillado”, “Sellado”, “Aztecoide” (*ibidem*: 185, 186, 190).

Con ello evidenció que este sitio tuvo diferentes influencias durante su desarrollo histórico cultural, implicando cambios culturales en mayor o menor grado, además generalizó la falta de cambios cualitativos durante el Preclásico superior y Clásico en comunidades de la zona central y sur del Golfo debido a que no hay cambios en el patrón de asentamiento, en la densidad de población, en las formas y acabado de la cerámica doméstica ni en la religión (*ibidem*: 203).

Para la fase transicional, finales del Clásico principios del Posclásico, varios sitios del Preclásico y Clásico desaparecen y hay un cambio

cultural notorio en el sitio de Tetela, cambio que lo generaliza para otros sitios como Cerro de las Mesas, Quauhtochco, Quiahuiztlan, Comapán, Cerro Montoso entre otros, los cuales presentan elementos que indican contacto directo con pueblos del Altiplano (*ibidem*: 207).

El 26 de enero de 1970 el doctor Ignacio Bernal, director general del Instituto Nacional de Antropología e Historia comisionó a Jürgen por tiempo indefinido al —en ese entonces—, Departamento de Monumentos Prehispánicos del INAH, cuyo titular era el arquitecto Ignacio Marquina.

Durante 1970 Brüggemann excavó en San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz. Este trabajo fue muy diferente a los que por lo general realizó, su finalidad fue muy clara:

La temporada ... tenía como único objetivo la exploración de Monumentos Olmecas localizados por medios magnetométricos respetando en la excavación arqueológica la estratificación natural del lugar.

En total se excavó en diez pozos estratigráficos de diferentes dimensiones, encontrándose monumentos Olmecas en 5 de ellos (Brüggemann, 1970).

Durante 1972 y 1973 estuvo a cargo del proyecto Yaxchilán, Chiapas. Posteriormente, de 1973 a 1975 estuvo en Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas, bajo la dirección del licenciado Ariel Valencia Ramírez.

En 1973 realizó excavaciones estratigráficas en los sitios arqueológicos de San Luis Huexotla, Texcoco, Tlapacoya, Acozac y Santo Tomás Ajusco. Los resultados de su investigación en Acozac se publican primero en 1976 en la *serie arqueológica* del INAH, ahí se detalla que Acozac es el llamado Ixtapaluca Viejo, sitio de la época azteca ubicado en la orilla del lago de Chalco, que por su ubicación en la ladera de la zona montañosa al oriente de la cuenca de México lo describe como estratégico político-militar (Brüggemann, 1987: 133).

Analizó de manera integral la cerámica, arquitectura, estratigrafía, los elementos urbanos del asentamiento y materiales de construcción. El análisis cerámico permitió considerar que el sitio arqueológico fue fundado y poblado por

grupos de extracción texcocana, primero bajo la influencia de Cholula y después de Tenochtitlan (Brüggemann, *op. cit.*: 158).

El trabajo realizado en Tlapacoya formó parte de un programa de delimitación de zonas arqueológicas llevado a cabo por el Departamento del Registro Público de Zonas y Monumentos del INAH. A nivel técnico excavó, durante junio y julio de 1973 hasta una profundidad de 6.90 m, encontrando cuatro formaciones troncocónicas sobre una superficie de 6 m².

Es un estudio estratigráfico donde presenta el proceso de excavación y análisis de materiales en tablas, dibujos, descripción cerámica, manejo estadístico, curvas de distribución, coeficientes de correlación (poco empleados en la interpretación cerámica), secuencias cerámicas por presencia-ausencia. Hay todo un proceso de manejo e interpretación estadística adecuada para que el estudiante se involucre con este tipo de análisis siendo un medio para intentar “explicar una dinámica cerámica como un hecho cultural y social” (Brüggemann, 1978: 36).

Argumentó que la agricultura intensiva de temporal, mediante el uso de terrazas de cultivo, puede permitir que exista una expansión demográfica y una estratificación social.

En 1975 estudió materiales cerámicos procedentes del asentamiento germánico de Suenninghausen, Kr. Beckum, notándose que no se desligaba completamente de las actividades de investigación de su país natal.

Desde 1975, hasta el día de su muerte, estuvo adscrito en la Dirección de Monumentos Prehispánicos, actualmente Subdirección de Estudios Arqueológicos del INAH. Durante 1976 y 1977 estuvo a cargo del proyecto “Cuenca de México”.

En 1976 se publicó *¿Evolución o revolución?*, donde leemos algunos de los planteamientos de su tesis de doctorado, publicada íntegramente en 1982 con el título, *Aspectos fundamentales de la investigación arqueológica*. Es interesante que Luis Vázquez León, en su ensayo “Investigar en el INAH o la carga de los 300”, publicado en *Anales de Antropología* de la UNAM, menciona a pie de página:

Recomiendo ampliamente la lectura del libro de J. K. Brüggemann (1982), en que aplica la estrategia de la investigación interdisciplinaria (o integral, según su jerga) a la colaboración histórico-arqueológica. Sus reflexiones metodológicas son extremadamente interesantes, y no dejan de turbarnos desde el momento en que es un arqueólogo quien habla desde la tradición monumental del INAH. Sus colegas podrían tener un libro de texto en él (Vázquez, 1990: 359).

En su tesis de doctorado discute la confusión existente entre métodos y técnicas ante la falta de un cuerpo teórico en la arqueología de los últimos 20 años (1957-1977) y su limitación a los aspectos técnicos. Resalta la importancia, objetividad y sistematización de los pasos metodológicos que llevan al conocimiento arqueológico. Tiene por objeto el análisis crítico de las distintas posiciones teóricas y metodológicas que ven la realidad social histórica. Enfatiza el proceso de investigación e interpretación (Brüggemann, 1977: iv). Observó que el arqueólogo tiene dos realidades: la del campo cuando obtiene su material y la que tiene que reconstruir y explicar. En resumen, su tesis de doctorado presenta los postulados de la Nueva Arqueología y es la guía metodológica que va a seguir la mayoría de sus investigaciones.

En el libro de 1976 escribe el ensayo titulado “Historia del desarrollo cultural de las culturas arqueológicas del Golfo de México”, publicado primeramente en alemán en 1972. Su propósito fue presentar una visión integral de los procesos culturales en la costa del Golfo (centrándose en el área del sur del estado de Veracruz y norte de Tabasco) y establecer su relación con el desarrollo general de la sociedad mesoamericana (Brüggemann, 1976: 112, 113).

La segunda etapa de sus investigaciones arqueológicas se inicia con el proyecto “Historia del asentamiento humano en la Costa Central de Veracruz (1978-1983)”, y se mantiene de manera casi permanente en ese estado.

El área de estudio fue Zempoala comprendiendo el periodo Posclásico, la conquista y la actualidad. Se amplió a la cuenca media y baja del Actopan excavando en Zempoala, Chalahuite, Quiahuiztlan, La Gloria, Villa Rica, Punta

Villa Rica y El Viejón. Metodológicamente desarrolló el estudio de la antigua ciudad prehispánica a partir del estudio de la superficie, la correlación de materiales, el registro de las estructuras y su análisis tanto cualitativo como cuantitativo para proponer el modo específico de distribución tomando en cuenta las categorías de consumo, gestión, intercambio y producción como elementos urbanos que configuran áreas dentro de un asentamiento, así como el estudio de las orientaciones de los edificios.

Prosiguió con el estudio estratigráfico del lugar, y posteriormente con la excavación de distintas estructuras que permitieron identificar diversos géneros de edificios característicos del asentamiento urbano como templos, palacios, casas habitación, mercados y elementos de infraestructura como calles, drenajes y sistemas de agua potable, algunos de los cuales fue necesario restaurarlos con la consecuente conservación y consolidación (Brüggemann: 1991). Estos trabajos son detallados con el estudio tipológico de la cerámica, además de un estudio químico y petrográfico de la misma para determinar su origen y su técnica de manufactura.

Enfatiza en el manejo estadístico de los materiales que la variabilidad temporal es sinónimo de la diferenciación cultural, lo que equivale a la descripción de la historia cultural del lugar: su desarrollo interno al igual que sus relaciones con otras áreas culturales de Mesoamérica (*idem*).

Los resultados del proyecto se publicaron hasta 1991 con el título *Zempoala: el estudio de una ciudad prehispánica*, donde encontramos contribuciones no sólo con Brüggemann, sino también de los estudiantes y pasantes que en ese entonces trabajaban en el proyecto como Judith Hernández, Patricia Castillo, Jaime Cortés, Abelardo Barradas, Armando Pereyra Quinto y Yamile Lira López, incluso el estudio de José García Payón sobre la arquitectura de Zempoala.

El proyecto comprendió también un estudio regional, localiza sitios alrededor de Zempoala, hasta Quihuiztlan y Villa Rica, trabajando más detenidamente el sitio de Mozomboá identificando 316 edificios, orientándose la mayoría de ellos en dirección norte-sur. Se analizó el si-

tio desde el aspecto urbano y se obtuvo una secuencia cultural a partir de la seriación cerámica.

A finales de 1983 se firmó un convenio entre el gobierno del estado de Veracruz y el Instituto Nacional de Antropología e Historia cuyos objetivos eran la investigación, consolidación y restauración de la zona arqueológica de El Tajín. En febrero de 1984 inició la primera temporada de campo, bajo la dirección de Jürgen Brüggemann del INAH y Alfonso Medellín Zenil de la Universidad Veracruzana, con el patrocinio financiero del gobierno veracruzano.

Fue un proyecto de varios años, multidisciplinario, inició con una delimitación de sitios, se detalló el plano topográfico iniciado por Kroster, se estudió la estratigrafía del sitio y en el área ritual en la zona de terrazas al este y oeste del centro ceremonial. Se prospectó el área inmediata a El Tajín, con la finalidad de reconocer otros sitios que pudieran tener relación con el mismo y lo que predominó los siguientes años: liberación, exploración, restauración y consolidación de numerosos edificios, iniciando con la pirámide de Nichos. Para 1995 se tenían 30 monumentos prehispánicos estudiados bajo esos procesos, para los cuales colaboraron numerosos investigadores y hasta 500 trabajadores de campo en las épocas de mayor actividad.

Como resultado de la investigación, y con base en los antecedentes, se plantearon varias interrogantes relacionadas con la cronología, la influencia cultural, las posibles características étnicas de los constructores, el significado de El Tajín por sí mismo, social y culturalmente, así como qué lugar ocupaba dentro del desarrollo histórico de las culturas mesoamericanas (Brüggemann, 1992: 11).

Con la finalidad de explicar el problema cronológico de El Tajín, Brüggemann aplicó procedimientos estadísticos para seriar el material cerámico y poder establecer asociaciones entre los diferentes tipos cerámicos, los cuales agrupó de acuerdo con su comportamiento en las capas estratigráficas (Brüggemann: 1991, t. I: 238).

El estudio funcional de El Tajín, o la estructura del asentamiento lo desarrolló a partir de

un análisis urbano, donde observó el ordenamiento del espacio; para ello tomó la muestra de 168 edificios, donde distingue templos, altares, juegos de pelota residencias y casas habitación que de acuerdo con su ordenamiento identifica como áreas de gestión, producción, intercambio y consumo. Este análisis lo detalló con el estudio de las orientaciones astronómicas de los edificios (Brüggemann: Tajín, 1991, t. II: 91), llegando a la conclusión de que no existe un principio regular sistemático en cuanto a la orientación astronómica (*op. cit.*: 92).

En el libro *Tajín*, publicado por Brüggemann junto con Sara Ladrón de Guevara y Juan Sánchez Bonilla en 1992, tuvo como finalidad la divulgación del conocimiento sobre este sitio. Su edición lo hace atractivo para un público no especializado, además de que se presenta parte de la pintura mural de El Tajín, inédita hasta ese momento y muy poco conocida, exponiendo al lector una civilización extinta y distinta a la nuestra pero no por eso menos real (Brüggemann, 1992: 13).

En 1995 se publicó *Historia antigua de México*, obra coordinada por Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, en la que Brüggemann escribe el artículo “La zona del Golfo en el Clásico”, considerado como un balance de la arqueología de Veracruz, obviamente a partir de sus trabajos de exploración, donde no deja de presentar los problemas existentes en la investigación arqueológica.

Para abordarlos inicia con un resumen de las investigaciones realizadas en el centro de Veracruz, a partir de los argumentos de Francisco del Paso y Troncoso en Zempoala; de García Payón en el área de Zempoala; de Drucker en la Mixtequilla y de Medellín en Remojadas, comentando que Stark y Brüggemann “se preocupan por una mayor transparencia en la obtención, análisis y manejo arqueológico del material excavado, tomando en cuenta los trabajos de Drucker, García Payón y Medellín Zenil, pero aplicando técnicas cuantitativas en el manejo del material” (Brüggemann: 1995).

Especifica que a partir de 1980 “... se inicia otra fase en la investigación arqueológica del centro de Veracruz que se distingue por su as-

pecto amplio, procesal e interdisciplinario” (*op. cit.*), en donde obviamente incluye el proyecto de Zempoala, así como los trabajos de Barbara Stark en Cerro de las Mesas, Annick Daneels en el centro de Veracruz, Navarrete en Nevería, Veracruz y los resultados del proyecto Tajín.

Concluye que existen dos macrotradiciones cerámicas: una de tradición costeña, de pasta fina desde la zona maya hasta la Huasteca como es la anaranjada fina y otra de procedencia del altiplano central como Teotihuacan, Cholula y Tenochtitlan, la penetración de cerámicas posclásicas procedentes del altiplano central tiene que ver con los movimientos étnicos de los nahuas y también totonacas (Brüggemann, 1995: 34). Y concluye que “Con respecto a la cronología afrontamos problemas de orden metodológico en la obtención y manejo de los datos arqueológicos, y la ausencia en la gran mayoría de los casos de fechamientos por C14, con la excepción de Chalahuite, Pataratas, Cerro de las Mesas y El Tajín” (*ibidem*: 38).

En 1997 se publicó por parte de la Universidad Veracruzana: “Evaluación urbana y cultural de tres ciudades en la costa central de Veracruz”, en la *Memoria del Coloquio Arqueología del centro y sur de Veracruz*. En ese artículo expone las características urbanas y culturales de Zempoala, Mozomboa y Quiahuitlan, con las premisas teóricas que sirven de base para el análisis, ciudades que en algún momento de su desarrollo fueron contemporáneas, pero diferentes en tamaño y en su ubicación geomorfológica, pues mientras Zempoala está en un llano, Mozomboa se asentó en un valle y Quiahuitlan en una montaña (Brüggemann, 1997: 75, 76).

En 1996, la revista *Arqueología* publicó la “Entrevista a Colin Renfrew”, realizada el 12 de mayo de 1995 en Cambridge, con lo que muestra su interés por mantenerse al tanto del pensamiento teóricos europeos y compartirlo con los lectores mexicanos (Brüggemann, 1996: 113). Considero que esta entrevista interesó más a Brüggemann por los estudios demográficos, pues uno de sus últimos proyectos fue la aplicación del ADN en El Tajín, para el estudio de la población antigua y moderna, posiblemente ante la imposibilidad de definirla por me-

dios arqueológicos. Por otro lado, tuvo la oportunidad de conocer la opinión de Renfrew sobre las culturas que están entre lo rural y lo urbano, uno de los aspectos más tratados en sus investigaciones.

Brüggemann también participó en la Segunda Mesa Redonda de Teotihuacan con la temática *La Costa del Golfo en tiempos teotihuacanos: propuesta y perspectivas* (noviembre 2000) donde presentó la ponencia “La presencia de Teotihuacan en Tajín no se puede ver”. Ahí reprocha (basado en su publicación de 1993), que los errores cometidos en la historia arqueológica de El Tajín condujeron a contextualizar al sitio en una situación cultural que no le corresponde, e incluso hasta se llega a malinterpretar el proceso histórico cultural de Mesoamérica, cuando se trata de asociar a Tajín con las fases finales de Teotihuacan con base en comparaciones arquitectónicas y cerámicas. Asimismo expresa su desacuerdo con la cronología de El Tajín I-VI (Preclásico superior al Posclásico) propuesta según las distintas épocas de construcción, sin apoyo cerámico ni fechamientos absolutos, y que después de 16 años de intensos trabajos no se encontraron periodos tan antiguos como en Santa Luisa, sitio cercano a la playa de Tecolutla.

Entre sus últimos trabajos se encuentra un proyecto sobre el estudio de ADN en la población prehispánica de El Tajín, que sirviera de base para estudios paleodemográficos, del cual se habló someramente en la XXVII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología llevada a cabo en Xalapa, Veracruz en agosto de 2004, poco tiempo después de su muerte.

Desde 1998 está en preparación un “Breve manual para Arqueólogo” y, por información de varios colegas, Jürgen estaba conformando un libro sobre el Totonacapan, con contribuciones de varios investigadores, esperando ser publicado por el gobierno del estado de Veracruz.

Además de sus trabajos de investigación, desde 1970 fue docente en diversas instituciones como la ENAH, la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana y la Universidad de Münster, Alemania; impartió en distintos años las siguientes materias: Seminarios sobre

las culturas del Golfo, Alemán para antropólogos, Historia de la cultura, Métodos y técnicas arqueológicas I, Métodos y técnicas arqueológicas, Estratificación de materiales arqueológicos, Seminario de análisis crítico de textos, Clásico mesoamericano, Posclásico mesoamericano, Estadística en arqueología, Sociedades estatales, Theorie und methode in der mexikanischen archaeologie. Además presentó ponencias en congresos regionales, nacionales e internacionales.

En cuanto a su contribución a la formación de nuevos investigadores, Brüggemann formó a varios estudiantes de arqueología que actualmente son parte importante de las instituciones que ejercen la arqueología en Veracruz: el Centro INAH Veracruz y la Universidad Veracruzana.

Palabras finales

Brüggemann tuvo algunas preocupaciones recurrentes. La primera consistió en fundamentar el quehacer arqueológico en un *corpus* de ideas organizadas lógicamente, y que le permitieran explicar la estructura de las sociedades que habitaron los sitios arqueológicos explorados por él a lo largo de su vida. En su primera etapa formativa, en la Universidad Iberoamericana, la ENAH y la UNAM debió recibir influencias de sus maestros y lecturas que lo marcaron de por vida. El estructuralismo de Lévi-Strauss y la Nueva Arqueología, lo llevaron a proponer su modelo general de investigación. En su segunda etapa como arqueólogo de campo, bajo las órdenes de otros investigadores, valoró uno de los rasgos esenciales de la arqueología mexicana, como lo es la elaboración de proyectos para su aprobación por el Consejo Nacional de Arqueología.

Al iniciarse como jefe de proyecto en Veracruz, en su ensayo inicial y a la vez propuesta de proyecto ante dicho consejo, organizó una investigación vertical que incluyera diversas etapas históricas y disciplinas centrándose en el problema del asentamiento humano, como legítimo tema de investigación desde la perspectiva urbanística, en el periodo prehispánico,

como en el marco de la problemática para la conservación del patrimonio arqueológico actual. Pudo aplicar un modelo de corte estructuralista basado en Manuel Castells y sus ideas urbanísticas que en buena medida lo llevó a describir los rasgos más importantes del patrón de asentamiento y funcional de la arquitectura cempealteca.

Inesperadamente, su descubrimiento más citado y valioso fue el hallazgo de dos distintos patrones de distribución para dos grupos de cerámicas, lo que lo llevó a plantear la posibilidad de que Zempoala fuera una ciudad multiétnica.

En Zempoala aplicó varias de las experiencias que ya había obtenido anteriormente, como la formación de tipologías, el recorrido de superficie, los análisis estadísticos, la presentación gráfica de los mismos, y aunque poco se habla de ello, su capacidad para administrar un proyecto de largo plazo, en lo económico y en el manejo de los recursos humanos, además de establecer una relación con la población local y autoridades del INAH. Como responsable del proyecto, aprendió a consolidar los intereses científicos de la arqueología con los del gobierno en cuanto a la apertura de sitios arqueológicos para el aprovechamiento del turismo.

A pesar de que en los últimos años se le conoció principalmente por la restauración de El Tajín, Jüergen hizo más que eso para la arqueología mexicana, por ello considérese este trabajo como un primer acercamiento de su contribución a la arqueología mexicana y veracruzana, y un homenaje al doctor Jüergen Kurt Brüggemann, apreciable colega y amigo, para aquellos que así lo consideraban y que aún lo recuerdan. Descanse en paz en la Villa Rica de la Veracruz.

Obra de Jüergen Kurt Brüggemann

• Brüggemann, Jüergen Kurt
1969. "El sur del centro de Veracruz: un área en transición", tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

1970a. "Algunas características de cerámicas transicionales (Clásico-Posclásico) del centro de

Veracruz”, *XXX Annual Meeting of the Society for American Archaeology*.

1970b. “La transición del Clásico al Posclásico en el estado de Veracruz, México”, *XXXIX Congreso Internacional de Americanistas*, Lima, Perú.

1970c. “Informe: exploraciones en Tetela, Oaxaca”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

1970d. “Informe de la temporada arqueológica en San Lorenzo Tenochtitlan de febrero a marzo de 1970”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

• Brüggeman, Jürgen y Marvin Harris

1970e. “La aplicación del magnetómetro en San Lorenzo Tenochtitlan”, *Boletín*, núm. 39, México, INAH, pp. 26-29.

• Brüggeman, Jürgen y Marie-Areti-Hers

1970. “Exploraciones arqueológicas en San Lorenzo Tenochtitlan”, *Boletín*, núm. 39, México, INAH, pp. 21-26.

• Brüggemann, Jürgen

1972. “Die Entwicklungsgeschichte der Golfküstenkulturen Mexikos”, *Anthropos*, núm. 67, Friburg, pp. 873-899.

1972. *La arqueología como ciencia*, Serie trabajos de investigadores 2, Especialidad de Arqueología, México, ENAH.

1974. “Características de la cerámica de transición del Clásico al Posclásico en Veracruz”, *Anales*, Época 7ª, t. IV, 1972-1973, México, SEP/INAH, pp. 83-105.

1974. (Reseña) “The Sculpture of El Tajín”, Michael Edwin Kampen, *Anthropos, International Zeitschrift für Völker-und Sprachkunde*, 69 (5-6), pp. 1007-1008.

1974. (Reseña) “Die Pyramiden von Totimehuacan, Puebla (México) und Ihre Einordnung in der Entwicklung des Präklassischen Pyramidenbaues in Mesoamerika”, Bodo Spranz *Anthropos, International Zeitschrift für Völker-und Sprachkunde*, 69 (5-6), pp. 1005-1007.

• Brüggemann, Jürgen y A. Rodríguez

1975. (Reseña) “Arte prehispánico en Mesoamérica, Paul Gendrop”, *Anthropos, International Zeitschrift für Völker-und Sprachkunde*, 70 (1-2), pp. 332-333.

1975. Reseña de la obra de Ángel Palerm, *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México*, *Anthropos, International Zeitschrift für Völker-und Sprachkunde*, 70 (3-4), pp. 669-670.

1975. (Reseña) *Geschichte der Maya*, Berthold Riese, *Anthropos, International Zeitschrift für Völker-und Sprachkunde*, 70 (1-2), pp. 333-335.

1976a. *Estudios estratigráficos en Acosac y el Ajusco*, México, INAH (Serie Arqueológica, 3).

1976b. *Evolución o revolución*, México, SEP/Setentas 297.

1976c. “Las dificultades actuales en el área teórica y metodológica para plantear proyectos en Arqueología”, *Forum de Arqueología*, núm. 1, Departamento de Monumentos Prehispánicos, México, INAH, pp. 1-12.

1976d. (Reseña) “Zohapilco, cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre en la cuenca de México”, Christine Niederberger, *Boletín*, núm. 18, México, INAH, pp. 59-61.

1976e. (Reseña) “Prestige und Kulturwandel. Eine Studie zum Verhältnis Subjektiver und Objektiver Faktoren des Kulturellen Wandels zur Klassengesellschaft bei der Azteken”, Mario Erdheim, *Anthropos, International Zeitschrift für Völker-und Sprachkunde*, 71 (3-4), pp. 631-633.

1976f. (Reseña) “Palo Gordo. Ein Beitrag zur Archäologie des Pazifischer Guatemala”, Franz Termer, *Anthropos, International Zeitschrift für Völker-und Sprachkunde*, 71 (3-4), pp. 634-636.

1976g. “More on understanding in Anthropology”, *Current Anthropology*, 17 (1), pp. 146.

1976h. “More on Socio-archaeology”, *Current Anthropology*, 17 (1), pp. 147-148.

1977a. “Statistische Auswertung der Keramik aus der spateisenzeitlichen Siedlung

- Suenninghausen, Kr. Beckum”, 4, *Archaeographie*, FET 6, pp. 7-25.
- 1977b. “Algunos puntos de vista sobre la formación del estado en Mesoamérica”, Mesa Redonda de la SMA, Guanajuato, Gto., mecanoescrito.
- 1977c. “Forma y estructura de la arqueología moderna”, tesis doctoral, México, UNAM.
1978. *Estudios estratigráficos en Tlapacoya, Estado de México*, México, INAH (Científica, 59).
1978. “Further comment on Klejn’s Theoretical Archaeology”, *Current Anthropology*, 19 (1), pp. 164-166.
1979. “Proceso y resultados de las investigaciones arqueológicas de la temporada Zempoala 1979”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
1979. “Estructura demográfica del municipio de Veracruz basada en las actas de nacimiento 1870-1977”, *Boletín del Instituto de Antropología e Historia*, 25, pp. 41-64.
- 1980a. “Análisis urbano de la antigua Zempoala en base a los objetos muebles”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
- 1980b. “Análisis urbano de la antigua ciudad de Zempoala en base a los objetos inmuebles”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
- 1980c. “Segundo informe sobre los trabajos arqueológicos realizados dentro del Proyecto Historia de los asentamientos humanos en la costa central de Veracruz, temporada 1979-80”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
1981. “La sociedad mesoamericana y su organización del espacio”, Tercer Informe del Proyecto: Historia del asentamiento humano en la costa central de Veracruz, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
1981. “Cálculo estadístico de los pozos excavados en 1951 por García Payón en Chalahuite”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
1982. *Aspectos fundamentales de la investigación arqueológica*, México, INAH (Científica, 107).
- 1983a. “Manejo de los datos de superficie inmediata a la antigua ciudad de Zempoala”, Quinto informe del proyecto: Historia del asentamiento humano en la costa central de Veracruz, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
- 1983b. “Staat und Gesellschaft im vorspanischen México”, *Indiana*, núm. 8, pp. 31-39.
- Brüggemann, Jüergen, Alfonso Medellín Zenil 1984-1992. “Informes técnicos del Proyecto Tajín”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
1984. El proyecto arqueológico del Tajín, Veracruz, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
- Brüggemann, Jüergen 1985. *Guía de Zempoala*, México, INAH/SALVAT.
1986. “Alfonso Medellín Zenil en la arqueología”, Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana, *Anales de Antropología*, t. II, pp. 144-146.
1987. “Acozac”, *Arqueología*, núm. 1, México, INAH, pp. 133-180.
1988. “Informe sobre las exploraciones del muro de contención norte en la temporada de 1989-1988, Proyecto Tajín, t. III”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
- Brüggemann, Jüergen y René Ortega Guevara 1988. “Introducción a la temporada 1988 del Proyecto Tajín, temporada 1987-88, t. I”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
 - Brüggemann, Jüergen 1989. “Estudio económico de gastos efectuados en el Proyecto Tajín durante el periodo de diciembre

- 1987 a diciembre 1988, Proyecto Tajín, temporada 1988, 1989, t. III”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
1989. “El problema cronológico del Tajín, Proyecto Tajín, temporada 1988, t. II”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
1989. “El proyecto Tajín”, *Arqueología*, núm. 5, México, INAH, pp. 153-174.
- 1990a. “El horizonte Clásico en el centro del estado de Veracruz, Proyecto Tajín, temporada 1989-90, t. III”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
- 1990b. “Apuntes sobre la restauración de edificios prehispánicos”, *Boletín* núm. 29, México, INAH, pp. 24-32.
1989. “Archäologische Quellen und Methoden”, en Ulrich Köhler (ed.), *Altamerikanistik. Eine Einführung in die Hochkulturen Mittel- und Sudamerikas*, Dietrich Reimer Verlag, Berlín, pp. 29-50.
1990. “Consideraciones en torno a lo que llaman etnoarqueología”, en Yoko Sugiura y Mari Carmen Serra Puche (eds.), *Etnoarqueología. Primer Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, UNAM, pp. 15-21.
- 1991a. “Seriación de material cerámico procedente de pozos estratigráficos”, en J. Brüggemann (coord.), *Proyecto Tajín*, t. I, México, INAH (Cuaderno de Trabajo, 8), pp. 237-276.
- 1991b. “El manejo del material cerámico de superficie dentro y fuera del asentamiento arqueológico del Tajín”, en J. K. Brüggemann (coord.), *Proyecto Tajín*, t. II, México, INAH (Cuaderno de Trabajo, 9), pp. 65-80.
- 1991c. “Análisis urbano del sitio arqueológico del Tajín”, en J. K. Brüggemann (coord.), *Proyecto Tajín*, t. II, México, INAH (Cuaderno de Trabajo, 9), pp. 81-126.
- 1991d. “Análisis de las mediciones del nivel freático”, en J. K. Brüggemann (coord.), *Proyecto Tajín*, t. II, México, INAH (Cuaderno de Trabajo 9), pp. 221-230.
- 1991e. “Propuesta para el Complejo de las Columnas”, México, Archivo del Proyecto Tajín, INAH, mecanoescrito.
- 1991f. “¡Otra vez la cuestión totonaca!”, *Boletín*, núm. 34, México, INAH, pp. 84-85.
- 1991g. “Vida y arqueología en San Petersburgo. Entrevista con el doctor Lew S. Klejn”, *Arqueología*, núm. 5, México, INAH, pp. 129-132.
- Brüggemann, Jüergen *et al.*
1991. *Zempoala: el estudio de una ciudad prehispánica*, México, INAH (Científica, 232).
 - Brüggemann, Jüergen, Armando Pereyra y Jaime Cortés
1991. “La cuenca del Actopan inferior: el análisis estadístico de un área”, *Anales de Antropología*, XXVI (1989), México, IIA-UNAM, pp. 15-97.
 - Brüggemann, Jüergen
1992. *El Tajín. Guía oficial*, México, Gobierno del Estado de Veracruz/INAH/Salvat.
 - Brüggemann, Jüergen, Sara Ladrón de Guevara y Juan Sánchez Bonilla
1992. *Tajín*, México, Citibank.
 - Brüggemann, Jüergen, Álvaro Brizuela, Sara Ladrón de Guevara, Patricia Castillo, Mario Navarrete y René Ortega
1992. *Tajín*, México, Veracruz en la cultura, encuentros y ritmos/Gobierno del Estado de Veracruz.
 - Brüggemann, Jüergen
1992. “Desarrollo y caída de la ciudad mesoamericana”, México, INAH (en prensa).
 - 1993. “El problema cronológico del Tajín”, *Arqueología*, núms. 9-10, México, INAH, pp. 61-72.
 - 1994. “La ciudad de Tajín”, *Arqueología Mexicana* 1 (5), pp. 26-30.
 - 1994. “Tajín en números”, *Arqueología Mexicana* 1 (5), p. 57.
 - 1995. “La zona del Golfo en el Clásico”, en L. Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia antigua de México, vol. II. El horizonte Clásico*, México, INAH/UNAM, Porrúa, pp. 11-38.

1996. *Mozomboa, Veracruz: un sitio arqueológico del Postclásico veracruzano (análisis de los materiales cerámicos y arquitectónicos)*, México, INAH (Científica, 308).
1996. “Entrevista con Colin Renfrew”, *Arqueología*, núm. 16, México, INAH, pp. 113-119.
1997. “Evaluación urbana y cultural de tres ciudades en la costa central de Veracruz”, en S. Ladrón de Guevara Gonzáles y S. Vázquez Zárate (coords.), *Memoria del coloquio Arqueología del centro y sur de Veracruz*, México, Universidad Veracruzana, pp. 75-88.
1998. “Tajín, una ciudad del Epiclásico al Posclásico Temprano”, ponencia presentada en el simposio El Epiclásico en Mesoamérica, Mari Carmen Serra Puche (coord.), XXV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, San Luis Potosí.
1999. “Reconocimiento de superficie en el área aledaña a Tajín”, en *Antropología e Historia en Veracruz*, México, Gobierno del Estado de Veracruz/Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, pp. 451-454.
2001. “Cempoala”, en *The Oxford encyclopedia of Mesoamerican cultures. The civilizations of Mexico and Central America*, David D. Carrasco (ed.), vol. 1, Oxford University Press, pp. 153-154.
2001. “Desarrollo y caída de la ciudad mesoamericana: el caso de Tajín y Tenochtitlan”, texto para la Exposición temporal el Tajín en tiempos de cambio, Centro de Estudios Teotihuacanos.
2001. “Differences of water systems at Tajin and Zempoala”, ponencia presentada en el simposio Precolumbian water management, Bárbara Fash y Lisa Lucero (coords.), 66th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, New Orleans.
2001. “Tajín”, en *The Oxford encyclopedia of Mesoamerican cultures. The civilizations of Mexico and Central America*, David D. Carrasco (ed.), vol. 1, Oxford University Press, pp. 377-379.
2001. “Zempoala y Quiahuiztlan”, *Arqueología Mexicana*, núm. 9 (49), pp. 48-51.
- Brüggemann, Jüergen, Yamile Lira, Pedro Jiménez, Concepción Lagunes
2004. “La cerámica de El Tajín”, en L. Merino y A. García Cook (coords.), *La producción alfarera en el México Antiguo*, México, INAH (en prensa).



informes del Archivo Técnico

Comentarios al informe del arqueólogo Horacio Corona Olea

*Carlos Javier González González**

Dentro de la sección Informes del Archivo Técnico, en esta ocasión se publica un informe rendido por Horacio Corona Olea en 1958. Se trata del reporte de un rescate arqueológico surgido a raíz de los trabajos de ampliación de la Plaza de la Constitución de la Ciudad de México, conocida popularmente como Zócalo, efectuados en ese año. Desafortunadamente, las obras se limitaron a la excavación de unas cuantas zanjas de drenaje con menos de 1 m de ancho, de manera que las posibilidades de recuperación de materiales y datos fueron mínimas.

El área ocupada actualmente por la Plaza de la Constitución tenía el mismo carácter desde tiempos prehispánicos. En su tercera *Carta de relación* dirigida a Carlos V, en la que le narra los pormenores del sitio final de Tenochtitlan, iniciado en junio de 1521, Cortés se refiere a ella en repetidas ocasiones como “plaza”, distinguiéndola claramente del recinto sagrado de la ciudad, para el cual utiliza los calificativos de “patio” o “circuito” (Cortés, 1961: 164-165, 182-184). El conquistador, incluso, explica que los defensores indígenas la colmaron con piedras de gran tamaño para estorbar el galope de sus caballos (1961: 183).¹ Confirma las

palabras de Cortés el plano atribuido a él y publicado en Nuremberg en 1524, puesto que allí se aprecia claramente la plaza, ubicada hacia el sur del recinto sagrado (fig. 1).

De los lugares citados anteriormente, Cortés no menciona construcción alguna en el área de la plaza, refiriéndose más bien a aquellas que la rodeaban. Sin embargo, el plano muestra dos edificaciones: una en su mitad poniente, situada —como lo señaló Ignacio Alcocer— donde funcionó el mercado del Parián durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX (Alcocer, 1935: 12), y la otra en su porción oriental, alineada con el acceso meridional del recinto sagrado. La plaza se aprecia limitada hacia el sur por una acequia, y hacia el oriente por el Palacio de Motecuhzoma II o Casas Nuevas. La acequia corresponde a la que sería llamada de la Soledad o Acequia Real durante la época novohispana.

La plaza también es mencionada por Alvarado Tezozómoc, quien apunta que se utilizaba como mercado, y cuando se refiere al recinto sagrado en tiempos de Motecuhzoma I agrega:

[...] tenía su patio grande [el recinto sagrado] [...] con tres puertas, dos pequeñas, que una miraba al oriente, y la otra al poniente, la de en medio era más grande, y esta miraba al sur, y allí estaba la gran plaza del mercado o tianguis, venía a quedar frontero del gran palacio de Moctezuma y el gran Cú (Alvarado Tezozómoc, 1878: 320).

* Museo del Templo Mayor, INAH. chargon@prodigy.net.mx

¹ Torquemada, al escribir su versión sobre el sitio final de Tenochtitlan, también la distingue y se refiere a ella como “una de las más principales plazas de la ciudad” (Torquemada, 1943: I, 547).



● Fig. 1 Detalle del plano atribuido a Hernán Cortés, con la plaza hacia el sur del recinto sagrado principal.

También alude a ella como “la gran plaza” al describir el trayecto seguido por ciertos cautivos de guerra recién llegados a Tenochtitlan en la época de Ahuítzotl, los cuales fueron trasladados del recinto sagrado al Palacio del Cihuacóatl (1878: 469-470). Este último inmueble, de acuerdo con el mismo cronista, estaba en el sitio ocupado por la Casa de moneda en el siglo XVI, es decir, en el Portal de las Flores y en el área sudoeste del actual Zócalo, si confrontamos ese dato con los *Diálogos* de Cervantes de Salazar (Alvarado Tezozómoc, 1878: 438-439; Cervantes de Salazar, 1993: 45-46).

Otras fuentes nos hacen saber que el nombre de la plaza o patio en cuestión era Cuauhquiáhuac, el mismo que ostentaba la puerta sur del recinto sagrado. Durante el sitio definitivo de Tenochtitlan, las huestes comandadas personalmente por Cortés llegaron por la calzada de Iztapalapan hasta el corazón de la ciudad, cruzaron la acequia ya mencionada que limitaba la plaza por el sur (y que corría por la actual calle de Corregidora) e instalaron un cañón con el fin de disparar a los bravos defensores (Cortés, 1961: 164). El libro XII de Sahagún describe los mismos acontecimientos y es, precisamente, la fuente que nos dice cuál era el nombre del patio:

Y luego se juntaron los españoles y entraron dentro dél en un patio que se llamaba Cuauhquiáhuac. Y llevaban consigo un tiro grueso, y asestáronle. Este lugar estaba una águila de piedra grande y alta, como un estado de hombre. Y por eso llamaban aquel patio Cuauhquiáhuac (Sahagún, 2000: III, 1213).

El conjunto mencionado, es decir, la plaza o patio y el acceso meridional del recinto sagrado, junto con otras varias estructuras y edificios, se encontraban relacionados con la celebración de una de las ceremonias más espectaculares de la era prehispánica: el *tlahuahuanaliztli* (“rayamiento”) o sacrificio gladiatorio, dedicado al dios Xipe Tótec en su fiesta anual, llamada *tlacaxipehualiztli* o “desollamiento de personas” (González González, 2003).

De manera que las fuentes documentales, según hemos visto, indican que se trataba de un espacio abierto, con un mínimo de construcciones. Si damos crédito al plano atribuido a Cortés comentado anteriormente, la construcción alineada con el acceso sur del recinto sagrado se habría encontrado en un área muy próxima a la que actualmente ocupa la estación Zócalo del Sistema de Transporte Colectivo, por lo que llama la atención el hecho de que justamente en esa zona, durante la construcción de la línea 2 del Metro, se hayan localizado varios cuartos prehispánicos con pisos y muros de estuco, interpretados en su momento por los encargados del rescate arqueológico como temazcales.²

Por las mismas razones, no es de extrañar que Corona Olea, en el rescate que practicó, sólo haya encontrado algunos indicadores arquitectónicos —clavos de tezontle y dos piedras con relieves reutilizadas en la base de un muro colonial— en las zanjas nueve y once, puesto que fueron las más próximas al área ocupada por el recinto sagrado en la época prehispánica. Por cierto que las mencionadas piedras con relieves son identificadas por el autor del informe con las lápidas encontradas por Manuel Gamio

² Archivo Técnico del INAH. Varias libretas de campo clasificadas en los expedientes 50, 52, 105, 120 y 121 de Salvamento Arqueológico, con notas fechadas entre el 2 de diciembre de 1969 y el 13 de abril de 1970.

en 1913, en la entonces esquina de Guatemala y Seminario (hoy en día zona arqueológica del Templo Mayor) y que fueron estudiadas por Hermann Beyer (1955). Sin embargo, el contenido iconográfico de unas y otras hace muy dudosa tal identificación.

Bibliografía

- Alcocer, Ignacio
1935. *Apuntes sobre la antigua México-Tenochtitlan*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Alvarado Tezozómoc, Fernando
1878. *Crónica Mexicana*, México, José M. Vigil, Editor, Imprenta y Litografía de Ireneo Paz.
- Beyer, Hermann
1955. “La ‘Procesión de los señores’, decoración del primer *teocalli* de piedra en Mexico-Tenochtitlan”, *El México Antiguo*, Sociedad Alemana Mexicanista, t. VIII, diciembre, México, pp. 1-42.
- Cervantes de Salazar, Francisco
1993. *México en 1554*. Traducción de tres diálogos latinos por Joaquín García Icazbalceta, notas preliminares de Julio Jiménez Rueda, México, UNAM.
- Cortés, Hernán
1961. *Cartas de relación de la conquista de México*, México, Espasa-Calpe Mexicana.
- González González, Carlos Javier
2003. “En torno a la ubicación del templo Yopico y el escenario de *tlacaxipehualiztli* dentro del recinto sagrado de Mexico-Tenochtitlan”, ponencia presentada en las Jornadas Académicas en honor a Eduardo Matos Moctezuma, octubre de 2003, mecanoescrito.
- Torquemada, fray Juan de
1943. *Monarquía Indiana*, 3 tt., México, Ed. Salvador Chávez Hayhoe.



Resultados de la Comisión de Rescate de piezas arqueológicas que aparecieron en las obras de drenaje practicadas con motivo de la transformación de la Plaza de La Constitución de la Ciudad de México, D.F. (1958)*

Horacio Corona Olea

La transformación de la Plaza de la Constitución de la Ciudad de México se había venido intentado desde hace cuarenta años y no fue sino hasta el año pasado cuando comenzaron a presentarse ya en firme los proyectos respectivos.

Por fin ésta vino a ser una realidad cuando fue aprobado el proyecto definitivo que en primer lugar trajo como consecuencia la desaparición de la estructura de la plaza-jardín con las cuatro fuentes que conocimos, así como la ampliación de dicha área (plano núm. 1 y fotografías 1 y 2).

En los trabajos de excavación de las zanjas en las que se habrían de colocar los tubos de drenaje, las cuales fueron abiertas por trabajadores de la Oficina de Pavimentos del Departamento Central del Distrito Federal, habían aparecido restos humanos.

Por consiguiente la labor del arqueólogo comisionado en dicha obra por orden del C. Director del Instituto Nacional de Antropología e Historia con fecha 31 de julio anterior fue ocasional e indirecta.

Este técnico del Departamento de Monumentos Prehispánicos se concretó únicamente a la inspección y escudriñamiento de la tierra con tiestos que se iba extrayendo en lugares y rumbos distintos en vista de que con anterioridad el C. Director del Museo Nacional de Antropología había comisionado a otro técnico,

quien se había hecho cargo de la osamenta extraída.

Las zanjas de drenaje, que fueron las más hondas, alcanzaron una profundidad de 2.30 m a 3.40 m, en tanto que su abertura tuvo una anchura máxima de .80 m; dicha medida se excedía cada cuarenta y dos metros describiendo un arco, ya que en ese punto se requería una excavación circular con diámetro de 1.25 m, para que pudieran construirse un tabique y en forma cónica cuatro pozos de visita en cada zanja, los cuales actualmente se localizan por medio de las coladeras que los cubren. Por consiguiente dichas zanjas quedaron divididas en secciones que llamaremos, norte, central y sur.

Siete de estas zanjas fueron trazadas de norte a sur dentro del área de la nueva Plaza de la Constitución, que tiene una extensión superficial de dos hectáreas, diez áreas, once centiáreas.

Un encintado de cemento de veinte centímetros de profundidad delimita el perímetro rectangular de dicha plaza, que mide:

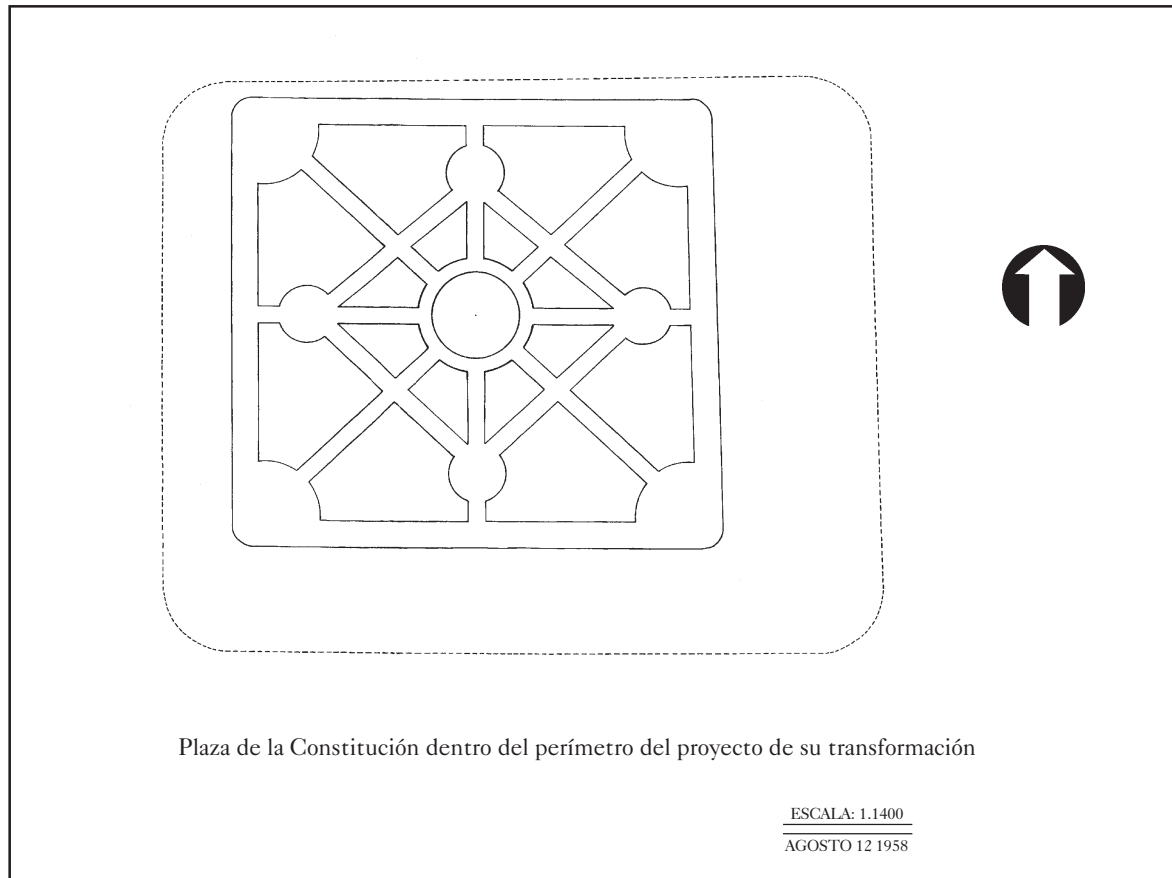
- Al norte, 150.51 m
- Al sur, 164.46 m
- Al oriente, 131.57 m
- Al poniente, 130.28 m

(Véase plano núm. 2)

En la zanja número tres y en su sección sur, a 1.20 m de profundidad se encontró un soporte de cajete policromo estilo cholulteca (colores blanco, café, amarillo, rosado y rojo) de .12 m de alto y .06 m de ancho (fotografía 3). Se hace notar que tanto en esta sección como en las correspondientes a la zanja cuatro, cinco y nueve se encontraron tiestos que conservan características del Azteca IV, cuyos motivos pueden apreciarse en la lámina núm.1.

La zanja principal, marcada con el número nueve estuvo fuera del encintado norte y alcanzó la profundidad de 3.40 m, fue la única que tuvo filtraciones de agua a partir de los 2.80 m de profundidad en los tramos comprendidos de la zanja número dos a la número cuatro.

* B/311.3(07)/1, 1958. En esta edición presentamos únicamente una selección del material gráfico original (n.e.).



● Plano 1.

En el entronque en la zanja núm. 2 con la principal y precisamente en las paredes de la oquedad para el pozo de visita se encontraron siete pequeños clavos de tezontle cuya longitud varía entre los .10 m a .15 m, con un diámetro máximo de .09 m, uno de ellos lleva incisiones simulando una cara de mono; todos ellos cubiertos en su mayor parte con pintura blanca (fotografía 4).

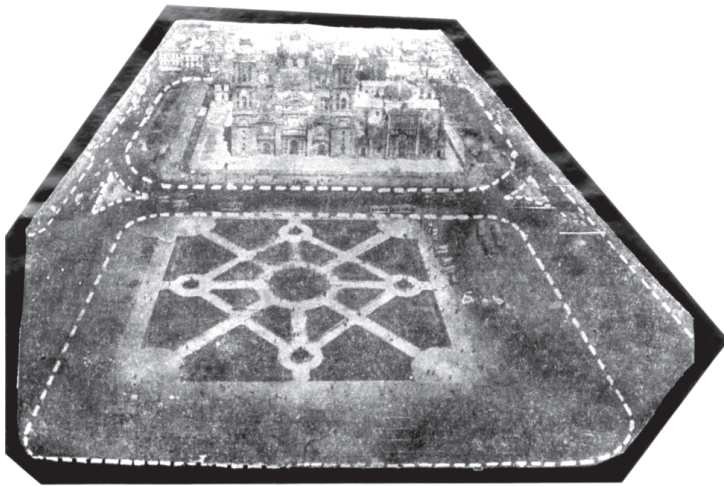
En la misma zanja núm. 9 y cerca del entronque con la zanja núm. 3 y al 1.80 m de profundidad se encontró la escultura de un pene tallado en tezontle negro de .13 m de largo, la cual en su arranque tiene figurada una cabeza de viejo (fotografía 5).

También en el ángulo oriente que forma la misma zanja número nueve con la zanja número cinco estaba empotrada una piedra cilíndrica de .48 m de largo con una perforación circular de .13 m de diámetro que atravesaba su

grosor que se comunica con otra perforación de .21 m de profundidad abierta en el centro de la única cara plana circular que alcanza un diámetro de .42 m (fotografía 6).

La piedra que hemos visto fue labrada recientemente lo mismo que otra de la misma forma que se halla empotrada en la zanja número cinco, separada metro y medio de la anterior, que por estar debajo de los tubos de concreto dentro de los cuales se colocaron después los cables para energía eléctrica del alumbrado de dicha plaza, así como a la rapidez de las obras no pudo sacarse (fotografía 7).

Ambas se encontraban en la pared oriente de un caño de mampostería cubierto por losas de cantera rosa, el cual fue aprovechado para el drenaje en vista de que daba las medidas de anchura y profundidad requeridas, situando en el tramo comprendido entre la zanja número nueve tantas veces citada y la vieja atarjea que



● Fotografía 1 Vista de la Plaza de la Constitución (enmarcado con guiones el proyecto de ampliación de la Plaza así como de las banquetas de Catedral y del Palacio).



● Fotografía 2 Vista de la obra de transformación de la Plaza de la Constitución por la que puede apreciarse la forma en que se desarrollaron la actividad de dichos trabajos.

se encuentra en el plano número dos marcada con el número siete.

Esta atarjea en desuso está cubierta con losas de basalto negro de 1.07 m de largo por .42 m de ancho y .27 m de grosor, llevando en este último una acanaladura central de .07 m. Las losas inferiores sobre pilotes de madera de .16 m de diámetro.

Dicha atarjea viene a la mitad de la avenida Francisco I. Madero y atraviesa el lado norte de la Plaza de la Constitución.

Un poco más allá del pozo de visita que divide la sección norte de la central correspondiente a la zanja número cinco y también a la misma distancia de la zanja número cuatro se localizó el emparrillado de madera compuesto de vigas de cedro, de 10 m de largo por 50 cm de ancho y 33 cm de grueso. Las vigas inferiores que sumaron 31, que fueron trozadas para que las zanjas alcanzaran la profundidad deseada, estaba separadas a una distancia media de .33 m, por consiguiente dicho emparrillado ocupa una superficie aproximada de m^2 (véase plano núm. 2).

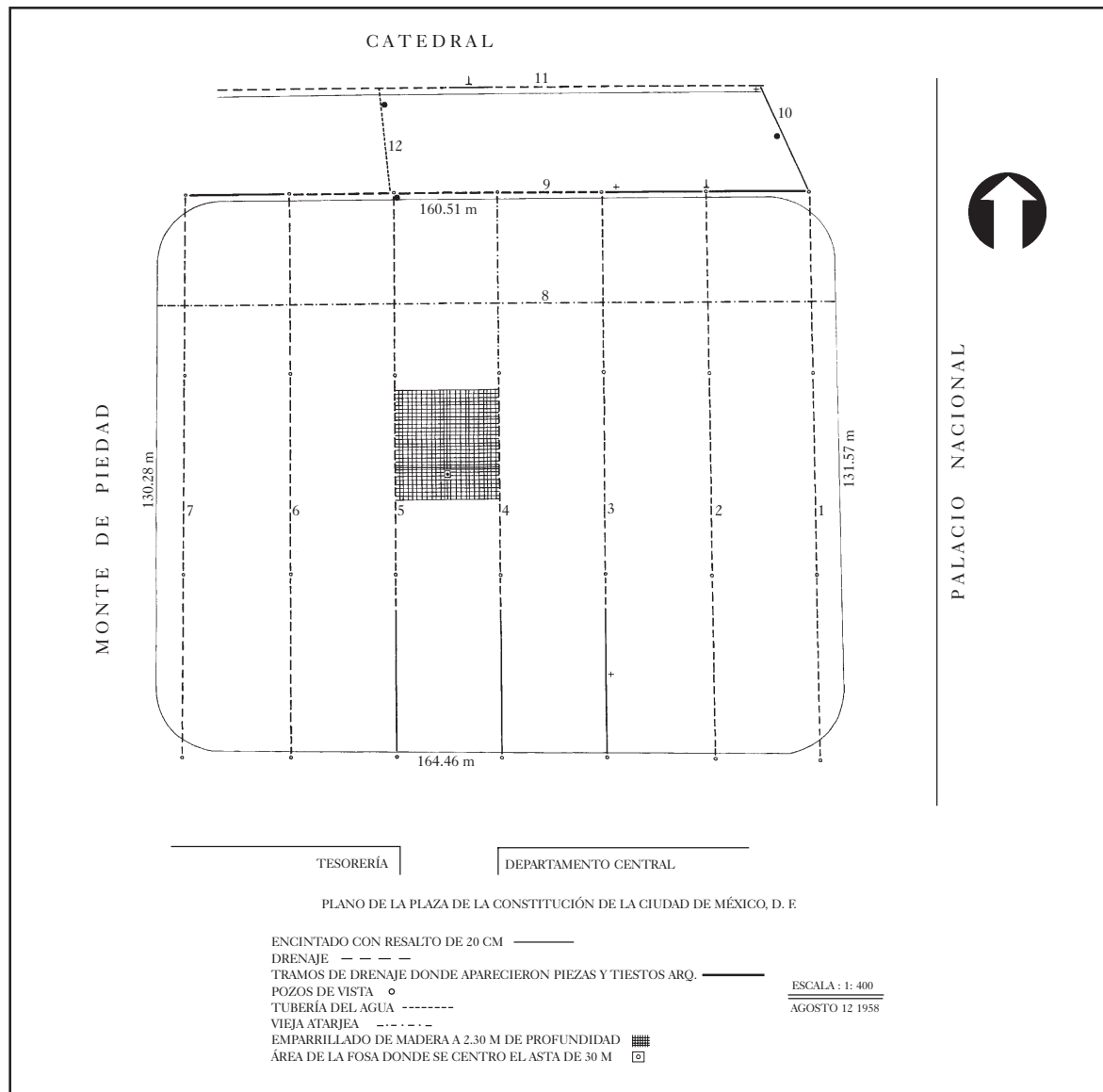
Dichas vigas se encuentran a 1.80 m de profundidad apoyadas en pilotes de madera de .30 m de diámetro separados unos de otros, a una distancia que varía entre los .50 m a .75 m (fotografía 8).

Sobre ellas y atravesadas para formar el emparrillado tal vez se hallen otras tantas vigas ya que solamente se sacaron siete vigas completas y tres pedazos con esta colocación dentro de las tres aberturas que se hicieron.

En todas ellas descansa un núcleo de mampostería de 1.50 m de profundidad que corresponde a los cimientos del zócalo construido por la dictadura de don Antonio López de Santa Ana, por el cual

se le ha dado ese nombre a la plaza de referencia, y también sobre el mismo se construyó un kiosco que existía a principios de este siglo (fotografía 9).

Dentro del perímetro del emparrillado, al sur y en el centro del espacio que ocupan las zanjas cuatro y cinco y apoyado sobre cinco pilotes de madera dentro de un bloque de cemento fue plantado el poste de tubos unidos de treinta metros de largo que serviría de asta para la bandera nacional, función que había venido



● Plano 2.

desempeñando anteriormente ya que sólo había sido removida unos cuantos metros hacia el suroeste.

Paralela a la zanja nueve y a la orilla de aquella banqueta de la Catedral, que conocimos, fue excavada la zanja número once, en la cual se recogieron las osamentas a que antes nos hemos referido (fotografía 10).

Casi a la mitad de su longitud y en el corte sur de dicha zanja apareció un paramento de piedra, construido tal vez a fines de la época colonial, localizado a los .60 m de profundi-

dad, que mide 1.30 m de alto y 2.25 m de anchura.

Entre las seis piedras labradas de la hilada inferior se encontraron dos piedras grabadas correspondientes a la época prehispánica (fotografía 11).

Una de dichas piedras de .46 x .33 m, contiene figurada parte de un tocado adornado con plumones, de colores blanco y rojo (fotografía 12).

Separada de la anterior por una piedra lisa se encontraba otra piedra que llevaba grabado un



● Fotografía 3 Soporte policromo en forma de cabeza de águila.



● Fotografía 4 Clavo de tezontle negro que simula una cabeza de mono.

caracol y un pez careciendo toda ella de pintura (fotografía 13).

La clase y forma de estas piedras, así como las figuras talladas colocan a éstas dentro del conjunto de piezas del friso azteca que se conserva en la bodega del Museo de Santa Teresa, que ya fue estudiado con anterioridad (fotografía 14).

En la oquedad del pozo de visita que se halla en la esquina del Sagrario Metropolitano y a un metro y medio de profundidad apareció una cabecita antropomorfa con tocado de barro, que mide .07 m de alto por .06 m de anchura máxima, de forma cónica, notándose en la base que fue desprendida de su apoyo tal vez el brazo de un candelabro, debido a que en la parte superior tiene un agujero de .02 m de diámetro y .04 m de profundidad el cual contenía cera, por

lo que se deduce que esta pieza formaba parte de un candelabro de barro colonial hecho por alfareros aborígenes (fotografía 15).

De esta esquina al pozo de visita terminal fue trazada la zanja núm. 10 y a 1.50 m de profundidad se encontró la mitad de una taza de porcelana que se cree sea coreana. Su decoración interior y exterior así como la marca respectiva, se halla representada en la lámina núm. 2.

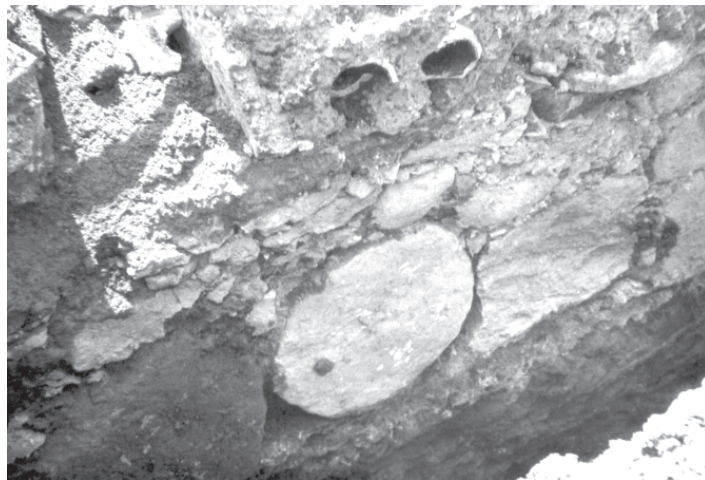
En la zanja número 12, a escasos dos metros del encintado de la actual banqueta de catedral, a .60 cm de profundidad y del lado oriente de la tubería del agua que se instaló se encuentra una base de piedra de .56 x .70 m, compañera de aquellas que ahora están dentro del atrio de la catedral, la cual no fue posible sacar debido a que tenía que romperse metro y medio de



● Fotografía 5 Cabeza de viejo tallada en tezontle negro.



● Fotografía 6 Piedra cilíndrica con tres perforaciones circulares.



● Fotografía 7 Otra piedra circular empotrada en la pared oriente de la zanja número cinco.

pavimento de ese mismo lado, y entorpecería los trabajos de los peones, quienes rápidamente perforaron por tramos con el fin de descongestionar el embotellamiento de automóviles, sacándose solamente su fotografía "in situ" (fotografía 16).

Como dato adicional se incluyen las medidas de la fuente colonial del atrio oriente de la catedral, en vista de que la profundidad alcanzada en los trabajos de reconstrucción de dicha plaza no sobrepasó la que ella actualmente guarda, pues ésta se encuentra a 2.35 m de pro-

fundidad del piso del atrio y mide .95 m de altura y 3 m de ancho.

El 11 de agosto llegaron a su máxima profundidad las zanjas seis y siete, que fueron las últimas que se abrieron, procediéndose inmediatamente a colocar la tubería de concreto, en vista de que las otras zanjas habían sido tapadas según puede apreciarse en la fotografía número dos.

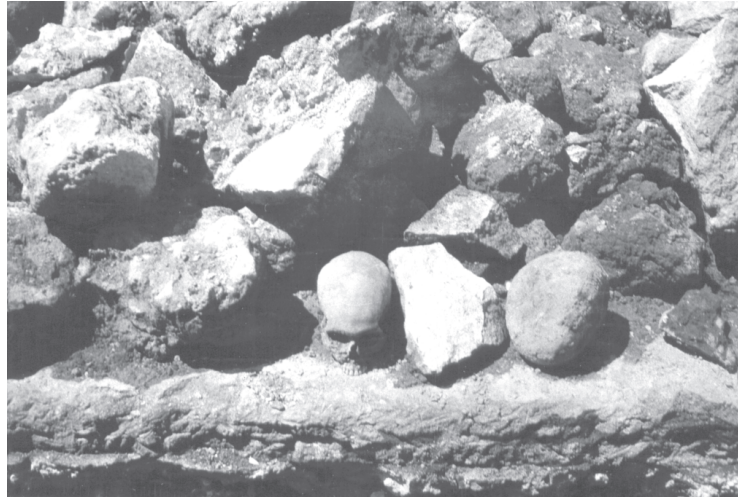
México, D.F. a 12 de agosto de 1958.



● Fotografía 8 Vigas que forman el emparillado de madera sobre las que descansa un núcleo de piedras.



● Fotografía 9 La Plaza Mayor de México, en 1901.



● Fotografía 10 Cráneo extraído de la zanja núm. 11.



● Fotografía 11 Piedras labradas prehispánicas en la base del paramento colonial.



● Fotografía 12 Representación de parte de un tocado con plumones.



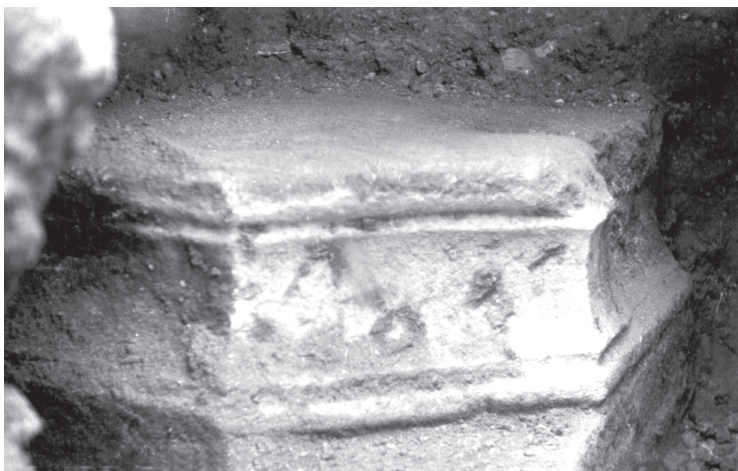
● Fotografía 13 Grabado de caracol y pez.



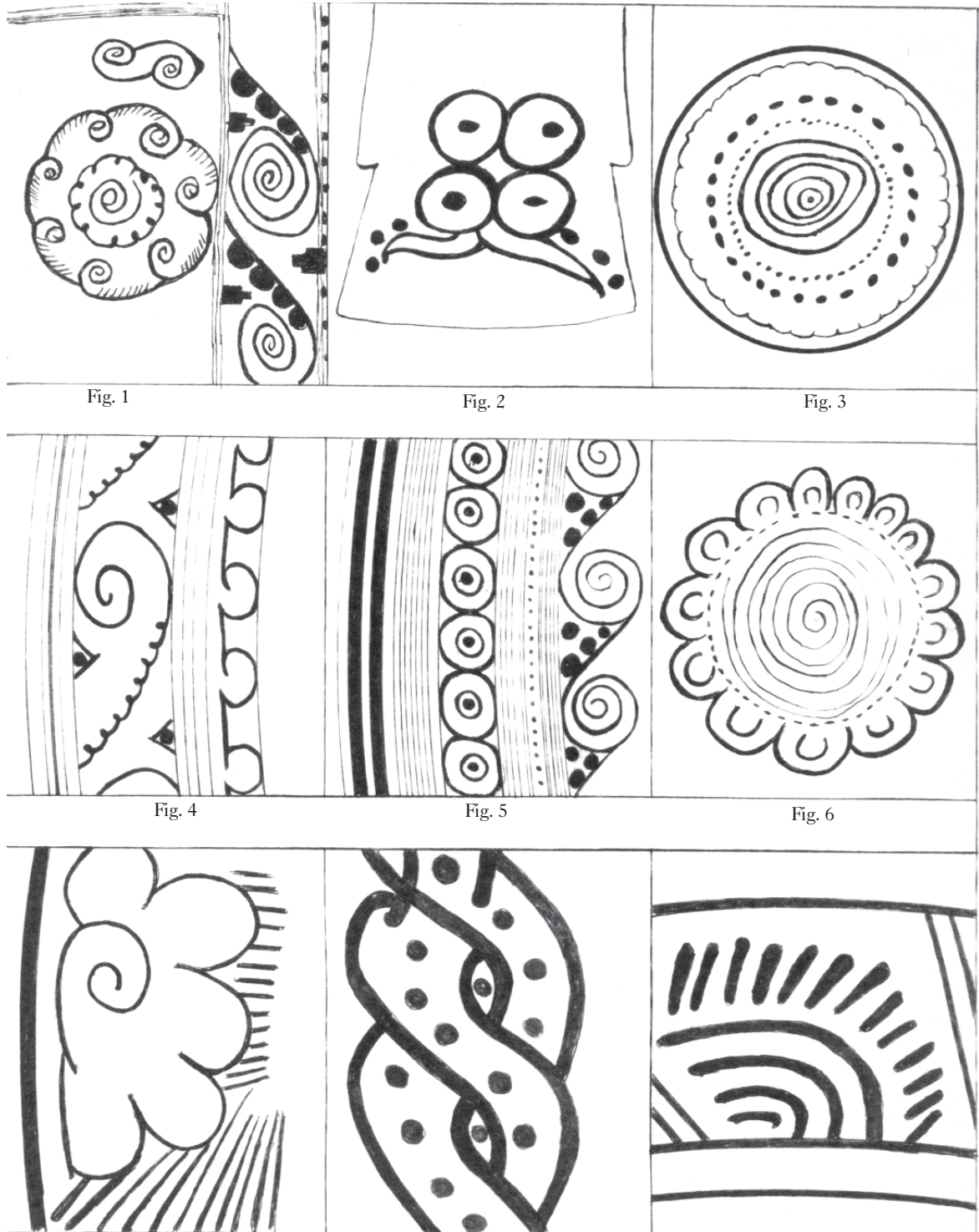
● Fotografía 14 Friso azteca en la bodega del Museo de Santa Teresa.



● Fotografía 15 Cabecita antropomorfa con tocado.



● Fotografía 16 Base hexagonal de columna.



● Lámina 1 Decoración de los tiestos Azteca IV.

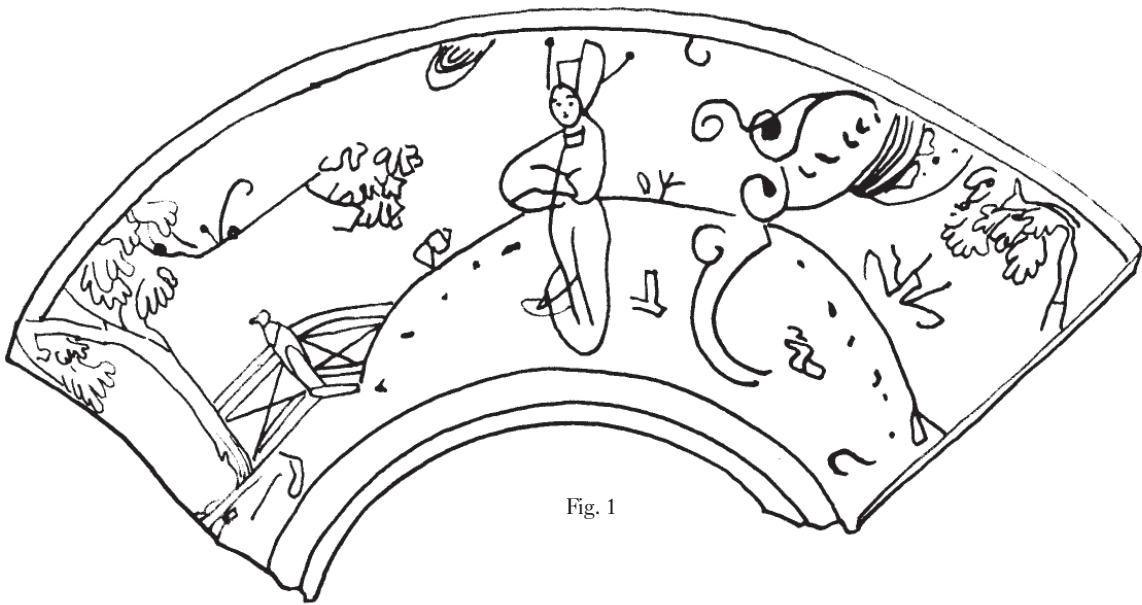


Fig. 1



Fig. 2

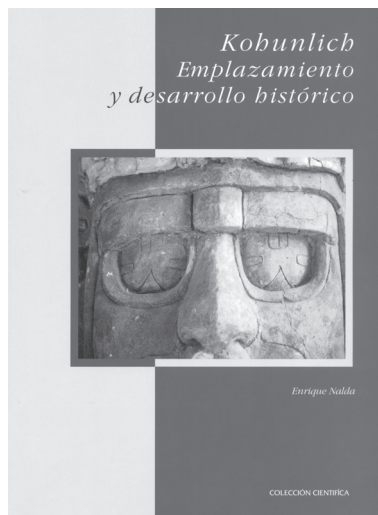


Fig. 3

● Lámina 2 Decoración y marca de la porcelana coreana.

Kohunlich. Emplazamiento y desarrollo histórico

Ángel García Cook*



Nalda, Enrique, *Kohunlich. Emplazamiento y desarrollo histórico*, México, INAH (Científica, 463), 2004.

te difícil poder llegar a definir los límites de un asentamiento en esta región debido, por una parte, a la gran dispersión de las estructuras habitacionales, y por otra, a su localización en plena selva, en un área con vegetación abundante. Todo esto hizo imposible la realización de un plano por restitución fotogramétrica, excepto en superficies desmontadas. Entonces, hubo que realizar el cometido directamente sobre el terreno, realizando transectos (brechas) e introduciéndose en la vegetación y con base en estas líneas efectuar todo el demás trabajo de ubicación de las estructuras arquitectónicas y demás anomalías observadas en superficie.

El plano de Kohunlich se elaboró tratando de registrar mucho más que la ubicación de las estructuras arquitectónicas y demás transformaciones del paisaje a causa de la actividad humana; se buscó trascender esto, ya que como el mismo doctor Nalda apunta: "... el mapeo está planteado como instrumento para la reconstrucción de la historia del sitio, para dar cuenta de cambios sociopolíticos y de patrón de subsistencia a través del estudio de las transformaciones espaciales y culturales registradas" (Nalda, 2004: 28).

El equipo de trabajo revisó un área de 14 km², sin embargo fueron 9 km² a los que se dedicó un estudio intensivo, una superficie enorme si tomamos en cuenta su ubicación en terrenos cubiertos por vegetación abundante.

La obra trata sobre la elaboración de un plano, el Plano de Kohunlich. Es un estudio minucioso del asentamiento en el que se indican los procedimientos y tácticas para su elaboración.

El libro en cuestión puede considerarse como una cátedra aplicada en la realización del levantamiento y registro de las diversas características físicas del terreno y de las transformaciones antrópicas observadas en su superficie.

Se menciona la dificultad que tuvo en la definición de los límites de Kohunlich, ya que de acuerdo con lo que ahí se indica, es bastan-

* Subdirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico, INAH. agarcia.dea.cnar@inah.go.mx

En esta superficie se registraron aguadas, “so-cavones” y *chultunes*, además desde luego estructuras arquitectónicas: desde simples restos de bajareque —formas de residencia rudimentaria— hasta basamentos de mampostería y plataformas piramidales.

Este libro es un gran trabajo científico y también una obra con fuerte carácter didáctico; en ella se plasman los conocimientos profundos sobre los cambios de topografía, de hidrografía, y las afectaciones modernas. Asimismo trata de la variabilidad ambiental: terrenos bajos, tierras de suave pendiente, suelos negruzcos y profundos, suelos “rojizos”, tierras fértiles o de bajo rendimiento, “sequelares” o tierras duras enraizadas, etcétera.

Algo que se debe subrayar es que a lo largo del texto se indica la forma en que se llevó a cabo tanto el trabajo de campo como el modo en que se trató y se interpretó la documentación recuperada.¹

El mapa, como apunta el doctor Nalda, por sí solo no refleja el registro arqueológico en su totalidad, ya que no todas las transformaciones debieron tener lugar en forma contemporánea, sino que son resultado de actividades asincrónicas, sucesivas en un espacio y tiempo determinado. Para cubrir en parte esta problemática, Nalda y su grupo efectuaron alrededor de 250 unidades de sondeo —pozos y calas—, además de la excavación extensiva (total) de tres grandes complejos habitacionales y de dos conjuntos de arquitectura monumental.

Todo esto porque la idea del doctor Nalda no sólo fue efectuar un simple plano con la ubicación y descripción de los vestigios aparentes en superficie, sino obtener un plano (o mapa) que sirviese de base para llevar a cabo toda una serie de estudios específicos. Con esta información cualquier especialista interesado en un tema en particular puede aprovecharla para efectuar un estudio a su estilo.

Pero el autor no sólo nos otorga su bien realizado plano de Kohunlich, sino que efectúa un análisis minucioso sobre las posibilidades de producción y nos ofrece una terminología con base en el lenguaje regional: “planta caliente”, —entre estas el pasto “canchim”—, la “rosquilla” o gusano de sequía y el “comején de tierra”. Asimismo trata los diversos procesos relacionados con el cultivo de maíz; las plagas y la posibilidad de una segunda siembra en octubre para cosechar en enero: el llamado tonamil o tapachole.

Se hace un planteamiento sólido sobre la productividad en las diversas clases de suelos y de terrenos; sobre el tiempo de descanso que requieren las parcelas para ser productivas (1:4) y acerca de la superficie indispensable para cubrir las necesidades alimenticias de una familia (cinco personas) y sobre qué otros productos se cosecharon además del maíz y el frijol (variedad de tubérculos y frutas).

Con base en lo anterior, se infiere una producción de la superficie estudiada de 939 toneladas de maíz por año (además de frijol, tubérculos y frutas). Con esta producción se pueden alimentar 3 130 habitantes (1.5 toneladas por familia al año), es decir, 626 familias. Este cálculo de población no coincide cuando el doctor Nalda observa los espacios disponibles para habitación en la misma área, lo cual le otorga una cifra de 5 000 a 10 000 individuos en el momento de mayor apogeo poblacional. Así, el autor concluye que

...la agricultura de Kohunlich tuvo que haberse basado en un sistema de dos campos: una parcela de cultivo intensivo —o huerto— alrededor de la casa y una parcela relativamente alejada del lugar de residencia, donde es seguro se producía alrededor de la mitad del sustento básico (*ibidem*: 27).

En un principio, el doctor Nalda no acepta la importación de alimentos debido a “...que no se conocen artefactos u objetos que hubiesen podido intercambiarse...”, (*ibidem*: 36), sin embargo en la página 75 —en el apartado la organización del espacio construido— al mencionar los “... productos introducidos en el sitio, en especial artefactos de molienda y artículos

¹ El texto en sí se subdivide en siete apartados además de la Bibliografía correspondiente (pp. 11 a 90) a la que se agregan cuatro Anexos —A, B, C y D— (pp. 91-207). Forma asimismo parte de la obra, un “Contenedor” que incluye 17 planos diferentes.

de prestigio”, subraya que “No debe descartarse, por tanto, la posibilidad de que Kohunlich fuera centro de acopio de tributos que pudieron haber permitido el trueque de objetos elaborados con materias primas que no se encuentran en la región”, (*ibidem*: 85). El autor acepta la posibilidad de cierto tributo debido a la presencia de un comercio intenso.

Para la elaboración del plano se establecen 16 variantes, desde alineamientos de piedra (bajareque), hasta los grandes basamentos piramidales, pasando por albarradas, chultunes, bancos de pedernal y estructuras de función indeterminada. Llama la atención la ausencia de sacbés y la existencia de una sola albarrada.

Nalda, con base en la documentación recuperada y sobre de acuerdo todo con la cerámica obtenida, propone nueve fases o etapas de ocupación, que van desde el Preclásico medio (800-300 a.n.e.) al Posclásico temprano (1000-1200 d.n.e.) y ofrece también los diversos estilos arquitectónicos presentes en Kohunlich en sus diversas etapas de ocupación: desde un estilo asociado al Petén en un principio hasta un Río Bec modificado; apunta además estilos regionales: el estilo Pixa'an y el estilo Vías, destacando que este último se trata de edificios construidos por migrantes, al parecer provenientes del oeste o noroeste.

Algo digno de destacarse en las conclusiones a las que llega Enrique Nalda, a lo largo de su minucioso análisis temporo-espacial, es que el colapso de Kohunlich es brusco y total. Al respecto debo recordar que lo mismo sucedió en Cantona —por el 1000-1050 d.n.e.— como lo fue también en Cholula, después de su primer gran apogeo por el 650 d.n.e.

El autor apunta sobre varios modelos existentes para los mayas y en general para el área maya que no funcionan para Kohunlich y subraya también otros planteamientos generales que se tienen, y que sí se observan durante el desarrollo de este sitio:

...en Kohunlich no existe un crecimiento poblacional lineal, sino un crecimiento cíclico con depresiones significativas —que podrían interpretarse como verdaderos “colapsos”— seguidas de vigorosas recuperaciones demográficas. En el sitio hubo al menos uno de estos

“colapsos”, posiblemente dos, previos al llamado “colapso del Clásico maya”, el más evidente se ubica en la segunda mitad del Clásico temprano y no coincide en fechas con las contracciones registradas en sitios como El Mirador o el mismo Becan... (*ibidem*: 84).

El comportamiento del desarrollo ocupacional es más complejo de lo que se cree, “La idea de que a cada cambio en las variables fundamentales de la cultura material corresponde un cambio en la estructuración de la comunidad...” (*ibidem*: 84), no se cumple en Kohunlich. La distinción de ejes que norman la construcción y disposición de los edificios tampoco está presente. “Lo que llama la atención en Kohunlich es precisamente lo contrario: la gran diversidad de orientaciones en los edificios principales y, con mayor razón, en las construcciones menores de tipo habitacional”, anota el doctor Nalda en su recapitulación (*ibidem*: 85).

El doctor Nalda, tendrá que crear, su propio modelo de asentamiento para Kohunlich, ya que como él mismo indica:

...en Kohunlich la diversidad de orientaciones en una misma época es muy grande; parecería que no existe norma, sino un deseo de diferenciar obras: la multiplicidad de orientaciones en los edificios alrededor de la Plaza de las Estelas (foto 30) ejemplifica esta situación” (*ibidem*: 79).

Y más adelante anota:

No habrá que preguntar por la razón de la preocupación por mantener una orientación particular (a todo lo largo de la historia del asentamiento o en épocas diferentes), sino por la razón que tuvieron los mayas de Kohunlich (y seguramente de muchos otros lugares) de diferenciar construcciones dándoles orientaciones distintas (*ibidem*: 85).

Por otro lado, se confirmaron algunas de las ideas preconcebidas. Ejemplo: “el poder político pasó de ser centralizado en el Clásico temprano a otro de tipo fragmentado y difuso en el Clásico tardío” (*ibidem*: 85). Lo mismo, se confirmó la idea

de que en la región en que se encuentra Kohunlich hay un cambio de tradiciones en el Clásico tardío: la filiación con el Petén, muy notoria en la arquitectura y

cerámica del Clásico temprano, es reemplazada por técnicas y estilos cuyo origen debe buscarse hacia el poniente y el noroeste de Kohunlich, en la provincia conocida como Río Bec y, quizá de manera más notoria, en la de Chenes (*ibidem*: 85).

En el apartado “La secuencia de la ocupación” se incluyen nueve planos con la distribución espacial de los elementos registrados, uno para cada fase o periodo cultural, diferenciando cuatro rangos de ocupación plasmados con círculos grandes, medianos, chicos y más chicos. De acuerdo con lo que se anota en el texto (*ibidem*: 59), el círculo grande significa mayor ocupación del lugar que representa, pero esto no se indica en la simbología de cada ilustración, hay que leer el texto para comprenderlos. Quizá ésta fue la idea del autor al no colocar las claves en tales planos: obliga a la lectura del texto.

Al observar estas nueve ilustraciones puede uno darse cuenta de las diversas ocupaciones a lo largo del tiempo, sin embargo con toda la información con que cuenta el doctor Nalda, se pudo haber realizado un cálculo de población —al menos relativo— para cada uno de estos periodos ocupacionales. Es posible, sin embargo, pensar que Enrique Nalda ya esté preparando, o acaso ya lo tenga, otro volumen con esta documentación.

La obra cuenta con cuatro anexos los cuales ocupan más de la mitad del volumen, y en ellos se presentan todos los elementos que dieron lugar a los resultados planteados en el texto:

- A. Grupos de colección cerámica (listado de tipos y variedades) en total 115 agrupamientos (pp. 91-102).
- B. La cuantificación cerámica de los grupos identificados para cada unidad de excavación (pp. 103-164).
- C. Volúmenes construídos y rangos (de acuerdo con la cerámica) (pp. 165-182).
- D. Características de Conjuntos y estructuras registradas, y la época de ocupación de cada conjunto (pp. 183-207).

Por separado, se anexa un contenedor que incluye 17 planos diferentes pero complementarios: uno general —escala 1:6670— de todo el sitio de Kohunlich, con curvas de nivel cada metro y con la representación de la distribución de las estructuras arquitectónicas, señalando también las áreas excavadas, las aguadas,

remarcando el límite de inundación. Este plano está dividido en cuadros de un kilómetro por lado. Los otros 16 planos —con escala 1:1870— corresponden precisamente a cada uno de los cuadros —de un kilómetro por lado— en que se subdividió el plano general, están nombrados como hoja 1 a la hoja 16 y contienen la misma información que el plano general, sólo que a escala menor.

Con esta información el lector que lo desee puede realizar sus propias observaciones e incluso interpretaciones. En estos anexos se encuentra todo el caudal de datos que sirvió de base para la realización del mapa de Kohunlich y por medio del cual se llegó a las propuestas sobre su desarrollo.

En lo personal me hubiera gustado que el plano de Andrews (figura 3 en el original) se hubiese colocado invertido, facilitaría su observación y comparación con el plano de Víctor Segovia (figura 2 en original) peroquizá esto sea otra táctica del autor para obligar al lector a concentrar su atención en lo que observa.

También por mi parte, que no conozco el sitio, me hubiese gustado un mayor número de ilustraciones (sobre todo porque las fotos del libro son a color), ya que como reza el dicho: “Una imagen dice más que mil palabras”.

Por otro lado, no comprendo los tonos grises de los círculos de las figuras 13 (Clásico temprano, faceta temprana), 17 (ocupación en el terminal) y 18 (ocupación en el Posclásico temprano); desconozco si tiene algún significado o se trata sólo de un problema de impresión. Todo parece indicar que efectivamente se trata de esto último. En fin, resumiendo podemos apuntar:

Se trata de un texto sobre la elaboración de un mapa —el de Kohunlich— realizado con la finalidad de ir más allá de la simple observación de los accidentes topográficos causados por la actividad humana.

Se puede observar, a través de sus líneas, la forma de explotar esta información y la gran ventaja que tiene para lograr diversos enfoques y variadas interpretaciones de acuerdo con el interés de cada investigador.

Resalta el atrevimiento y decisión del autor de otorgar, en sus anexos, toda la documentación que sirvió de base para la elaboración de este magnífico trabajo.

Sobresale el carácter didáctico de la obra, repito, ya que a lo largo del texto se refiere todo el procedimiento, las tácticas y técnicas para lograr la elaboración del mapa y sobre las formas de su interpretación.

Es un texto compacto, sintético, bien estructurado y mejor redactado, lo cual facilita su lectura y comprensión.

